

BESTSELLER INTERNACIONAL

EL REGRESO A LA CABAÑA



*Aquí suceden más cosas de las
que nunca te atreviste a soñar*

C. BAXTER KRUGER

PRÓLOGO DE

WM. PAUL YOUNG

Autor de *La Cabaña*, éxito #1 de *The New York Times*



BEST SELLER INTERNACIONAL

EL REGRESO A LA CABAÑA

Aquí suceden más cosas
de las que nunca te atreviste a soñar



C. BAXTER KRUGER

Prólogo de
Wm. Paul Young

Autor de La Cabaña, éxito #1 de The New York Times





Contenido

Prólogo de Wm. Paul Young

Introducción. El Cadillac de las plataformas

PRIMERA PARTE

Algunos primeros conceptos sobre Papá

1. La sorpresa
2. El dios que baila
3. Luces de Lewis
4. ¿Qué hay en un nombre?
5. Los dos dioses

SEGUNDA PARTE

Jesús, su Padre y el Espíritu Santo

6. Resumen de la visión trinitaria
7. Jesús y su Padre
8. El Espíritu Santo
9. La unidad del Espíritu, el Hijo y el Padre
10. El amor del Dios Trino
11. El verdadero Jesús

TERCERA PARTE

El sueño de Papá

12. El panorama general
13. El vientre de la Encarnación
14. La Gracia
15. Adán e Israel
16. El rechazo al Hijo Ungido

17. El maravilloso intercambio
18. El secreto
19. Permaneced en mí
20. El espíritu de la adopción

Agradecimientos

Apéndice. Unas cuantas citas sobre nuestra inclusión en la muerte de Jesús

Sugerencias para estudios adicionales

Acerca del autor

Créditos

ELOGIOS PARA EL REGRESO A LA CABAÑA

El regreso a la Cabaña es la obra maestra de Baxter. Sobre el lienzo de La Cabaña ha condensado la esencia de la Trinidad. Este libro es una escuela evangélica para todos nosotros, al exponer el núcleo del Dios que es amor. Es un libro que debe leerse.

Malcolm Smith,
maestro bíblico internacional y autor
de *The Power of the Blood Covenant*

La culminación del libro (La Cabaña) que nos fascinó a todos, gracias a la pluma y la mente de la única persona que era capaz de lograrlo.

Rev. John Jennings, Vancouver

Para Laura
Oh, hermosa hija mía, me has hecho sonreír
todos los días de tu vida



PRÓLOGO

Para todos aquellos que se tomaron el tiempo de leer y estudiar *La cabaña*, para aquellos que adquirieron varios ejemplares, o una caja o más, y los regalaron, y además me enviaron correos electrónicos con sus maravillosas historias, quiero decirles: «Gracias». Y por favor lean *El regreso a la cabaña*. Si quieren comprender mejor las perspectivas y la teología que sustentan *La cabaña*, éste es un libro para ustedes. Baxter asumió la increíble tarea de explorar la naturaleza y el carácter del dios al que encontré en mi cabaña. Como teólogo de Misisipi que se fogueó con los hermanos Torrance en términos intelectuales, en Aberdeen, Escocia, Baxter es una combinación única de brillantez intelectual y genio creativo. Elabora anzuelos tan bellos que la gente los cuelga de sus paredes en lugar de usarlos para pescar, lo cual para Baxter es una «absoluta vergüenza». Según él, todo lo que existe en la creación debe usarse para lo que fue hecho, ya sea el bajo, la cerveza o Barth. Es un maestro en lograr que las cosas difíciles se vuelvan comprensibles para los demás. Si pudiste encontrar esperanza y aliento a través de *La cabaña*, este libro te ayudará a avanzar en su conocimiento sobre el amor de Papá, Sarayu y Jesús.

Para este momento, han pasado varios años desde que escribí una historia para mis seis hijos, casi todos adultos, con la idea de terminarla para Navidad en medio del ajetreo de tres empleos y una «vida». Creí que les estaba construyendo una barca, ya saben de qué tipo, con un par de remos y el espacio suficiente para llevarlos de dos en dos hasta el centro del lago. Para sorpresa para todos, en especial para mí, se convirtió en un buque petrolero que desde entonces ha surcado el océano de la humanidad, dejando tras de sí una estela de magnitud cósmica. Si aventuras una mirada al nombre de este barco, verás que se le bautizó como *El Sentido del Humor de Dios*.

Mi crianza espiritual fue ecléctica y en su mayoría solitaria. A pesar de haber asistido a la escuela bíblica y al seminario, para mí fue un viaje solitario en el que estuve acompañado por las voces unidimensionales provenientes de páginas polvorientas y de discursos y sermones grabados en casete. No podría decirse que Sören Kierkegaard sea una compañía exactamente «divertida», pero junto con él, y otros como Jacques Ellul, George MacDonald, Malcolm Smith, Jean Vanier, C. S. Lewis y una gran cantidad de

autores y teólogos vivos y muertos –además de un montón de *rock and roll*– logré atravesar el páramo y llegué a... ¿Adónde? No estaba seguro. Había descubierto que la isla donde era un naufrago también estaba habitada por una plétora de músicos, poetas, escritores, pensadores y comediantes, cada uno de los cuales tenía algo que compartir: a veces un discernimiento y a veces una palabra de aliento. *La cabaña* también ha sido una balsa en la que me aventuré a la inmensidad del mar, para descubrir una familia de fe que no conocía; había escuchado sus nombres, pero nunca los conocí en persona. Descubrí mis raíces y encontré que mi árbol genealógico se extendía hasta nombres como Atanasio y Torrance, Barth, Policarpo, Ireneo y muchos más, que atravesaban fronteras establecidas por cismas religiosos y culturas de fe.

Ha habido una respuesta multitudinaria a *La cabaña*, la mayoría de índole positiva. Tan sólo en los correos electrónicos tengo cien mil historias que comparten la manera en que el libro ha entrelazado las vidas de personas valiosas que provienen de lugares extremadamente divergentes. De la comunidad «de ayuda», es decir, de aquellos que trabajan efectivamente en los campos de la salud con personas reales a través de la psicología, la formación espiritual, los programas de pasos, la psiquiatría, la atención pastoral y demás. Todavía no he recibido un solo comentario o una reseña negativos. Lo que importa para estos sanadores es que realmente algo funcione, que tenga valor y que sirva como auxilio para quienes atienden y aprecian.

Las críticas han venido casi exclusivamente de gente religiosa. Y aquí no es mi propósito utilizar el término en sentido peyorativo. Por supuesto, existen los que toman una postura sin haber leído el libro, con lo cual eliminan su derecho a aventurar una opinión, pero hay otros que realmente sienten el peso de la responsabilidad de proteger al «rebaño de fieles» y defender a Dios contra la intrusión de la herejía o de las «doctrinas seductoras». Estamos agradecidos por estos hermanos y estas hermanas que participan en la conversación familiar, por lo cual hemos leído con atención sus sugerencias.

La cabaña nunca tuvo la finalidad de ser una teología sistemática o un libro de versículos prácticos y demostrativos para atosigar a los infieles distraídos y lograr su sumisión religiosa. Es una obra de ficción y es un cuento; una narración absolutamente humana, repleta del misterio del viaje y el fracaso, de la pérdida y la incertidumbre, de preguntas y deseos profundos y valiosos. Intenta penetrar la superficie de la religión por fórmula y de la cultura motivada por los logros, para ver si más allá de este rebuscado exterior podríamos extraer un murmullo de gloria o la sensación de un hálito de vida que pueda avivar las llamas de la esperanza y el deseo de autenticidad.

Pero, por favor, no quiero que esto se preste a equívocos: *La cabaña* sí es teología. Pero es teología envuelta en una historia, el Verbo hecho carne que vive dentro de la sangre y los huesos de la experiencia humana común. Si crees, al igual que yo, que todo encuentra su origen, su significado, su valor, su identidad, su valía, su seguridad y su importancia en una relación y, principalmente, en la relación de uno mismo con Dios, entonces sabrás que todo lo que implique vida reside en el ámbito de la teología, la

palabra viva de la realidad y la presencia de Dios.

La obra que ahora tienes en tus manos, o el audio que estás escuchando, es el inicio de lo que Baxter y yo esperamos se convierta en algo más que está por venir. Este libro marca la estructura y los límites. Es un intento por trazar una «imagen más amplia» que esclarezca una visión previa a la Ilustración y a la Reforma; de hecho, una visión de la Iglesia primitiva acerca de la hermosa vida del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, y su sueño para la raza humana. Aquí, Platón y el dualismo no tienen cabida. Esta perspectiva, que es perceptible a través de la ventana que ha proporcionado *La cabaña*, se amplía y se articula en un lenguaje accesible y comprensible. Espero que la imagen naciente que Baxter traza sobre este lienzo de palabras te lance al asombro, al fervor y a las posibilidades.

A la larga, Baxter y yo querríamos lidiar, entre otras cosas, con la historia, para ayudarnos a comprender qué tanto nos hemos desviado del camino; con la teología, que hace las mejores y más difíciles preguntas, y con las implicaciones que necesariamente deben surgir de estas conversaciones. Si lo que intentamos develar y comunicar es cierto, ¿cómo afecta a nuestras ideas sobre el cielo, el infierno, el evangelismo, la homosexualidad, el trabajo, el papel de la mujer, la política, la religión, la ciencia, la separación entre lo sacro y lo secular, el comercio, la educación, la naturaleza de la Iglesia, el proceso de transformación, la sanación y todo lo demás?

Entonces, nos gustaría que esta realidad se aplique a la experiencia cotidiana. Queremos reunir a las personas que puedan comunicarnos cómo utilizan esta visión en sus áreas de interés: astrofísica, maternidad, artes, medios de comunicación, música, plomería, agricultura, paternidad, liderazgo empresarial, ministerio religioso, cuidados del planeta, medicina, jornada laboral, enseñanza, danza... En todas las que se les puedan ocurrir.

Muchos de nosotros crecimos en el barco del racionalismo y el dualismo de la Ilustración occidental; una nave que, si no corrige su curso, encallará en la playa de una irrelevancia cada vez mayor. Podremos encontrar a la élite intelectual en las galerías, perdida en las entrañas de una conversación profunda y misteriosa, mientras el mundo sigue navegando y el resto de nosotros hibernamos en una Gran Tristeza.

No creo que necesitemos una nueva teología. Más bien, debemos visitar aquella temprana e inicial para comprender mejor sus raíces. Debemos cultivar la visión de los «evangelios» originales, que consideran toda la existencia y la realidad únicamente bajo la luz de la persona de Jesús y de su relación con su Padre y con el Espíritu.

De modo que mi amigo Baxter y yo, junto con una gran cantidad de otras personas, te invitamos con los brazos abiertos a revivir el mundo de *La cabaña*, un mundo donde el amor de Papá no tiene fin, la fe de Jesús en ti es «fuerte como una col», como diría Baxter, y la esperanza del Espíritu es más vasta que el cosmos; un mundo donde tú importas y ¡Papá es especialmente afecto a ti!

Wm. Paul Young,

autor de *La Cabaña*.



Introducción

EL CADILLAC DE LAS PLATAFORMAS

A mediados de octubre de 2007, Wendy Marchant, de Sault Ste. Marie, Canadá, me llamó por teléfono. Sus primeras palabras fueron: «Baxter, no colgaré el teléfono hasta que me prometas que leerás un libro que se llama *La cabaña*». Mi primer pensamiento fue: *Vamos Wendy, no me digas que tú también*. De vez en cuando, la gente me envía manuscritos del «mejor libro que se haya escrito jamás». Y luego, dos o tres días después, me llega un correo electrónico que pide mi opinión sobre el libro en cuestión. Pero Wendy no es una desconocida; de hecho, es una querida amiga, una hermana que me ama y que todo el tiempo reza por mí y por mi familia. Así que mientras en mi mente batallaban entre sí dos ideas contradictorias –*No, otra vez no... pero es Wendy*–, le pregunté de qué se trataba el libro.

–Baxter, no te lo voy a decir; lo echaría a perder. Sólo confía en mí.

–Muy bien, Wendy, esto es lo que haremos. La temporada de caza de venado está a la vuelta de la esquina, de modo que conseguiré el libro y lo pondré en el primer lugar de mi pila de lecturas para la plataforma de caza.

Y así lo hice.

Un mes después, el primer día de la temporada de caza, me dirigí a mi plataforma para observar ciervos, llevando obedientemente *La cabaña* dentro de mi mochila. Ahora bien, debo aclarar que no soy un gran cazador de ciervos: sólo he matado tres en toda mi vida, pero me encanta estar en el bosque. Por eso, hace unos años, mi amigo Jeff y yo construimos lo que afectuosamente dimos en llamar «el Cadillac de las plataformas», terminado con techo de lámina, alfombra y dos sillas realmente cómodas. Para mí es más un estudio en exteriores y un santuario privado con una vista fantástica. En el Cadillac me dedico a leer, a escribir, a orar y, a veces, a cazar. Así que subí las escaleras, puse todo en su sitio, me senté y abrí *La cabaña*.

Las palabras iniciales de la introducción de Willie atrajeron mi atención: «¿Quién no sería escéptico cuando un hombre asegura haber pasado un fin de semana entero con

Dios, nada menos que en una cabaña?» *Entonces* –pensé para mí mismo–, *éste es un libro sobre un hombre que se encuentra con Dios en el bosque, en una cabaña. Eso suena bien. Me pregunto si esa cabaña es un viejo campamento de cacería. Pero ¿cuál Dios? Esa es la pregunta y, por favor, dime que ésta no será la misma historia de siempre.* Luego vino la narración sobre el «papá» de Mack, que lo ataba a un árbol y lo golpeaba durante dos días; después la frase «la Gran Tristeza», posteriormente la historia de la princesa Multnomah –y luego Missy– y más tarde yo estaba llorando a mares en el Cadillac.

Con el alma hecha pedazos, me puse a llorar a gritos. Cuando encontraron el vestido de Missy en la cabaña, me puse de pie, me soné la nariz, me sequé las lágrimas y tomé el ejemplar de *La cabaña* con mi mano derecha.

–¡William P. Young! No sé quién eres, pero te prometo esto: si sacas al mismo dios distante, intocable e inflexible que vigila el universo con menosprecio en su corazón, como respuesta a este trauma desgarrador, tomaré tu libro y caminaré doscientos metros, lo pondré contra un árbol y personalmente lo eliminaré del cosmos.

Pero el hermano cumplió. Paul Young conoce el *Abba* de Jesús. *La cabaña* no trata sobre el dios desaprobatorio de nuestras imaginaciones caídas; trata sobre el asombroso afecto del Dios Trino hacia los pecadores. Habla de la libertad del Padre, el Hijo y el Espíritu para amarnos y abrazarnos en nuestro terrible quebranto. Se refiere a la pasión resuelta de la Santísima Trinidad¹ para librarnos de nosotros mismos, para que podamos vivir siendo amados; porque somos amados. Pertenece al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo; siempre ha sido así y siempre será así, aunque simplemente no podemos verlo. Y debido a que no podemos verlo, vivimos con el peso ponzoñoso de la carga de Mack, que sin saberlo compartimos con todo lo que nos rodea, incluida la creación.

No existe imagen más bella de la verdad sobre el Dios Trino que la escena en que Papá levanta a Mackenzie Allen Phillips por los aires al darle el abrazo más grande en el universo. Quedé pasmado y emocionado y aún más emocionado. En algún lugar dentro de nosotros sabemos que esto es cierto, que así es el *Abba* de Jesús, que ésta es la verdad que nos hará libres y que este amor divino es real. Es sólo que no cuadra en nuestra cabeza, con nuestras ideas arraigadas profundamente, cargadas de nuestros textos de prueba y de nuestros corazones heridos; lo que Atanasio llamaba «mitología».

Leí durante toda la tarde, resuelto a terminar el libro antes de que llegara la noche, pero no pude lograrlo. Entonces me quedé sentado en el Cadillac, como enganchado al piso, con una linterna en la boca, hasta que mi hijo me envió un mensaje de texto en el que me decía que me esperaban en el campamento base.

La historia detrás de la historia

Sin propósito de publicarla, William P. Young (a quien sus amigos llaman Paul) escribió *La cabaña* como una historia para sus hijos. Tenía dos finalidades: primero, dar un regalo que expresara su amor por ellos y, segundo, que «los ayudara a entender lo que había ocurrido en el mundo interior de él»(15),² como diría su amigo Willie. La idea de Paul era llevar su libro a Office Depot antes de Navidad y hacer quince copias para sus hijos, su esposa y unas cuantas personas más. Pero aunque tenía tres empleos, no contaba con dinero suficiente para ese objeto. Finalmente hizo las copias y la novela circuló entre su familia y sus amigos. Paul fue alentado para publicar el libro en forma, pero se encontró con que todos los editores con los que entró en contacto rechazaron su historia por que estaba «demasiado fuera del encuadre» o porque tenía «demasiado de Jesús». Para Paul, la publicación en sí de un libro verdadero, que ahora es uno de los textos mejor vendidos de toda la historia, es un *lagniappe*, como dicen los cajunes: un regalito adicional. Su sueño se cumplió cuando se hicieron los primeros ejemplares fotocopados y sus hijos tuvieron una historia que les explicara algo del recorrido que había hecho su padre en el mundo real.

Escuché que Paul comentó que había llegado el momento en su vida en que gritó a los cielos: «Papá, nunca más te volveré a pedir que bendigas algo que yo haga, pero si tienes algo que bendecir y en lo que pueda participar, eso me encantaría. Y no me importa si se trata de limpiar escusados o de sostener abierta la puerta o de lustrar zapatos». Y Papá le respondió: «Paul, te diré una cosa: ¿qué te parece si bendigo esta pequeña historia que estás escribiendo para tus hijos? Tú se la regalas a ellos y yo se la doy a los míos». El resto, como dicen, es historia.

¿Pero eso es todo? Ocurren más cosas en la vida de las personas comunes de las que nadie se atrevería a soñar. Y con toda certeza eso es cierto en el caso de Paul Young. *La cabaña* no es una novela que escribió un académico que finalmente aprendió a comunicarse con la gente común. Existe una historia detrás de la historia; de hecho, varias historias, pero me apegaré a la explicación de Willie: algo que «les ayudara a ellos a entender lo que había ocurrido en el mundo interior de él» (15). Ese mundo interior, el mundo de las cosas invisibles, del dolor y de la agitación, de la vergüenza, de los corazones destrozados, de los sueños rotos, es el mundo que nos impulsa a todos, pero en especial a la historia de proporciones épicas que se narra en *La cabaña*.

La historia detrás de la historia es el infierno desgarrador que Paul Young vivió en carne propia. He visto una fotografía de Paul cuando tenía seis años: su apariencia era la de un anciano, cansado, infeliz, agotado y terriblemente triste, cuyos ojos gritan de desesperación. Esa fotografía me hizo llorar. Pero ése es el principio de esta historia que todos –o cuando menos la mayoría– hemos aprendido a amar.

En la época en que Paul tenía seis años, había sido abandonado en términos emocionales, había sido golpeado física y verbalmente y sufrió abuso sexual

repetidamente. Por decir lo menos, estaba lisiado en su interior desde los primeros días de su vida. Ningún niño, más bien ninguna persona, puede tolerar ese tipo de traumas. Eso crea un *roux*³ de vergüenza, temor, inseguridad, ansiedad y culpa. Estos intangibles se conjuntan en un susurro condenatorio, debilitante e inquebrantable: «No estoy del todo bien. No soy bueno, no soy digno, no soy importante, ni digno de amor, ni humano»,⁴ que asola cada momento de la vida. ¿Cómo es que un niño, o cualquier persona, pueden lidiar con un mundo interior lleno de tanta angustia? Nadie puede hacerlo.

De igual manera que un pez no nació para vivir en la Luna, nosotros no fuimos diseñados para vivir en la vergüenza. ¿Pero qué puede uno hacer? ¿A dónde vamos? La mayoría enterramos todo esto en un bote de basura, en la parte más oculta de nuestras almas, y seguimos adelante, o intentamos hacerlo; *pero lo que enterramos nos domina*, y lo que no sabemos es que eso nos destruirá. *No soy* se convierte en *seré*, y tenemos el sueño de convertirnos. «Si tan sólo me caso y tengo hijos...», «Si tan sólo pudiera conseguir ese empleo o ese ascenso; ese dinero, ese auto, esa casa, ese poder, esa posición o esa nueva relación...», y así sucesivamente. Pero esas «cosas» son incompetentes para resolver el dolor espiritual; nunca funcionan, a pesar de que las defendamos hasta que nos maten. Así que nos llenamos de fármacos, actuamos en piloto automático, nos desprendemos de nosotros mismos; o nos mantenemos ocupados, participando en una gran causa, manejando el mundo interior de los demás, viviendo a través de nuestros hijos o simplemente emborrachándonos de una u otra manera. Eso es demasiado para afrontarlo de manera directa.

Paul Young apeló a la religión, en parte porque era el ambiente en el que había crecido y, por ende, estaba fácilmente disponible; y, en parte, también, porque representaba un modo relativamente fácil de volverse valioso a través de lo que hacía. Nació en Alberta, Canadá, pero antes de su primer cumpleaños se encontró en un campo de misioneros en las tierras altas de la Nueva Guinea Holandesa (Papúa Occidental). Alrededor de los seis años, como lo requería la junta directiva de esa misión en particular, fue recluido en un internado. Antes de cumplir diez años, su familia regresó de manera inesperada a Canadá, y cuando terminó el bachillerato, Paul ya había asistido a trece escuelas diferentes. Su papá hizo el cambio de misionero a pastor.

Estos hechos no te dicen el dolor de intentar adaptarse a culturas distintas; no te hablan de pérdidas en la vida que fueron demasiado impactantes como para soportarlas; de caminar por las vías de un tren durante la noche, a mitad del invierno, gritándole a la tormenta; de vivir con una carga de vergüenza subyacente tan profunda e intensa, que amenazaba de manera constante cualquier sentido de cordura; de sueños no sólo destruidos, sino aniquilados por el fracaso personal; de una esperanza tan tenue, a la que sólo el gatillo de un arma parecía ofrecer solución.⁵

La religión era el único mundo que Paul conocía, la jugada de naipes que le había tocado. Así que jugó con eso. Creía en la versión «religiosa» del cristianismo; tenía que hacerlo. Con el «no soy bueno» que susurraba con cada brisa, se dio a la tarea de probar lo contrario. Se graduó con los máximos honores de su clase en la universidad, se

transformó en una brillante luminaria, un artista de la religión dedicado a complacer a todos de camino a la cima. Pero cada instante implicaba la agotadora tarea de estar hipervigilante, analizando de manera constante a cada grupo: cada discusión, cada reunión y cada momento para dejar una buena impresión de sí mismo en las personas. ¿Pero cómo podía Paul, cómo podría cualquiera de nosotros, permitir que la gente llegara a conocer la muerte que se lleva dentro?

Mientras con una mano mantenía cerrada la tapa del bote de basura, él sonreía, enseñaba la Biblia y se convertía en el «tipo agradable», el consejero que hacía que los demás se mantuvieran a una distancia prudente. Pero no encontró alivio para la embravecida conmoción de su mundo interno. Clamó a Dios pidiendo sanar, dedicando cien veces tanto su vida como su persona, hasta que el «dedicador» se agotó. Su existencia se convirtió en un intento constante de ocultarse y con desesperación buscó alivio y ayuda en cualquier parte donde pudiera encontrarlos.

Pero no existe sanación en la religión. La curación ocurre cuando uno se encuentra con Jesús en el bote de basura –o en su cabaña–, un sitio que Paul, al igual que la mayoría de nosotros, se esforzaba por negar que siquiera haya existido.

Logró desempeñarse en el ministerio, en el mundo de los negocios, en el matrimonio, en la paternidad, haciendo su máximo esfuerzo hasta el grado del agotamiento para convertirse en un ser humano auténtico, al mismo tiempo que ocultaba la vergüenza y los fracasos personales subyacentes.

Una sola llamada telefónica sacudió su mundo para siempre; de hecho fueron dos palabras: «Lo sé». Kim, su esposa, había descubierto el amorío que sostenía con una de las amigas de ella. Un amorío es una forma en que la vergüenza consigue envenenar nuestras vidas. Por supuesto que existen millones de otras maneras de lograrlo, pero una consiste en dirigir nuestra atención a otra persona, a «otro mágico»⁶ que se transformará en nuestro todo, nuestra vida, nuestra salvación. Sospecho que Paul averiguó a qué se refería el poeta cuando dijo: «El infierno no tiene furia comparable con la de una mujer despechada».⁷ Pero ésa no es toda la verdad. El cielo no tiene aliado comparable a una mujer que sabe amar. La dedicatoria del libro de Paul dice: «A Kim, mi amada. Gracias por salvar mi vida».

Mientras que el fin de semana de Mackenzie en la cabaña representa once años de la vida de Paul –once años de dolor y tortura emocional, de depresión y simples resplandores de esperanza–, fue el heroico amor de Kim, envuelto en furia, lo que logró mantener todo unido. Desde una perspectiva humana, sin Kim y sin su corazón es probable que Paul Young estuviese muerto, encerrado en algún frío manicomio, o siendo un hombre hueco. No existiría ninguna historia que contar... cuando menos no aquella de encontrarse con la Santísima Trinidad en un bote de basura.

Al otro lado del infierno, conforme empezaron a sentirse los albores de la verdadera libertad y de la vida, Kim le insistió a Paul para que escribiera algo a sus hijos donde explicara su recorrido y su liberación recién conquistada. Ella no se refería a un libro y

tampoco esa era la idea de Paul; pero la mayoría de la gente está conforme de que todo haya resultado así. En más de una ocasión, lo he escuchado referirse a Kim y a sus hijos con lágrimas que corren por su rostro. El libro nació del crisol de la vida, del trauma y el abuso; de la religión vacía, de la desgracia y la traición; de la misericordia, del amor y la reconciliación. Lutero dijo alguna vez que Dios creó a los teólogos cuando decidió mandarlos al infierno. Por supuesto, en el infierno nadie está interesado en la teología. En el vacío de la pena, el dolor, el trauma y el sufrimiento, nadie está interesado en las pseudopromesas, en las masturbaciones intelectuales o en «Skippy, el Cristo maravilla», como dice mi amigo Ken Blue. Lo que queremos del infierno es salir de ahí. Pues ahí conocemos la desesperación por reencontrar la vida, la sanación y la salvación efectiva; por encontrar a un Salvador que nos redima aquí y ahora, que nos reconcilie, que nos cure de nuestro quebranto y nos libre de nuestra vergüenza. Necesitamos algo que funcione.

Esta es la historia *detrás* de la historia. Con toda seguridad, el título de *La cabaña* bien pudo ser *Del infierno al cielo* o *De la vergüenza abrumadora a vivir gracias a ser amado* o *Cómo fue que Jesús sanó a un hombre arruinado*, o incluso *Con dioses como los nuestros no es extraño que estemos tan tristes y tan destrozados*. Porque la historia trata del infierno y del cielo, de los traumas, de la vergüenza y del amor; del verdadero Jesús que acepta a un hombre destrozado; del Padre, el Hijo y el Espíritu, reuniéndose con nosotros en el país lejano de nuestra terrible e impotente mitología, para compartir su vida con nosotros. Porque la verdad detrás del universo es que Dios es Padre, Hijo y Espíritu, y que el propósito inmutable de la bendita Trinidad es que lleguemos a probar y sentir, a conocer y experimentar, la misma vida trinitaria.

Aquello que vivieron Paul y Kim, y lo que han descubierto en el amor de Papá, Jesús y Sarayu, es el «gozo inefable y glorioso» del que habló Pedro⁸ y la abundancia de vida que prometió Jesús.⁹ No pueden regresar a la religión antigua que prescribe: «Haz más y esfuérzate más», con sus versículos bíblicos correctamente señalados. Al igual que C. S. Lewis, en medio de su desventura, quedaron «sorprendidos por la alegría».¹⁰

Algunas personas se han ofendido por la teología que se expone en *La cabaña*. La respuesta de Paul no apela al argumento teológico o a textos bíblicos de prueba, aunque es muy versado en ambos temas. Paul diría: «Traje una camiseta del infierno; de hecho, tengo varias. La religión no funciona en ninguna parte, mucho menos aquí, pero el Padre, el Hijo y el Espíritu vinieron a rescatarme de mi infierno. Me aceptaron, me amaron, me abrazaron y me están sanando con su amor». Asimismo, pienso que Paul haría una simple pregunta: «¿Cómo está funcionando *tu teología*?» Y, conociéndolo, añadiría: «¿Qué piensa tu esposa o tu esposo y tus amigos acerca de la manera como está funcionando *tu teología* en tu vida?» De modo que, en tanto *La cabaña* es una historia para sus hijos, es un poco más complicada. Esta historia es cuestión de vida o muerte. Paul Young habla en serio. Quiere que sus hijos descubran la desastrosa incompetencia de la religión para sanar nuestras almas destrozadas y quiere que

conozcan la asombrosa liberación que existe en el abrazo de Papá.

El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, a quienes llama Papá, Jesús y Sarayu, no son mitos como Santa Claus, ni el Jesucristo blanco y de ojos azules, ni el ratón que se lleva los dientes de los niños. Son reales. Se acercan a nosotros en nuestro dolor; en nuestra rabia, en nuestra amargura y en nuestro resentimiento; en nuestra vergüenza, en nuestra culpa y en nuestra impotencia; en nuestras relaciones desdichadas y destrozadas, y en nuestra religión fatal, para darnos vida y libertad por medio de su amor. En consecuencia, hay una segunda dedicatoria: «A los perdidos con fe en el reino del Amor. Pongámonos de pie para que brille». ¹¹

La historia dentro de la historia

Al igual que Paul Young, pero por razones diferentes, Mackenzie Allen Phillips era un hombre destrozado. Hace unos cuantos años empezó a vivir la peor congoja que puede experimentar un padre: su hija menor, Missy, sufrió un secuestro, fue asesinada y arrojada en el bosque. «Todo ocurrió durante el fin de semana del Día del Trabajo, el último *hurra* del verano antes de otro año de escuela y rutinas de otoño» (29). Mack llevó a tres de sus hijos a un viaje de campamento; ahí le arrebataron a Missy. Desde entonces, Mack quedó atrapado en la *Gran Tristeza*,¹² como él la llama, la asquerosa y sacrílega cloaca de su propia desesperanza: la ausencia de Missy y el silencio de Dios.

Está rodeado de cuatro hijos maravillosos y de su esposa, Nan, que sabe cómo se debe amar, sin embargo, el mundo interno de Mack está tan retorcido como una caja llena de ganchos de ropa sueltos. Está haciendo el intento de sobrevivir a su pena, no obstante que a veces piensa que el infierno sería un alivio para quienes sufren la pérdida de un hijo. Simplemente es algo que está mal; es abrumador.

Nunca más escuchará la risa de su hija, ni la verá sonreír, ni la escuchará decir su nombre. Sólo durante sus pesadillas. No habrá idas a dormir con sus amigas, ni primeras citas con chicos; no habrá novios, ni bailes de graduación, ni viajes de estudio. Tampoco penas compartidas ni sorpresas.

Todo se acabó; se fue, como los últimos rayos de luz antes del advenimiento de la oscuridad. Y luego el silencio. La pena, la desesperación, el enojo, la culpa y la impotencia se entremezclan y lanzan un hechizo de entumecimiento sobre todo el ser de Mack. Su mente está aturdida. Su capacidad para percatarse, para conectarse, para sentir—sentirse vivo, sentir a los demás, sentir cualquier cosa—, se vuelve lenta como la melaza en invierno, conforme la congoja disuelve el color de una rosa y el mundo se convierte en un sitio esencialmente desolado. Y luego la horrible quietud de la ausencia empieza a devorar los recuerdos (179).

La *Gran Tristeza* le extrae vida a su alma ya de por sí quebrantada, robándose su «sensación de estar vivo» (82). Y luego vienen los horribles sueños de impotencia. Mack sueña que está atrapado en el fango y que frenéticamente intenta hacerle una advertencia a Missy, pero ningún sonido sale de sus gritos (29, 72). Despierta bañado en sudor, torturado emocionalmente, lleno de culpa y agobiado por los remordimientos, la indefensión y la desesperanza. Entonces surge la pregunta dirigida a Dios: ¿por qué sucedió esto?, ¿dónde estaba Dios?, ¿por qué permitió que se llevaran a Missy?, ¿acaso le importó? La mente de Mack corre a gran velocidad, intentando encontrar una manera de explicar con lógica tan abominable injusticia. Pero el enojo, las recriminaciones y el resentimiento se enconan en las cicatrices de su herida:

—¿No crees que el Padre ama mucho a sus hijos, verdad? En realidad no crees que Dios sea *bueno*, ¿no es así? [preguntó Sofía].

—¿Missy es su hija? —tronó Mack.

—¡Claro! —respondió ella.

—¡Entonces no! —soltó él sin más, poniéndose de pie—. ¡No creo que de verdad Dios ame a todos sus hijos! (169, cursivas añadidas).

—¿No es ése tu *justo* reclamo, Mackenzie? ¿Que Dios te falló, que le falló a Missy? ¿Que desde antes de la creación Dios sabía que un día tu Missy sería brutalizada, y aun así la creó? ¿Y después *permitió* que un alma torcida la arrebatara de tus amorosos brazos cuando Él habría podido impedirlo? ¿No tiene Dios la culpa, Mackenzie?...

—¡Sí! ¡Dios tiene la culpa! (174, cursivas añadidas).

Perdido en la inmensidad de su dolor, Mack carga con la culpa de la incompetencia de Dios. En esta situación, «la realidad, al mirarla de manera ininterrumpida, es intolerable». ¹³ Perplejo y furioso, poco a poco se ha ido volviendo el fantasma destrozado y agotado del hombre que fue. Los días, los meses y los años pasan de largo, sumiéndolo en su Gran Tristeza. Luego, en un helado día invernal, se resbala y se arrastra hasta llegar al buzón, donde descubre una nota solitaria que *viene de Dios*.

Mackenzie:

Ya ha pasado un tiempo. Te he extrañado.

Estaré en la cabaña el próximo fin de semana, si quieres que nos reunamos.

Papá (19)

Y así comienza la narración acerca de cómo sanó Mackenzie Allen Phillips. Su liberación implicó el apasionante amor del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, con atención tierna y asombroso respeto hacia Mack. Ellos vienen a él en la pesadilla que vive y lo nutren, por medio de una revolución, de sus conceptos acerca de Dios, del propósito de la existencia humana; le informan quién es él y quiénes son los otros, y le hablan acerca del significado de la muerte de Jesús y qué significa vivir.

Aunque es posible que Paul Young nunca haya tenido la intención de que su historia se publicara, eso no quiere decir que el Espíritu Santo no haya tenido sus propios planes. La increíble popularidad de *La cabaña* nos demuestra que algo de lo que cuenta esta novela toca una fibra muy profunda y común.

Y a pesar de que Mack es un personaje de ficción, no es un desconocido para nosotros. Esta es la historia dentro de la historia. Todos somos Mackenzie y él es nosotros. Quizá no hayamos perdido a un hijo de forma tan espantosa como le ocurrió a Mack, pero ninguno de nosotros ha salido indemne de su propia infancia. Y me atrevería a suponer que la mayoría hemos estado hasta las narices de penas y amargas decepciones.

La pena de Mack es intensa y su dolor hace surgir preguntas profundas que también son *nuestras* preguntas. Está atrapado entre la proverbial espada de una horrible tragedia y la pared de un dios mudo, si no es que cruel. Y esa pared nos obsesiona. Mack no tiene a dónde recurrir para mitigar su dolor. Dicho de la manera más amable, su religión es incapaz de ayudarlo. Está solo, aislado, tolerando el horror de la muerte de Missy como un hombre que no encuentra respuestas. De modo que la historia dentro de la historia es que *La cabaña* también es nuestra historia, la narración de nuestro dolor y de la ceguera del dios que parece tan ausente, indiferente e impotente cuando en realidad lo

necesitamos, así como de nuestras vidas atajadas por la vergüenza. Pero también es la historia sobre nuestra liberación, si queremos alcanzarla.

En ese momento que Papá abrió la puerta de la cabaña y abrazó con absoluto amor al entristecido y destrozado Mackenzie Allen Phillips, ¿no sentiste que en tu alma despertara una antigua esperanza? ¿No lloraste? Es una historia de amor que estamos desesperados por creer, pero no podemos hacerlo. Sabemos que es cierta, pero ¿cómo podría serlo? Una escena plantea un universo de preguntas. ¿Dios podría ser así de bueno? ¿Es posible que yo haya estado tan equivocado? ¿Podría ser así de simple? ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!

Mack no encontró ninguna ayuda real en la «religión» a la que hemos pertenecido desde la niñez. Seguramente, a la larga, encontró una verdadera sanación, pero el precio de alcanzarla fue la deconstrucción de casi todo lo que se le había dicho acerca de Dios, acerca de sí mismo y de los demás, y acerca de la vida; aunque no de lo que había escuchado en un susurro que llegó hasta él en el Espíritu.

Y ésta es la parte fascinante para mí como teólogo. Lo que descubrió Mackenzie fue la absoluta bondad y el amor del Padre, el Hijo y el Espíritu: la antigua verdad que en algún momento de la historia cambió al mundo. *La cabaña* es la voz de la primera Iglesia que nos llama a regresar de nuestra locura a nuestro verdadero hogar en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

La historia dentro de la historia es que Paul Young –a través de la trágica vida y la sanación de Mackenzie Allen Phillips– ha encontrado una manera de escabullirse de los dragones vigilantes¹⁴ de nuestro deísmo, nuestro legalismo y nuestro racionalismo, para introducirnos a la verdad que nos hará libres. Y la verdad es una persona (107) que comparte la vida y todas las cosas en el amor centrado en el otro con su Papá, en la maravillosa libertad del Espíritu Santo. Y una persona que ha atravesado todos los mundos para encontrarnos en nuestro dolor. Y una persona que trajo con él a su Papá y al Espíritu Santo. En algún sitio dentro de nosotros sabemos que esto es cierto, pero estamos temerosos porque cuando tiramos de ese hilo, una gran parte del tapete se empieza a destejer. Sin embargo, justo cuando tememos que nuestro mundo desaparezca, descubrimos que Alguien está tejiendo un nuevo tapete de sencillez, libertad y vida inimaginables.

En medio de la historia, cuando Mack está siendo amado mediante un proceso de sanación de más o menos quince pasos, Sofía lo exhorta con palabras a las que deben prestar atención todos los que aman la vida: «Tal vez tu comprensión de Dios era equivocada» (176). Y luego Sarayu: «Muéstrate dispuesto a reexaminar lo que crees» (211).

La llamada telefónica

Un poco más de una semana después de que leí *La cabaña* en el Cadillac de las plataformas, mi hijo y yo veíamos por televisión a Eli Manning y a los Gigantes de Nueva York, cuando sonó mi teléfono celular. Era un domingo por la tarde. Mientras observaba el identificador de llamadas, mi hijo preguntó quién era.

–No conozco este número. ¿De dónde es la clave 503?

–No tengo idea –respondió–, no es de aquí.

–Yo tampoco sé –susurré, y moví un dedo para rechazar la llamada, cuando algo me dijo que contestara.

–Hola, habla Baxter.

–Baxter, soy Paul Young.

No reconocí ese nombre en absoluto. *No conozco a ningún Paul Young*, pensé para mis adentros, mientras mi mente buscaba entre la gente que había conocido durante mis viajes.

–Quizá me conozcas por el nombre de William.

«William Paul Young», susurré para mí, sin identificar aún el nombre. Y luego caí en cuenta y espeté:

–¿William P. Young?

–Ese mismo –dijo de un modo que me hizo saber que se divertía con la situación.

–¿El William P. Young?

–Bueno, no sé si soy «el», pero soy William P. Young. Mis amigos me llaman Paul.

–¿Eres el tipo que escribió el mejor libro que se haya escrito en los últimos quinientos años?

–Eso tampoco puedo afirmarlo, pero sí escribí *La cabaña*.

–¡Amigo!, ¿cómo diablos me estás llamando a mí? Todo el mundo desea hablar contigo.

–Bueno, sucede que recibí un correo electrónico de tu amigo Tim Brassell, diciendo que necesitaba contactarte porque has escrito la fundamentación teológica que se ajusta a *La cabaña*. Por eso te llamé.

Requerí cinco minutos completos antes de poder dar crédito a lo que estaba pasando. Y luego le conté sobre el Cadillac de las plataformas y el río. Más tarde le hice mil preguntas que respondió casi en su totalidad.

Hora y media después nos despedimos y de inmediato llamé a Tim para contarle lo que había sucedido. Ya había programado para el primero de abril una conferencia para Tim y Bill Winn, en la iglesia de Bill en Virginia, así que estaba deseoso de lograr que ambos invitaran a Paul, lo cual hicieron.

Desde esa llamada telefónica y a partir de la conferencia de abril,¹⁵ Paul y yo nos hemos hecho amigos cercanos y he tenido el privilegio de hablar, junto con él, sobre el tema de *La cabaña* en tres países. Siempre me asombra su historia y, de igual manera,

me sorprende que millones de personas se relacionen con tanta facilidad, tanto con la prueba que atraviesa Mackenzie como con la vida de Paul.

Permítanme contarles una anécdota que da cierta perspectiva acerca de Paul y una pista sobre el atractivo de *La cabaña*. Paul y yo andábamos de viaje por Australia en noviembre de 2008. Estábamos con la cantautora Vanessa Kersting y nos acomodábamos en el vuelo de Melbourne a Brisbane. Vanessa estaba sentada junto a mí, en tanto que Paul se hallaba unas filas detrás de nosotros, cuando se escuchó la voz del capitán a través del sistema de sonido: «Señoras y señores, les habla su capitán. Hoy tenemos a bordo a una persona muy especial». Con una sonrisa, volteé hacia Vanessa y le dije:

—Alguien descubrió que Paul está en el avión.

Ella sonrió también mientras el capitán anunciaba: «Hoy es el cumpleaños cincuenta de Baxter Kruger». Los pasajeros estallaron en vivas y aplausos. Yo estaba asombrado y un poco avergonzado. Y mientras volteaba para todas partes saludando y agradeciendo a la gente, descubrí los brillantes ojos de Paul Young, que reía de oreja a oreja como un niño que ha sorprendido a sus padres con un regalo especial. Ese detalle significó mucho para mí en mi cumpleaños, en especial porque estaba a medio mundo de distancia de mi familia. Pero lo que más me asombró fue que, a pesar de las situaciones traumáticas que Paul ha soportado, se anime a ser tan juguetón.

Lo que dice Willie acerca de Mack es cierto en el caso de Paul:

Pero debo decirte que nunca he estado con un adulto que viva la vida con tanta sencillez y alegría. De alguna manera, él se ha vuelto niño de nuevo. O, mejor aún, se ha vuelto el niño que no se le permitió ser, fijo en la simple confianza y maravilla (265-266).

Creo que esta libertad resuena como un canto a través de toda la historia y que es la melodía evocadora que todos ansiamos escuchar y por la cual vivir. Porque también es nuestro canto.

Notas

1 «Dios en tres personas, eso es la Santísima Trinidad», es la última oración del maravilloso himno «Santo, santo, santo» que escribió Reginald Heber, un ministro anglicano, para el Domingo de Trinidad. La melodía se conoce como la Nicea, nombrada así por el Concilio de Nicea del año 325 d.C. (Sobre la historia de este himno, véase *101 Hymn Stories* de Kenneth W. Osbeck [Grand Rapids, Kregel, 1982], pp. 94-95.) La frase «Santísima Trinidad» en este himno me ha perseguido —en el buen sentido de la palabra— desde mis primeros días. Descubrí que era utilizada ampliamente en la primera Iglesia antes de los cismas y siguió siendo utilizada desde entonces en las diversas teologías de la Iglesia de todo el mundo. Es antigua, moderna y ecuménica. «La Santísima Trinidad» habla de la bondad, la rica y abundante plenitud, y la *vida rebosante* del Padre, Hijo y Espíritu. Y creo que habla de la esperanza de que esa «santísima» vida guarda el secreto de la nuestra.

2 Los números entre paréntesis corresponden a las páginas del material citado directamente de *La cabaña*.

3 *Roux* es un término culinario en francés que adoptaron los cajunes. En una olla de fondo grueso se calienta mantequilla o aceite y se añade harina, mientras se mezcla constantemente. Cuando la harina se ha dorado o

adquiere una apariencia café, se agrega pimienta morrón, cebolla y apio, la «Santísima Trinidad» de la cocina cajún. Al suavizarse las verduras, se añade caldo. Los sabores del *roux* impregnan todo lo que se añade al perol.

4 Para mayores detalles acerca de mis ideas sobre *No soy*, lee mi serie de sermones *Inside the Soul: An Anatomy of Darkness*. Esta serie está disponible en nuestro sitio web: perichoresis.org.

5 Del diario personal de Paul. Véase theshackbook.com/willie.

6 *The Eden Project: In Search of the Magical Other* de James Hollis (Toronto, Inner City Books, 1998, y, también de Hollis, *The Middle Passage: From Misery to Meaning in Midlife* (Toronto, Inner City Books, 1993). Véase también *Across All Worlds: Jesus Inside Our Darkness*, de C. Baxter Kruger (Jackson, MS, Perichoresis Press, 2007; Vancouver, Regent College Publishing, 2007), pp. 7 y ss.

7 Adaptado del poema de William Congreve «The Mourning Bride», 1697.

8 I Pedro 1:8.

9 Véase Juan 10:10.

10 *Surprised by Joy: The Shape of My Early Life* es el título de la autobiografía de Lewis (Londres y Nueva York, Harcourt, Brace, 1956). (En español: *Sorprendido por la alegría: el perfil de mis primeros años*, Andrés Bello, Santiago de Chile, 1994.)

11 De la canción «Mystery» de Bruce Cockburn, en el álbum *Life Short Call Now* (True North Records, 2006).

12 Sobre la *Gran Tristeza*, consulta las páginas 14, 19, 29, 71, 82, 86, 100, 104, 110, 123, 125, 126, 163, 174, 183, 210.

13 C. S. Lewis, *A Grief Observed* (Nueva York, Bantam, 1976), p. 32. (En español: *Una pena en observación*, Anagrama, España, 1994).

14 Esta imagen de los «dragones vigilantes» proviene del ensayo de C. S. Lewis, «Sometimes Fairy Stories Say Best What's to Be Said», en *On Stories and Other Essays on Literature*, Walter Hooper (ed.) (Nueva York, Harcourt, Brace, 1982), p. 47. Agradezco a Gary Stockett que me haya compartido esta imagen.

15 Esta conferencia, «Rediscovering Jesus», está disponible en nuestro sitio web: perichoresis.org y a través de thegreatdance.org.

PRIMERA PARTE



ALGUNOS PRIMEROS CONCEPTOS SOBRE PAPÁ



1

LA SORPRESA

*Bueno, Mackenzie, no te quedes ahí papando moscas
con la boca abierta como si tuvieras miedo...
Ven a platicar conmigo mientras
hago la cena.*

—Papá

En una vieja cabaña abandonada en los despoblados bosques de las montañas de Oregon, tres personajes inusuales sorprenden a Mackenzie Allen Phillips. Se suponía que tendría una confrontación con Dios en «el lugar de sus pesadillas» (76), el mismo lugar donde Missy había muerto asesinada. Pero las tres personas que encuentra —una enorme mujer afroestadounidense con ojos radiantes, un fuerte carpintero como de origen de Medio Oriente y una mujer de aspecto asiático que aparece y desaparece a voluntad— no se parecen en nada al dios que Mack *imaginaba* que conocería. De hecho, el dios que había imaginado no aparece por ninguna parte.

En total, Mack realiza cuatro viajes a la cabaña. El primero fue la terrible noche en que las autoridades encuentran trozos del vestido rojo de Missy, junto con sangre sobre los pisos de madera; el segundo, varios años después, cuando Mack responde a una invitación de Papá, el nombre favorito que su esposa le ha dado a Dios. Con toda seguridad, las emociones de Mack son contradictorias. Está un poco intrigado, un poco asustado y sumamente enojado. Pide prestado el *jeep* de su amigo y emprende el camino, a sabiendas de que se dirige «al centro de su dolor» (82).

Después de varias horas de conducir, Mack estaciona el *jeep* aproximadamente a kilómetro y medio de la cabaña, pero sólo alcanza a dar cinco pasos antes de que un nudo en su estómago lo haga sentir pánico. «¡Ayúdame, por favor!» (83), dice con un gemido, pero no encuentra respuesta. Finalmente se las arregla para proseguir por una

vereda traicionera hasta que ve la cabaña. «La cabaña parecía muerta y vacía; pero mientras Mack fijaba la vista en ella, por un momento pareció transformarse en un malévolos rostro, retorcido en una mueca demoniaca, que le devolvía la mirada y lo retaba a acercarse» (85). El hecho de que Mackenzie dé otro paso hacia la cabaña es una lección de valor... O de enojo. Tiene mucho de qué hablar con Dios.

De pie en la puerta, su mente viaja a esa terrible noche y sus emociones se confunden. Clama a Dios pero, al igual que antes, no obtiene respuesta. De nuevo llama y otra vez no hay respuesta. Con gran valor, abre la puerta, enfrentando su temor a lo que pueda estar adentro. Y eso es todo: no hay nada adentro, ni Dios ni vida; un simple vacío y las sombras: la estéril nada del dios de nuestros temores y la mancha de sangre de su Missy. El dios de Mack, nuestro dios, el dios de nuestras imaginaciones caídas en desgracia, no es real: nunca lo ha sido y nunca lo será. Pero la aflicción que este dios nos provoca es real para nosotros.

Esta es una brillante jugada de parte de Young. Sin una sola palabra de teología, ha puesto al descubierto la tragedia de la religión occidental y ha logrado que la sintamos. En ese momento, en el libro, y con suerte en ese punto en la historia, la esterilidad de ese dios imaginario se expone a la vista de todos. Sin lugar a dudas, la *Gran Tristeza* de Mack se afianza en la espantosa pérdida de Missy, pero también tiene sus raíces en la terrible ausencia de Dios. Ése es un sitio solitario.

Dentro de la cabaña, solo e indefenso, Mack explota de dolor. «¿Por qué? ¿Por qué dejaste que pasara esto? ¿Por qué me trajiste aquí? De todos los lugares para verte... ¿por qué aquí? ¿No te bastó matar a mi bebé? ¿También tienes que jugar conmigo?» (85). En un arranque de rabia, casi destruye por completo la habitación, agotándose hasta que arroja una silla y golpea el piso con una de las patas rotas. Y luego, su dolor, su enojo y su ira hacia Dios se canalizan en dos palabras que lanza en un grito: «¡Te odio!» (86). Es el grito de la honestidad, la única respuesta cuando nuestro dolor y la fría impotencia de este dios sin corazón chocan en la tragedia de la vida real... ¡Te odio!

Se derrumba bañado en lágrimas, envuelto en su Gran Tristeza. De nuevo, «apuntó contra el dios indiferente que imaginaba» (86) y gritó con sarcasmo:

¿Dónde estás? Creí que querías verme aquí. Pues aquí estoy, Dios. ¿Y tú? ¡Tú brillas por tu ausencia! Nunca has estado presente cuando te he necesitado: ni cuando era niño, ni cuando perdí a Missy. ¡Tampoco ahora! ¡Mira nada más qué buen «papá» eres! (86).

Me rindo, Dios... No puedo más. Estoy cansado de tratar de encontrarte en todo esto (87).

¡Te odio! Las últimas palabras de la raza humana, atrapada en la gran oscuridad. Pero tan aterradora desolación no es el final de la historia, porque aquel que ama a nuestras almas se encuentra con nosotros en nuestro dolor. Desde mi perspectiva, ésta también es una brillante jugada y uno de los grandes temas que se repiten a lo largo de *La cabaña*. Al contrario del dios indiferente de nuestras imaginaciones, el Padre, el Hijo y el Espíritu de hecho sí se acercan a nosotros en nuestro dolor, en nuestra tragedia y, en especial, en nuestra oscuridad y en nuestro pecado. Como veremos, no se refiere tanto a que la

Trinidad esté ausente del resto de nuestras vidas, sino que en el trauma, producto del choque de la vida con el falso dios de nuestras imaginaciones, empezamos a adquirir nuevos ojos.

Después de haber lanzado a gritos sus últimas palabras con las que rechaza a Dios, Mackenzie deja la cabaña y se encamina de regreso al *jeep*. Entonces, luego de dejar las cosas en claro a Dios, el mundo cambia: tanto su mundo como, ojalá, también el nuestro. A unos quince metros en dirección al *jeep*, el bosque cobra vida y se llena de luz. En la quietud de la indignación de Mack comienza a brillar una extraña vida. En unos cuantos minutos breves ocurre un mes completo del deshielo de la primavera. Nueva esperanza surge cuando la nieve se derrite alrededor de él y las flores revelan su gloria. Intrigado, pero cauto, toma la decisión de regresar a la cabaña, que ahora es una construcción de troncos finamente erigida, que tiene una cerca de estacas pintadas de blanco y donde el humo brota de la chimenea. Cree escuchar *risas* (89). Mack no tiene idea de lo que ocurre frente a él, pero no debe pasar por alto que el primer indicio hayan sido las risas.

¿Cómo se supone que un hombre crea en este milagro? Parcialmente convencido de que ha perdido la cabeza, Mackenzie no sabe qué pensar ni qué hacer; pero es demasiado tarde. De pie en el pórtico, Mack intenta decidir si debe tocar, pero, como el hijo pródigo, nunca tiene oportunidad de decir una palabra. La puerta se abre de golpe. Una enorme mujer afroestadounidense, cuyo rostro irradia vida y amor, corre a abrazarlo y lo alza por los aires en estado de gozo mientras grita su nombre como si lo hubiera conocido y amado toda su vida.

Mack queda mudo de sorpresa sin saber quién es aquella mujer, pero descubriendo que su alma se empapa de cada gramo de ese instante. ¿Quién no desea recibir un abrazo? ¿Quién no quiere que alguien diga su nombre sonriendo con deleite? Sin duda, tiene en alto sus defensas, pero su corazón se derrite sin que pueda evitarlo. Sorprendido, aunque embelesado; perplejo, aunque llevado hasta las lágrimas, se siente encantado por la manera en que la mujer grita su nombre. «¡Mírate nada más, Mack!», estalla la mujer con gran emoción. «Cuánto has crecido. ¡No sabes qué ganas tenía de verte!... ¡Ay, ay, cómo te quiero!» Y al tiempo que dice lo anterior, de nuevo lo envuelve entre sus brazos (90). Podemos ver cómo giran los engranajes en la mente de Mack: *¿Quién es esta mujer? ¿Y por qué está aquí? ¿Cómo es que me conoce y por qué le importa? ¿Qué demonios está pasando?*

Apenas tiene tiempo de procesar lo que está sucediendo, cuando una mujer de aspecto asiático, a quien difícilmente puede ver, invade su espacio y acaricia su mejilla. Hasta donde puede percibir, esa mujer viste ropa similar a la de un jardinero, pero es casi invisible y resplandece en medio de la luz. «Yo colecciono lágrimas», le dice ella (92). Luego Mack descubre a un hombre que parece venir del Medio Oriente, quien se apoya contra el quicio de la puerta. Tiene un aspecto bastante común, pero es fuerte y de alguna manera su sonrisa dice más que mil palabras. «Mack supo al instante que le simpatizaba» (93). Cubierto de aserrín y con un cinturón de herramientas alrededor de la

cintura, podría ser un carpintero.

Abrumado, Mack intenta asegurarse y pregunta de manera divertida: «¿Hay más de ustedes?» (92).

«—No, Mackenzie —respondió la mujer negra, riendo entre dientes—. Somos todo lo que tendrás; y créeme: somos más que suficiente» (92).

Menos de treinta minutos antes, Mack estaba que echaba chispas contra Dios y le gritaba «¡Estoy cansado! ¡Te odio!» como un veredicto final. Ahora se encuentra envuelto en el asombroso abrazo de una mujer negra que obviamente lo conoce y lo ama. Mackenzie no tiene la menor idea de qué debe hacer o decir, aunque todavía se siente herido y sigue perturbado por el enojo que siente hacia el dios de su imaginación; Mack se encuentra ahí, rodeado de dos mujeres hermosas y de un carpintero que lo conocen y lo aceptan —e incluso sienten *agrado* por él— simplemente por lo que es. De alguna extraña manera se siente como en casa; advierte que lo toman en cuenta y lo conocen, que se ocupan de él, e incluso que lo quieren, y con toda certeza lo reciben con gusto. Luego percibe la inconfundible esencia del perfume de su madre que proviene de la mujer negra. Aún cauteloso —y quién no lo estaría—, siente que sus ojos se llenan de lágrimas.

Entonces, inesperadamente, Mackenzie Allen Phillips se descubre incluido en una comunión de amor. En pocas horas se maravillará de la relación que existe entre estos tres personajes y de cómo se centran unos en otros, se respetan y encuentran un mutuo deleite en su compañía, además del modo en que lo aceptan a él como es. Poco sabía que esta dulce aceptación lo transformará desde su interior.

En muchos sentidos, toda la historia de *La cabaña* se encuentra condensada en esta escena, pues ahí se encierran temas teológicos muy importantes. Es una imagen que despierta una esperanza largamente ansiada dentro de nosotros y que plantea mil preguntas: desde el carácter de Dios hasta el hecho de que a Mack se le incluya antes de que se haya arrepentido; desde el propósito de la Encarnación hasta el significado de la muerte de Jesús; desde lo que significa el ser humano hasta el verdadero significado de cielo y el infierno. En su momento abordaremos estos temas. Pero primero debemos hacer una simple pregunta: ¿Qué tal si ese momento —esta escena del abrazo de Papá— es lo que nos sucede cuando morimos? ¿Qué pasa si despertamos del otro lado escuchando que Papá grita nuestro nombre, rodeados de Sarayu, que junta nuestras lágrimas, y de Jesús, que está lleno de aserrín del ataúd que construyó para nuestra Gran Tristeza?

Permíteme ir un poco más allá con este concepto. ¿Qué tal si esto ya es cierto *ahora*? ¿Qué tal si *ahora* se nos conoce, se nos ama y se nos recibe con gusto?

La primera lección de la historia de *La cabaña* es que todos somos Mackenzie. El asombroso abrazo que nos envuelve es la verdad acerca de nosotros. El Padre, el Hijo y el Espíritu nos conocen, nos aman y se deleitan en nosotros, tal como somos, sea que creamos o no en Dios. La verdad es que el Papá de Jesús y el Espíritu ya nos han abrazado. De eso se trata la venida de Jesús. La bendita Trinidad ya se ha reunido con

nosotros en nuestra cabaña. En Jesús han erigido sus tiendas dentro de nuestros botes de basura. Pertenecemos al Padre, al Hijo y al Espíritu; siempre les hemos pertenecido y siempre les perteneceremos; Jesús se ha ocupado de eso personalmente. Sin embargo, al igual que Mackenzie, nuestra mirada nos engaña. Existe tanto dolor que no tenemos posibilidad de conocer la verdad ni de creerla... todavía. Pero así es.



2

EL DIOS QUE BAILA

No soy quien tú crees, Mackenzie.

—Papá

Una persona que reseñó *La cabaña* escribió que se había encontrado con críticos que estaban «profundamente alterados» por la atrevida descripción de Young donde presenta a la Trinidad «como personalidades excéntricas que tienen formas poco convencionales de transmitir su mensaje». Estos críticos acusan a Young de «blasfemia», lo etiquetan como «un posmodernista para el que la “verdad” no significa nada». Luego el reseñador acotó:

Puedo admitir que a lo largo de la lectura tuve una sensación de conmoción cuando me percaté de que Young había elegido representar a Dios nuestro Padre como una mujer afroestadounidense absolutamente encantadora y poderosamente maternal. Pero también admitiré que no pasó mucho tiempo en mi lectura para que me descubriera queriendo sentarme a la mesa de su cocina y disfrutar de sus guisos, de su conversación y de su afecto maternal. La belleza de la comunión que genera su presencia fue lo que muchos de nosotros hemos buscado durante toda la vida y tan rara vez hemos experimentado.¹

Esto está enunciado de manera hermosa y llega al núcleo de la pregunta que nos plantea a todos nosotros el Papá de la historia de Young. ¿Quién no quiere ser tan amado, tan conocido y tan aceptado? ¿Quién no quiere sentarse a la mesa de Papá y disfrutar sus guisos y su gozo? ¿Pero con base en qué podríamos ser tan audaces como para siquiera soñar tal cosa? Recordemos que estamos hablando de Dios, que es el Absoluto. Sin embargo, como pregunta mi amigo Ken Courtney, «eso es lo que queremos, ¿no es cierto?» En un momento regresaremos al tema de nuestro deseo de que se nos conozca y se nos acepte, pero primero debemos lidiar con otra pregunta.

¿Esta mujer afroestadounidense «absolutamente encantadora y poderosamente maternal» nos dice algo acerca del verdadero Dios? ¿Podemos atrevernos a creer que el Padre de Jesús es tan bueno como este Papá? Mi respuesta es simple: por supuesto. El

concepto que presenta Young acerca del corazón del Padre viene directamente de Jesús. Su corazón, que rebosa de amor y gozo, no es una fantasía de Paul Young. Éste es el antiguo amor que encendió al universo; ésta es la verdad incólume. En todo caso, el amor encantador y la bondad pura del corazón de Papá, por bellos que sean, palidecen en comparación con el retrato que Jesús nos dejó en su parábola más famosa.²

Los antecedentes de esta parábola se encuentran en la crítica que hacen a Jesús los líderes religiosos conocidos como fariseos. No les agrada Jesús, los perturba, si no es que les avergüenza su disposición a estar con personas quebrantadas. No sigue las normas y esas personas descarriadas «escuchan atentamente» lo que él tiene que decir.³ E, imagínense, estas «personas quebrantadas» son los temidos recolectores de impuestos, que eran judíos, pero cobraban impuestos para los romanos y a menudo llenaban sus propios bolsillos cobrando de más. El resto de los judíos los despreciaban. Pero, por supuesto, Jesús convirtió a uno de ellos en su discípulo y después se esforzó en encontrar a Zaqueo, *jefe* de los cobradores de impuestos. Cuando Jesús lo encontró montado en un árbol, le dijo: «Zaqueo, date prisa, desciende, porque hoy es necesario que pose yo en tu casa».⁴

Y luego estaban los «pecadores», los borrachos transgresores de la ley, las prostitutas, los estafadores mañosos, aquellos tan avergonzados y derrotados que no se atrevían siquiera a levantar los ojos al cielo. Se tiene que reconocer la ironía de lo que se describe aquí. Aquellos que están perdidos no son los pecadores que escuchan a Jesús, sino la gente religiosa que no tiene problemas, al menos no en su propia mente.

De modo que los fariseos y los escribas están furiosos con Jesús por permitir que la gente de ese tipo se acerque a él. Podemos ver lo que están pensando: *Después de todo, está proponiéndose como un gran profeta, si no es que como el mismo Hijo de Dios. En todo caso, debería ser más santo que nosotros, pero fraterniza con blasfemos y borrachos. ¿Quién se lo hubiera imaginado?* Por lo tanto, lanzan lo que consideran que será la acusación que expondrá a Jesús. Casi podríamos imaginarlos en el programa de comedia *Saturday Night Live*: la élite religiosa envuelta en túnicas, hablando a cuchicheos en sus sesiones secretas, hasta que finalmente se les ocurre el alegato condenatorio preciso que revelará quién es este charlatán. Y luego practican sus muecas de insolencia para que sus críticas caigan de sus labios con el desprecio que merece el asunto.

¿Cuál es su mayor crítica? «Los fariseos y los escribas murmuraban, diciendo: “Éste a los pecadores recibe, y con ellos come”».⁵ Con eso basta; ¡recibe a pecadores y come con ellos! Existe un obvio desprecio en su acusación; ni siquiera tienen la cortesía de decir su nombre y llaman a Jesús diciéndole «éste». El problema es que recibir a alguien y compartir una comida con ellos en esta cultura es una señal de verdadera solidaridad. Así es como se trata a la familia. De modo que Jesús actúa como si fuera familiar de los recolectores de impuestos y de los pecadores. Los fariseos se quedan boquiabiertos: «¿Cómo puede hacer esto? Se supone que representa a Dios. Jesús ha perdido la

cabeza».

Jesús debe haber estado un poco estupefacto, si no es que enojado, ante la extraordinaria ceguera de los religiosos. Su acusación lleva implícita una pregunta: «Jesús, ¿cómo explicas que tú, un rabí digno que tiene discípulos, tenga este tipo de relaciones tan extrañas? Esta gente no merece más que ser parias a los que Dios y su pueblo deben maldecir para siempre. Y aquí estás tú, comiendo con ellos y declarando ante el mundo que son tu familia».

Aunque es obvio que en aquellos tiempos no existía el beisbol, de haber existido Jesús habría sido un lanzador, porque le encantaba lanzar curvas teológicas a la autonombra elite religiosa. Y no dudaba en lanzar una bola rápida por dentro para sacarlos del plato y obtener su atención.

Responde con tres historias. Y si piensas que el Papá de Young es escandaloso, espera a que escuches lo que Jesús dice a los fariseos acerca de *su* Padre. Los pecadores, sentados a los pies de Jesús, apenas pueden esperar lo que está por suceder. Pero se tiene que admirar la confianza que tienen los fariseos en sí mismos. Decidieron pelear contra Jesús. Tienen todo cuidadosamente calculado y en su mente no hay manera de que Jesús escape sin ponerse en vergüenza.

Entonces Jesús los confronta con sus propias preguntas. A continuación presento mi propia paráfrasis del capítulo 15 del Evangelio de Lucas:

¿Quién de *ustedes* no iría tras una de sus propias ovejas si descubriera que se ha perdido? Y al encontrarla, ¿quién de ustedes no invitaría a sus amigos y vecinos a celebrar que la ha recuperado? Supongo que nadie, ¿verdad? Entonces escúchenme cuando les digo que así es como ocurre en el cielo. De hecho, habrá más gozo por un pecador que entiende la verdad sobre mi Padre que por noventa y nueve «justos» que piensan que no necesitan ayuda.

¿O cuál de las mujeres que se encuentran aquí, si pierde una de sus diez monedas, no encenderá una lámpara y la buscará con cuidado hasta encontrarla? (Y nótese la parte de «buscar con cuidado».) Y cuando la encuentre, ¿quién no llamaría a sus amigas y vecinas para que se regocijen con ustedes? Ninguna, ¿verdad? Así que escúchenme cuando les digo que existe gozo delante de los ángeles de Dios por un pecador que entiende la verdad acerca de mi Padre.

Y aquí va otra historia: un padre tenía dos hijos y amaba a ambos. A uno se le metió la idea de que quería ver el mundo. El otro se mantuvo apegado a su lista de conductas buenas y malas. El padre dividió su riqueza entre los dos. El hijo más joven se marchó con gran prisa al país lejano, donde derrochó su dinero en vino, mujeres fáciles y vida licenciosa. Humilló a su padre y causó vergüenza a su propia familia con su comportamiento salvaje. Todo el pueblo estaba enterado y las murmuraciones corrían por todas partes.

Cuando se le acabó el dinero, el muchacho empezó a morirse de hambre. Reducido a robar comida que se daba como alimento a los cerdos (causa de total horror para una persona judía), recordó que los siervos de su padre comían bastante bien. De modo que decidió volver a casa, y a sabiendas de que era indigno del amor de su padre, pensó en rogar que le dieran un trabajo y un poco de alimento como si fuera un sirviente.

Entonces emprendió camino hacia su hogar. Pero su padre lo vio cuando apenas era una mancha en el horizonte. Con el corazón lleno de gozo, el padre salió corriendo, abrazó a su hijo y lo besó una y otra vez, con todo y el mal olor. Luego ordenó a sus sirvientes: «¡Pronto! Consigan mi mejor túnica y vístanlo con ella, y traigan el anillo de la familia y colóquenlo en su dedo, al igual que nuevas sandalias para sus pies. ¡Y traigan el becerro más caro y hagamos una fiesta! Porque mi hijo estaba perdido y ha vuelto a casa».

Luego, sospecho que Jesús hizo una larga pausa, mientras dejaba que los oyentes captaran la asombrosa y casi increíble historia. Después miró a toda esa gente

quebrantada con una sonrisa, asintiendo de manera tranquilizadora, y después fijó la vista en los fariseos.

Así es *mi* Abba, mi Papá. *Ésta* es la razón por la que estoy aquí y por la que recibo a los pecadores y comparto los alimentos con ellos. Pertenecen a mi Padre, Él los ama para siempre, son su familia. Como las ovejas pertenecían al pastor y la moneda pertenecía a la mujer y los dos jóvenes pertenecían a su padre, ustedes pertenecen a mi Padre.

Pero la historia no ha concluido. Porque verán, el hijo mayor, que tenía a la mano su lista de cosas correctas e incorrectas, permaneció en los campos llevando a cabo sus deberes. Escuchó la música y los bailes y llamó a uno de los sirvientes para obtener una explicación. «Tu hermano ha llegado a casa. ¡Tu padre ha ordenado un festín!» Cuando el hijo mayor se enteró del padre y la fiesta que daba, se marchó furioso y vuelto loco. El padre mismo salió a buscarlo e hizo su mayor esfuerzo para convencerle de integrarse a la fiesta. Entonces el hijo le gritó: «¡*Mira bien!* No te he desobedecido ni una sola vez y nunca me has regalado ni un cabrito para festejar con mis amigos. ¡Pero entonces tu hijo, ese que se mezcla con prostitutas, llega arrastrándose desde un país de borrachos y tú te pones en vergüenza corriendo por las calles y recibéndolo de regreso! Incluso oí que besaste a ese indeseable que hiede a porqueriza. «¡*No es justo!*»

Apenado y confuso, el padre vio a su hijo a los ojos. «Hijo mío, siempre has estado aquí *conmigo y siempre* te he dado todo lo que tengo. ¿Cómo es posible que no te regocijes de tu hermano? Porque estaba muerto y ahora ha empezado a vivir. Estaba perdido para mí, pero ahora lo he encontrado.»

No se dice qué sucedió cuando Jesús terminó de contar estas historias, pero con toda seguridad la gente quebrantada se llenó de alborozo y de gritos azorados de esperanza. Nunca habían oído hablar de un padre así. Se identificaron con la oveja extraviada, la moneda perdida y el hijo menor. Y Jesús les estaba diciendo que su padre los aceptaba y los amaba, del mismo modo que el patriarca judío había amado a su hijo perdido. Como el pastor, el *Abba* de Jesús ha ido a buscar a su oveja perdida. Como la mujer, el Papá de Jesús ha registrado toda la casa del universo para encontrar su moneda perdida. Y como el padre judío, el *Abba* de Jesús nos ha abrazado y besado en nuestra vergüenza, y en su dicha ha ordenado un festín. Entonces, ¿cuál es la diferencia entre una mujer afroestadounidense que abraza a un hombre blanco, quebrantado y furioso, y un padre judío que abraza a su hijo descarriado? Ambas son imponentes imágenes de la verdad.

Paul Young no está diciendo que Dios *sea* una mujer negra, más de lo que Jesús decía que Dios es un patriarca judío. Pero ambos utilizan una sorprendente historia para ayudarnos a conocer la verdad exacta acerca del Padre de Jesús y la realidad sobre quiénes somos nosotros.

¿Y qué pasa con los hermanos mayores del mundo, los fariseos que crearon su propio camino religioso hacia Dios, que hacen listas y las siguen al pie de la letra? Sospecho que Jesús contó estas historias principalmente para los fariseos. Por esa razón la historia del hijo mayor está al último. Jesús sabe que su Papá es «especialmente afecto» también hacia ellos. Le pertenecen, igual que los recaudadores de impuestos y los pecadores; de hecho, el padre en la historia abrazó a su hijo mayor en su orgullo religioso, implorándole con la fuerza del Espíritu que se integrara a la fiesta.

Me pregunto si los fariseos entendieron ese concepto; me pregunto si se vieron a sí mismos en el hermano mayor. Jesús está en los brazos del Padre abrazándonos a todos, incluyéndolos a ellos. Es el corazón del Padre que implora a aquellas personas religiosas

entre nosotros a que hagan a un lado sus listas contables y aprendan de él cómo es el corazón de su Padre. Jesús es la «riqueza» que se divide entre los hijos. Como Mackenzie, que tiene más en común con los fariseos que con el hijo descarriado, el Padre ya ama e incluye también a los fariseos.

Notas

1 David King, reseña de *The Shack* (La cabaña), Leadershipjournal.net.

2 Véase Lucas 15. Sobre el tema del padre y sus hijos, tanto el pródigo como el religioso, consulta mi libro *Parable of the Dancing God*, disponible como descarga gratuita en nuestro sitio web perichoresis.org. También está disponible por medio de InterVarsity Press.

3 Lucas 15:1, *The Message*.

4 Lucas 19:5.

5 Lucas 15:2.



3

LUCES DE LEWIS

*Sarayu comenzó a canturrear la misma evocativa tonada
que Mack ya le había oído a Papá...
Esa melodía conmovió profundamente a Mack,
tocando de nueva cuenta a su puerta.*

—La Cabaña

Como ya se habrán dado cuenta para este momento, sospecho que las huellas de C. S. Lewis se pueden localizar por toda *La cabaña*. Y en ninguna parte son más evidentes que en la cautivadora escena en que Papá atraviesa el portal y eleva a Mackenzie por los aires con un abrazo tan grande como todo el universo. Esta escena deriva de un viaje largo y cruel que atraviesa por vericuetos de gran dolor, hasta llegar al descubrimiento del amor del Padre, el Hijo y el Espíritu, y la libertad *de ser*.¹ Tanto Young como Lewis escribieron desde la perspectiva de hombres adultos que aprendieron de nuevo a jugar; como alguien dijo acerca del estilo literario de Lewis, escribe «como si lo disfrutara».²

Durante largas horas he escuchado a Paul compartir su historia en tres países diferentes. Siempre es igual. Su voz suena como una combinación de Kevin Costner y Tom Hanks, y su sonrisa es como la de Donald Sutherland, como si supiera algo que los demás no saben pero están a punto de descubrir, y disfruta cada minuto mientras despiertan y lo descubren. Paul sabe que Papá es bueno, que te acepta como eres y que sabe que tú no crees que así sea. En mi caso, la voz de Paul, su sonrisa y su mirada con que expresa su anticipación de la sorpresa en los demás, se conjuntan en el grito que Papá lanza al decir: «¡Mackenzie Allen Phillips!», en el portal de la cabaña.

Dentro de todos nosotros existe un sueño roto, «nuestro secreto inconsolable»,³ como lo llama Lewis, que nos es tanpreciado que lo protegemos con mil defensas. «Es un secreto que tanto nos lastima», dice Lewis, «que nos vengamos de él poniéndole

nombres como Nostalgia y Romanticismo y Adolescencia».⁴ Sabemos que estamos hechos para la gloria, pero solamente hemos conocido indicios de su dicha. En medio de la vida ansiamos más, algo nos falta; la creación está encendida con una gloria que no podemos tocar, pero que sabemos es nuestra. Nos conmueve una música antigua, pero no podemos encontrar la gran danza; entonces «languidecemos», como dice Lewis.⁵ Pero ese languidecimiento es algo casi intolerable, de modo que enterramos ese anhelo y protegemos nuestro sueño dejándolo en un estado de inconsciencia.

En mis tiempos de estudiante en la Universidad de Misisipi, alguna vez me topé con la Señorita Misisipi. La conocía de ocasiones anteriores y nos saludamos. Era alrededor de la época del Baile de Bienvenida a la universidad, así que mientras charlábamos, le pregunté si ya tenía pareja para la gran fiesta del fin de semana. Ella pensó por un instante y luego respondió:

—Baxter, no tengo pareja; de hecho, nadie me ha invitado jamás a salir.

Estaba asombrado.

—¿Cómo es posible que tú no tengas una pareja para el baile? Hubiese supuesto que tu teléfono no dejaría de sonar.

—No sé —respondió—, nadie me llama.

De vez en cuando pensaba en lo extraño que era que esa chica, en ese momento reina de la belleza de Misisipi, no hubiera tenido una pareja. Un día entendí. Hablar por teléfono a alguien como ella y pedirle que salga a cenar con uno implica un gran riesgo. Es muy poco común que uno se sienta bien con un «no» como respuesta, aunque se diga en forma amable; pero de alguna manera parece más doloroso que el «no» provenga de alguien que tiene prestigio. Quizás es mejor no arriesgarse y conformarse con otra cosa.

¿Qué tal si las grandes promesas del Nuevo Testamento sobre una vida de abundancia, el río de agua viva, el amor, el reino de la justicia, la dicha y la paz en el Espíritu Santo resultan una farsa y un engaño de los dioses? ¿Qué tal si como conclusión de nuestros anhelos encontramos una puerta cerrada? ¿Qué tal si escuchamos ese temido y apabullante «no»? ¿Qué tal si finalmente nos perdemos por completo del gran baile? Mejor no escuchar la música. Mejor colgar el teléfono. Mejor enterrar ese sueño.

En este mundo es mejor mantener a raya tales ideas románticas. «Madura», nos decimos a nosotros mismos, «haz a un lado esas tonterías y sólo sigue adelante». Quizá es mejor transigir en los anhelos de nuestro corazón y vivir una vida a medias que arriesgarse a la posibilidad de tan amarga decepción. Pero luego escuchamos un rumor en el aire, una frase en una canción; vemos una sonrisa o un atardecer, o leemos la escena en que Papá grita el nombre de Mackenzie o escuchamos la «evocativa tonada» de Sarayu (117, 248) y nuestro interior tiembla con esperanza. Nuestro sueño ha despertado.

Tal es la carga de estar vivos. ¿Cómo podríamos atrevernos a correr ese riesgo? No existe dolor más amargo que la muerte de un sueño profundamente ansiado y no existe temor tan espantoso como su despertar sin esperanza. ¿Pero qué tal si Papá es real?

¿Qué tal si Jesús siente gran emoción de que conozcamos a su Padre con él? ¿Qué tal si el Espíritu Santo está resuelto a que vivamos en la libertad del abrazo de Papá?



Lewis era un académico muy poco común que puso su enorme mente al servicio del dolor en su corazón, hasta que finalmente «lo sorprendió la alegría».⁶ Como tal, sus escritos son un canto a los anhelos del corazón.⁷ Sabe acerca de nuestro sueño y conoce la verdad; estaba consciente de «casi cometer un acto impúdico»⁸ al sacar a relucir nuestro secreto inconsolable. ¿Pero cómo podría permanecer callado un hombre que se ha encontrado con el Papá de Jesús?

Cuando Lewis era un niño en Irlanda quedó embelesado por un encuentro que es demasiado bello como para describirlo con palabras. Fue apenas un instante pasajero, pero fue real y, según él mismo comenta, «en cierto sentido, todo lo demás que me sucedió alguna vez palidece en comparación».⁹ Por suerte, nunca lo dejó ir y toda su vida se convirtió en una larga búsqueda para descubrir de qué se trataba ese encuentro y otros encuentros similares que tuvo en su juventud. Llegó a llamarlos las «punzadas de la alegría». Es una «punzada» porque es dolorosa, pero es de «alegría» porque incluso el dolor de la punzada era mejor que cualquier otra cosa en la vida. ¿Pero qué fue lo que encontró Lewis? ¿Cuáles fueron las «punzadas de la alegría»? ¿Cuál es nuestro secreto inconsolable? ¿De qué trata exactamente nuestro sueño? Tiene que ver con la sonrisa de Papá, y Lewis ha escrito bellamente sobre el tema.

En su famoso sermón, *El peso de la Gloria*, ahora publicado en forma de ensayo independiente, uno de los sermones más hermosos que se han escrito, puedes encontrar tres discernimientos profundos acerca de nuestro sueño inconsolable. El primero es al que podría llamársele el deseo de recibir el bautismo. No me refiero al bautismo en el sentido de usar agua o de un sacramento eclesiástico; me refiero al bautismo en el sentido de sumergirse en algo hasta el grado en que estés totalmente lleno de ello. Lewis hablaba sobre la belleza, el simple placer de observar algo bello, y sobre la manera en que el hecho de verlo nos induce a querer más. Y seguramente este *querer más* es parte de lo que despierta en nuestros corazones al leer sobre el abrazo de Papá.

No queremos simplemente *ver* la belleza, aunque –Dios bien lo sabe– eso sea gracia suficiente. Queremos algo más que es casi imposible de expresar en palabras: acoplarnos a la belleza que vemos, entrar en ella, recibirla dentro de nosotros, bañarnos en ella y convertirnos en parte suya. Esa es la razón por la que hemos poblado los aires, la tierra y las aguas con dioses y diosas, con ninfas y elfos; para que, aunque no nos sea posible a nosotros, estas proyecciones encarnen en sí mismas la belleza, la gracia y el poder de las cuales es reflejo la naturaleza. Por esta razón es que los poetas nos dicen tan encantadoras mentiras. Hablan como si el céfiro pudiera barrer literalmente dentro de un alma humana; pero no puede. Nos cuentan que «la belleza que nace del sonido rumoroso» puede reflejarse en un rostro humano; pero no puede.¹⁰

Creo que a lo largo de los años debo haber leído este párrafo cien veces. Tiene tantas cosas. Analiza las palabras: «acoplarnos a la belleza que vemos, entrar en ella, recibirla

dentro de nosotros, bañarnos en ella y convertirnos en parte suya». Y me pregunto si Lewis tiene razón al sugerir que nuestros cuentos de hadas tratan en realidad sobre este profundo sueño, si son proyecciones de los anhelos de nuestro corazón. El anhelo no se refiere tanto a la belleza como a sentirse llenos, bautizados. ¿Pero llenos de qué?

En *Mero cristianismo*, Lewis señala la distinción bíblica entre *bios* y *zoe*.¹¹ Aunque ambos términos se traducen como «vida» en las biblias inglesas, significan dos cosas diferentes. Lewis dice que los seres humanos en condición natural, salidos del vientre de sus madres, tienen *bios* –vida biológica–, pero no *zoe*, o vida espiritual. Según Lewis, la diferencia entre ambos es como la que hay entre una fotografía y un paisaje verdadero, entre una estatua y un hombre real.¹² Podemos decir que es la diferencia entre el Mackenzie quebrantado, triste y enojado, y el Mackenzie que ha sido abrazado y es motivo de deleite para Papá, Jesús y Sarayu.

«Este mundo es el taller de un gran escultor», escribe Lewis. «Somos las estatuas y por el taller corre el rumor de que algún día algunos de nosotros cobraremos vida».¹³ Lo que ansiamos que nos llene es la verdadera vida espiritual, no el *bios*, sino el *zoe*. ¿Pero qué es la vida espiritual? ¿Qué es *zoe*?

El segundo aspecto del anhelo sobre el cual escribe Lewis en *El peso de la Gloria* tiene que ver con la reunión. Es el anhelo de «reunirse en el universo con algo de lo que ahora nos sentimos separados»¹⁴ y de «ser reconocidos y encontrarnos con alguna respuesta».¹⁵ En este punto, Lewis pasa de la abstracción a aquello que es personal y relacional, de las discusiones sobre llenarse y alcanzar la plenitud, y de vivir para ser notado, escuchado y conocido, para alcanzar la comunión.

Pero existe una tercera dimensión. No es la mera comunión lo que ansiamos, sino una comunión de cierto tipo. En el ensayo, Lewis habla sobre la gloria en términos de fama; no la fama de Hollywood, «no la fama», dice Lewis, «que nos confieren las demás criaturas como nosotros», sino una fama que tiene una naturaleza mucho más profunda: «fama con Dios, aprobación o (podría decir) “aprecio” de Dios».¹⁶ Lewis elabora el concepto:

Nada es más obvio en un niño –no en el niño arrogante, sino en un buen niño– que su enorme y evidente placer al recibir un elogio.¹⁷

Complacer a Dios... ser un ingrediente real en la felicidad divina... ser amado por Dios y no simplemente invocar su lástima, sino provocar su deleite, como el artista que se deleita en su obra o el padre que se deleita en su hijo, parece imposible, es un peso, una carga de gloria que nuestros pensamientos difícilmente pueden soportar. Pero así es.¹⁸

Lewis pasa del anhelo como deseo de llenarse (bautizarse) al deseo de reunirse, reconectarse y ser conocido (comunión), y ahora al deseo de ser motivo de emoción para el corazón de Dios. Al combinarse estas tres cosas uno se acerca no sólo al alma del universo, sino también a ponerle nombre a nuestro secreto inconsolable. Cuando Papá abraza a Mackenzie, nuestro mundo interior salta de esperanza de que eso también nos pueda ocurrir a nosotros; lo que deseamos es ver que Papá nos sonría; queremos deleitar el corazón del Padre y llenarnos tanto de su placer, que nuestro ser entero baile de gusto.

Y *eso* nos pone a una distancia mínima de la Santísima Trinidad y del gran baile con el Dios Trino, por no mencionar el asombroso sueño que tiene la Santísima Trinidad para la raza humana.

Lewis quedó conmocionado con esto; dijo que nunca le cruzó por la mente que lo que anhelaba era a Dios. «No se me concedió ni el menor indicio de que hubiese habido o pudiese haber alguna vez una conexión entre Dios y la Alegría.»¹⁹ Pero gradualmente empezó a adquirir conciencia de que detrás de todo el universo había Algo vasto y profundo, antiguo y hermoso, y totalmente vivo.

Y, por cierto, quizá ésa sea la diferencia más importante entre el cristianismo y las demás religiones: que el dios del cristianismo no es una cosa estática –ni siquiera es una persona– sino una actividad dinámica y pulsante, una vida, casi una especie de pieza dramática. Casi, y no quiero parecer irreverente, un tipo de danza.²⁰

Detrás del anhelo de Lewis y de nosotros está «la primera danza», la danza original, la comunión con el Padre, el Hijo y el Espíritu. Esta comunión no es aburrida, carente de felicidad, triste o vacía, y seguramente no es religiosa. Es una comunión viviente de pasión, gozo y amor; de creatividad, música y felicidad; de gloria, unidad y vida: *zoe*.

El anhelo secreto de nuestras almas es que nos atraigan a este círculo y nos concedan un sitio ahí dentro: ingresar ahí, bañarnos ahí y llenarnos de *esa* vida; que se nos note, se nos conozca y se nos abrace; que compartamos el gozo y el placer mismos que el Padre siente por su amado Hijo; que compartamos su dicha junto con el Espíritu, y que vivamos en su libertad. Como señala Lewis: «Toda la danza o pieza dramática o patrón de conducta de esta vida tripersonal ha de ejecutarse en cada uno de nosotros».²¹

Tal idea es casi increíble, pero creo que está metida dentro de nosotros y está envuelta en una caja etiquetada como «demasiado riesgoso». Este anhelo es casi insoportable. ¿Qué podría ser más doloroso que tener esperanza de tal sueño y luego perderlo? ¿Y quién de nosotros cree en verdad que pudiéramos ser «un ingrediente real en la felicidad divina»? ¿Por qué Dios nos sonreiría? Así que enterramos nuestro sueño y seguimos con la vida. Luego leemos acerca del grito de Papá, lleno de tal pasión y amor y gozo, y el sueño se despierta.

Es doloroso tener la esperanza de que pudiese ser así... ¿Pero qué sucedería si fuera cierto?

Notas

1 Para una maravillosa canción al respecto, véase «Free to Be Me» de Dave Lingenfelter en songsfromtheshack.com.

2 C. S. Lewis, *The Grand Miracle and Other Selected Essays on Theology and Ethics from "God in the Dock"*, Walter Hooper (ed.) (Nueva York, Ballantine Books, 1970), p. 156. (En español: *El Gran Milagro y otros*

ensayos selectos de teología y ética de «Dios en el Banquillo», RIALP, Madrid, 1996.)

3 C. S. Lewis, *The Weight of Glory: And Other Addresses* (Grand Rapids, Eerdmans, 1965), p. 4. (En español: «El peso de la gloria», en *El Diablo propone un brindis*, RIALP, Madrid, 2002.)

4 *Idem*.

5 *Ibid.*, p. 11.

6 *Surprised by Joy: The Shape of My Early Life* es el título de la autobiografía de Lewis (Londres y Nueva York, Harcourt, Brace, 1956). (En español: *Sorprendido por la alegría: el perfil de mis primeros años*, Andrés Bello, Santiago de Chile, 1994.)

7 Gran parte de este capítulo es una reelaboración de mi ensayo «From Ghosts to Persons: C. S. Lewis' Vision of the Christian Life». Este ensayo está disponible para descarga gratuita en nuestro sitio web: perichoresis.org.

8 Lewis, *The Weight of Glory*, p. 4.

9 Lewis, *Surprised by Joy*, p. 16.

10 Lewis, *The Weight of Glory*, pp. 12-13.

11 C. S. Lewis, *Mere Christianity* (Nueva York, Macmillan, 1952), pp. 139-140. (En español: *Mero cristianismo*, 4ª ed., RIALP, Madrid, 2005.)

12 *Ibid.*, p. 140.

13 *Idem*.

14 Lewis, *The Weight of Glory*, p. 12.

15 *Ibid.*, p. 11.

16 *Ibid.*, p. 8.

17 *Ibid.*, p. 9.

18 *Ibid.*, p. 10.

19 Lewis, *Surprised by Joy*, p. 230.

20 Lewis, *Mere Christianity*, p. 153.

21 *Idem*.



4

¿QUÉ HAY EN UN NOMBRE?

*Nadie sabe de qué horrores he salvado al mundo,
porque la gente no puede ver lo que no sucedió.*

—Papá

Sólo Dios sabe cómo es posible que un chico del sur de Misisipi pueda ser un fanático acérrimo de los Vikingos de Minnesota, pero yo lo era.¹ Y mi mamá y mi papá me dieron el regalo inaudito de ir a Nueva Orleans para ver a mis amados Vikingos jugar en vivo contra los Santos, a quienes en aquel tiempo se les conocía como los «Faltos» (por suerte, los tiempos han cambiado).

Las tres horas de recorrido hasta Nueva Orleans me parecieron como un día eterno, pero finalmente llegamos y mi papá estacionó el auto. Tomamos un tranvía al viejo estadio Tulane; era una tarde magnífica y el juego fue todo lo que alguna vez soñé, incluyendo una victoria decisiva de mi equipo favorito.

Después del partido, caminábamos por la rampa de salida cuando de pronto me asomé sobre el barandal y vi tres camiones en fila. Reconocí a los enormes hombres que abordaban los autobuses como los mismos jugadores de los Vikingos. Sin pensarlo, corrí por la rampa y de alguna manera me abrí camino hasta los jugadores; de hecho, le di la mano a Carl Eller y estuve a centímetros de distancia de Alan Page y de Wally Hilgenberg. Y Bud Grant, el entrenador del equipo, estaba a menos de metro y medio de distancia de mí; al inclinarme para que me firmara un autógrafo, se le cayó el sombrero y yo lo levanté del piso y se lo entregué. No hace falta decir que me sentía en el cielo.

Uno por uno, los autobuses empezaron a alejarse; recuerdo haberlos observado pasar junto al estadio y dar vuelta a la izquierda, y luego desaparecieron de la vista. Cuando se fue el último autobús, el mayor de todos los temores estrujó mi pequeño corazón. De pronto me di cuenta de que no tenía idea de dónde estaban mis padres y, peor aún, de

que ellos no tenían idea de dónde estaba yo. Miré hacia todas partes y no había nadie más. Hasta la fecha es un misterio cómo desapareció con tal rapidez la multitud que rodeaba los camiones, pero así fue. No había otro ser humano a la vista; quedé atrapado en un pánico absoluto y en cuestión de segundos estaba enloquecido de miedo. No tenía idea de qué hacer; el corazón me latía tan rápido que no podía ni pensar.

Con doce años de edad, me encontraba en el estadio Tulane de Nueva Orleans cuando estaba a punto de oscurecer. Estaba lejos de ser un niño avezado en la vida urbana, pero en lo profundo de mi alma sabía que me hallaba en problemas. En algún momento se me ocurrió buscar a un policía, pero no había ninguno. No podía encontrar a nadie, no digamos un policía, y caminé al menos tres veces alrededor de todo el estadio.

En ese momento ya estaba frenético y llorando a lágrima viva. Había muchas casas alrededor, pero ni siquiera pensaba que fuera posible ir a alguna de ellas para pedir ayuda. Lo único que se me ocurrió hacer fue tratar de encontrar el camino de regreso al auto. Pensé en el tranvía que nos había llevado al estadio, ¿pero cuál era? Norte y sur carecían de significado para mí en las calles de Nueva Orleans y de todas maneras no tenía idea de qué dirección tomar; ni siquiera recordaba los nombres de las calles. Pero tenía un poco de dinero en el bolsillo, así que encontré un tranvía, me subí en él y le dije al conductor que estaba perdido. Me indicó que pasara a la parte trasera del tranvía y mantuviera los ojos bien abiertos, y si reconocía cualquier cosa, que tirara del cable para señalarle que se detuviera.

Mientras el tranvía hacía su recorrido por todo Nueva Orleans, yo saltaba de un lado a otro y presionaba la cara contra las frías ventanas, esperando, solamente esperando, ver algo que pudiera reconocer: un árbol, un edificio, una calle, un auto estacionado, quién sabe, incluso a mis padres. Pero eso no sucedió. Seguí todo el recorrido del tranvía hasta que regresó al estadio.

—Hijo —dijo el conductor—, ya dimos toda la vuelta. ¿Qué quieres hacer?

Sin saber qué más podría hacer, me bajé y caminé alrededor del estadio hasta donde habían estado los autobuses. Solo y muerto de miedo, me senté sobre un montón de hojas debajo de un roble. Recuerdo haber estado jugueteando con una varita y llorando, pero ya no tenía más lágrimas. Era una cosa lamentable.

Sin embargo, las cosas empeoraron. Mientras estaba sentado ahí, con los doce años de mi vida que pasaban ante mis ojos, de pronto se apagaron las luces del estadio. Nunca había experimentado oscuridad comparable con esa. Casi cuarenta años después, sigo viendo las sombras acechantes que corrían veloces por todo el lugar y sigo oliendo el concreto. Y aún puedo escuchar las hojas que se agitan con el viento frío. No sé cuánto tiempo permanecí sentado ahí, pero me parecieron horas y seguramente fueron más que el eterno viaje hasta el estadio. Estaba oscuro y yo muy solo y con mucho frío.

De pronto, las luces del estadio se encendieron. Y antes de darme cuenta de qué pasaba, ya estaba de pie y corriendo al otro lado del estadio. Debía haber alguien que encendió las luces, y yo estaba decidido, con todas las fuerzas del universo, a encontrar a

esa persona. Entonces sucedió algo. Sobre el ruido que hacían mis pasos y el fuerte embate de mis temores, escuché el sonido más sagrado de toda Nueva Orleáns. Fue el sonido más sacro que hubiese escuchado en toda mi vida. Era la voz de mi padre que gritó una sola palabra: «¡Baxter!»

Nadie tuvo que decirme qué hacer. Nadie tuvo que decirme qué significaba esa palabra. Nadie tuvo que decirme cómo aplicar la palabra a mi vida. Mi nombre, en aquel grito de mi padre, transmitió toda la esperanza que pueda haber en diez tomos enciclopédicos. El temor abrumador, la búsqueda frenética y la ansiedad, viraron a la izquierda como los autobuses y desaparecieron. Y en su lugar surgió lo más sencillo y maravilloso de todo: seguridad, certeza y tranquilidad.

No tenía manera de saberlo en ese entonces, pero me estaban impartiendo una lección de primera clase sobre cómo vivir la vida. Pasarían muchos años antes de que pudiera empezar a entender la importancia de lo que pasó. La historia es una parábola viviente con dos simples conceptos.

Primero, no se refiere sólo a un niño perdido en Nueva Orleáns que busca con desesperación a su familia; se refiere a *nosotros*, la raza humana. *Estamos* en el tranvía. Es un tranvía llamado Muertos de Miedo, ¿pero quién puede admitirlo? No sabemos quiénes somos o por qué estamos aquí o qué pasará después. Es un mundo que provoca miedo. Y estamos atrapados en un tranvía que viaja en círculos. Escuchamos una y otra vez: «Hijo, ya dimos toda la vuelta. ¿Qué quieres hacer?» Algunos de nosotros nos hemos dado por vencidos y nos dedicamos a entretenernos solos, unos duermen de una manera u otra, algunos se mantienen ocupados, otros pretenden que todo está bien o que ya tienen todo resuelto; pero cuando se escucha un sonido extraño, nos traicionamos a nosotros mismos al mirar por la ventana, con la esperanza de ver algo que nos dé un indicio de nuestro hogar, de esperanza y de paz.

Segundo, mi experiencia traumática en Nueva Orleáns es una representación conmovedora acerca de la verdad de que *la vida* tiene que ver con escuchar que Papá grita nuestro nombre. En realidad no tiene mayor complicación. Cuando escuchamos que el *Abba* de Jesús grita nuestro nombre, bautiza nuestros mundos internos con una certeza extraterrena. En el Nuevo Testamento esta certeza extraterrena se llama *parresia*: confianza, libertad, audacia y convicción. Estamos hechos para vivir nuestra vida con el bautismo de esa certeza; así estamos programados. Por decirlo de algún modo, estamos programados para escuchar al Papá de Jesús. Y cuando lo hacemos, la consecuencia es la paz; la certeza se asienta en nuestras almas y la inesperada alegría llena la habitación de nuestras vidas destrozadas. Vemos con nuevos ojos y vemos la gloria por todas partes.

He escuchado cientos de sermones sobre la «voluntad de Dios», algunos llenos de remordimiento por «conformarse con estar en segundo lugar ante Dios». Creo que la voluntad del Padre, el Hijo y el Espíritu para nosotros es que sepamos lo mismo que Jesús sabe, veamos lo que Jesús ve y experimentemos lo que Jesús experimenta cuando

mira el rostro de su Padre. Considera lo que siente Jesús al ver los ojos de su padre y escuchar: «Eres mi Hijo amado, en quien me he complacido». Me atrevo a decir que no es tristeza ni temor; tampoco ansiedad, terror o desesperanza. Pienso que el alma de Jesús ha sido bautizada de certeza extraterrena, de la libertad, la confianza y la esperanza que nacen del corazón del Padre. Jesús puede vivir la vida en la dicha del bautismo, en la libertad del Espíritu. El sueño de la Santísima Trinidad consiste en que *nosotros* también lo hagamos. Podremos ser madres y padres, amigos y vecinos, golfistas, poetas y jardineros, cavadores de zanjas y maestros, en la certeza de la voz de Papá. *El cielo. Zoe.*

Me encanta la escena de *La cabaña* donde Papá le dice a Mackenzie: «¡Sólo sigue mi voz!» (97). No tiene mayor complicación, pero, ¡ay, Señor!, existen tantas voces. El Papá de Jesús nos ama para siempre y grita nuestro nombre con un rostro sonriente, pero nuestros oídos son tan extraños. Tenemos heridas que vienen de nuestra infancia, escuchamos la decepción en la voz de nuestros padres y los sermones sobre un dios iracundo, junto con el susurro constante de «no soy importante, no soy digno de amor, no soy suficientemente bueno, no estoy bien». Hay divorcios y crisis económicas, abusos y traición de los amigos, y pérdidas abrumadoras que conspiran entre sí para apagar la voz del Padre de Jesús.

Mientras lees esto quiero que busques un espejo y te pares frente a él; quiero que te mires directamente a la cara, viéndote a los ojos, y al hacerlo, quiero que digas en voz alta estas palabras: «Soy bueno». Luego repítelas: «Soy bueno», y después hazlo una tercera vez: «Soy bueno». ¿Por qué es tan difícil decir: «Soy bueno»? ¿Se debe a que hemos llegado a otra conclusión acerca de nosotros mismos, una conclusión basada en las experiencias de la vida real? ¿Se debe a que eso es lo que se nos ha enseñado en la Iglesia? Quizá tenemos una definición de bondad que evidentemente nos excluye; tal vez nos hemos coronado como los máximos jueces de la bondad.

La verdad es que Jesús atravesó todos los mundos para encontrarnos. Se convirtió en lo que somos, ingresó a nuestro mundo de confusión y se subió al tranvía. Logró ubicarse en nuestra oscuridad, en los sitios llenos de temor dentro de nuestra alma, y ahí plantó su tienda para siempre, y trajo al Padre y al Espíritu Santo consigo. No podemos decir: «Soy bueno» porque no conocemos quiénes somos y la gloria que habita dentro de nosotros. Pero gracias a Jesús dentro de nosotros existe la vida trinitaria de Dios, con toda su bondad y su belleza, su justicia y su santidad, su alegría inexpresable, su amor y sus risas. «Soy bueno» porque Jesús y su Padre y el Espíritu Santo me han encontrado y viven dentro de mí.

¿Qué sucederá cuando la gran danza de la vida trinitaria, del amor y la libertad; cuando la belleza, la bondad y la justicia del Padre, el Hijo y el Espíritu –que habitan dentro de nosotros– se suelten, por decirlo de algún modo, para gobernar con desenfreno nuestras vidas y nuestras relaciones, mientras trabajamos y mientras jugamos?

¿Qué está impidiendo que eso suceda? ¿Cuál es el obstáculo? ¿Qué introducimos

dentro de la ecuación de la vida trinitaria que se comparte con nosotros en todo momento? ¿Qué nos impide creer en el grito de Papá? Es simple, pero no es fácil. Como Mackenzie, no tenemos una postura neutral. Traemos un montón de basura a la conversación en la cocina.

Notas

¹ Esta historia se publicó originalmente en mi libro *The Great Dance: The Christian Vision Revisited* (Jackson, MD, Perichoresis Press, 2000; Vancouver, Regent College Publishing, 2005), pp. 81 y ss.



5

LOS DOS DIOSES

*Algún día las almas bondadosas se horrorizarán
frente a las cosas que ahora creen de Dios.*

– George MacDonald

¿Qué hubiera pasado si, en lugar de Papá, el verdadero padre de Mack hubiese sido el que abre la puerta de golpe y se lanza contra él, borracho de nuevo, y con un palo en la mano y los ojos llenos de rabia, listo para darle otra golpiza? El papá de Huckleberry Finn también era un borracho, además de malvado como una serpiente. Cuando Huck escuchaba que su padre gritaba su nombre, corría para salvar su vida. Porque la lección que Mack y Huck aprendieron fue que sus padres no estaban *a su favor*. No existía un bautismo de certeza extraterrena; el suyo era un bautismo de franco temor.

Alguna vez le pregunté a Paul cuál era la frase favorita de su libro. Me respondió de inmediato: «Eso es fácil: *La libertad es un proceso creciente*» (103). Queremos una solución rápida, pero no es así como funciona la vida. La libertad de vivir siendo amado no es del tipo de cosas que suceden de la noche a la mañana. Escuchar a Papá requiere tiempo. Estamos muy heridos y ciegos y cargamos mucho bagaje que nos impide escuchar. La vida, la historia, las guerras y las golpizas, los padres abusivos, los sistemas corruptos y nuestro propio mundo invisible de suposiciones y prejuicios se confabulan en contra nuestra, gritándonos que Dios es como el verdadero papá de Mack y de Huck. No es posible que esté *a favor* nuestro. Y si Dios no está *a favor* nuestro, seguramente no querríamos escuchar que grite nuestro nombre.

Se requeriría un fin de semana completo de amor, aceptación y conversación antes de que Mack pudiese empezar a escuchar la verdad. Y en el caso de Paul, el fin de semana de Mack en la cabaña representa más de una década de su propia vida. El recorrido de Lewis fue muy parecido: dice que su imaginación recibió el bautismo cuando estaba

leyendo uno de los libros de George MacDonald, pero que le tomó años para que el bautismo llenara todo su ser.¹ Existe algo profundo dentro de nosotros que nos dice que no puede ser así, que Dios no puede estar *a favor* nuestro. Incluso Missy, quien llamaba «Papá» a Dios al igual que su madre, pensaba que Dios era «malo» (36) y se preguntaba si ella también moriría. Quizá toda esta charla sobre el amor de Papá sea sólo una idea romántica.

Sin embargo, sabemos que Dios es bueno; en caso contrario, ¿por qué nos importarían un ápice los problemas en la vida? En realidad no habría *problemas*; tan sólo sería la vida, tal y como es. Pero sabemos que no se supone que sea así. Esa es la razón por la que las tragedias nos parecen tan *trágicas* y nos lastiman con tanta saña; sabemos que se supone que la vida sea buena.² Hemos escuchado la música, hemos probado algo que es bello, y de alguna manera sabemos que pertenecemos a ello. Nuestra propia desesperación, nuestra frustración y nuestro dolor nos informan que estamos hechos para la paz. Porque, ¿cómo podría sentirse nostalgia por el hogar si no se ha tenido un hogar? ¿Cómo podríamos desesperar si no sabemos que se supone que estemos destinados a la vida abundante?

Estamos indecisos. Incluso Papá hizo sentir «nervioso» (127) a Mackenzie, y su ofrecimiento de ser el Papá que nunca había tenido «fue al mismo tiempo incitante y repulsivo» (100). Todo se traduce en una pregunta de grave importancia: ¿Dios está realmente a nuestro favor? Veamos esta descripción acerca del Padre de Jesús:

El arco de la ira de Dios está curvado y la flecha dispuesta en la cuerda, y la justicia apunta la flecha a tu corazón, tensa el arco y no es más que el mero gusto de Dios, y de un dios airado, sin promesa ni obligación alguna, lo que impide por un momento que la flecha quede empapada en tu sangre.³

Esta imagen del Padre de Jesús proviene del famoso sermón de Jonathan Edwards, *Pecadores en manos de un dios airado*. Afortunadamente, no representa la visión completa de Edwards, pero por desgracia es el sermón más famoso en la historia estadounidense.⁴ Tiene sentido para nuestras mentes quebrantadas y heridas. No hace falta mencionar que entra en absoluto contraste con el Papá de Young y su amor resuelto. El dios de Edwards está lleno de ira, limitado por una ley de justicia abstracta. Hemos fallado y merecemos sufrir. Dios está furioso. No esperarías que este dios dijese: «¡No sabes qué ganas tenía de verte! Es maravilloso tenerte aquí con nosotros. ¡Ay, ay, cómo te quiero!» (90).

El enojo del dios de Edwards, por terrible que sea, quizá no sea tan malo como su naturaleza arbitraria. Es distante; no tiene obligación con su propia creación. El amor no forma parte esencial de su ser; tan sólo es una opción. No está *a favor* nuestro. Y su *ambivalencia* divina hacia nosotros es lo que nos causa problemas para escucharlo. ¿Por qué no soltaría las flechas? ¿Quién quiere escuchar que este dios pronuncie nuestros nombres? ¿Quién quiere realmente ir con este dios al cielo?

Pero en el Papá de Young no existe ninguna ambivalencia en absoluto; no existe ni una brizna de indiferencia o neutralidad. No existe *quizá* o *tal vez* o *si entonces*... El Papá de

Young está *a nuestro favor*; siempre lo ha estado y siempre lo estará. No tiene siquiera una aljaba donde cargue flechas. El amor es la verdad esencial de su mismo ser: «Yo soy amor» (110); «¡El Dios que es, el Soy el que soy, no puede actuar sin amor!» (111).

Al igual que Mackenzie, la mayoría de nosotros, a pesar de que deseamos creer, tenemos demasiadas sombras y miles de preguntas. ¿Qué hay con respecto a la ira? ¿Qué con la santidad y el juicio, la fe y el arrepentimiento, el cielo y el infierno? No es posible que Dios simplemente nos ame porque así es Él. ¿No tenemos que poner algo de nuestra parte?

Mack supo que lo que oía, por difícil que fuera de entender, era asombroso e increíble. Fue como si las palabras de ella lo envolvieran, abrazándolo y hablándole en formas más allá de las que oía. Esto no quiere decir que en realidad creyera todo eso. Si todo aquello sólo fuera cierto. Pero su experiencia le decía lo contrario (111).

A medida que leía *La cabaña*, en especial las conversaciones sobre la bondad y el amor, me venía una y otra vez a la mente el pensamiento de Atanasio, uno de los héroes de la primera Iglesia. Veamos lo que dice acerca del Padre de Jesús:

El dios de todo es bueno y supremamente noble por naturaleza. Por tanto, es amante de la humanidad.⁵

Como, en consecuencia, las criaturas que Él había creado... de hecho perecían, y tan noble obra iba en camino a la ruina, ¿qué habría de hacer entonces Dios, siendo bueno? ¿Debería permitir que la corrupción y la muerte amenazaran al hombre? En tal situación, ¿qué caso tendría haberlo creado de inicio?... Por ende, era imposible que Dios permitiera que el hombre acabara en la corrupción, porque sería impropio e indigno de Él.⁶

Leí por primera vez a Atanasio cuando era estudiante del último año en la Universidad de Misisipi, como resultado de una nota a pie de página en *Dios en el banquillo*, de C. S. Lewis. Debido a que mis orígenes provenían de la zona fundamentalista del sur en Estados Unidos, me asombró leer las dos afirmaciones que cité anteriormente y muchas otras que descubrí parecidas a éstas. *Este tipo Atanasio, me dije, escribe como si el Padre nos amara en forma apasionada, como si estuviera a nuestro favor y no en nuestra contra*. El dios de Atanasio es todo corazón y está decidido con absoluta resolución a bendecirnos más allá de nuestros sueños más extremos. Es como si fuéramos la razón para toda la creación: la niña de sus ojos. Tiene deslumbrantes sueños para nosotros y no se olvida de ellos. A este Padre no es necesario que Jesús le tuerza el brazo para que nos ame o nos perdone; no es distante, esquivo ni indiferente. Siente gran emoción por su creación y nos ama a todos. Para Atanasio, Jesús es la prueba.

Éste era un mundo diferente y un dios diferente de aquel del calvinismo de mi juventud. El amor simple y puro del dios de Atanasio capturó mi imaginación. Lejos de ser el adusto Juez que siempre observa con actitud de rechazo, o el ser omnisciente sin rostro ni nombre, el Padre de Jesús es bueno y «en consecuencia, es amante de la humanidad». Entonces, ¿qué podrá hacer *este* Padre con su creación cuando Mackenzie Allen Phillips, y tú y yo, estamos atrapados en tan maldita confusión y de camino a la ruina? Lanzar los brazos al cielo y gritarle a Jesús: «¡Ya *sabía* que pasaría esto! ¡Nunca debí permitir que me convencieras de algo tan idiota como crear a los seres humanos! Si

quieres, puedes ir a tratar de arreglarlo, pero sábetelo una cosa: no me importa; que se retuerzan y se mueran en el triste desastre que han creado. Me han ofendido, me dan asco. ¿Dónde está mi aljaba?»

Desde el punto de vista de Atanasio, la idea de desdecirse de sus espléndidos sueños para la raza humana nunca cruzó por la mente del Padre. No es inconstante; no nos concede de mala gana la vida sólo para estar observando por si encuentra la excusa para abandonarnos. Es bueno y, por ende, nos ama para siempre. Por inconcebible que pueda parecernos, antes de la creación del mundo, el Padre, el Hijo y el Espíritu depositaron su amor en nosotros y soñaron con el día en que se nos pudiera incluir nada menos que en su vida y su bondad, en su comunión y en su felicidad, y en el gozo irrestricto que comparten por toda la eternidad. Como Papá le dice a Mackenzie: «Los creamos a ustedes para compartir eso» (107).

Porque era indigno de la bondad de Dios que las criaturas que eran Su obra perecieran a causa del engaño del diablo; y era absolutamente impropio que la obra de Dios en la humanidad desapareciera, ya fuera por su propia negligencia o por engaño de espíritus malignos. Como, en consecuencia, las criaturas que Él había creado... de hecho perecían, y tan noble obra iba en camino a la ruina, ¿qué habría de hacer entonces Dios, siendo bueno?⁷

Cuando Adán cayó, cuando introdujo la independencia y con ésta trajo el caos, la agonía, la miseria y la muerte al mundo que Dios soñaba para nosotros, la respuesta del Padre, el Hijo y el Espíritu fue tan simple como apasionada: «¡No! ¡No! ¡No! ¡No mientras estemos aquí! No *los* creamos para que perecieran, murieran o vivieran en tal dolor, ceguera y quebrantamiento abominables. Los creamos para que compartieran nuestra vida; para que probaran, sintieran, conocieran y experimentaran lo que hemos sabido por toda la eternidad».

Adán decidió seguir su camino, como sabíamos que lo haría, y todo se complicó. Sin embargo, en vez de abandonar toda la creación, nos subimos las mangas y nos metimos hasta el centro mismo del desastre; eso fue lo que hicimos en Jesús (107-108).

El inquebrantable corazón de Papá refleja el amor apasionado del dios de Atanasio, y poner a ambos en agudo contraste con el dios de Edwards nos ayuda a ver los efectos de la confusión en nuestros propios corazones; o cuando menos podemos ver una dualidad. Como una caja de aparejos de pesca que se ha volteado vaciando su contenido, las dos imágenes de Dios dejan a nuestras creencias hechas una maraña. ¿Cómo podemos escuchar al Papá de Jesús gritar nuestro nombre, y cómo podemos creer en ello cuando logramos oírlo, si en nuestra mente debaten dos dioses muy diferentes? Me temo que la situación es aún más complicada, ya que nuestros conceptos sobre Dios moldean nuestro entendimiento de sus razones para crearnos, de quiénes somos, de qué sucedió en el caso de Adán y luego con Jesús, y de la misma naturaleza de la vida, por sólo nombrar unos pocos.

Y hay otra pregunta acechando por ahí: ¿cómo hemos desarrollado nuestras ideas acerca de Dios? ¿Quién nos habló al respecto? ¿Fueron nuestros padres, nuestra Iglesia,

un líder religioso o la Biblia, o nuestras ideas de Dios son una compilación de diversos conceptos que simplemente nos parecen correctos? ¿O provienen de nuestras heridas? Quizá nuestra perspectiva de Dios, como la de Mack, está influida por figuras icónicas como Gandalf (80) o Santa Claus. ¿O podría ser que nuestro dios sea nuestra propia imagen, descrita en letras mayúsculas y proyectada a los cielos, como le dice Papá a Mack?

El problema es que muchas personas tratan de entender en cierta medida lo que soy tomando la mejor versión de sí mismas, proyectando eso al enésimo grado, factorizando toda la bondad que pueden percibir, que a menudo no es mucha, y luego llaman Dios a eso. Y aunque esto podría parecer un noble esfuerzo, la verdad es que es lastimosamente insuficiente en cuanto a lo que en realidad soy. No soy sólo la mejor versión de ti que puedes pensar. Soy mucho más que eso, arriba y más allá de todo lo que puedes pedir o pensar (107).

Para Mackenzie, escuchar a Papá era en gran parte eliminar sus ideas que le eran ajenas. Como afirma Papá en una declaración simple, pero cargada de significado: «No soy quien tú crees, Mackenzie» (105).

Notas

1 Véase C. S. Lewis, *Surprised by Joy: The Shape of My Early Life* (Nueva York, Harcourt, Brace, 1956), p. 181. (En español: *Sorprendido por la alegría: el perfil de mis primeros años*, Andrés Bello, Santiago de Chile, 1994.) También la introducción de Lewis para *Lilith*, de George MacDonald (Grand Rapids, Eerdmans, 2000), p. xi. (En español, *Lilith*. Edhasa, Colección Fantásticas, Barcelona, 1988.)

2 Para una discusión adicional, véase mi libro *The Great Dance: The Christian Vision Revisited* (Jackson, MD, Perichoresis Press, 2000; Vancouver, Regent College Publishing, 2005), pp. 88 y ss.

3 Jonathan Edwards, «Sinners in the Hands of an Angry God», en *The Works of Jonathan Edwards*, vol. 2 (Edimburgo, Banner of Truth Trust), p. 9.

4 Jerry Falwell clasifica en primer lugar el sermón de Edwards en su libro *25 of the Greatest Sermons Ever Preached* (Grand Rapids, Baker, 1983). Debemos señalar cómo se lamenta George MacDonald acerca de dicho sermón: «Doy la espalda con repulsión a todos los ejemplares de la representación que nos da Jonathan Edwards de Dios, sin importar cuán marchitos estén por el tiempo y cuán suavizados estén por el uso de pigmentos menos brillantes». En sus *Unspoken Sermons: Series I, II, III* (Whitethorn, CA, Johannesen, 1999), p. 540.

5 En Khaled Anatolios, *Athanasius: The Coherence of His Thought* (Londres, Routledge, 1998), p. 40.

6 Atanasio, *On the Incarnation of the Word of God* (Londres, A. R. Mowbray, 1966), § 6. (En español: *La Encarnación del Verbo*, Ciudad Nueva, Biblioteca de Patrística 6, Madrid, 1997.)

7 *Ibid.*, § 6.

SEGUNDA PARTE



JESÚS, SU PADRE Y EL ESPÍRITU SANTO



6

RESUMEN DE LA VISIÓN TRINITARIA

*El corazón del Nuevo Testamento está en la relación
entre el Padre y el Hijo en el Espíritu Santo.*

—James B. Torrance

El encuentro de Mackenzie con Papá, Sarayu y Jesús representa un fin de semana dentro de una historia mucho, pero mucho más grande. Como hemos visto, ese fin de semana significa once años en la vida de Paul. Pero tanto la vida de Paul como el fin de semana de Mackenzie se colocan dentro de la narrativa más amplia de los propósitos del Dios Trino para la raza humana. La hermosa representación de la relación entre Jesús, Sarayu y Papá (114, 127 y ss.) —su naturaleza no jerárquica (126 y ss.), su sorprendente libertad para aceptar a Mackenzie con su enojo, su dolor y su falta de fe (92 y ss.), las estremecedoras cicatrices de rasguños en las muñecas de Papá (104, 111, 116, 177, 237) y el profundo comentario de Jesús de que él no vino para ser un ejemplo a seguir, sino para compartir su vida con nosotros (153, 120 y ss.)—, todo señala a un asunto más grande.

Debemos tomarnos tiempo para pensar en lo anterior; si no lo hacemos, estamos propensos a pasar por alto la naturaleza sanadora que posee y nos ofrece la historia. Esto es importante y muy pertinente para nuestras vidas, nuestras penas y nuestra libertad.

La visión más amplia de Paul se arraiga en «la teología evangélica de la antigua Iglesia católica»,¹ por tomar prestada una frase del teólogo Thomas F. Torrance. Esta visión te incluye a ti, a mí y a todas las demás personas que habitan el planeta en una relación imponente con el Padre de Jesús: el Papá que siempre quisimos. Es trinitaria, relativa a la Encarnación, de naturaleza relacional, absolutamente bíblica, centrada en Cristo y cósmica. Es la verdad que se narra en cada frase del libro de Paul. Quiero explorar esta

visión trinitaria como una manera de abrir nuestros ojos al contexto más amplio del libro, de modo que tengamos una estructura para comprender los diversos temas y aspectos que se presentan en *La cabaña*. Pero primero intentaré resumir brevemente la visión trinitaria.



Desde el principio de la eternidad, Dios no está solo y aislado, sino que vive como Padre, Hijo y Espíritu Santo en una comunión rica y gloriosa de absoluta unidad. No existe vacío en este círculo, ni depresión, temor o inseguridad. La vida trinitaria es una gran danza de intimidad y conexión sin cadenas, impulsada por un amor apasionado, de total entrega, centrado en el otro y de mutua complacencia. Esta vida es única, y es buena y correcta. Está llena de música y felicidad, de bienaventuranza y paz. Y este amor, que da origen a tal comunidad, comunión y unidad, es la matriz del universo y de la humanidad que lo habita.

La asombrosa verdad es que este Dios Trino, en sorprendente y generoso amor, está decidido a abrir el círculo y compartir la vida trinitaria con otros. Como Papá le dice a Mack: «Queremos compartir contigo el amor y la alegría y la libertad y la luz que ya conocemos dentro de nosotros mismos» (135). Ésta es una razón única, eterna y perdurable, para la creación del mundo y de la vida humana. No existe otro dios, ninguna otra voluntad de Dios, ni un segundo plan, ni tampoco un oscuro designio para los seres humanos. Antes de la creación del mundo, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo depositaron su amor en nosotros y planearon que compartiéramos, conociéramos y experimentáramos la vida trinitaria en sí. Para este fin, fue convocado el cosmos para que cobrara vida, se creó la raza humana y Adán y Eva recibieron un sitio en la llegada de Jesucristo, el Hijo del Padre, en quien, y a través del cual, se lograría el sueño de nuestra adopción.

Antes de la creación, se decidió que el Hijo cruzaría todos los abismos entre el Dios Trino y la humanidad, y que establecería una unión real y perdurable con nosotros. Jesús estaba predestinado a ser el mediador, Aquel en quien, y a través del cual, la vida misma del Dios Trino entraría en la existencia humana y la existencia humana se elevaría para compartir la vida trinitaria.

Cuando Adán y Eva se rebelaron, lo cual abrió paso al caos y a la miseria dentro de la creación de Dios, el Padre, el Hijo y el Espíritu no abandonaron su sueño, sino que incorporaron maravillosamente nuestra oscuridad y nuestro pecado en la trama de la próxima Encarnación. Cuando el Hijo del Padre adquirió la condición humana, se doblegó para soportar nuestro enojo y nuestra extraña ceguera, y al entregarse para sufrir la muerte homicida por nuestra propia obra, estableció una relación real y perdurable en el peor momento de la humanidad caída –y trajo consigo al Padre y al Espíritu Santo–. Fue en Jesús mismo, y en su muerte, causada por nuestras propias manos, que la vida trinitaria de Dios plantó su tienda en nuestro infierno sobre la Tierra, uniendo con eso lo

que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo comparten con todo lo que nosotros somos en nuestro quebrantamiento, nuestra vergüenza y nuestro pecado, adoptándonos así dentro de su círculo de comunión.

En la vida y muerte de Jesús, el Espíritu Santo se abrió camino al sufrimiento y a la ceguera humanos. En nuestros mundos internos destrozados, el Espíritu trabaja para revelar a Jesús *dentro* de nosotros, de modo que podamos encontrarnos con él en nuestro propio pecado y en nuestra propia vergüenza, comenzar a ver lo que Jesús ve, y conocer a su Padre con él. El Espíritu Santo nos revela a Jesús, para que podamos conocer y experimentar la relación de Jesús con su Padre, y liberarnos para vivir en el abrazo del Padre con Jesús. A medida que el Espíritu lleva a cabo su obra, somos convocados a tomar partido con Jesús contra nuestra propia oscuridad y nuestro propio prejuicio, y a dar los pasos de ese «proceso creciente» (103) de confianza y cambio. Al hacerlo, la unción de Jesús con el Espíritu –su comunión con su Padre, su certeza extraterrena, su libertad, su alegría y su poder en el Espíritu–, empieza a expresarse en nosotros, sin disminuir nuestra naturaleza única como personas, sino aumentándola y liberándola para que se exprese en nuestra relación con el Padre, en nuestra relación con los demás seres humanos y, de hecho, con toda la creación, hasta que todo el cosmos sea un sacramento viviente de la gran danza del Dios Trino.

Esta visión trinitaria es la que estructura las creencias esenciales de Young y la que anima cada página de *La cabaña*. Aunque se requerirían veinte tomos para establecer los detalles y los matices de estos conceptos, es importante que nos tomemos un momento para explorar con más cuidado las ideas principales.



En la mayoría de las grandes historias existe un giro del que nadie se percató de antemano; sucede algo que toma por sorpresa tanto a los personajes como a los lectores. Y una vez que ocurre, se transforma la comprensión de la historia. En *La cabaña*, el giro –al menos el principal– es Papá; en la historia bíblica, es la Encarnación del Hijo de Dios. Ninguno de los personajes en el extenso drama de Israel anticipó que Dios llegaría en persona. Aunque no es del todo inconsistente con el amor del Señor de Israel, tal presencia personal no era ni siquiera un parpadeo en el radar de posibilidades de Israel. Después de todo habían pasado cuatrocientos años de silencio profético; ¿quién hubiera soñado con que el Señor en persona aparecería de pronto? Pero según Juan el Bautista, Mateo, Marcos, Lucas y Juan, e incluso el incrédulo Tomás y Saulo de Tarso, eso es justo lo que ocurrió.

Jesucristo no entró a la historia de Israel sólo como un gran profeta, como un sacerdote revolucionario o siquiera como el mejor de los reyes de ese pueblo. Entró a la historia como aquel a quien Israel llamaba «el Señor». La mayor sorpresa del Nuevo Testamento es que el Señor de Israel se volvió humano. El Creador, aquel en y a través del cual, y por y para quien se crearon y se mantienen constantemente todas las cosas,

ingresó a su propia creación y se convirtió en uno de nosotros: *Emanuel* (Dios con nosotros).

En sí misma, la identificación de Jesús con el Señor de Israel, el Creador de los cielos y la tierra, no necesariamente entraba en contradicción con el compromiso no negociable de Israel con el monoteísmo. Seguramente fue una sorpresa y quizá algo increíble, pero simplemente quería decir que el Señor había llegado en persona. *Pero Jesús no estaba solo* y he ahí el dilema, o quizá debería decir *la revelación*, porque el Señor se identificó como «el Hijo» y vivió su vida en relación con Aquel al que llamaba «mi Padre». Y en medio de esta relación notable se desplazaba aquel llamado «Espíritu Santo».

El Nuevo Testamento encaja en la historia de Israel como un pergamino recién encontrado que reformula la historia completa bajo una nueva luz. Está cargado de ideas revolucionarias que demandan reconsideración seria de todo lo que pensábamos saber acerca de Dios, de la creación, y de la vida y la historia humanas. No se presenta como un conjunto de cartas de ancianos que fuman pipas. Hay ahí una sensación de urgencia; existe pasión, existe desorden. Todos los autores se mueven con sigilo, tratando de estirar su imaginación para ver y decir: ¡Jesús sacudió al mundo! Su presencia fue demasiado grande, demasiado imponente, demasiado bella para entenderla; pero tenía que narrarse. Su vida involucró a todo el cosmos y a cada ser humano individual dentro de éste. Y, más importante aún, su presencia involucró a Dios.

Para los discípulos, Jesús no es un mero profeta que anuncia el mensaje divino más reciente. *Jesús es una revolución*. Nótese el primer versículo del Evangelio de Juan: «En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios». Estas tres simples declaraciones conllevan hasta hoy ideas desconocidas e inconcebibles acerca de Dios, que están destinadas a cambiar al mundo. Como buen judío, Juan seguramente conocía el primer versículo de la Biblia hebrea: «En el principio creó Dios los cielos y la tierra».² Pero Juan había conocido a Jesús y vio «su gloria, gloria como del unigénito del Padre».³ Aunque Juan ciertamente coincide con el hecho de que Dios creó todas las cosas, no puede dejarlo solamente en eso, porque ha visto algo que cambió su comprensión de todo. Debemos notar los paralelismos y la diferencia entre Génesis 1:1 y Juan 1:1:

En el principio creó Dios los cielos y la tierra.

En el principio fue el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios.

Luego de haber conocido a Jesús y de contemplar su gloria, Juan toma la impactante decisión de colocar a Jesús con Dios en el principio. Con este giro sin precedentes, Juan completa el concepto de Dios con la idea de relación: el dios que creó no está solo y aislado, sino que existe en relación.

Aunque el mundo antiguo estaba repleto de dioses y diosas, Juan simplemente no está añadiendo otro dios a la lista. El Verbo o el Hijo que estaba en el principio «era con Dios». En este caso, la preposición *con* implica la idea hebrea de estar frente a frente. Es

una idea de relación personal, de intimidad. Al final de su introducción, Juan añade otra imagen para fortalecer este concepto: «A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, *que está en el seno del Padre*, Él le ha dado a conocer».⁴ Esta imagen no es fría ni estéril; sugiere una honda familiaridad, una relación personal y profunda de mutuo afecto, complacencia y amor. Y Juan dice que esta bella comunión existe dentro del mismo ser de Dios y, por ende, enmarca la historia de la creación. El giro de la narración resulta ser doble: primero, Dios ha venido en persona; segundo, este dios es el Hijo de su Padre. En Jesús se invierte el caleidoscopio del pensamiento humano y todas las cosas parecen nuevas, *incluso Dios*. La Encarnación del Hijo eterno del Padre, ungido en el Espíritu Santo, es un resplandor de luz eterna que aclara todo el conocimiento humano acerca de Dios.⁵

Notas

1 Éste es el subtítulo del libro de Thomas F. Torrance: *The Trinitarian Faith: The Evangelical Theology of the Ancient Catholic Church* (Edimburgo, T&T Clark, 1988).

2 Génesis 1:1.

3 Juan 1:14.

4 Juan 1:18; cursivas del autor.

5 Para más sobre este concepto, véase Thomas F. Torrance, *Space, Time and Resurrection* (Edimburgo, Handsel Press, 1976), pp. 42 y ss.



7

JESÚS Y SU PADRE

De cierto, de cierto os digo: No puede el Hijo hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre... Porque el Padre ama al Hijo, y le muestra todas las cosas que Él hace.

—Jesús

Desde el principio, la Biblia hebrea proclama a Dios como el Creador de los cielos y la tierra, y en ningún momento da la impresión de que el Señor esté apenas marginalmente interesado en su creación. Dios no es una divinidad abstracta, un creador deísta que hace el universo, lo pone en movimiento y luego se retira para que su creación cuide de sí misma, y después siga su camino. Dios tampoco es un legalista que aparece el tiempo suficiente para otorgar un conjunto de reglas sagradas y en seguida se aleja con la amenaza de un ajuste de cuentas final en el futuro. El dios de la Biblia es un dios comprometido, es el dios *de* Abraham, Isaac y Jacob; el dios de la alianza; el Señor, quien condescendió en su gracia para convocar a Abraham a su lado y formar una relación con Abraham e Israel.

Sin embargo, aun si tomamos en cuenta el compromiso personal de Dios y el maravilloso cuidado que ha tenido hacia su pueblo y la relación que ha formado con éste, de todos modos existe siempre una profunda distancia entre Él e Israel. Incluso a Moisés, el siervo arquetípico del Señor, sólo se le permitió ver las «espaldas» de Dios.¹ Y el Sumo Sacerdote, a quien el Señor elegía para ministrar en su presencia, sólo podía ingresar una vez al año al sanctasanctórum, el sitio donde habitaba Dios, y únicamente podía hacerlo luego de seguir un elaborado sistema de limpieza.²

En este contexto de participación y relación personal, pero con reservas y distancia entre Dios e Israel, aparece Jesucristo dentro de la historia del pueblo judío. Y lo hace con lo que sólo puede describirse como una sorprendente familiaridad con Dios. Para

empezar, Jesús habla de Dios desde una postura de certeza: «Porque *de tal manera* amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito... Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él».³ En lugar de resumir lo que otros habían dicho, al estilo que era típico de los rabís de su tiempo, Jesús habló simplemente con base en un conocimiento directo de Dios y lo hizo «como quien tiene autoridad».⁴ «¡Jamás hombre alguno ha hablado como este hombre!»⁵

Por tradición, la palabra *amén* («verdaderamente»), se «utilizaba para afirmar, respaldar o apropiarse de las palabras de otra persona», pero en el discurso de Jesús, *amén* se «empleaba *sin excepción* para introducir y respaldar» sus propias palabras.⁶ «En verdad, en verdad (*amén, amén*) les digo, a menos que uno naciere de las alturas, no puede ver el reino de Dios».⁷ Jesús funciona con incuestionable autoridad, no sólo asumiendo una posición de igualdad con las Escrituras, sino teniendo «la audacia revolucionaria y sin paralelo de contraponerse a la *Torah*».⁸ Pero su autoridad no es del tipo que surge de la certeza en cuanto a la voluntad abstracta de Dios. Es una autoridad y una confianza que provienen de un conocimiento privilegiado, de la familiaridad profunda y personal con el mismo corazón de Dios. Es, por decirlo de algún modo, el silabario que nos alerta de algo bastante más profundo que una presencia profética.

En todo el Antiguo Testamento sólo existen quince⁹ sitios donde a Dios se le llama «Padre» y, aun así, el término se usa de manera general: Dios es el Padre de Israel¹⁰ o del rey¹¹ que representa a Israel. Es absolutamente cierto que la paternidad de Dios está presente en el Antiguo Testamento, pero no es para nada el elemento central en el pensamiento de Israel acerca de Dios. Por otro lado, en Jesús encontramos a Aquel que se alza en medio de Israel y habla de Dios como *Padre* más de cien veces tan sólo en el Evangelio de Juan (ciento setenta y nueve veces en los cuatro Evangelios). En ocasiones pareciera como si cada frase comenzara con «el Padre»; por ejemplo, en Juan 5:21-22, Jesús dice: «Porque como el Padre levanta a los muertos, y les da vida, así también el Hijo a los que quiere da vida. Porque el Padre a nadie juzga, sino que todo el juicio dio al Hijo».

La frase «el Padre» es virtualmente un estribillo en el famoso Sermón de la Montaña de Jesús. Y, como hemos visto, el Padre mismo es el tema de la parábola más famosa de Jesús.¹² No existe un solo caso en todo el Antiguo Testamento, incluyendo los Salmos, donde un individuo dirija sus oraciones a Dios diciéndole «Padre»; pero, en asombroso contraste, Jesús reza a Dios como Padre en todas sus oraciones, con excepción del grito que lanza desde la cruz,¹³ que proviene de una cita del Salmo 22:1.

En Jesús, la concepción de Dios como Padre pasa de la periferia al centro de la escena. Ya no merodea simplemente en el fondo; en Jesús, se vuelve el foco de la atención. Y esto revela una conciencia personal de Dios por parte de Jesús que va bastante más allá de recibir un mensaje profético que debe proclamar. Revela una profunda intimidad con Dios: una relación única con Él.

La intimidad y la naturaleza única de su relación con Dios se transmite de manera

mucho más potente a través de la palabra en arameo: *Abba*, el término que Jesús hubiera empleado y que los autores de los Evangelios tradujeron en griego como *Pater* (Padre).¹⁴ *Abba* es el término con el que un niño se dirigiría a su padre. Éste no es un lenguaje que implique distancia o formalidad, ni el idioma de la reserva o la reticencia judías, tampoco de la religión ni de la adulación servil. *Abba* es una palabra que entraña absoluta naturalidad y certeza, así como conciencia de una pertenencia real. Es respetuosa y reverencial, pero su principal matiz representa afecto e intimidad. Como señala James D. G. Dunn:

Es difícil, por tanto, evadir la conclusión de que Jesús le decía «Abba» a Dios precisamente por la misma razón que [la mayoría de] sus contemporáneos se abstendían de utilizarle en sus rezos; es decir, porque expresa su actitud hacia Dios como Padre, su experiencia de Dios como algo que implica una intimidad poco común.¹⁵

Abba sugiere una imagen de cercanía y calidez informal, de serena familiaridad y de comodidad *con* Dios.

¿Qué debemos interpretar del hecho de que Jesús se dirija a Dios no sólo como Padre, sino como *Abba* (Papá)? Según Jeremías, este atrevimiento en el lenguaje «era algo nuevo e inaudito»,¹⁶ quizá revolucionario. Por supuesto, esto es tema de debate entre los académicos,¹⁷ pero lo que no es debatible es el asombroso hecho de que Jesús utiliza la frase «mi Padre» más de sesenta veces en los Evangelios (casi cuarenta veces en el Evangelio de Juan), lo cual no tiene paralelo en la Biblia hebrea. Y según Jeremías, no tiene paralelo en toda la literatura del judaísmo.¹⁸ Ningún judío bíblico se hubiese atrevido a concebir que se pudiera asumir tal postura ante Dios; hubiese representado una familiaridad blasfema, que es justo la acusación que los líderes judíos lanzaron contra Jesús.¹⁹

El hecho simple y extraordinario es que este lenguaje era habitual para Jesús. Por ejemplo, a la edad de doce años interroga a sus padres, que lo han estado buscando durante dos días: «¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que en los negocios de *mi Padre* me es necesario estar?»²⁰ E inmediatamente, en su ministerio público, de acuerdo con el Evangelio de Juan, Jesús expulsa a los mercaderes del templo con las palabras: «Quitad de aquí esto, y no hagáis de la casa de *mi Padre* casa de mercado».²¹ Una y otra vez, Jesús se refiere a Dios no sólo como «Padre», sino también como «mi Padre». Y como correlato, hace referencia a sí mismo no sólo como *un* Hijo, sino como *el* Hijo. En términos de la Biblia, la relación de Jesús con Dios, a quien llamaba «Padre», «mi Padre» y *Abba*, es única en su género.

La naturaleza única de esta relación se confirma desde el lado de Dios en la declaración divina acerca de Jesús: «Eres mi hijo amado, en quien mi alma se complace»,²² que se proclama desde el cielo en forma espectacular cuando menos dos ocasiones: durante el bautismo de Jesús y después de su transfiguración.²³ Esta afirmación declara la presencia del único e impar Hijo de Dios. Al momento de la Transfiguración, esta afirmación se hace con un tono de reprimenda ante tres de los

discípulos, porque en su gran emoción Pedro quería construir tres tabernáculos: uno para Jesús, uno para Moisés y otro para Elías; como es evidente, concebía a los tres en términos de iguales. Y el autor de las Escrituras se asegura de que entendamos que *mientras* Pedro estaba sugiriendo que se construyeran los tres tabernáculos, se emitió la declaración como si dijera: «Pedro, ¿qué estás haciendo? Éste no es otro Moisés. No es otro Elías. Éste no es sólo el tan esperado Mesías. Es *mi* Hijo, *mi Hijo* amado y único».

Lo que encontramos en las declaraciones de autoridad de Jesús, en todo su abordaje hacia Dios, en su extraordinario lenguaje, en su confiada familiaridad con Dios y en la propia declaración de Dios desde los cielos hacia él y sobre él, es una relación entre lo divino y lo humano que no tiene paralelo en el Israel bíblico. A lo largo de toda la historia de Israel vemos el compromiso personal mutuo entre Dios y la humanidad, pero siempre existe distancia. La presencia de Dios es trascendente; siempre es otro. Vemos que Moisés pasa días en la montaña con Dios; tanto así, que su rostro resplandecía. Leemos que Abraham es el amigo de Dios y que se dice que David era un hombre conforme al corazón de Dios. Pero de nadie hemos escuchado jamás que se haya escrito: «Eres mi hijo amado, en quien mi alma se complace». Y nunca hemos leído: «*Abba*, Padre» en respuesta hacia Dios.

Lo que existía entre Jesús el Hijo y el dios, al que llamaba «mi Padre», era una relación exclusiva e íntima tan impensable para los judíos que eso los llevó a tomar piedras para matarlo por blasfemia. Porque «decía que Dios era su propio Padre» se «hacía igual a Dios».²⁴ Sólo podían interpretar esta familiaridad como arrogancia simple y llana. Esta relación acortó la distancia entre Dios y el hombre, y coloca a Jesús donde ningún ser humano había estado alguna vez en la Biblia: en estrecha proximidad con Dios, en el seno del Padre,²⁵ como *el* Amado, en sorprendente intimidad con Dios.

El lenguaje del Padre y el Hijo, dirigirse a Dios como «mi Padre» y la declaración de «mi Hijo», el acceso, la confianza y la comodidad que siente Jesús hacia Dios, lo colocan en una relación singular con la divinidad. Como dice P. T. Forsyth: «En Jesucristo tenemos a alguien que está consciente de encontrarse en una relación completamente única con el dios vivo».²⁶ Pero esta relación no es estática, ni es cuestión de mero estatus o palabras; es una relación viva que adquiere forma a través de la acción. La declaración: «Eres mi hijo amado, en quien mi alma se complace», es tanto una revelación sobre la identidad de Jesús, como una revelación de lo que el corazón del Padre siente hacia él. Del mismo modo, «*Abba*, Padre» no es sólo la respuesta verbal de Jesús, sino la descripción de su vida.

Jesús no era un deísta. Para él, Dios no era una omnipotencia infinita e impasible, o una fuerza nebulosa que creó el universo y luego pasó a cosas más importantes. Tampoco era Dios un legalista que llevaba un libro de cuentas. Para Jesús, Dios era el Padre apasionado, presente y condescendiente que estaba totalmente *a su favor*. Y este hecho llenaba de gozo el corazón de Jesús. A Jesús se le amaba y se le aceptaba con prodigalidad, y él lo sabía. «Mi Padre», y no la religión, es la respuesta de Jesús y

también es la respuesta de todo su ser y de toda su vida. Como vemos de manera tan evidente cuando limpió el templo,²⁷ el fervor hacia su Padre y por el honor de su Padre es la respuesta de Jesús. «Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe su obra.»²⁸

Jesús vive a través de relacionarse con Dios como su Padre, de buscarlo, de conocerlo como Padre y de amarlo con todo su corazón, su alma, su mente y todas sus fuerzas. En realidad, su vida no es *suya* en absoluto, sino que gira alrededor de su *condición como hijo*; nunca vive por su cuenta, no hace sus propias cosas ni sigue sus propios planes; no tiene interés en sí mismo. La frase: «No se hará lo que yo quiero, sino lo que quieres tú»,²⁹ no es sólo una oración en Getsemaní, sino la plegaria de toda su vida. Por lo tanto, es una farsa hablar de Jesús sólo como Jesús, como un hombre que hizo esto o logró aquello. Cada respiro, cada acto y cada decisión que tomó, cada momento que vivió y cada palabra que articuló, no las expresó meramente como Jesús, sino como el Hijo del Padre en relación directa con él: «Y que nada hago por mí mismo, sino que según me enseñó el Padre, así hablo».³⁰ «No puedo yo hacer nada por mí mismo; según oigo, así juzgo.»³¹ «Las palabras que yo os hablo, no las hablo por mi propia cuenta, sino que el Padre que mora en mí, Él hace las obras.»³²

La declaración: «Eres mi hijo amado, en quien mi alma se complace», y la respuesta de Jesús: «*Abba*, Padre», revelan una *comuni6n* fervorosa. No existe nada que sea frío, distante o titubeante, y seguramente no tiene nada de legal. Es una relación de corazón a corazón que desborda complacencia, devoci6n y comunicaci6n mutuas. Recordemos aquí la descripci6n de *La cabaña* acerca del orgullo que siente Jesús por Papá y su adoraci6n para el modo en que trat6 a Mackenzie: «Papá, me agrad6 mucho ver que te ponías a la entera disposici6n del dolor de Mack, y le concedías espacio para decidir su propio momento» (116). Y escuchemos también el orgullo que siente Papá por Jesús:

—Ajá, amo a ese muchacho —Papá desvi6 la vista y sacudi6 la cabeza—. Todo es por él, ya sabes. Un día ustedes comprenderán a qué renunci6. Sencillamente no hay palabras para eso (206).

En este pasaje, Young captura la calidez y el afecto mutuo que existen en la relaci6n entre Jesús y su Padre. Este afecto y este orgullo mutuos transforman «Eres mi hijo amado» en «Porque el Padre ama al Hijo, y le muestra todas las cosas que Él hace».³³ Y el afecto y el orgullo traducen «*Abba*, Padre» en «No puede el Hijo hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre; porque todo lo que el Padre hace, también lo hace el Hijo igualmente».³⁴ El padre est6 completamente cautivado por cada cosa que hace el Hijo; es el Hijo *amado*. Y el Hijo est6 en sintonía con el corazón de su Padre y est6 lleno de fervor gozoso por lo que al Padre complace: «Porque yo hago siempre lo que le agrada».³⁵

Esta es una relaci6n de los afectos más profundos del alma. No existe ningún ritual de muerte, ni máscara o vergüenza, u ocultamiento o reticencia. El Jesús del Nuevo Testamento est6 absolutamente consciente de la presencia de Dios, consciente del dios

presente como su Padre, y confía por completo en su relación con Él. Y, a su vez, su Padre siente tan franca dicha y afecto por él, que comparten todo y viven en total comunión. Las fórmulas: «Eres mi Hijo amado» y «*Abba*, Padre» indican una relación viva, personal y activa de profundo amor y profunda comunidad; una comunión rica y profunda en la que se comparte todo.

La naturaleza única y la intimidad de esta relación se expresan verbalmente en la asombrosa declaración que hace Jesús en Mateo 11:27:

Todas las cosas me fueron entregadas por mi Padre; y nadie conoce al Hijo, sino el Padre, ni al Padre conoce alguno, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar.

Aquí Jesús declara con audacia que es receptor de «todas las cosas» del Padre, no de unas cuantas, ni siquiera de las principales, sino de *todas las cosas*.³⁶ Como dice en otro sitio, toda la potestad en el cielo y la tierra,³⁷ todo juicio y el poder mismo de la vida,³⁸ le han sido dados. De hecho, afirma: «Todo lo que tiene el Padre es mío».³⁹ Pero en Mateo 11:27 la frase «todas las cosas» está circunscrita y se vuelve aún más notable por lo que le sigue a continuación: «Y nadie conoce al Hijo, sino el Padre, ni al Padre conoce alguno, sino el Hijo». Esta afirmación modifica el significado de «todas las cosas» y va del nivel de las abstracciones al campo concreto de las personas, el encuentro y la comunión.

Jeremías interpreta este versículo del siguiente modo:

Como un padre dedicado personalmente a explicarle las letras de la *Torah* a su hijo, como el padre que inicia a su hijo en los secretos mejor guardados de su oficio, así Dios me ha transmitido la revelación de sí mismo y, por ende, yo soy únicamente quien puede transmitir a los otros el verdadero conocimiento de Dios.⁴⁰

Esta interpretación es útil en dos vertientes. Primero, destaca el hecho de que la frase «todas las cosas» no se refiere fundamentalmente a *cosas*, sino a la revelación de Dios; segundo, señala el hecho de que Jesús es el receptor único de esta revelación.

No obstante, esta interpretación es engañosa en el sentido de que no captura la profunda y rica *comunión* implícita en esta revelación. La revelación no es un objeto ni una doctrina, simple información que puede transmitirse de una mente a otra. La revelación implica la develación o el descubrimiento del *Ser* de Dios en una manifestación personal. Lo que uno encuentra en la revelación no son meros hechos acerca de Dios, o incluso información precisa, sino a Dios en persona. La revelación implica un encuentro con la persona más allá de las palabras y da origen a la comunión. Ésta es precisamente la razón por la que Jesús no dice: «Nadie conoce la verdad sobre Dios»; dice: «Nadie conoce al *Padre*». Porque lo que es único con respecto a Jesús no es sólo que haya recibido la revelación de Dios, sino que esta revelación es la develación *del Padre mismo* hacia él.

En Mateo 11:27, Jesús afirma que está solo dentro de un círculo cerrado de encuentro personal con el Padre. Lo que él tiene y conoce, y que nadie más tiene ni conoce, es *al Padre*, y lo que el Padre tiene y conoce que nadie más tiene o conoce, es *al Hijo*. El

énfasis está en el conocimiento mutuo de las personas y en el hecho de que este conocimiento mutuo es profundo y abundante. En consecuencia, la palabra *conocer* no implica el procesamiento de datos, sino la comunión. Es la interacción de almas que supone la exposición de uno mismo al otro y la participación mutua del ser más profundo. Y esto ocurre a tal nivel, en términos comparativos, que nadie más cumple los requisitos de *conocer* realmente al Padre o al Hijo.

En este punto nos estamos acercando al núcleo de la relación entre el Padre y el Hijo; es una comunión que implica un nivel incomparable de encuentro personal en el amor. Como hemos visto, Juan introduce todo su Evangelio señalando la absoluta cercanía, la intimidad entre Jesús y el Padre, uno frente al otro. Ésta es la profunda verdad que escuchamos en la declaración: «Eres mi hijo amado, en quien mi alma se complace», y en la respuesta de Jesús: «*Abba*, Padre». La declaración y la respuesta apuntan a una relación de calidez y amor que da origen a una comunión abundante. Porque el regalo del Padre para Jesús no es una cosa, no es una palabra, ni tampoco información o autoridad o potestad abstractas, sino darse *a sí mismo* en amor fervoroso. Y de la misma manera, la respuesta de Jesús para su Padre no sólo es de obediencia externa. Responde amando al Padre con todo su corazón, su alma, su mente y todas sus fuerzas.

Esto conduce nuestro pensamiento a una situación o postura única, a considerar un encuentro y una comunión personales de la naturaleza más íntima y profunda. La relación del Padre y el Hijo es una comunión de amor que implica entrega *del propio ser*, y es tan real, verdadera y personal, que Jesús no sólo dice que *conoce* al Padre, sino que él está *en* el Padre y el Padre está *en* él.⁴¹ Este tipo de lenguaje, por directo y sencillo que sea, hace que se expandan las fronteras de nuestra imaginación. ¿Qué podría significar? Se trata de una relación tan bella, profunda y personal, que Jesús y su Padre *moran* el uno en el otro, y lo hacen a tal grado, por decirlo de algún modo, que Jesús señala: «El que cree en mí, no cree en mí, sino en el que me envió; y el que me ve, ve al que me envió».⁴² «El que me ha visto a mí, ha visto al Padre.»⁴³ «Yo y el Padre *uno* somos.»⁴⁴

Notas

1 Véase Éxodo 33:18-23.

2 Véase Hebreos 9:1 y ss.

3 Juan 3:16-17, cursivas del autor.

4 Mateo 7:29.

5 Juan 7:46.

6 Joachim Jeremias, *The Prayers of Jesus* (Naperville, IL, Alec R. Allenson, 1967), p. 112.

7 Juan 3:3, traducción del autor. Véase también 1:51; 3:5; 11; 5:19, 24, 25; Mateo 5:18, 26; 8:10; Marcos 3:28; 8:12; 9:1, 41; Lucas 4:24; 12:37.

8 Joachim Jeremias, *New Testament Theology* (Nueva York, Scribner's, 1975), p. 253. (En español: *Teología del Nuevo Testamento: la predicación de Jesús*. Ediciones Sígueme, Biblioteca de Estudios Bíblicos 2, Salamanca, 2009). Consulta, por ejemplo, Mateo 5:22, 28, 32, 34, 39, 44.

9 Véase Jeremías, *The Prayers of Jesus*, pp. 11 y ss. Amerita mencionarse que en el Nuevo Testamento existen más de doscientas cincuenta referencias a Dios como el Padre.

10 Véase Isaías 63:16; 64:8.

11 Véase 2 Samuel 7:14.

12 Véase Lucas 15:11-32.

13 Véase Mateo 27:46; Marcos 15:34.

14 Véase Jeremías, *The Prayers of Jesus*, pp. 55-57, y *Theological Dictionary of the New Testament*, Gerhard Kittel (ed.), vol. 1 (Grand Rapids, Eerdmans, 1966), pp. 5-6. (En español: *Compendio del diccionario teológico del Nuevo Testamento*, Libros Desafío, Grand Rapids, Michigan, 2003.)

15 James D. G. Dunn, *Jesus and the Spirit: A Study of the Religious and Charismatic Experience of Jesus and the First Christians as Reflected in the New Testament* (Filadelfia, Westminster Press, 1975), p. 23. (En español: *Jesús y el Espíritu: un estudio de la experiencia religiosa y carismática de Jesús y de los primeros cristianos tal como aparece en el Nuevo Testamento*, Ediciones Secretariado Trinitario, Salamanca, 1981.)

16 Joachim Jeremias, *The Prayers of Jesus*, p. 62. «Podemos afirmar definitivamente que *no existe analogía en absoluto* en toda la literatura de las plegarias judías donde se utilice el término *Abba* para dirigirse a Dios», p. 57. En otra obra, *The Central Message of the New Testament*, Jeremías comenta: «Para la mente judía hubiese sido irreverente y por ende impensable llamar a Dios con este término familiar» (Nueva York, Scribner's, 1965), p. 21. (En español: *Abba: El mensaje central del Nuevo Testamento*, Ediciones Sígueme, Biblioteca de Estudios Bíblicos 30, Salamanca, 2005.)

17 Véase Dunn, *Jesus and the Spirit*, pp. 26 y ss.; William C. Placher, *Narratives of a Vulnerable God: Christ, Theology, and Scripture* (Louisville, Westminster John Knox Press, 1994), pp. 55 y ss., y James Barr, «“Abba” Isn't “Daddy”», *Journal of Theological Studies* 39 (1988): 47.

18 Véase Jeremias, *New Testament Theology*, pp. 61 y ss.; *The Prayers of Jesus*, pp. 18-29, y *The Central Message of the New Testament*, p. 17.

19 Véase Juan 5:17 y ss. y 10:33.

20 Lucas 2:49, cursivas del autor.

21 Juan 2:16, cursivas del autor.

22 Mateo 3:17, traducción del autor. Esta declaración es una fusión de tres afirmaciones del Antiguo Testamento: Génesis 22:2, Salmo 2:7 e Isaías 42:1. Para mayores detalles sobre esta declaración, véase Thomas A. Smail, *The Forgotten Father* (Londres, Hodder and Stoughton, 1980), p. 77.

23 Marcos 1:11 y 9:7; Lucas, 2:22 y 9:35; Mateo 3:17 y 17:5.

24 Juan 5:18.

25 Véase Juan 1:18.

26 P. T. Forsyth, *The Person and Place of Jesus Christ* (Londres, Hodder and Stoughton, 1909), p. 285.

27 Véase Juan 2:13 y ss.

28 Juan 4:34.

29 Marcos 14:36, traducción del autor.

30 Juan 8:28. Véase también 8:26, 38, 40.

31 Juan 5:30.

32 Juan 14:10.

33 Juan 5:20.

34 Juan 5:19.

35 Juan 8:29.

36 Véase también Juan 3:35.

37 Véase Mateo 28:18.

38 Véase Juan 5:22, 26.

39 Juan 16:15.

40 Jeremias, *The Prayers of Jesus*, p. 51.

41 Véase Juan 14:10-11, 20.

42 Juan 12:44-45.

43 Juan 14:9.

44 Juan 10:30.



8

EL ESPÍRITU SANTO

*La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios,
y la comunión del Espíritu Santo
sean con todos vosotros.*

—San Pablo

Puedes pasar toda tu vida estudiando algo para descubrir finalmente que supera tus mejores ideas. En lo referente al Espíritu Santo, confieso que amo su pasión y su felicidad, su respeto hacia nosotros, su amor por aquellos que están quebrantados y la afirmación de todo lo que vive e insinúa belleza; incluso amo su modo de comportarse fuera de los parámetros establecidos. Pero *explicar* lo que es el Espíritu Santo es otro asunto y ningún teólogo que se respete afirmaría lo contrario. Permíteme detenerme un momento y aclarar un hecho bíblico simple acerca del Espíritu Santo.

En ocasiones, Jesús se expresa del Espíritu Santo utilizando la palabra «él», en tanto el término griego para espíritu (*pneuma*) es neutro y el género de la palabra hebrea *ruach* (viento, espíritu) es femenino. Como una manera de darle la vuelta a nuestros prejuicios, Paul Young describe al Espíritu Santo como una mujer asiática llamada Sarayu. Personalmente me resulta ofensivo utilizar el pronombre *ello* para referirse al Espíritu Santo. La mayoría de nosotros nos sentimos cómodos utilizando el pronombre «él», pero el masculino no representa toda la verdad bíblica, como tampoco el uso del pronombre femenino. Aunque el uso de «ella» quizá parezca un tanto atrevido, y para algunos quizá sacrílego, tiene un sustento bíblico profundo y antiguo en la palabra hebrea.¹ Como *pneuma* y *ruach*, *sarayu* es el término para definir el viento refrescante (en un lenguaje de la India) y suena mejor como nombre que Pneuma o Ruach.

He leído muchos libros, tanto antiguos como modernos, sobre el Espíritu Santo, pero sé que ninguno de éstos se expresa de manera tan bella y bíblica sobre esta persona de la

Trinidad como *La cabaña*. Como señal de gratitud hacia Paul y con la esperanza de ayudarnos a comprender de forma más personal al Espíritu Santo, he elegido utilizar el género femenino (*ella, la*).

Ahora regresemos a nuestro tema principal. Todos sabemos, aparte de cualquier argumento docto o académico, que el Espíritu Santo es Dios de Dios. Aunque probablemente pudiese armar algún tipo de tesis bíblica con unas cuantas notas históricas a pie de página, en cuanto a por qué deberíamos someter a reconsideración las antiguas conclusiones eclesásticas acerca del Espíritu Santo, nunca me imaginaría siquiera la posibilidad de replantearlas ante el Espíritu en persona. De alguna manera ya estoy advertido, y quizá ésa sea la cuestión. Cuando finalmente enfrentemos al Espíritu Santo, sospecho que ninguno de nosotros dirá: «Pero no dijiste si...» o «No fuiste muy clara acerca de...»

Desde la Ilustración, Occidente ha estado atrapado en una perspectiva muy racionalista del conocimiento. En comparación con los «datos duros» de la ciencia o de la lógica de la «razón pura», cualquier conversación acerca del conocimiento intuitivo, del encuentro personal con Jesús o del conocimiento *en el Espíritu*, se ha desestimado mayormente como romanticismo subjetivo. Pero como dijo Pascal: «El corazón tiene sus razones, que la razón no conoce».² La fe en Jesucristo se ancla en el encuentro personal, no en la lógica abstracta, en la sabiduría de la experiencia o en el «hecho científico», y gracias al Señor lo que sea que signifique el término «hecho científico» parece cambiar con tanta frecuencia como las opiniones políticas. Eso no implica que la fe en Jesús sea ilógica o acientífica, sino simplemente que su base es un encuentro real con Jesús por medio del Espíritu.

En su misión de persecución, Saulo de Tarso quedó ciego al ver un resplandor que venía del cielo mientras viajaba por el camino a Damasco. Escuchó una voz que le decía: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?», y Saulo contestó: «¿Quién eres, Señor?», y obtuvo la respuesta: «Yo soy Jesús, a quien tú persigues».³ Saulo quedó conmovido, por decir lo menos, pero no debatió, y eso es lo que me fascina; le había sucedido algo indiscutible. Saulo era un hombre inteligente y muy educado, y tenía mucho que perder, pero esta revelación de Jesús rebasó simple y rápidamente su juicio capacitado y sus intensos prejuicios. El hecho de que Jesús apareciera sacudió el mundo de Saulo y lo condujo a un cambio masivo en su esquema de pensamiento. Saulo de Tarso se convirtió en Pablo, el gran apóstol y siervo de Jesucristo:

Así que, hermanos, cuando fui a vosotros para anunciaros el testimonio de Dios, no fui con excelencia de palabras o de sabiduría. Pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado. Y estuve entre vosotros con debilidad, y mucho temor y temblor; y ni mi palabra ni mi predicación fue con palabras persuasivas de humana sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de poder, para que vuestra fe no esté fundada en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios.⁴

Este mundo interno de las «razones del corazón» de Pascal y de la «demostración del Espíritu y de poder» de Pablo es lo que el Espíritu ama. Pero hablar de tal mundo quizás

haga que un racionalista sospeche que tenemos «unos cuantos tornillos sueltos», aunque haya sido una realidad para Saulo de Tarso y para millones de otras personas a través de la historia.

En uno de sus ensayos como complemento de *La cabaña*, Paul Young habla sobre la belleza de la ambigüedad y, de hecho, sobre su necesidad.⁵ *Las reglas invulnerables contradicen la necesidad de una relación real*. No tenemos los escritos originales de Juan, Pablo o Mateo, ni tampoco de Moisés, David o Isaías. Y es probable que exista una razón para ello; si los tuviéramos, es factible que nos obsesionáramos con los documentos en sí, en lugar de tratar de conocer al Señor de quien hablamos. Y algo que sí conozco del Espíritu Santo es que su pasión es la comunión con Jesús vivo, no los meros hechos acerca de él. La información es importante, al igual que los hechos, pero es posible contar con todos los hechos y de todas maneras no entender su significado.⁶ El Espíritu sabe que el significado de las palabras es Jesús. Como dice Sarayu: «La Biblia no te enseña a seguir reglas. Es un retrato de Jesús... La vida y el vivir están *en él* y en nadie más (212).

Desde el principio, la Biblia trata sobre el deseo del Señor –no como necesidad, sino como expresión de amor– de una relación real con nosotros, sus simples criaturas. Importamos. Como le dice Papá a Mackenzie: «Nosotros respetamos estrictamente las decisiones de ustedes» (134). Lo que pensamos, lo que entendemos de manera incorrecta y aquello de lo que no tenemos ni la menor idea, le importa al Señor (126 y ss.). El Espíritu Santo camina con nosotros tal como somos, no como se supone que seamos o como finjamos ser los domingos, sino con nuestra ceguera, nuestra independencia y nuestros juicios testarudos. Y trabaja en el mundo invisible del corazón para que podamos encontrar a Jesús y experimentar –contra nuestros propios prejuicios– la vida que Jesús comparte con nosotros en su relación con el Padre.

A lo largo de la historia de Israel, vemos una cierta cualidad indómita de parte del Espíritu. Le ofende el desinterés de Israel y su rebelión obstinada; junto con el Señor, se le rompe el corazón cuando los líderes de Israel dirigen su atención hacia los ídolos y la sabiduría de las naciones que los rodean. *Pero nunca se da por vencida*. Una y otra vez encuentra a un granjero, a un hombre que pastorea ovejas, que cosecha los higos de sicomoro, o que cuida de un burro, y que estará dispuesto a escuchar su voz. Y la voz del Espíritu siempre nos parece extraña, siempre es ajena a la forma en que todos pensamos. El apóstol Pablo dice que las cosas del Espíritu parecen una locura para la mente natural.⁷ Pero esto no era nuevo en los tiempos de Pablo; desde la caída de Adán en adelante, el Espíritu es –para nuestra manera de ver las cosas– extraña, enloquecida y fuera de contacto con la realidad. *Ella* es inconcebible.

Provoca miedo darnos cuenta de que aunque el Señor nos ha creado a su propia imagen, nosotros lo hemos estado creando a nuestra imagen y semejanza desde entonces.⁸ Tendré más que añadir posteriormente acerca de la caída de Adán y las proyecciones de nuestras mentes caídas, pero por ahora el elemento importante es que el

Espíritu Santo siente pasión por que lleguemos a conocer a Jesús y a su Padre como son. El Espíritu sabe que cuando veamos el rostro del Padre y conozcamos su corazón, experimentaremos una vida que está más allá de nuestros sueños más fantásticos, y sabe que nosotros no lo sabemos. Así que el Espíritu se afana en hacer algo al respecto; con paciencia, bondad y ternura camina a nuestro lado justo como somos, con toda nuestra locura; nunca se da por vencida. Y el Espíritu Santo finalmente encuentra en Jesús al hombre fiel que la escucha; estalla entonces de vida y alegría, y despliega alivio y milagros y salvación, y ya nada será igual nunca más en el cosmos.

No es demasiado difícil explicitar la visión de Jesús y de su Padre que aparece en el Nuevo Testamento. Sospecho que ése es todo el asunto del Espíritu Santo: el registro que ha dejado quiere revelarnos a Jesús para que en él podamos conocer a su Padre con él, y que al conocer al Padre de Jesús podamos experimentar la asombrosa y liberadora vida de su amor. Es bastante más problemático explicitar la visión del Nuevo Testamento sobre el Espíritu; es un «espíritu libre» (132) y es «muy extraña» (119), como dice Mackenzie. Desde el día de Pentecostés en adelante, el Espíritu está en todas partes y en todas las cosas, pero nunca es visible y siempre es totalmente impredecible (134). Ella está viva y es poderosa y está en constante movimiento. «Mack se preguntó si alguna vez ella dejaba de moverse» (130). Inspira ser testigo de Jesús y hace su obra en los rincones más profundos del corazón humano y de sus heridas. O quizá debería decir: obra dentro de las raíces de los jardines de nuestra alma.

Aunque pueda mentírsele, resistirse a ella, ponerla a prueba, apesadumbrarla, insultarla, sofocarla y blasfemar contra ella,⁹ está notablemente cómoda con el desastre pecaminoso que hemos hecho de nosotros mismos y de nuestras vidas. Para mí, como veremos más adelante, la escena del jardín en *La cabaña* es uno de los momentos más poderosos del libro. Representa en forma maravillosa la libertad del Espíritu para escarbar por todo el jardín de nuestras almas quebrantadas. «Sarayu amaba el desastre.» (149).

Describir al Espíritu es como tratar de contar las olas del mar o de fotografiar el aire; es como «rastrear un rayo de sol» (138); pero lo intentaré. Y en lo referente a esto, tengo el mayor respeto por el sorprendente tratamiento que da Paul Young al Espíritu como Sarayu, que sospecho es su mejor contribución al pensamiento cristiano. Sin importar lo que diga o deje de decir, desde el principio quiero dejar en claro un elemento: el Espíritu Santo *se refiere a la vida*. Como dice Sarayu: «Yo me refiero al proceso que te lleva a la *respuesta viva*» (212). Es buena y no te dejará ir hasta que llegues a conocer que el Padre de Jesús te ama para siempre, sin importar lo que pase. Eso es lo que perdió Adán; eso es lo que Jesús sabe —en el Espíritu— y es lo que Jesús —a través del Espíritu— enseña ahora a la raza humana. Como señala Papá a Mackenzie: «Por eso estamos aquí» (106). «Este fin de semana es de relación y amor.» (111).



Al tomar a Israel y al mundo por sorpresa, nadie más que el Señor de Israel entró personalmente en su propia creación, se convirtió en ser humano y moró entre nosotros.¹⁰ ¿Quién supo que esto pasaría? ¿Cuál profeta, adivino o sabio soñó alguna vez que se concediera tal gracia? Fue la mayor sorpresa en la historia cósmica. Pero por sorprendente que haya sido la Encarnación, todavía es más asombroso que el *Señor* Jesús viviera su vida en *relación* constante con Aquel al que llamaba «mi Padre». Esta relación es tan profunda, tan pura, tan buena y correcta, que desafía la imaginación. Jesús no sólo conoce al Padre; lo conoce de un modo que ningún otro ser humano lo ha conocido jamás. Y su conocimiento, su relación, su comunión con el Padre son tan verdaderos e íntimos, tan intensamente personales y cristalinos, que Jesús dice que está *en* el Padre y el Padre está *en* él. Y ninguna parte del Nuevo Testamento nos permite considerar al Espíritu como un simple observador de la comunión entre Jesús y su Padre; el Espíritu Santo vive en medio de esta asombrosa relación.

Según las Escrituras, Jesús fue concebido por el Espíritu Santo,¹¹ fue bautizado en el Espíritu,¹² fue conducido por el Espíritu y recibió todo su poder,¹³ recibió gran dicha del Espíritu,¹⁴ arrojó demonios a través del Espíritu,¹⁵ escuchó a su Padre en el Espíritu¹⁶ y se ofreció a sí mismo por el poder del Espíritu.¹⁷ Desde su concepción hasta su muerte, resurrección y ascensión, la vida de Jesús estuvo totalmente llena del Espíritu Santo. Epifanio de Salamina, uno de los teólogos de la Iglesia temprana, se expresó del Espíritu Santo diciendo que «se encuentra entre el Padre y el Hijo», y lo describe como «el lazo de la Trinidad».¹⁸ El Espíritu Santo siempre está en medio de la comunión de Jesús con su Padre.

La imagen del Espíritu que descende como una paloma sobre Jesús en su bautismo, que se remonta al Espíritu que se cierne sobre la creación¹⁹ y que señala la futura efusión del Espíritu en Pentecostés,²⁰ es una imagen de lo que podemos llamar la «naturaleza intermedia» del Espíritu. El Espíritu Santo es el «Dios Mediador»,²¹ por tomar prestada una gran frase de John Taylor. Al Espíritu, a quien en la Iglesia temprana se le conocía como «la modestia de Dios», no le gusta ser el centro de atención; se oculta, pues prefiere llevar a cabo su obra detrás de la escena. Su pasión es la comunión: le encanta conectar a la gente. Es la «Franqueadora de la Brecha» y el «Espacio Intermedio», como tan bellamente lo expresa Richard Rohr.²² Como la iluminación de una gran catedral, al Espíritu Santo le encanta iluminar a otros para cristalizar el encuentro y la comunión, porque la vida sucede en relación.

En un comentario espontáneo, el apóstol Pablo dice: «Porque el reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo».²³ Este comentario describe precisamente la esencia de la pasión del Espíritu Santo. La justicia significa la relación correcta, la relación que funciona a partir del amor y la bondad centrados en el otro, del respeto mutuo y el honor. Paz significa el cese del conflicto y la lucha; es el apaciguamiento de nuestros mundos internos y del mundo en general; *además*, la paz implica la presencia de la gracia divina, del bienestar, de *shalom*. La justicia y la paz

crean espacio para el gozo. El gozo se refiere al regocijo y al deleite, a la libertad de ser, libertad de estar presente para otros y estar abierto a la comunión, libertad de compartir y apreciar la vida con gratitud.

Como la vida se forma en relación, en el encuentro personal, en el hecho de conocer y ser conocido, el Espíritu Santo se especializa en el mundo interno e invisible que hace posible tal consonancia. Como Aquel que da la vida, el Espíritu tiene que ver de manera inherente con la relación. Es a la vez cuidadora de los jardines de nuestra alma (95) y la cirujana de nuestros ojos internos (222); es el Espíritu del encuentro, de la comunión, de la intimidad y de la participación.

Aunque se requerirían varios tomos para describir todo lo que dice la Biblia acerca del Espíritu Santo, hay varios elementos simples que es necesario destacar. Primero, aunque existen muchos espíritus, sólo existe un Espíritu *de Dios*, que es único o especial. En relación muy estrecha con la presencia del Señor o Su Palabra, el Espíritu de Dios proviene de fuera de la creación y siempre impone temor reverencial y respeto. Ella es notablemente libre de estar presente y activa dentro de la creación, pero nunca se le puede domesticar, manipular o controlar. En la historia de Israel se le llama Espíritu del Señor,²⁴ Espíritu de Dios,²⁵ Santo Espíritu,²⁶ Espíritu de Sabiduría,²⁷ Buen Espíritu,²⁸ y Espíritu de Gracia.²⁹ A veces, cuando Dios está hablando, llama al santo Espíritu: «mi Espíritu».³⁰ En Isaías 11:2, al Espíritu se le denomina «espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de consejo y de poder, espíritu de conocimiento y de temor del Señor».

Segundo, el Espíritu hace su primera aparición en la creación misma y participa junto con Dios y con el Verbo de Dios en la creación y formación de toda vida:

En el principio creó Dios los cielos y la tierra. Y la tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo, y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas.³¹

Mientras el Espíritu se cierne sobre la creación, se expresa la Palabra de Dios que dice: «Sea la luz», y esa orden se cumple. Este patrón se repite hasta que llega a la formación de la humanidad; ahí la orden de «Sea» se reemplaza con «Hagamos al hombre a nuestra imagen».³² Luego se nos dice: «Entonces el Señor Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente».³³ Aunque técnicamente el Espíritu no se menciona aquí en el sopro de vida, en otros sitios la asociación queda clara: «El espíritu de Dios me hizo, y el sopro del Omnipotente me dio vida».³⁴ «Por la palabra del Señor fueron hechos los cielos, Y todo el ejército de ellos por el aliento [Espíritu] de su boca».³⁵ Como afirma el Credo de Nicea: el Espíritu es «el Señor y dador de vida».³⁶

Tercero, en tanto que da vida a toda creación, el Espíritu del Señor aparece personalmente dentro de la historia de Israel, pero sólo en raras ocasiones. Existen menos de cien referencias al Espíritu dentro de la Biblia hebrea, y a lo largo de toda esa historia, apenas alrededor de unas doscientas personas en Israel tuvieron algún tipo de trato

directo con el Espíritu del Señor. Cuando el Espíritu está presente y activa, otorga poder,³⁷ sabiduría y discernimiento,³⁸ así como dones creativos y artísticos.³⁹ En particular, le encanta inspirar a los profetas con la Palabra de Dios⁴⁰ y proclamar reyes, sacerdotes y líderes.⁴¹ Superficialmente pareciera que el Espíritu actúa de manera aleatoria, ya que está propensa a ir y venir a voluntad —o para usar el término de Paul Young, «se evapora» (96)— y nunca permanece largo tiempo en ningún sitio. Esto lo captura bien Young en su descripción de Sarayu. Pero al Espíritu le preocupa que Israel *camine con* y *conozca* al Señor. No es sorpresa que en la mayoría de los casos su actividad se centre en un círculo muy reducido de líderes israelitas, por ejemplo, Moisés, Aarón y Josué; al igual que con jueces, sabios, sacerdotes, reyes y profetas. A estos cuantos elegidos se les convoca a participar en la comunicación del Señor con Israel y a llevar la respuesta de Israel ante el Señor. Es dentro de este grupo de mediadores, y no con Israel en general, donde trabaja principalmente el Espíritu.



El libro del Génesis se escribió para ayudar a Israel a comprender quiénes eran y la razón por la que el Señor los había elegido. El autor comienza con la creación de los cielos y la tierra por Dios y, a la larga, de Adán y Eva. Después de describir lo que se ha dado en llamar «la Caída», el autor coloca a Abraham, y por ende a Israel, dentro del contexto del plan redentor de Dios. La suposición en Génesis, y en la Biblia en general, es que el Creador quiere estar en relación con la humanidad, y es dentro de esta relación donde el Señor está decidido a bendecir su creación con plenitud y vida.

Después de la caída de Adán, el Señor llamó a Abram (Abraham) y a través de él restableció la relación con la humanidad caída. Los descendientes de Abraham se convirtieron en una nación que tenía una alianza con el Señor y se le eligió para ser el pueblo mediante el cual podría llevarse a cabo la redención del mundo. Al centro de esta relación de alianza estaba la declaración del Señor: «Yo seré su dios y ustedes serán mi pueblo».⁴² Esta declaración contiene tres verdades esenciales, de las cuales dos son obvias y una está más implícita, pero todas tienen la misma importancia. La primera es el hecho bastante sorprendente de que el Creador de los cielos y la tierra está decidido a tener una relación con sus criaturas. La segunda es el hecho incluso más asombroso de que el Señor asume la responsabilidad por el lado humano de la relación. La segunda cláusula: «y ustedes serán mi pueblo» en primera instancia no es una invitación, sino parte de la *declaración* de Dios a Israel. Podríamos interpretar esto en el siguiente sentido: «Seré su dios y me ocuparé de que lleguen a conocerme y a vivir en mi comunión». La tercera verdad es que, a medida que Israel *conozca* al Señor y moren juntos en comunión, con bendiciones y vida inconcebibles, floreceran dentro de Israel y se propagarán a todos los rincones de la tierra y más allá.

El énfasis en la declaración no se coloca en la posesión, sino en la relación y la comunión. Las bendiciones del Señor no se confieren en forma mecánica, religiosa o

legal; son el fruto de la comunión con Dios. Como dijo Jesús: «Y ésta es la vida eterna: que te *conozcan* a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado». ⁴³ Es a medida que Israel conoce y camina al lado del Señor que surge la mayor bendición.

En vista de que el Espíritu es quien otorga la vida, y dado que la vida proviene de *conocer* al Señor, el Espíritu está interesado en la relación de Israel con el Señor; siente una pasión inherente por ella. Es el Espíritu de la relación, del encuentro, de la revelación y de la respuesta. Por decirlo de algún modo, el Espíritu dispone la mesa para que el Señor e Israel puedan encontrarse. Trabaja del lado de Dios para establecer contacto con Israel y ejerce su obra del lado de las criaturas para ayudar a Israel a conocer, responder y caminar junto con el Señor, de modo que la vida, las bendiciones y el *shalom* puedan florecer.

Pero es en ese momento cuando el desastre azotó a Israel, a medida que un rey tras de otro, un profeta tras de otro y un sacerdote tras de otro sacerdote renunciaron al Señor y a su amor. Nunca hubo falta contra la primera cláusula de la alianza: «Yo seré su dios», porque el Señor siempre fue fiel a Israel. Pero la segunda cláusula: «y ustedes serán mi pueblo», difícilmente se pudo instituir, en la medida en que los líderes del pueblo elegido de Israel y Judá ofendieron al Espíritu. Al seguir a las naciones que los rodeaban, adoraron a dioses extranjeros y condujeron al pueblo hacia la idolatría.

Se rompió la comunión de la alianza y las bendiciones del Señor se marchitaron en las vides, por decirlo de algún modo. En el Espíritu, los grandes profetas soportaron la angustia y el corazón herido del Señor conforme en repetidas ocasiones advertían a Israel y convocaban a la nación para que regresaran al Señor. Pero los líderes tenían ideas propias y con unas cuantas excepciones hicieron lo que parecía correcto ante sus propios ojos. Su resistencia al Espíritu condujo finalmente a la salida de Israel de la Tierra Prometida.

En la amargura y la vergüenza del cautiverio, el Espíritu del Señor, siempre apasionada por la relación y la vida, comenzó a dar una nueva visión para Israel. La segunda cláusula de la declaración divina: «y ustedes serán mi pueblo», había fallado por completo; pero se profetizó que llegaría algún día en que las cosas serían notablemente diferentes. El Señor elevaría a un siervo fiel: un verdadero Rey, un verdadero Sacerdote y un Profeta fiel. Esta visión había estado en proceso desde Moisés, ⁴⁴ pero ahora se proyectaba hacia el futuro.

No estaba claro si este siervo fiel sería toda la nación de Israel, un grupo de individuos o quizá incluso una sola persona, ⁴⁵ aunque Pedro nos dice que el Espíritu que inspiró a los profetas fue el Espíritu de Cristo. ⁴⁶ Pero lo que sí estaba definido era que se aproximaba un nuevo día. Sería un día de liberación de todo cautiverio y de la oscuridad y la insensibilidad del corazón de los hombres; sería un día de perdón y de alivio, de imponente bendición para Israel y por medio de Israel, para el mundo entero. Gracias a la inspiración del Espíritu, en el horizonte se vislumbraba una nueva era de bendición internacional y, de hecho, cósmica. La liberación y la bendición, esta relación de *nueva*

alianza, llegaría cuando el Señor elevara a su siervo fiel y lo ungiera con el Espíritu. Este Mesías (el Ungido) *conocería* al Señor y, en *su comunión*, se otorgaría a Israel la gran bendición de Dios, la cual fluiría a los confines de la tierra y más allá.⁴⁷

Con esta expectativa esperanzada en la llegada del Ungido terminan las Escrituras hebreas.



Después de siglos de silencio, la figura salvaje de Juan el Bautista emerge del desierto; colmado del Espíritu Santo, tiene la misión de preparar el camino para *el Señor*. Cubierto con una piel de camello y un cinturón de cuero, Juan empezó a bautizar y a predicar; sus actividades crearon una conmoción entre el pueblo y capturaron la atención de los líderes judíos. Éstos enviaron una delegación para hacerle una pregunta: «Tú, ¿quién eres?»⁴⁸ Después de una breve y animada discusión, Juan declaró: «Yo soy la voz de uno que clama en el desierto. Enderezad el camino del Señor, como dijo el profeta Isaías».⁴⁹ «Viene tras de mí el que es más poderoso que yo, a quien no soy digno de desatar encorvado la correa de su calzado. Yo a la verdad os he bautizado con agua; pero Él os bautizará con Espíritu Santo».⁵⁰

El Antiguo Testamento concluye con la esperanza de que el Señor eleve a un siervo fiel que será ungido por el Espíritu Santo. Este siervo *conocería* al Señor y a través de él se materializaría la gran bendición de salvación y vida, y del reino de Dios. El llamamiento y el privilegio de Juan el Bautista era identificar a Jesús como el Ungido tanto tiempo esperado, pero al principio ni siquiera Juan reconoció la verdadera identidad de Jesús:

Vi al Espíritu que descendía del cielo como paloma, y permaneció sobre Él. Y yo no le conocía, pero el que me envió a bautizar con agua, aquél me dijo: “Sobre quien veas descender el Espíritu y que permanece sobre él, ése es el que bautiza con el Espíritu Santo. Y yo le vi, y he dado testimonio de que éste es el Hijo de Dios”.⁵¹

Como hemos visto, el Espíritu del Señor obraba dentro de la historia de Israel, pero sólo en raras ocasiones y únicamente dentro de un selecto grupo de personas. Pero cuando llegó Jesús, las cosas cambiaron drásticamente en dos direcciones. Primero, el círculo ya de por sí muy limitado de actividad *personal* del Espíritu se redujo incluso más al incluir *solamente a Jesús*. Aparte de María, Zacarías, Elisabet, Juan el Bautista y Simeón, el Espíritu estuvo en silencio, excepto por su profunda presencia en la vida de Jesús. Lo que estas personas tenían en común era la inspiración del Espíritu para dar testimonio de Jesús. Segundo, en Jesús —a través de su vida, su muerte, su resurrección y su ascensión— la actividad del Espíritu se amplió posteriormente en Pentecostés, cuando el Espíritu se derramó sobre *toda la carne*.⁵² Hoy día, en y por medio de Jesús, el Espíritu Santo obra de manera universal en el *mundo en general*, haciendo que el mundo se dé cuenta del pecado, la justicia y del juicio;⁵³ pero antes de Pentecostés, el Espíritu

Santo se enfocó exclusivamente en Jesús, quien es el único entre todos los personajes bíblicos al que concibió milagrosamente el Espíritu,⁵⁴ y a quien el Espíritu llegó y en quien permaneció como una presencia inconmensurable y perdurable.

El Espíritu da vida, confianza, poder, libertad, gozo y sabiduría a Jesús, pero sobre todo obra para permitir a Jesús que *conozca* a su Padre. Me parece que éste es el elemento esencial. Cuando el apóstol Pablo escribe: «El amor de Dios ha inundado lo más recóndito de nuestros corazones a través del Espíritu Santo que nos ha sido dado»,⁵⁵ también describe lo que primero hizo el Espíritu Santo en lo más recóndito del corazón de Jesús. La notable comunión entre Jesús y su Padre no es independiente del Espíritu Santo, como si la relación de Jesús con su Padre y aquella con el Espíritu fueran dos vías paralelas de ferrocarril que nunca se encuentran.

En la Encarnación, el Espíritu cruza al lado humano de la relación y prepara un vientre para el Hijo en la Virgen María. El espíritu da y sostiene la vida humana de Jesús en la concepción y mientras se desarrolla en el vientre. Una vez que Jesús nace, el Espíritu trabaja entre el Padre y el Hijo, facilitando su relación. Revela el Padre a Jesús y le da ojos para ver y oídos para escuchar, de modo que en todo nivel de su vida esté en libertad de ser el Hijo amado y fiel, el verdadero *amén* del Padre. A partir de su propia experiencia, Jesús garantiza a sus discípulos que el Espíritu tomará lo que es suyo y se lo revelará a ellos.⁵⁶ Porque eso es lo que hizo el Espíritu en la relación de Jesús con su Padre.

No es accidente que durante el bautismo de Jesús, cuando el Padre declaró: «Eres mi hijo amado, en quien mi alma se complace», el Espíritu haya estado presente como una paloma *entre* el Padre que estaba en el cielo y el Hijo que estaba en la tierra. El Espíritu estuvo presente a lo largo de la vida del Hijo como aquella en y *a través* de la cual el Padre se daba, se revelaba y se comunicaba con su hijo amado.⁵⁷ Y el Espíritu estuvo presente como Aquella que permitió que el Hijo *escuchara* la asombrosa afirmación del Padre, para relacionarse y conocer al Padre como *su* Padre, y amarlo con todo su corazón, su alma, su mente y todas sus fuerzas. El Espíritu Santo es, como señala Jürgen Moltmann, «la luz eterna en la que el Padre conoce al Hijo y el Hijo conoce al Padre».⁵⁸

Una de las partes aparentemente más extrañas de la historia de los Evangelios es la forma en que el Espíritu, inmediatamente después de ser bautizado Jesús, lo conminó a ir al desierto para que el maligno lo tentara.⁵⁹ Esa es la interpretación a la que nos conducen las tendencias modernas, pero podría ser todo lo contrario, y eso es lo que yo creo: no fue tanto que el Espíritu haya llevado a Jesús a la tentación, sino que estaba utilizando la tentación del demonio para avivar la percepción interna de Jesús y encauzarlo a una comprensión más profunda de su identidad y de su relación con el Padre. Porque, en esencia, las tentaciones se refieren en su totalidad al asunto de la identidad de Jesús: «Si eres el Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en pan...»⁶⁰ «Si eres el Hijo de Dios, échate abajo...» La tercera tentación no sigue la fórmula de «si eres...», sino que incluso es más odiosa, pues promete a Jesús los reinos

de este mundo a cambio de que niegue a su Padre y adore al maligno.

En las tres tentaciones, el asunto esencial era la identidad de Jesús y si viviría o no su vida en comunión con su Padre, o si sería independiente como Adán y viviría según sus propias ideas. La historia de Adán, la historia de Israel y nuestras propias historias estaban repitiéndose aquí, pero esta vez el testimonio del Espíritu encontró un corazón humano presto, ya que Jesús, de manera simple y bella, rechazó las sugerencias del maligno y se entregó a su Padre. Regresó fortalecido y confiado, y comenzó su ministerio ungido de liberación y vida.

Cuando observamos la vida de Cristo desde una perspectiva humana, vemos la relación que existe entre Dios y un hombre judío llamado Jesús, que no tiene paralelo en la historia bíblica.⁶¹ Ésta es una relación de profundo amor, de complacencia y adoración, de pasión y fidelidad mutuas, que se manifiesta en verdadera unidad y alianza, en una comunión creativa. El Espíritu Santo se encuentra justo al centro de todo esto. El fruto más profundo de la presencia y la actividad del Espíritu es la comunión de Jesús con el Padre, y esta unión de la nueva alianza, esta nueva relación entre Dios e Israel, con todas sus bendiciones, se transforma en una presencia de carne y hueso. A través del Espíritu, la antigua declaración: «Yo seré su dios y ustedes serán mi pueblo y moraré entre ustedes y los colmaré de bendiciones y vida», fructifica de manera impactante en la vida de Jesús.



La hermosa intimidad entre el Padre y Jesús, la comunión de uno frente al otro, la comunidad, la unión sin pérdida de distinción personal, y la absoluta vida y las bendiciones dentro de ella, son tanto el fruto del Espíritu como de la fidelidad del Padre y del amor del Hijo. Pero ¿cómo podemos hablar sobre esto? ¿Cómo describimos el sitio que ocupa el Espíritu Santo en esta relación absolutamente profunda y con abundancia de vida?

Con plena conciencia de la dificultad para describir el papel del Espíritu en esta relación, pero impulsado por su evidente papel esencial, Agustín habló del espíritu como «el lazo de amor» entre el Padre y el Hijo y, de hecho, describe al Espíritu como «el amor mismo».⁶² Es en y a través del Espíritu que el Padre ama al Hijo y que el Hijo ama al Padre. Desde mi punto de vista, Agustín sigue el testimonio de las Escrituras. Desde Génesis hasta Apocalipsis, el Espíritu obra detrás del escenario, pero no de forma caprichosa o arbitraria como si tuviera sus propios planes, sino a la par del propósito mayor del Señor: la comunión con la raza humana. Es el Espíritu del amor, de la vida, del encuentro, de la comunión y de la unión, y lo es de manera excepcional en la relación de Jesús con su Padre. Desde una perspectiva bíblica, si sacamos al Espíritu de la ecuación, no tenemos ninguna relación entre el Padre y el Hijo. Y sin esta comunión no podría cristalizar la vida en la tierra. Su sitio en esta relación es profundo y esencial; es el lazo de su amor.

No obstante, hablar del Espíritu como «el lazo de amor» entre el Padre y el Hijo, o como su «amor mismo», corre el riesgo de hacer que el Espíritu parezca ser menos que su propia persona. El amor entre dos personas no es, en sí, una tercera persona. Éste ha sido un problema a lo largo de la historia cristiana; el Espíritu Santo se ha impersonalizado, reduciéndose a menudo a una mera fuerza o poder, o incluso a algo parecido a la atmósfera en una habitación. Pero a pesar de lo que diga la *Guerra de las Galaxias*, no se puede afligir a una fuerza;⁶³ se aflige a una persona. Una simple fuerza, por fuerte que sea, no habla. Un poder no se refiere a sí mismo como «yo» o «mí»,⁶⁴ ni busca las cosas y los pensamientos profundos de Dios,⁶⁵ o dirige los rezos y las alabanzas.⁶⁶ Un poder no ama,⁶⁷ ni da testimonio con nuestros espíritus de que somos hijos de Dios.⁶⁸

En el Nuevo Testamento, el Espíritu tiene su propia opinión, voluntad y ministerio.⁶⁹ Habla, informa, conduce, guía e instruye.⁷⁰ Evalúa, nombra líderes, toma decisiones y otorga dones: palabras de sabiduría, de conocimiento y fe, dones de sanación.⁷¹ Inspira testimonio de Jesús;⁷² convence al mundo de pecado, justicia y juicio; da a conocer el misterio de Cristo; grita «¡Abba! ¡Padre!» en nuestros corazones, y da fruto en la vida humana.⁷³ Fortalece, nos ayuda en nuestras debilidades, nos conforta, trae emancipación y libertad, otorga comunión, llena de gozo, y produce vida y paz.⁷⁴

Ha recibido varios nombres, como el de Espíritu de Dios (o del Señor), Espíritu de verdad, Consolador o Auxiliador; Espíritu de Jesús, de Cristo, del Padre, de Aquel que elevó a Jesús de entre los muertos; su Espíritu, el Señor, el Espíritu eterno, el Espíritu de adopción, el Espíritu de su Hijo, el Espíritu de vida en Cristo Jesús, el Espíritu Santo de la promesa; el Espíritu de gracia, de santidad, de gloria; primicias, prenda o arras.

En sus actividades, el Espíritu no es simplemente el álgter ego del Padre o del Hijo, o simplemente Aquella a través de la cual ellos se relacionan entre sí o con la creación. Ama y comparte amor, tiene su propia opinión y voluntad, tiene gozo y otorga gozo. Es un Espíritu libre, como la describe tan maravillosamente Paul Young, pero no es un Espíritu independiente o separado. Como revelan sus nombres, no actúa sola; participa profundamente en la vida interior del Padre y el Hijo, en su relación y en todo lo que hacen juntos.

Al ser el Espíritu *del* Padre y el Espíritu *del* Hijo, el Espíritu Santo tiene una relación íntima y profunda con ambos. Como el Espíritu del Padre y del Hijo, está en medio de su relación y de su comunidad; es el lazo de su amor. Está tan cercana a ambos, y a su comunión, que es difícil saber dónde se pueden establecer los límites. Sin embargo, como *el* Espíritu, y *el* Espíritu Santo, tiene su propia identidad y no es posible reducirla al Padre, a Jesús, o a la relación de ellos dos. Como Consoladora, y como el Espíritu de la verdad, adopción, vida en Cristo, gracia divina, santidad y gloria, tiene sus propios intereses peculiares. Ama y comparte amor, y crea comunión. En su presencia, los seres humanos alcanzan el conocimiento de que el Padre de Jesús los ama; se les libera y se les forma la comunión y la comunidad.

Sospecho que parte de la dificultad que rodea al Espíritu es el modo en que Occidente concibe a una persona. Según la famosa (o infame) definición de Boecio, una persona es «una sustancia individual de naturaleza racional». Pero, ¿qué pasaría si en vez de tratar de ajustar al Espíritu Santo a esta definición de persona y descubrir que es insuficiente, invertimos el orden de los factores y permitimos que el Espíritu expanda nuestras ideas de lo que constituye a una persona? El Espíritu se centra profundamente en el otro; es humilde, paciente y buena. Ama la comunicación, la comunión y la comunidad. Quizá sea necesario que modifiquemos nuestro concepto de persona para incluir la cualidad de facilitadora de la comunión; quizá una persona real no sea simplemente una sustancia individual de naturaleza racional, sino aquella que ama reunir a los demás para que compartan la vida, un individuo que está centrado en el otro, es relacional y está pleno de fervor por la comunión.

En el caso del Espíritu Santo, es tan diestra para facilitar el amor, la comunión y la vida, que es difícil distinguirla de sus frutos (que tal vez es la razón por la que Agustín no sólo la llamó «el lazo de amor» sino el «amor mismo»). Pero, ¿por qué esa definición significaría que, en consecuencia, sea algo menos que una persona? Sólo porque el Espíritu Santo es tan hábil para facilitar amor y parece esfumarse en medio de éste, no significa que no sea real.

En el mundo del Espíritu Santo, Jesús ve a su Padre y el Padre ve a su Hijo, y la vida y el amor suceden. En su mundo, la gente encuentra a Jesús dentro de su propio ser interno y alivio en su quebrantamiento. En el Espíritu toman forma el fortalecimiento, la libertad, la confianza y la certeza, al igual que el amor, el gozo, la paz, la paciencia, la generosidad, la bondad, la gentileza, la fidelidad y el control de uno mismo.⁷⁵ La comunidad, las relaciones y la vida florecen en ella.

El Espíritu Santo sabe cómo lograr que el cosmos baile. En Jesús, encontró al hombre que buscaba y ahora nos ha encontrado a nosotros en Jesús. Su mayor dicha es que puede estar en medio de todo y disfrutar el amor, el alivio y la vida abundante que genera en otros.

El Espíritu Santo es dadora, formadora y amante de la vida; está «en medio del Padre y del Hijo», es «el lazo de amor» entre ellos. Y ahora, en Jesús, está en medio de *nosotros*; o quizá debería decir: *estamos en medio de ella*. Y no cederá hasta que se convierta en el lazo de amor entre nosotros y Jesús y su Padre, y los cielos y la tierra, y todos sus habitantes estén vivos con la vida sin freno del Padre y el Hijo *en* el Espíritu.

Notas

1 De las ochenta y nueve veces generalmente reconocidas en que se utiliza *ruach* como referencia al Espíritu Santo en el Antiguo Testamento, sólo nueve son masculinas y ninguna de éstas carece de ambigüedad. Las otras

ochenta veces es femenina, cuarenta y cuatro de las cuales (incluyendo Génesis 1:2 y a lo largo de todo el texto de Jueces) se acompaña de verbos en femenino, etcétera. Para más datos sobre el tema, véase R. P. Nettlehorst, «Appendix 3: The Holy Spirit in the Old Testament», <http://www.theology.edu/journal/volume3/spirit.htm>.

2 Blaise Pascal, *Pensees: Thoughts of Religion and Other Subjects* (Nueva York, Washington Square Press, 1965), 277. (En español: *Pensamientos*, Alianza Editorial, España, 2009).

3 Hechos 9:3 y ss.

4 1 Corintios 2:1-5.

5 Véase el ensayo de Paul Young «The Beauty of Ambiguity», que subió a su sitio web oficial: windrumors.com.

6 Véase C. S. Lewis, «Transposition», en *The Weight of Glory: And Other Addresses* (Grand Rapids, Eerdmans, 1965), p. 28. (En español: «Transposición», RIALP, Madrid, 2002.)

7 Véase 1 Corintios 2:14.

8 Recordemos el comentario de Papá a Mackenzie: «El problema es que muchas personas tratan de entender en cierta medida lo que soy tomando la mejor versión de sí mismas, proyectando eso al enésimo grado, factorizando toda la bondad que pueden percibir, que a menudo no es mucha, y luego llaman Dios a eso» (107).

9 Véase Hechos 5:3; 7:51; Hechos 5:6; Efesios 4:30; Hebreos 10:29; 1 Tesalonicenses 5:19; Mateo 12:31; Marcos 3:29; Lucas 12:10; Marcos 3:29, respectivamente.

10 Véase Juan 1:14.

11 Véase Mateo 1:18, 20; Lucas 1:35.

12 Véase Mateo 3:16; Marcos 1:10; Lucas 3:22; Juan 1:32.

13 Véase Mateo 4:1; Marcos 1:12; Lucas 4:1; 14.

14 Véase Lucas 10:21.

15 Véase Mateo 12:28.

16 Véase Mateo 3:16-17; Marcos 1:10-11; Lucas 3:22.

17 Véase Hebreos 9:14.

18 Cita de Thomas F. Torrance en *The Trinitarian Faith: The Evangelical Theology of the Ancient Catholic Church* (Edimburgo, T&T Clark, 1988), p. 328.

19 Véase Génesis 1:2.

20 Véase Hechos 2:1 y ss.

21 Véase John V. Taylor, *The Go-Between God* (Londres, SCM Press, 1972).

22 Richard Rohr, *The Naked Now: Learning to See as the Mystics See* (Nueva York, Crossroad Publishing, 2009), p. 169.

23 Romanos 14:17.

24 Jueces 3:10; 6:34; 11:29; 13:25; 14:6; 19; 15:14; 1 Samuel 10:6, 10; 11:6; 16:13, 14; 1 Reyes 18:12; 22:24; 2 Reyes 2:16; 2 Crónicas 18:23; 20:14; Isaías 11:2; 40:13; 61:1; 63:14; Ezequiel 11:5; 37:1; Miqueas 3:8.

25 Génesis 1:2; Éxodo 31:3; 35:31; Números 24:2; 1 Samuel 19:20, 23; 2 Samuel 23:2; Job 33:4; Ezequiel 11:24.

26 Salmo 51:11; Isaías 63:10, 11.

27 Éxodo 24:3; Deuteronomio 32:9.

28 Nehemías 9:20; Salmo 143:10.

29 Zacarías 12:10.

30 Génesis 6:3; Isaías 30:1; 42:1; 59:21; Ezequiel 36:27; 37:14; 39:29; Joel 2:28, 29; Hageo 2:5; Zacarías 4:6.

31 Génesis 1:1-2.

32 Génesis 1:26.

33 Génesis 2:7.

34 Job 33:4; véase también Génesis 6:3.

35 Salmo 33:6.

36 Véase Juan 6:63; 2 Corintios 3:6.

37 Véase Jueces 3:10; 6:34; 11:29; 13:25; 14:6; 19; 15:14.

38 Véase Génesis 41:38-39; Daniel 4:8 y ss.; Éxodo 31:3, 35:31; Números 11:17 y ss.; Deuteronomio 34:9.

39 Éxodo 31-35:31.

40 Véase Números 11:17 y ss.; 2 Crónicas 24:20; Nehemías 9:30; Ezequiel 2:12, 14, 24; 8:3; 11:1, 5, 25;

Miqueas 3:8.

41 Véase 1 Samuel 10:6, 10; 16:13; 2 Samuel 2:23; 2 Crónicas 20:14.

42 Véase Éxodo 6:7; Levítico 26:13; Jeremías 7:23; 11:4; 24:7; 30:22; 31:1, 33; 32:38; Ezequiel 11:20; 14:11; 36:28; 37:27; Oseas 1:10; 2:23; Zacarías 2:11.

43 Juan 17:3, cursivas del autor.

44 Véase Deuteronomio 18:15 y ss.

45 Véase Isaías 49:1-6.

46 Véase 1 Pedro 1:11.

47 Véase Ezequiel 11:16-20; 36:22-30; Jeremías 31:27-34; 32:37-41.

48 Juan 1:19.

49 Juan 1:23.

50 Marcos 1:7-8.

51 Juan 1:32-34.

52 Véase Hechos 2:17 y Joel 2:28-29.

53 Véase Juan 16:8-11.

54 Véase Mateo 1:18, 20; Lucas 1:35.

55 Romanos 5:5 NEB.

56 Véase Juan 16:14.

57 Véase Thomas A. Smail, *The Giving Gift: The Holy Spirit in Person* (Londres, Hodder and Stoughton, 1988), pp. 89 y ss. (En español: *Don y dado: el Espíritu Santo en persona*, Londres, Darton, Longman and Todd, 1995.)

58 Jürgen Moltmann, *The Trinity and the Kingdom: The Doctrine of God* (Londres, SCM Press, 1981), p. 176. (En español: *Trinidad y Reino de Dios: la doctrina sobre Dios*, Ediciones Sígueme, Colección Verdad e Imagen 80, Salamanca, 1983.)

59 Véase Mateo 4:1 y ss.; Marcos 1:12 y ss.; Lucas 4:1 y ss.

60 Véase Mateo 4:3 y ss.; Lucas 4:3 y ss.

61 Véase Mateo 11:27; Juan 1:18; 14:20.

62 Agustín, «On the Trinity», en *Nicene and Post-Nicene Fathers*, vol. 3 (Grand Rapids: Eerdmans, 1980), VI.5.7; V.11; XV.19.37. (En español: *Obras completas de San Agustín. V. Escritos apologéticos (2º): la Trinidad*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 2006). Véase también C. S. Lewis, *Mere Christianity* (Nueva York, Macmillan, 1952), p. 152 (En español: *Mero cristianismo*, RIALP, Madrid, 2005.)

63 Véase Isaías 63:10 y Efesios 4:30.

64 Véase Hechos 13:2.

65 Véase 1 Corintios 2:11.

66 Véase Efesios 6:18; Juan 4:24; Filipenses 3:3.

67 Véase Romanos 15:30.

68 Véase Gálatas 4:6.

69 Véase 2 Corintios 3:8 y Romanos 8:27; 1 Corintios 12:11; Hebreos 2:4.

70 Véase Juan 16:3; Hechos 8:29; 10:19; 11:12, 28; 13:2; Apocalipsis 2:7; 11, 17, 29; 3:6, 13, 22; 14:13.

71 Véase Hechos 15:28; 20:28; 1 Corintios 12:4-11.

72 Véase Hechos 2:17-18; 4:8, 31; 2 Pedro 1:21.

73 Véase Juan 16:8; Efesios 3:5; Gálatas 4:6; 5:22-23.

74 Véase Efesios 3:16; Romanos 8:2; Hechos 9:31; 2 Corintios 3:17 y Gálatas 5:18; 2 Corintios 13:13; Hechos 13:52; Romanos 8:6.

75 Véase Gálatas 5:22-23.



9

LA UNIDAD DEL ESPÍRITU, EL HIJO Y EL PADRE

*En virtud de su eterno amor, viven el uno en el otro a tal grado, y
moran el uno en el otro a tal grado, que son uno.*

—Jürgen Moltmann

En el contexto del politeísmo generalizado del mundo antiguo, Dios estableció primero en Israel que había un solo dios verdadero: «¡Oye, Israel! El Señor es nuestro Dios, el Señor uno es».¹ Aparte de la confesión extraña y cargada de matices políticos: «No tenemos más rey que César», externada por los líderes judíos ante Poncio Pilatos,² la verdad perdurable de la fe de Israel era el hecho de que había un solo dios verdadero y que su nombre era Yahvé (el Señor). Desde el momento en que Jesús apareció en la historia de Israel, se formó un nuevo pacto no negociable dentro del judaísmo. Para todos aquellos que encontraron a Jesús en el Espíritu, hayan sido pescadores como Juan y Santiago, o fariseos como Saulo de Tarso, no había ninguna duda de que Jesús era el Señor Dios en persona. Incluso el incrédulo Tomás confesó: «¡Señor mío, y Dios mío!»³

Los judíos y los griegos acusaron a los cristianos de ser politeístas, puesto que adoraban al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Sin embargo, los cristianos no dieron su brazo a torcer; aparte de cualquier otra cosa que pudiesen saber, *sabían* que Jesús era el Señor. Pero entonces también lo eran su Padre y el Espíritu Santo. Tal confesión representaba una blasfemia para los judíos y una total necedad para los griegos. Los cristianos se encontraron en una situación desconcertante. Por un lado, compartían la creencia judía en un solo dios; por el otro, hubieran preferido morir a traicionar su veneración hacia Jesús como el Señor, y muchos lo hicieron. ¿Cómo podrían los cristianos adorar y glorificar al Padre, al Hijo y al Espíritu, y bautizar en sus nombres, y no adorar a tres dioses? ¿Cómo podría ser que los tres fueran uno y que uno fueran los tres? ¿Cómo podemos hablar de esta relación sin que, por un lado, caigamos en el

politeísmo y, por el otro, neguemos la divinidad de Jesús y la persona del Espíritu? Estas preguntas alimentaron las controversias que, a la larga, condujeron a los cristianos a percibir y a desarrollar la visión revolucionaria del Dios Trino.

¿Jesús sencillamente se sacó la lotería divina? ¿Tan sólo es un hombre que recibió un gran favor y logró una relación impensable con Dios? ¿Su relación con su Padre es una gracia divina aleatoria y excepcional por parte de Dios hacia el hombre que era Jesús, y de excepcional obediencia por parte de Jesús hacia Dios, que dio origen a una relación entre lo divino y lo humano, en y a través del Espíritu, que no tiene paralelo en toda la historia bíblica? ¿Jesucristo era sólo un hombre que conoció a Dios a un grado mucho mayor que el resto de la raza humana?

¿Podría ser que esta asombrosa relación entre el Padre y el Hijo, *en* el Espíritu, no sea algo nuevo? ¿Podría ser que esta relación no haya comenzado en el vientre de la virgen María, pero es una relación *divina* anterior a la creación y posteriormente entró a nuestro mundo? ¿Podría ser que este notable amor y esta comunión entre el Padre y el Hijo en el Espíritu sea, de hecho, la *vida eterna de Dios* que cobra presencia ante nuestros ojos y se nos revela? ¿Estamos lidiando aquí con la verdad del ser eterno de Dios, con la manera en que Dios es y siempre ha sido y siempre será, o esta tri-unidad aparente es simplemente una de las muchas formas que asume de vez en cuando el dios solitario?

En algún momento cerca del año 200 d.C., un sacerdote y teólogo de Roma llamado Sabelio postuló la idea de que el dios único e indivisible se revelaba de maneras diferentes en su relación con la humanidad. Para Sabelio sólo existe una Persona divina, pero se manifestó inicialmente como el Padre, luego como el Hijo y finalmente como el Espíritu Santo. Esta perspectiva, conocida como sabelianismo o modalismo, fue popular en la Iglesia porque ofrecía una manera de afirmar la deidad de Cristo, al tiempo que se mantenía el hecho de que Dios era uno. El dios único apareció de diferentes modos en diferentes épocas. El problema con esta perspectiva es, por supuesto, que no admite ninguna relación, ni interacción, entre el Padre, el Hijo y el Espíritu, ya que sólo existe una persona que aparece de tres formas distintas, pero nunca al mismo tiempo. Por definición, no existe un «ellos», ni tres personas distintas y, en consecuencia, nunca podría haber ninguna relación entre ellas.

En cierto sentido, esta perspectiva protege la deidad de al menos los *roles* del Padre, el Hijo y el Espíritu, pero se mofa del hecho de que Jesús haya vivido su vida en relación con su Padre, y el Espíritu Santo haya estado en medio de ellos. Por ejemplo, ¿por qué una Persona, al ubicarse temporalmente en el modo del Hijo, estaría tan confundida y desorientada como para orar a otra a la que llamaba su Padre? ¿Y por qué se bautizaría a sí misma con el Espíritu, mientras otra voz de los cielos declara: «Eres mi Hijo amado, en el que mi alma se complace»? Tanto Sabelio como su perspectiva fueron condenados por herejía alrededor del año 220 d.C.

Una segunda solución posible y que era mucho más popular, fue la que postuló el presbítero llamado Arrio (256-336 d.C.), un predicador muy famoso e inteligente. No

contamos con muchas de las cosas que escribió porque la Iglesia tiene la tendencia a destruir la obra de sus detractores, pero lo que sabemos de autores como Atanasio,⁴ que debatió en contra de Arrio, parece sensato, cuando menos de manera superficial.

Arrio tomó en serio el hecho de que el Padre y el Hijo eran personas distintas y que su relación era real, pero no podía deshacerse de su concepto griego de la indivisibilidad del único dios. Para Arrio, Dios era único y eso era todo; por lo tanto, el Padre es el único dios y Jesús es su criatura primera y más importante, a través de la cual creó al resto del cosmos. En este escenario, se protege la unicidad de Dios, y Jesús es honrado en forma excepcional. Incluso existe la posibilidad de una especie de encarnación, porque como la creación primera y más importante, de inicio Jesús no era un ser humano.

Arrio ofrecía para el Hijo lo que en apariencia era un sitio extraordinario como mediador de la creación y de la salvación. Según este teólogo, es por medio de Jesús que el único dios se relaciona, ahora y siempre, con toda la creación. Este sitio de honor hacía sentido respecto de lo que los cristianos *sabían* de Jesús en su culto inspirado por el Espíritu. Y, en consecuencia, la tesis adquirió bastante popularidad. Además, Arrio era muy apto para defender su postulado desde la perspectiva de las Escrituras. Pero como Atanasio se apresuró a señalar, el Jesús arriano –por exaltado que fuese– seguía siendo, a pesar de todo, una *criatura* y no *Dios*, y no se le podía considerar «el Señor» en el mismo sentido que Dios el Padre era «el Señor».

Aunque Arrio intentaba ser fiel al concepto de que Dios es uno, y encontraba un verdadero sitio de honor para Jesús, se quedó corto. Su negación sutil, pero real, de la deidad de Jesucristo trajo varias consecuencias graves. Primero, no cuadraba con las enseñanzas de los apóstoles, ni con el culto de los creyentes, ni con las prácticas de la Iglesia en cuanto al bautismo en el nombre del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, como había ordenado Jesús. Segundo, hace surgir dudas sobre la integridad de este Jesús; si no es divino, ¿por qué el Jesús arriano insulta al único dios al permitir se le rinda adoración y gloria? ¿Qué tipo de criatura que respete a Dios recibiría la adoración de la que sólo es merecedor el dios único y verdadero? Tercero, también se pone en duda la naturaleza del Padre; si Jesús es una criatura y no Dios, entonces hubo algún momento en que no existió el Hijo y el Padre existía solo y aislado, de modo que incluso el Padre no siempre fue Padre, y si no siempre fue el Padre, ¿cuál es su naturaleza esencial? Cuarto, si Jesús es tan sólo una criatura, entonces la salvación y la vida que otorga, aunque quizá sea mejor que las que podríamos lograr los demás como simples humanos, queda gravemente rezagada de la salvación *divina* y de la *vida eterna* de Dios.

Arrio y sus enseñanzas forzaron a la Iglesia a llevar a cabo una seria reflexión sobre su fe en Cristo. La Iglesia respondió en el Concilio de Nicea del año 325 d.C., y después en el Concilio de Constantinopla del 381 d.C., con una clara afirmación de la deidad de Jesús y su completa *unidad* con el Padre:

Creo en un solo Dios,

Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra, de todo lo visible y lo invisible.

Creo en un solo Señor, Jesucristo, Hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos: Dios de

Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, de la misma naturaleza del Padre, por quien todo fue hecho...

El credo niceno, con su letanía de afirmaciones cristológicas que culminan en su fuerte afirmación de que Jesús es «de la misma *naturaleza* que el Padre», junto con la declaración de anatema contra cualquiera que niegue esto, fue redactado para poner el alto al concepto de que Jesús era una especie de criatura y no un igual con Dios el Padre. Colocó a Jesús dentro del círculo de todo lo que significa ser Dios.

En Nicea, las enseñanzas de Arrio se declararon heréticas y se afirmó la unidad de Jesús con el Padre en términos más que claros. ¿Pero qué significa eso en realidad? ¿Qué significa hablar de la completa unidad del Padre y el Hijo? ¿Cómo podemos adorar al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo y no ser politeístas? ¿Cómo puede ser que tres sean uno y uno sean tres? Después del Concilio de Nicea, gracias al liderazgo de Atanasio y de otros teólogos, la Iglesia siguió la pauta del apóstol Juan al meditar profundamente sobre la relación trinitaria y, como consecuencia, ocurrió un cambio brillante y revolucionario. El concepto judío y griego de «uno» atravesó por un bautismo que lo llevó al mundo de la *relación* y se llenó de «comunidad» o «unidad». ⁵

Para la mentalidad judía, «un dios» significaba una Persona divina única, individual y solitaria. Para la perspectiva griega, «un dios» implicaba la esencia simple e indivisible que no está sujeta a partición ni es proclive al cambio. Para la mentalidad cristiana, «un dios» llegó a significar tres personas *completamente juntas*. Éste es el elemento de capital importancia; el concepto de «Uno» atraviesa un cambio espectacular de lo individual a la comunidad o unión en relación.

Podrá parecer como algo trivial, pero sólo piensa en tus propias relaciones con otros, o en tu matrimonio, o en tus deseos más profundos en la vida. ¿Tu corazón no anhela la unidad más que la individualidad o el aislamiento? Nadie quiere estar solo: ¿por qué no? Si hemos sido creados a imagen de una Persona solitaria, ¿por qué ansiaríamos tanto que se nos conozca y podamos compartir nuestra vida con alguien? ¿Por qué nuestras alegrías y nuestros dolores más profundos son de naturaleza relacional? Tiene sentido que si nos creó un dios que es una sola Persona, pudiéramos estar programados para vivir en relación con ese dios. ¿Pero por qué un dios individual nos programaría con una propensión a las relaciones de unos con otros?

La *participación* entre el Padre y el Hijo en el Espíritu es tan profunda y genuina, la *intimidad* es tan real y personal, que nuestras mentes se ven forzadas a ir más allá del generoso concepto de la comunión frente a frente, a un mundo que incluye la morada o *inhabitación mutua* y la *unión*. La relación del Hijo y el Padre en el Espíritu es una comunión viva y diáfana de amor cuya naturaleza es profunda. Se *conocen* plenamente. Viven en una comunión de intercambio personal incondicional y de relación en el Espíritu que es tan inmaculada, tan rica, completa y verdadera, que literalmente moran uno en el otro. Las personas ingresan una en otra y se contienen una a la otra sin perderse a sí mismas. Cuando una llora, la otra percibe el sabor de la sal de las lágrimas, pero nunca se

lían ni se confunden a tal grado que se pierdan a sí mismas y se conviertan en la otra. La hermosa palabra *pericóresis*, mi palabra teológica favorita, implica ambos conceptos al mismo tiempo.⁶ *Pericóresis* significa inhabitación mutua, o interpenetración, sin pérdida de la individualidad: «La doctrina de la pericóresis enlaza de una inteligente manera la trinidad y la unidad, sin reducir la trinidad a la unidad o disolver la unidad en la trinidad».⁷

Cuando Jesús dice que él y el Padre son uno, o que si lo has visto a él has visto al Padre, no está diciendo que él *sea* el Padre. Jesús continúa siendo su propia persona, al igual que el Padre y el Espíritu Santo, pero su comunión es tan diáfana que habitan uno *en* el otro; y habitan uno en el otro a tal grado que, a falta de una mejor manera de decirlo, viven en completa unión: en unidad.

La preposición *en*, como la utilizan Jesús y Juan, está implícita en la idea de la *pericóresis*, la inhabitación mutua sin pérdida de identidad personal. Pasarían muchos siglos de debates antes de que esto se pudiera articular, pero la idea de la inhabitación mutua abrió la posibilidad de incluir la relación y la comunión y el amor dentro de la discusión de lo que significa ser «uno». De hecho, transformó la idea de «uno» de la individualidad en términos estrictos, a la profunda comunidad: la unidad. Y la unidad no invalida al «uno», sino que lo llena de nuevo significado.

En este paso del aislamiento a la profunda comunidad, la verdad de que el Padre, el Hijo y el Espíritu son personas distintas se integra a la verdad de que Dios es uno. Porque esta relación es tan profunda, esta comunión es tan verdadera, este amor entre el Espíritu, el Hijo y el Padre es tan puro y diáfano, se inhabitan en tal medida, que cualquier descripción aparte de «uno» traiciona su absoluta comunidad.⁸

En nuestras vidas este tipo de unidad de relación es algo que ansiamos experimentar, pero en la vida de la Santísima Trinidad es una realidad perdurable que se expresa continuamente en amor y extraordinaria creatividad y libertad. Para mí, éste es uno de los aspectos más geniales de *La cabaña*. Paul Young captura en forma bellísima la igualdad, la trinidad y la unidad, al igual que la creatividad de la relación. En ningún momento llegamos a confundir a Papá, Jesús y Sarayu, y en ningún momento pensamos que estén separados de algún modo. Como dice Sarayu: «No puedes compartir con uno de nosotros y no compartir con todos» (115).

Esta comunidad del Padre, el Hijo y el Espíritu está en libertad de expresarse en un recién nacido «en la solitaria casa de la caída de Adán»,⁹ que está envuelto en pañales y que yace en un pesebre; y en una cruz, sufriendo el rechazo y el homicidio a manos de la raza humana. La unidad divina es tanto la *verdad* del ser del Dios Trino como la *manera* del ser trinitario, expresada eternamente en amor y comunidad.¹⁰

En el contexto de la tradición judía, los discípulos se encontraron caminando con Uno que creían que era el Señor mismo; sin embargo, era Uno que tenía un Padre y estaba ungido por el Espíritu Santo. A través de su testimonio y, de hecho, a través de la continua revelación de Jesús en el Espíritu, la comunidad cristiana llegó a percibir que la

asombrosa relación entre Jesús, el Uno al que llamaba su Padre y el Espíritu Santo no era una forma que Dios asumía por un momento, sino una revelación para la raza humana de cómo es el único dios desde el principio de los tiempos y para siempre. Lo que vemos en la vida de Jesús es una develación para nosotros de la manera en que Dios es, siempre ha sido y siempre será.

Cuando el cristianismo habla de *Dios*, habla del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo que existen en una relación hermosa e íntima de amor centrado en el otro, que se expresa en una comunión ilimitada y en una unidad inenarrable. No se refiere a un ser aislado e inaccesible, distante o indiferente. No habla de un legalista o de un potentado egocéntrico o de un ser que es motor, pero que en sí mismo es inamovible. Para la Iglesia cristiana – por lo menos en sus aspectos más positivos– Dios es un ser en relación: tres personas, Padre, Hijo y Espíritu, que comparten la vida y todas las cosas en un amor centrado en el otro y en comunidad incomparable.

Pero sería incorrecto dejar así las cosas. En el preciso instante que mencionamos la relación eterna del Padre, el Hijo y el Espíritu revelamos mucho acerca de todo el cosmos y sobre el destino de la raza humana. Porque esta relación trinitaria, esta comunión abundante y gozosa, esta unidad inexpressable de amor, es el vientre mismo del universo y de la humanidad que lo habita.

Notas

1 Deuteronomio 6:4.

2 Juan 19:15.

3 Juan 20:28.

4 Véase Atanasio, «Against the Arians», en *Athanasius: Select Works and Letters*, vol. 4 de *Nicene and Post-Nicene Fathers of the Christian Church*, 2ª ed. de la serie, Philip Schaff y Henry Wallace (eds.) (Grand Rapids, Eerdmans, 1987). (En español: *Discursos contra los arrianos*, Ciudad Nueva, Biblioteca Patrística 79, Madrid, 2010.) Para mayor información sobre el debate entre Atanasio y Arrio, consulte Khaled Anatolios, *Athanasius: The Coherence of His Thought* (Londres, Routledge, 1998).

5 Véase John Zizioulas, *Being as Communion* (Londres, Darton, Longman y Todd, 1985), pp. 27 y ss. (En español: *El ser eclesial*, Ediciones Sígueme, Verdad e imagen 162, Salamanca, España, 2003), y Thomas F. Torrance, *The Christian Doctrine of God* (Edimburgo, T&T Clark, 1996), pp. 73 y ss.

6 Para un análisis detallado del significado de *pericóresis*, consulta Thomas F. Torrance, *The Christian Doctrine of God*, pp. 168 y ss.

7 Jürgen Moltmann, *The Trinity and the Kingdom: The Doctrine of God* (Londres, SCM Press, 1981), p. 175. (En español: *Trinidad y Reino de Dios: la doctrina sobre Dios*, Ediciones Sígueme, Colección Verdad e Imagen 80, Salamanca, 1983.)

8 Para más detalles sobre mis ideas acerca de la unidad del Padre, el Hijo y el Espíritu, lee mi libro *Jesus and the Undoing of Adam* (Jackson, MS, Perichoresis Press, 2002), pp. 18 y ss.

9 Pierce Pettis, de la canción «Family», en *Chase the Buffalo* (High Street Records, 1993).

10 «Sin embargo, no debemos considerar esto como si tuviéramos que lidiar con tres personas individuales que tienen alguna existencia independiente, previa a la afinidad mutua y a la interpenetración pericorética. La

pericóresis es eterna. Está dada en el ser mismo de Dios. Ser Dios es ser el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo en *koinonia* pericorética». Trevor Hart, *Regarding Karl Barth* (Carlisle, Inglaterra, Paternoster Press, 1999), p. 113.



10

EL AMOR DEL DIOS TRINO

*Dios, que no necesita nada, origina por medio de su amor
criaturas totalmente superfluas, a fin de poder amarlas
y perfeccionarlas.*

–C. S. Lewis

La manera en que se relacionan entre sí Sarayu, Jesús y Papá en *La cabaña* –con amor, apertura, deferencia mutua y simple gozo unos por otros– podría considerarse como una grave y escandalosa tergiversación o como un indicio de la asombrosa verdad. Fue algo que inspiró la curiosidad en Mackenzie (113 y ss., 205-206.), por decir lo menos. Nunca había visto algo parecido. Se sentía atraído hacia esa relación y a su modo de ser, pero todo el asunto de la Trinidad sencillamente no tenía ninguna lógica para él; y, en todo caso, ¿qué diferencia hace la Trinidad? (110).

Según el Papá de Young: «¡Eso hace toda la diferencia del mundo!» (110), más que nada cuando pensamos en la posibilidad del amor.

–Debes comprender –continuó Papá– que a menos que yo tenga un objeto de amor (o, más precisamente, alguien para amar), que si no tengo esa relación conmigo misma, no sería capaz de amar en absoluto. Tú tendrías un dios incapaz de amar. O tal vez peor: tendrías un dios que, cuando lo decidiera, sólo podría amar como una limitación de su naturaleza. Ese tipo de dios quizás actuaría sin amor, y eso sería un desastre. Pero, sin duda, yo no soy así (110-111).

En una variación del argumento del teólogo medieval Ricardo de San Víctor, Papá está diciendo que no puede existir amor (o caridad, como le llamaban los antiguos autores) sin relación.¹

Para el Papá de Young, si Dios estuviera solo y aislado por toda la eternidad, entonces centrarse en otro estaría fuera de toda posibilidad, porque no existiría *otro* en el cual centrarse. La propia relación y la comunidad, aún siendo abierta, personal y accesible,

sería bastante ajena a la *naturaleza* de este tipo de dios solitario. «El amor», como dice Lewis, «es algo que una persona tiene por otra. Si Dios era una persona sola, entonces no era amor antes de la creación del mundo». ² Según Ricardo San Víctor: «No puede afirmarse debidamente que alguien tenga caridad con base en su propio amor privado hacia sí mismo. Y, en consecuencia, es necesario que el amor se dirija hacia otro para que pueda considerarse caridad. Por ende, cuando no hay una pluralidad de personas, no puede existir la caridad». ³

Young, Lewis y San Víctor plantean un gran tema. Si no existe relación dentro del ser eterno de Dios, entonces no existe base real en la *naturaleza* de Dios para sentir afecto hacia algo aparte de sí mismo, ni fundamento para la devoción altruista hacia otros o para amar una cosa por su propio valor. El amor de un dios que es una sola Persona estaría inherentemente centrado en sí mismo, sería narcisista y, en última instancia, se dirigiría al propio Dios, no a los otros. Un dios solitario únicamente podría amar a otros *en beneficio de éstos* si *apagara*, por decirlo de algún modo, la fuente de su naturaleza más profunda y verdadera. Eso significaría que Papá estaría fingiendo al momento de abrazar a Mackenzie en la entrada de la cabaña. Al ocultar su verdadera naturaleza –interés propio, o amor privado– se pone una máscara de aceptación, mientras todo el tiempo espera ver si se satisfacen *sus propios* deseos. Su abrazo (en esta situación) no sería en beneficio de Mack, sino que sería, en última instancia, para sí misma y, por ende, estaría condicionado a una respuesta apropiada que debe darse en determinado momento.

Esto me parece que es un elemento de enorme importancia. ¿Se nos ama por lo que potencialmente seamos capaces de darle a Dios o por nosotros mismos? ¿El amor del Padre, el Hijo y el Espíritu viene con ataduras? ¿Nuestra existencia se refiere a la relación o al desempeño? ¿El universo es el producto del interés de Dios en sí mismo, de su necesidad, o quizá proviene del aburrimiento? ¿Estamos aquí para hacer algo para Dios, en Su beneficio?

–Lo que importa es esto: si yo fuera simplemente un solo dios y una sola persona, entonces tú te verías en esta creación sin algo maravilloso, sin algo esencial incluso. Y yo sería completamente distinta de lo que soy.

–¿Y nosotros estaríamos sin...? –Mack no supo cómo terminar la pregunta.

–Amor y relación (110).

Si Dios está solo y aislado, entonces, en un sentido u otro, se nos creó para beneficio de Dios, no de nosotros. ⁴ Pero en vista de que Dios es Padre, Hijo y Espíritu, y dado que esa relación y este amor forman la esencia del ser trinitario, entonces fuimos «creados para ser amados» (106) y para vivir amados y para amar a otros sin interés propio (189 y ss.). Como dice Lewis: «Dios, que no necesita nada, origina por medio de su amor criaturas totalmente superfluas, para que pueda amarlas y perfeccionarlas». ⁵

Hace unos años, estaba jugando golf con un amigo cuando bajó el ritmo del juego y nos encontramos en el siguiente *tee* de salida con el grupo que iba adelante de nosotros. Al acercarnos, un señor mayor, alto y con cabello gris, caminó en nuestra dirección. De inmediato supe que era una de esas personas santurronas que saludan con entusiasmo

fingido. Incluso agachó un poco la cabeza mientras tendía su mano para estrechar la mía. Literalmente pensé: *¿Me pregunto cuánto tiempo pasará antes de que nos lance una perorata religiosa?* Debo admitir que por un momento me hice el tímido y di un paso hacia atrás para que mi compañero se volviera el blanco de su plática. Como era de suponerse, no habíamos pasado siquiera del *tee* de salida cuando el entusiasta lanzó su primera pregunta: el gancho.

–Oigan chicos, ¿ustedes acuden a la iglesia?

Fingí que no lo había escuchado y me dirigí a buscar mi bolsa de golf. Mi amigo, a quien llamaremos Samuel, respondió a la pregunta:

–En realidad no... Bueno, a veces; es que, la Iglesia no resulta de gran utilidad, ¿no lo cree?

Con un tacto digno de alguien que no tiene la menor idea de que es totalmente transparente, el amistoso mojigato ignoró la pregunta de Sam y lanzó la siguiente:

–¿Son salvos?

Sam respondió presto:

–Por supuesto, creo en Jesús, pero ésa no era mi pregunta.

Con eso llegó el momento de salir del *tee*. El entusiasta fingido y su amigo nos pasaron el *tee* y el tema cambió por completo. Existen quienes dirían que ese hombre que nos saludó con fingido gusto se preocupaba por Sam y que ésa era la razón por la que deseaba asegurarse de que Sam se salvara. Pero me temo que no estoy de acuerdo, pues resulta que ese día Sam y yo estábamos jugando golf porque él estaba pasando por un momento realmente difícil por haber perdido a su esposa. Su dolor era muy profundo. Estábamos en medio de una gran conversación sobre la manera en que Jesús se encuentra con nosotros en nuestras situaciones traumáticas y Sam estaba un poco más esperanzado cuando nos abordó ese hombre con interés fingido, sofocando el momento con su espíritu religioso y arruinando nuestra «Iglesia».

El Padre, el Hijo y el Espíritu nos aman *en beneficio nuestro*, no para aumentar el número de miembros o para dar una apariencia de bondad, ni por ninguna cosa que puedan sacarnos. No existe necesidad en la Santísima Trinidad. Es una fuente que rebosa amor centrado en el otro. La vida compartida del Padre, el Hijo y el Espíritu tiene que ver con dar, no con tomar; con compartir y no con atesorar; con bendecir a otros a través de darles vida por lo que representan en sí mismos, y no con manipular para tener el control divino. El Padre, el Hijo y el Espíritu están enfocados en darse a sí mismos en beneficio nuestro, para que nosotros también podamos experimentar la verdadera vida. No es necesario dar nada a cambio.

Ése era el tema central que quería comunicarle a Sam. Jesús lo acepta, se encuentra con él y lo abraza –como lo hace con Mackenzie– en el momento justo, y lo conduce con gran cuidado a experimentar su propia paz y su propia esperanza. No quiere que se le retribuya nada a cambio. El Padre, el Hijo y el Espíritu no dan para recibir. Nos alcanzan en nuestros propios mundos, en nuestros esfuerzos, penas y dichas, y nunca

ignoran nuestras verdaderas preguntas, aunque dentro de nuestra oscuridad haya ocasiones en que ciertamente parece ser así.

La doctrina de la Trinidad significa que Dios es un ser relacional: siempre lo ha sido y siempre lo será. La relación, la comunión, la entrega de sí mismos y la atención dirigida al otro no son ocurrencias tardías para Dios, sino las realidades más profundas del Ser divino. Para el Padre, el Hijo y el Espíritu siempre se ha tratado del amor, de la relación y de compartir la vida, no de lo que puedan conseguir de nosotros. Se nos creó para que pudiéramos ser, para que pudiéramos vivir y compartir la vida y la alegría con el Dios Trino. El Padre de Jesús no está aguantando la respiración para ver si saltamos por el aro correcto antes de decidir nuestro destino. No existe ninguna lista, no estamos aquí para «glorificar a Dios» a través de nuestro desempeño religioso. Estamos aquí para vivir «en la gloria» de la Santísima Trinidad.



Detengámonos un momento para considerar dos preguntas primordiales que surgen de los comentarios de Papá a Mackenzie. Primero: ¿cuál es el fundamento para creer en el amor de Dios? Y segundo: ¿qué pensamos realmente acerca de la *naturaleza* de Dios? Si, por decirlo de alguna manera, fuéramos quitando las capas de la cebolla que representan al ser divino, ¿qué encontraríamos en el centro? ¿Qué reside en el corazón de Dios? Si Dios es una persona única, sola por toda la eternidad, entonces bendecir a otros en beneficio de ellos sería ajeno a su existencia y a su modo de ser. En este caso, Dios no amaría de manera natural a otros por sí mismos; en el mejor de los casos, el altruismo divino sólo sería una simulación momentánea. Pero para Young, con base en lo que dice el apóstol Juan, Dios *es* amor,⁶ o como señala Papá: «Yo soy amor» (110). Y aquí permítanme citar de nuevo a Jonathan Edwards: «El apóstol nos dice que “Dios es amor” y, por ende, dado que es un ser infinito, de eso se deduce que es una fuente infinita de amor. En vista de que es un ser omnisuficiente, la consecuencia es que es una fuente plena, rebosante e inextinguible de amor. Y ya que es un ser inmutable y eterno, es una fuente inmutable y eterna de amor».⁷ Este amor no está centrado en sí mismo, ni es un amor privado del ser mismo de Dios, que sólo podría tener motivos ocultos, sino que está centrado en el otro, es altruista e incondicional. La verdad más profunda del *ser* divino es la relación de amor del Padre, el Hijo y el Espíritu.

¿Existe alguna puerta trasera que pase a otro nivel más allá de esta relación, un nivel en el que podríamos descubrir una verdad más profunda acerca de Dios? ¿Existe algún secreto esotérico que impulse todo lo que Dios piensa, sueña y hace? La relación del Padre, el Hijo y el Espíritu no es la antesala, sino el sanctasanctórum; la vida misma de Dios y el modo de ser de Dios, el caldo primigenio del que surgen todos los pensamientos, actos y respuestas divinos.

Papá no abraza a Mackenzie porque se haya despertado con ánimos de hacerlo o porque tenga elevado el nivel de azúcar en sangre, sino porque así es. No está fingiendo;

está siendo ella misma. Vive y se mueve y tiene su ser en relación con Jesús y Sarayu. De igual manera que está en ellos, también está en Mack y en todos nosotros. Papá abraza a Mackenzie como simple expresión de su verdadera *naturaleza* y modo de ser:

—¿Pero por qué yo? Quiero decir, ¿por qué Mackenzie Allen Phillips? ¿Por qué amas a alguien tan descarriado? Después de todas las cosas que he sentido en mi corazón por ti y todas las acusaciones que he hecho, ¿por qué molestarte siquiera en seguir tratando de comunicarte conmigo?

—Porque eso es lo que hace el amor —respondió Papá (201).

En un millón de pórticos, Papá abrazará a millones de Mackenzies. A menos, por supuesto, que exista algo diferente y más profundo acerca de ella que su relación de amor con Jesús y Sarayu.

¿Existe un dios detrás de la Santísima Trinidad, un ogro divino escondido en el desván, o quizá un Líyoo cósmico,⁸ o un legalista que en cualquier momento podría aparecer y rebasar la bondad y el amor del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo? ¿La relación del Dios Trino está limitada y sólo se le permite expresarse, digamos, en lunes y jueves? ¿O esta relación es la constante imperecedera que permea todo el universo, la única realidad libre y estable, confiable e inmutable? Si esta relación no es la máxima verdad de todas, entonces existe algo más que tiene la última palabra y tan sólo nos queda esperar en vilo hasta que ese algo más aparezca.

Sospecho que la mayoría vivimos en el desgastante mundo entre el deseo de creer que se nos ama por lo que somos y el temor a que ese tipo de amor sea una fantasía. He aquí la pregunta fundamental: ¿crees que puedes cambiar a la Trinidad? ¿Puedes alterar cómo se relacionan entre sí el Padre, el Hijo y el Espíritu? Una vez tuve una discusión con un hombre que se oponía firmemente a mi simple declaración de que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo nos aman a todos y que, en Jesús, se nos ha acogido a todos para siempre.

—¡No! ¡No! —gritó—. No puedes declarar así nada más que gracias a Jesús se nos ha adoptado a todos. No conoces a esas personas o lo que sienten. No sabes si se han arrepentido y han creído en Jesús.

—Entonces —pregunté—, ¿cuál es la relación de Dios con la gente antes de que crea en Jesús?

—Es su juez —respondió—. Se convierte en su Padre cuando se arrepienten y creen.

—¿Entonces lo que estás diciendo es que la fe de la gente tiene el poder de alterar el *ser* de Dios?

—No, por supuesto que no estoy diciendo eso.

—Bueno, es que me parece que dices eso. Afirmas que si una persona cree, entonces Dios *se convierte* en su Padre, pero si no cree, sigue siendo su Juez. Aparte del sorprendente hecho de que supones que el papel de Dios como Juez es más fundamental que el de Padre.⁹ ¿Qué pasa con Dios si esas personas claman: «Creo; ayuda a mi incredulidad».¹⁰ ¿El Padre de Jesús es como los limpiadores de parabrisas y se mueve constantemente entre sus papeles de Padre y de Juez?

No es necesario aclarar que la discusión no terminó bien y ambos quedamos convencidos de que nuestro interlocutor había perdido la cabeza. Más adelante hablaré más sobre la importancia y la necesidad de la fe y el arrepentimiento, y también sobre el juicio divino, pero por ahora el elemento más importante es que no debemos confundir el *carácter de Dios* con el sitio donde nos encontramos en nuestro viaje hacia la fe, o falta de ella. El amor centrado en el otro que caracteriza al Padre, el Hijo y el Espíritu es la verdad eterna de la naturaleza divina y, afortunadamente, no depende de nuestra fe o de cualquier cosa que podamos hacer o dejar de hacer, incluyendo rezar la Oración del Pecador. Como dijo Atanasio: «La Santísima Trinidad no es un ser creado».¹¹ No hubo nunca un momento en que el Padre estuviese solo sin el Hijo y el Espíritu. Mucho antes del origen del mundo, ya estaba establecida la naturaleza de Dios. Creamos o no, seamos buenos o no, hagamos lo correcto o no, la naturaleza del Dios Trino sigue siendo la que es, siempre ha sido y siempre será: amor. No somos tan poderosos como para cambiar al Padre, el Hijo y el Espíritu.

Ésta es una de las principales razones por las que la Trinidad es tan fundamental. Porque si Dios estuviese solo y aislado desde la eternidad, entonces no hubiese habido nada que Dios amara hasta el momento de crearlo. En ese caso, el dios solitario se tendría que haber *convertido* en amante, porque no lo era *por naturaleza*, y este amor sólo podría provenir de su soledad e interés en sí mismo. Y es posible que aquello que causó que este dios único creara y se convirtiera en amante cambie de nuevo, y que el dios solitario regrese a su naturaleza esencial, no amante. ¿Existe algo ajeno al ser de Dios que *haya causado* su amor? ¿Y no es esto lo que todos tememos: que algo ajeno al ser de Dios lo induzca a amarnos, que este amor esté condicionado a algo aparte de su naturaleza y que, por ende, nosotros seamos quienes debemos hacer la maniobra correcta, activar el interruptor del amor, lograr que surja el amor de Dios y seguir lográndolo una y otra vez? Con razón estamos agotados e infelices.

—¿Por qué ustedes nos aman a los seres humanos? Supongo que... —mientras hablaba, se dio cuenta de que no había formulado muy bien su pregunta—. Creo que lo que quiero preguntar es por qué me aman a mí, si no tengo nada que ofrecerles.

—Si piensas eso, Mack —contestó Jesús—, te será muy liberador saber que no puedes ofrecernos nada, al menos nada que pueda añadirse o quitarse a lo que somos... Eso debería aliviar cualquier presión para actuar (215).

El dios cristiano es amante por toda la eternidad, porque este dios existe como Padre, Hijo y Espíritu en una relación de amor centrado en el otro y de hermosa comunidad. La Trinidad significa que desde antes de la creación Dios es amor: «El amor es la profundidad más recóndita, la esencia de su naturaleza, que está en el origen de todo su ser».¹² «Dios no es mónada solitaria o tirano ensimismado, sino aquel cuya orientación hacia otros reside intrínsecamente en su ser eterno como Dios».¹³ «En Dios no existe hambre que necesite satisfacerse, únicamente abundancia que desea dar».¹⁴ La causa del amor del Dios Trino no reside fuera de la relación de Padre, Hijo y Espíritu. No existen interruptores, ni condiciones, ni razones, y no hay manera de que podamos causar que la

Santísima Trinidad nos ame, o deje de amarnos.

El elemento central que destaca Papá a Mackenzie es que, debido a que la relación y el amor existen dentro del ser de Dios por toda la eternidad, tenemos algo en lo que podemos creer, y que no causamos con nuestra fe ni invalidamos con nuestra falta de fe. Se nos acepta como somos, se nos conoce y se nos ama en nuestro beneficio, se nos incluye para siempre, porque el amor es la *naturaleza* de la Santísima Trinidad. Así que, junto con el apóstol Pablo, podemos afirmar: «Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro». ¹⁵

Ésta es una realidad a la que podemos aferrarnos en medio de los insultos y el temor; de la agonía y la muerte; de la vergüenza, la culpa y la duda, y en medio de *nuestra Gran Tristeza*. Es posible que nos sintamos aislados, excluidos o abandonados. ¿Quién de nosotros no tiene un montón de pruebas que así lo confirman y no ha dejado detrás una estela de destrucción en su dolor? Pero a menos que el Espíritu Santo se transforme en un narcisista y que el Padre rechace al Hijo, y que Jesús decida que preferiría divorciarse, nunca se nos desechará ni se nos abandonará: «Consolémonos pensando en el Padre y el Hijo. En tanto ahí more la armonía, en tanto el Hijo ame al Padre con todo el amor que pueda recibir el Padre, todo estará bien con los pequeños». ¹⁶ Porque desde la eternidad, el DiosTrino es amor, y el Padre, el Hijo y el Espíritu se relacionan con nosotros a partir de su propia relación entre sí. Nos aman con el amor que existe entre ellos. No existe otro modo de ser para el Dios Trino.

El Padre de Jesús incluso ama al asesino de Missy, lo ama también para su redención (239 y ss.), al igual que nos ama a todos los que hemos hecho un verdadero desastre de nuestra vida y de las vidas de los demás, y a todos los que seguimos creyendo que estamos bien, incluso al mojigato hipócrita que está perdido en su pomposidad. «Somos todo lo que tendrás; y créeme: somos más que suficiente» (92). «El Dios que es, el Soy el que soy, no puede actuar sin amor» (111). Y el amor ama al amado para llevarlo a la libertad de vivir siendo amado, y de compartir su amor; y este amor, como dice mi amigo Bruce Wauchope, «paga la costosa cuenta» de nuestros incesantes desastres e incluso obra para convertirlos en un bien para nosotros, para los demás y para toda la creación. «Porque eso es lo que hace el amor» (201); ésa es la asombrosa verdad de la Santísima Trinidad. No es casualidad que «No temáis» sea la indicación más frecuente en las Escrituras.



Déjenme destacar dos conceptos adicionales. Primero, *todas* las características de Dios son expresiones de *esta* naturaleza esencial de relación y amor. ¹⁷ Por ejemplo, la santidad de Dios es una expresión de la absoluta unidad, de la peculiaridad del amor trinitario. No existe nada igual en el universo, está en una clase aparte, es impar e

incomparable. Su belleza, su bondad y su gozo son únicos. La justicia de Dios no refleja la conformidad del Padre, el Hijo y el Espíritu con algún tipo de ley que sea superior a ellos, sino la misma naturaleza correcta de su relación.

De igual manera, la ira de Dios no es el contrario del amor, como si ambos sentimientos compitieran por el control de la relación de Dios con la humanidad. El amor del Padre, el Hijo y el Espíritu no es secundario a la cólera divina. Como dice Papá: «Hay mucho por lo cual volverse loca en el lío que mis hijos han hecho, y en el lío en que están. No me gustan muchas de las decisiones que toman, pero especialmente para mí, ese enojo es una expresión de amor de todas maneras» (129). La ira es el amor del Dios Trino que, en acción apasionada, dice «¡No!» Es la fiera oposición del amor contra nuestra destrucción. De la misma manera, el juicio de Dios no es su «lado oscuro» que finalmente hace saber su opinión. Juzgar tiene que ver con discernir, con observar un asunto y comprender lo que es incorrecto, con el fin de volverlo correcto e íntegro. En este sentido, el papa Benedicto ha dicho: «El Juicio de Dios es esperanza, tanto porque es justicia, como porque es gracia».¹⁸ Y como afirma Sofía en *La cabaña*: «Mackenzie, el juicio no es para destruir, sino para corregir» (182). La fidelidad de Dios, su bienaventuranza y plenitud, su poder y sabiduría, su gozo y paciencia, son de naturaleza trinitaria y relacional: todos son expresiones y todos provienen del mismo amor sorprendente, centrado en el otro, del Padre, el Hijo y el Espíritu. La Santísima Trinidad no hace nada que no esté motivado por el amor.

Segundo, todo cambia si consideramos la relación de Padre, Hijo y Espíritu como simplemente *una* característica de Dios, o una de muchas características, y no como la verdad fundamental. Tomemos de nuevo la santidad. Si la relación no es la verdad más profunda del ser de Dios, entonces la santidad de Dios no es en absoluto una idea relacional.¹⁹ Y si la santidad no es una descripción de la naturaleza completamente única de la vida trinitaria, ¿entonces qué es? Ahora se ha abierto por completo la puerta para que nuestra idea de santidad se llene de todo tipo de conceptos. Y eso es lo que ha sucedido en la perspectiva occidental. La santidad de Dios se desvinculó de la relación del Padre, el Hijo y el Espíritu y se reformuló dentro del mundo del derecho romano, convirtiéndose en una idea legal. En lugar de que santidad fuera un nombre para el incomparable amor del Padre, el Hijo y el Espíritu, se convirtió en una cuestión de ley, moral y perfección ética (116-117).

Si partimos del Padre, el Hijo y el Espíritu, entonces la esencia más amplia de la creación se refiere al amor, a la relación y a compartir la vida. «Mi propósito desde el principio fue vivir en ti y tú en mí» (122), dice Papá. Si no se parte desde ese punto, entonces la creación se refiere a otra cosa. ¿Y qué puede ser esa otra cosa? ¿La ley? ¿La obediencia externa hacia una deidad distante? ¿La pureza ética? ¿El temor? ¿La glorificación de Dios? ¿Promesas y recompensas?

En la mezcla y el devenir de la historia occidental, la concepción legal de la santidad se deslizó detrás de la comunión de Padre, Hijo y Espíritu, y se convirtió en la verdad

fundamental acerca de Dios, cuando menos en nuestras mentes. Esta santidad no tiene una naturaleza relacional ni trinitaria, ni es una expresión de amor. Y, sin saberlo, este punto de vista legal de la santidad llegó al centro mismo de lo que es Dios. La manera en que esto sucedió con el correr del tiempo es una larga historia, pero te puedes dar una idea de ello.²⁰

Cuando la santidad legal se convirtió en un elemento fundacional de nuestra idea sobre Dios, la historia bíblica se reformuló en términos de la ley, la culpa y el castigo. Dios es santo (en términos legales). Nosotros hemos fallado y debe haber una expiación. Posteriormente, la historia de la llegada y la muerte de Jesús prosiguió con *esta* historia más grande y su muerte se interpretó como el castigo de Dios para nuestros pecados. En el momento del ajuste de cuentas, Dios es demasiado santo (en términos legales) como para contemplar el pecado, y dio la espalda a su propio Hijo cuando cargó con nuestros pecados al ser crucificado. Jesús sufrió en nuestro nombre el castigo de Dios por nuestros pecados. Es posible que estés familiarizado con esta versión de la historia.

Pero Young también describió las cicatrices de clavos en las muñecas de *Papá* (104, 111, 116, 177, 237), y con justa razón, porque ¿cómo sería posible que sufra Aquel que mora en el seno del Padre y que el Padre no experimente su dolor? ¿Qué agonía soportó Jesús que su *Abba* y el Espíritu Santo no hayan sentido también? ¿Cómo podría existir una atroz separación entre el Padre y su Hijo? ¿Y cómo podría haber una diferencia fundamental de carácter entre ellos, de tal manera que Jesús acepte a los pecadores y, de hecho, se haya «hecho pecado»,²¹ como dice el apóstol Pablo, y que su Padre sea incapaz siquiera de contemplarnos? Recordemos las palabras de Jesús: «El que me ha visto a mí, ha visto al Padre». «Yo y el Padre uno somos.» Papá lo dice de manera más sencilla: «Estuvimos *juntos* ahí» (104); «Todos nosotros estábamos en él» (201).

Como veremos, Jesús no vino para sufrir el castigo impuesto por su Padre o para torcerle el brazo a su Padre para que nos aceptara. Pertenecemos al Padre, al Hijo y al Espíritu; siempre ha sido así y siempre seguirá siendo de ese modo. Jesús murió porque se nos ama por toda la eternidad y porque nos habíamos metido en un desastre tan profundo y asombroso que era completamente *imposible* que conociéramos este amor y que experimentáramos la libertad, el gozo y la vida que dicho amor conlleva.

Aquí hay dos cosmovisiones, cada una de las cuales se deriva de una suposición acerca de la naturaleza fundamental de Dios. Para Young, no existe nada más profundo acerca de Dios que la relación de amor entre el Padre, el Hijo y el Espíritu. Este amor es bueno. Es correcto. Es incomparable. Es poderoso. Se centra en el otro, es bello, constante, indulgente, lleno de dicha, paz y comunidad irrestricta, y está lleno de una fiera oposición a nuestra propia destrucción. Y es este amor de Padre, Hijo y Espíritu lo que enmarca la narrativa de la creación y la historia, y nos abre las perspectivas para que podamos ver el asombroso sueño que tiene la Santísima Trinidad para la raza humana, al igual que los imponentes costos que Padre, Hijo y Espíritu están dispuestos a sufrir juntos (104) para verlo consumado.

Notas

1 Richard de San Víctor “Book Three of the Tritiny”, en *Richard of St. Victor*, trad. Grover A. Zinn (Nueva York, Paulist Press, 1979), cap. 2 y ss.

2 C. S. Lewis, *Mere Christianity* (Nueva York, Macmillan, 1952), p. 151. (En español: *Mero cristianismo*, RIALP, Madrid, 2005.)

3 Richard de San Víctor. “Book Three of the Tritiny”, cap. 2.

4 Para más detalles sobre la creación como beneficio para nosotros, consulta Karl Barth, *Church Dogmatics III/1*, trad. G. W. Bromiley (Edimburgo, T&T Clark, 1985), pp. 330-344.

5 C. S. Lewis, *The Four Loves* (Nueva York, Harcourt, Brace, 1960), p. 127. (En español: *Los cuatro amores*, RIALP, Madrid, 2005.)

6 Véase 1 Juan 4:8, 16.

7 Jonathan Edwards, *Charity and Its Fruits* (Edimburgo, Banner of Truth Trust, 1982), p. 327.

8 En referencia al personaje del burrito pesimista del cuento *Winnie the Pooh* (N. de la T.)

9 Para una intensa crítica de este concepto desastroso, consulta el sermón *Justice* de George MacDonald, en su obra *Unspoken Sermons: Series I, II, III* (Whitethorn, CA, Johannesen, 1999), pp. 500 y ss.

10 Marcos 9:24.

11 *The Orations of St. Athanasius Against the Arians* (Londres, Griffith, Farran, Okeden y Welsh), I.18. (En español: *Discursos contra los arrianos*, Ciudad Nueva, Biblioteca Patristica 79, Madrid, 2010.)

12 MacDonald, *Unspoken Sermons*, p. 421.

13 Colin E. Gunton, *Father, Son and Holy Spirit: Toward a Fully Trinitarian Theology* (Londres, T&T Clark, 2003), p. 86.

14 Lewis, *The Four Loves*, p. 126.

15 Romanos 8:38-39.

16 MacDonald, *Unspoken Sermons*, p. 431.

17 Para más detalles sobre mis ideas acerca de este tema, consulta mi libro *Jesus and the Undoing of Adam* (Jackson, MS, Perichoresis Press, 2002), pp. 17 y ss.

18 Papa Benedicto XVI, carta encíclica *Spe Salvi* 47, http://www.vatican.va/holy_father/benedict_xvi/encyclicals/documents/hf_ben-xvi_enc_20071130_spe-salvi_sp.html.

19 Para un análisis de la santidad como característica relacional y trinitaria, véase el trabajo de John Webster: *Holiness* (Grand Rapids, Eerdmans, 2003).

20 Para más detalles sobre la perspectiva legal de la santidad y acerca de cómo ha moldeado nuestra comprensión acerca de Dios y de su relación con la humanidad, lee mi libro *Jesus and the Undoing of Adam*, pp. 43 y ss.

21 Véase 2 Corintios 5:21.



11

EL VERDADERO JESÚS

En ese día sabrán que estoy con mi Padre, y ustedes en mí y yo en ustedes.

—Jesús

El Evangelio de Juan pasa de la relación frente a frente del Padre y el Hijo al portentoso suceso de la Encarnación. Aquel que está en el seno del Padre,¹ que fue amado antes de la creación del mundo² y que en sí mismo es Dios,³ se volvió carne y moró entre nosotros.⁴ El desarrollo de la visión de la Trinidad a través de los primeros siglos de la Iglesia temprana esclareció las ideas de Juan y centró la atención en su asombroso discernimiento. Jesús no era sólo un hombre excepcional que logró una relación inusualmente cercana con Dios; es el Hijo eterno del Padre que comparte la vida y todas las cosas con Él, en la comunión del Espíritu Santo. Y *él* se convirtió en uno de nosotros, un ser humano. Es el Hijo *encarnado*.

El énfasis se sitúa en el Hijo eterno del Padre que desciende para convertirse en lo que nosotros somos. La vida de Jesús sobre la tierra fue la expresión viviente de su relación eterna con su Padre y con el Espíritu Santo como un *ser humano* entre nosotros, en nuestro mundo espacio-temporal. No era simplemente Dios —una abstracción amorfa y monolítica— que adquirió forma humana, sino Dios, el Hijo eterno del Padre; y al volverse carne, no dejó atrás su relación con el Padre o con el Espíritu Santo. La Encarnación es la llegada de la vida trinitaria. Dice Papá que en Jesús «nos hicimos completamente humanos» (108). «Aunque siempre hemos estado presentes en este universo creado, nos convertimos en un ser de carne y hueso» (108). Ahora, la vida trina de Dios ya no es sólo divina; ahora es divina y humana.

¿Quién no se queda mudo ante tal acto de amor y humildad? El Creador se volvió una criatura. Aquel que conoce al Padre se volvió humano. Uno que disfruta del Espíritu

Santo en infinito amor se convirtió en un bebé en Belén y trajo consigo la vida trinitaria a nuestra humanidad. Pero todavía hay más. Esta historia asombrosa tiene otro giro.

Como señala Trevor Hart, la Encarnación no fue «un episodio momentáneo en la vida de Dios».⁵ El hecho de que el Hijo se vuelva humano no fue una visita rápida a la casa de un amigo. *La Encarnación no tendrá fin*. Es una realidad perdurable ahora y siempre. Esteban, el primer mártir de la Iglesia, fue el primero en verlo. Instantes antes de que muriera apedreado, Esteban miró al cielo y se le concedió ver la realidad más asombrosa en el universo:

Pero Esteban, lleno del Espíritu Santo, puestos los ojos en el cielo, vio la gloria de Dios, y a Jesús que estaba a la diestra de Dios, y dijo: He aquí, veo los cielos abiertos, y al Hijo del Hombre que está a la diestra de Dios.⁶

No fue un ángel o un arcángel lo que vio Esteban. Era el *Hijo del Hombre*. Vio a Jesús, el Hijo *encarnado*, a la diestra del Padre.

Después de la resurrección de Jesús y antes de que se fuera, se reunió con sus discípulos y les habló sobre el Espíritu Santo:

Y habiendo dicho estas cosas, viéndolo ellos, fue alzado, y le recibió una nube que le ocultó de sus ojos. Y estando ellos con los ojos puestos en el cielo, entre tanto que él se iba, he aquí que se pusieron junto a ellos dos varones con vestiduras blancas, los cuales también les dijeron: Varones galileos, ¿por qué estáis mirando al cielo? Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo.⁷

La ascensión de Jesús me parece incluso más estremecedora que el descenso de Dios para entrar a nuestro mundo. Quizá en nuestras fantasías más extremas pudiésemos entender que Dios se haya vuelto humano durante un breve periodo para lograr nuestra salvación, ¿pero quién puede entender la ascensión del Hijo *encarnado*?⁸ Porque eso implica que el hecho de que el Hijo se haya vuelto humano no es un suceso pasado, sino una realidad permanente. La humanidad de Cristo no era un manto que se colocó durante una temporada y del cual se ha despojado ahora para guardarlo en algún armario en el cielo: «Salí del Padre, y he venido al mundo; otra vez dejo el mundo, y voy al Padre».⁹ En este momento, Jesús está sentado *como un ser humano*, a la diestra del Padre, conociendo a su Padre en comunión con el Espíritu Santo.

Como la mayoría de los padres, amé a mis hijos antes de que nacieran, pero mi amor por ellos, y su amor por mí, es una relación que crece y se desarrolla a lo largo del tiempo. Somos humanos. Se requiere tiempo para que madure nuestro amor y nuestra relación, aunque nuestro amor en toda su plenitud haya estado presente desde el mismo principio. Eso me ayuda a reconocer que la Encarnación no debe confundirse con el nacimiento virginal de Jesús. La Encarnación abarca desde la milagrosa concepción de Jesús y atraviesa por toda su vida, hasta su muerte, resurrección y ascensión. Es un proceso de transformación.

En todo momento, Jesús es el Hijo del Padre y el Ungido, es amado y ama, pero esta relación siempre es nueva y siempre se expresa en cada etapa de su desarrollo humano.¹⁰

Paul Young dice que nuestra libertad es «un proceso creciente» (103). Asimismo, la Encarnación es, a su modo, un proceso. Es cierta en cuanto a la concepción de Jesús. Es el Hijo del Padre, pero en nuestra carne siempre se está transformando en quien es. Como la vida trinitaria en la eternidad, la relación del Padre, el Hijo y el Espíritu es perpetuamente una vida de amor y unidad, pero en la Encarnación crece y se desarrolla igual que nosotros.

Si pudiésemos tomar una parte de cualquier momento en la vida de Jesús veríamos que es el Hijo amado del Padre y es el Ungido en el Espíritu Santo. Pero tal relación en nuestro mundo espacio-temporal requiere tiempo para expresarse. En ningún momento es menos de lo que siempre fue, como en ningún momento amamos más a nuestros hijos que cuando escuchamos por primera vez el latido de su corazón. La transformación del Hijo del Padre en un ser humano implica toda la vida de Jesús y encuentra su culminación en su ascensión física a la diestra del Padre.¹¹ «Sentado con el Padre» es la verdad de quién es Jesús, después de haberse convertido en lo que siempre fue como el Hijo eterno, pero ahora como ser humano. Le tomó tiempo lograr su condición como hijo en nuestra existencia humana. Era algo que tenía que vivirse en nuestro mundo y, como dijo Ireneo, a través de todas las etapas de nuestra existencia humana.¹² *Y así ha sido.* En la ascensión de Jesús al Padre, la Encarnación alcanzó la asombrosa culminación de lo que era en la concepción. Ahora —y ésta es la parte más asombrosa— el Hijo encarnado del Padre está *en su Padre como un ser humano*, al igual que lo estuvo a lo largo de su vida, pero ahora lo está por siempre.¹³ Tal humildad, gracia y amor son inconcebibles para nosotros, pero así es.



¡Y todavía hay más! El Nuevo Testamento proclama que Jesús también es el Creador de todas las cosas. Al analizar al mismo tiempo las tres grandes verdades de la identidad de Jesús (es el Hijo del Padre; es el Ungido en el Espíritu, y es el Creador), empezamos a ver la hermosa e impactante verdad de la raza humana. Los primeros discípulos de Jesús entendieron que estuvo involucrado en el acto original de la creación. Esto no es un elemento colateral o una oscura nota al calce; Juan, Pablo y el autor de Hebreos son enfáticos al respecto:

En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Éste era en el principio con Dios. Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho. En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres.¹⁴

Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él. Y él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten.¹⁵

Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo; el cual, siendo el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia, y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder, habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas.¹⁶

Para estos tres autores, todo lo que existe en la creación se hizo a través del Hijo del Padre. No existe un solo átomo o partícula subatómica, estrella, animal, planta o persona que tenga existencia en y por sí misma; todas las cosas respiran aire cristológico y subsisten en todo momento por Jesús. Como señala Thomas Merton: «Todas las creaturas, espirituales y materiales, se crearon en, a través de y por obra de Cristo... Él es quien sostiene su existencia. En Él “subsisten”. Sin Él se desmoronarían».¹⁷

Al comentar sobre el capítulo 1, versículo 4, del Evangelio de Juan, y sobre la frase «en él estaba la vida», Juan Calvino dice: «El significado simple es que el Verbo de Dios no fue sólo la fuente de vida de toda la creación, de modo que aquellos que no existían cobraron vida, sino que su poder de dar vida los hace permanecer en ese estado. Ya si no fuera porque su continua inspiración aviva al mundo, sin duda todo lo que en él prospera se deterioraría de inmediato o se reduciría a la nada».¹⁸

Con base en lo que dicen los apóstoles, tanto Merton como Calvino consideran que toda la creación surge a través del Hijo y que Él continúa dando existencia y vida a todas las cosas. Sin Él, la totalidad de la creación desaparecería al instante o «retornaría a la inexistencia», por tomar prestada una gran frase de Atanasio.¹⁹

En la creación del universo, Jesús no es como la niña que lanza pompas de jabón con una varita. Una vez que se forman las burbujas, se desprenden de la varita y flotan al infinito por sí solas, la niña participa en su creación; en cierto sentido es su origen, pero una vez formadas, existe una desconexión y la niña ya no participa en absoluto en la *continuación* de su existencia. El Nuevo Testamento, y filósofos como Merton y Calvino, insisten en que, a diferencia de la niña y sus pompas de jabón, el Hijo del Padre participa en la *continuación* de la existencia de la creación. Jesús no es una varita a través de la cual brotamos nosotros a la vida y luego nos desconectamos, para seguir flotando en nuestras propias vidas. No existe una desconexión: Jesús es fuente tanto de nuestra *creación* como de nuestra *continua existencia*. Éste es el elemento esencial, porque significa que el Hijo del Padre tiene una relación con todas las cosas, anterior a su venida al mundo como un ser humano:

En vista de que es el Verbo eterno de Dios, por el cual y a través del cual se ha hecho todo lo creado, y en el que se integra y encaja todo el universo de realidades visibles e invisibles, y ya que en él se unen de manera inseparable las naturalezas divina y humana, entonces el secreto de todo hombre, sea que crea o no, está ligado a Jesús, porque es en él en quien se fundamenta y afianza la existencia humana circunstancial.²⁰

Nos encontramos a un paso de la mayor noticia en el universo, y de la sobrecogedora gloria de Jesucristo como el centro de todas las cosas.

El testimonio que da el Nuevo Testamento acerca de Jesús conduce a una revolución en el entendimiento humano de Dios como la Santísima Trinidad. También conduce a una revolución en nuestro concepto acerca de la creación y la existencia humana como algo que *no está escindido* del Dios Trino, sino que está *junto a Dios* en una relación que es para siempre.²¹ «¿Cómo podría ser de otro modo cuando aquel que encarnó en él es el mismo a través del cual se hicieron todos los mundos y todas las eras?»²² Entonces,

al volverse humano, Jesús no se separó de su Padre ni dejó al Espíritu Santo en el cielo, y tampoco rompió su relación con toda la creación. En la existencia misma de Jesús, la impactante verdad sobre Dios, la creación y la humanidad, se anuncia a gritos al cosmos. Tomaría treinta y tres años, una espantosa crucifixión, y la resurrección y la ascensión de la carne, para que esto ocurriera, pero en el Hijo encarnado se presenta la sorprendente fusión de la Santísima Trinidad y de toda la creación: de toda la creación *caída*. Su existencia como el Hijo encarnado significa que estás incluido en la vida de la Trinidad. Y también yo, al igual que todos los demás. «Mas por él estáis vosotros en Cristo Jesús.»²³

Enunciar el nombre de Jesucristo, tanto en términos bíblicos como en la tradición de la Iglesia temprana, significa decir «El Hijo eterno de Dios», al igual que «Ungido por el Espíritu Santo» y «Creador y Sustentador de todas las cosas»; por lo tanto, el nombre de Jesús expresa: «El Dios Trino, la raza humana y toda la creación no están separados, sino unidos en una relación». Jesús es la relación. En su propio ser, el Padre, el Espíritu Santo y toda la creación están juntos.

Esto significa que ahora la inhabitación mutua de la Santísima Trinidad ¡nos incluye! En Jesús se ha reunido a la raza caída de Adán y nos ha hecho sus hijos para siempre. En Jesús, el amor y la felicidad, la comunión y la vida compartida, y la impactante unidad de la Santísima Trinidad, nos han encontrado en nuestras cabañas –a *nosotros*: tú, yo, todos– para siempre. En Jesús: «Papá se ha introducido en tu mundo para estar contigo» (178).

–Mack –dijo Papá, con una intensidad que lo llevó a escuchar atentamente–, queremos compartir contigo el amor y la alegría y la libertad y la luz que ya conocemos dentro de nosotros mismos. Nosotros los creamos, a los seres humanos, para que establecieran una relación frente a frente con nosotros, para que se unieran a nuestro círculo de amor (135).



Me temo que en los países occidentales hemos estado tan preocupados con la culpa y el pecado, que hemos pasado por alto el asombroso hecho de que el Hijo del Padre, el Ungido y el Creador, ha atravesado todos los mundos para estar con nosotros e incluirnos en su vida. Apenas el otro día escuché que un predicador en la radio no dejaba de hablar de nuestra necesidad de recibir a Jesús en nuestras vidas. No pude evitar más que quedarme boquiabierto ante lo extraño que sonaba eso. ¿Cuándo alguno de nosotros ha rezado para recibir a sus padres en su vida o ha rogado a sus hijos que lo reciban en la suya? En el mejor de los casos, el llamado del predicador era una valiosa súplica para sus escuchas en la que les pide caminar al lado de Jesús, ser sus discípulos, entregarse a participar en la vida de Cristo. En el peor, era una absoluta falsedad. Las Sagradas Escrituras no anuncian que podamos recibir a Jesús en nuestra vida. Anuncian la noticia de que Jesús nos ha recibido en la suya.²⁴

Cuando era alumno del profesor James B. Torrance, allá a finales de los años ochenta,

un compañero llamado Dan Price nos contó que había visto a un niño abrazar a su padre en el aeropuerto y que eso le había tocado el corazón en cuanto a la relación entre el Padre y el Hijo. Más o menos una semana más tarde, presencié la misma escena de una manera notable: leía el periódico en el aeropuerto de Aberdeen mientras esperaba a mi hermano, quien venía de visita desde Estados Unidos. Entre las muchas personas que caminaban presurosas por ahí, noté a un hombre de cabello oscuro y de veinticinco a treinta años;²⁵ parecía nervioso, porque cada cinco minutos iba y venía entre la puerta de la terminal y el monitor que anunciaba las llegadas. Desde lejos sonrió, dejó salir un suspiro de alivio y se relajó, ubicándose a unos diez metros frente a las puertas de la terminal, en medio de un grupo de personas.

Mientras bajaba mi periódico para observar la escena, las puertas se abrieron de par en par y unas cuantas personas cruzaron a toda prisa. Luego pasó el grueso del contingente de pasajeros, algunos de los cuales corrían para llegar a otro vuelo; otros parecían no saber a dónde deberían dirigirse, y otros más sonreían, obviamente emocionados de estar de regreso en Escocia. La multitud pareció desaparecer y el papá empezó a mostrarse ansioso. *Luego sucedió*. Un chico de pelo castaño y de cerca de once años apareció solo en la entrada.

Parado muy derecho, exploró la multitud como un venado asustado. Escuché que su papá gritó algo, probablemente el nombre de su hijo, pero no supe bien. Sin embargo, el niño escuchó la voz de su padre y empezó a correr por el aeropuerto. En ese momento me pareció que toda la acción en la terminal aérea se puso en cámara lenta y que yo tenía el asiento perfecto para observarla. Los ojos del niño estaban llenos de alegría mientras iba corriendo. Su papá se quedó parado en su sitio, con una enorme sonrisa en los labios. Ningún padre o abuelo podría haber visto esa escena sin llorar.

Con un solo movimiento, el chico tiró su mochila y saltó, en tanto su padre lo abrazaba. Se besaron y lloraron y también rieron, pero principalmente se abrazaron. Era un abrazo simple y hermoso. Mientras los observaba a través de mis propias lágrimas, escuché que alguien susurraba estas palabras a mi oído: «Baxter, Baxter, ése es el Evangelio. Ahí tienes la resurrección y la ascensión de mi Hijo que regresa desde un país lejano. Ese es nuestro abrazo. Y la buena nueva es que no está solo: *te trae a ti y a todo el mundo consigo*».

A todas partes adonde voy cuento esta historia, aunque virtualmente me presente ante el mismo grupo; supongo que siempre estoy procesando ese momento y su mensaje. Pero al instante supe que había subestimado gravemente a Jesús. Como típico estadounidense, soy un individualista. Siempre creí que Jesús era el Hijo de Dios y se convirtió en hombre, pero lo consideraba como un individuo que hizo algo por nosotros. A pesar de que el profesor Torrance nos lo decía como cincuenta veces al día con su maravillosa frase: «la humanidad vicaria de Cristo», no me había dado cuenta de que en la persona de Jesús sucedió algo no sólo *para* nosotros, sino que nos ocurrió *a* nosotros y *con* nosotros.

Porque a pesar de que Jesucristo es un ser humano, es humano como Aquel en quien, a través de quien, por quien y para quien se crearon y se sostienen perpetuamente todas las cosas. Es el *Hombre*: Aquel en el que vivimos, nos movemos y somos.²⁶ Lo que suceda con él no tiene una importancia periférica para su creación. Si Jesús fuera el Llanero Solitario, o quizá el Hombre Marlboro, podría cabalgar hacia el horizonte y sólo levantaría un poco de polvo a su paso, pero es el Creador. Si *él* cabalga hacia el crepúsculo, se lleva consigo el polvo y el suelo, la tierra y el cielo, el sol y la luna. Si los seres humanos caímos por un simple hombre llamado Adán, ¿qué nos sucedió como consecuencia de la vida y la muerte del Hijo del Padre y Creador encarnado?²⁷ Si el Creador muere, no hay modo de que la creación siga existiendo. Si él cae, nosotros también. Y ésa es la asombrosa verdad que los discípulos de Jesús intentan decirnos.

El apóstol llega a esta conclusión: «Si uno murió por todos, luego todos murieron».²⁸ Para Pablo, Jesús no es simplemente uno entre muchos hombres; es el Creador y Sustentador de todas las cosas. Lo que le ocurre a él no es noticia de última página ni está escrito en letra pequeña: tiene importancia cósmica. Justo en ese instante, en la persona de Jesús, el Creador, sucedió algo que no sólo fue *para* nosotros, sino también nos ocurrió *a* nosotros y *con* nosotros. Cuando murió el Hijo del Padre, nosotros morimos. Con la muerte de Jesús, toda persona y cosa creada –Adán, tú, yo, el cosmos lejano– concluyó, llegó a su fin.²⁹ «Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo.»³⁰ Y luego vino la resurrección de Jesús. Pedro nos dice: «Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según su grande misericordia nos hizo renacer para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos».³¹ Cuando Jesús resucitó, nosotros resucitamos; cuando ascendió a los brazos de su Padre, el Padre también nos elevó y nos abrazó en Cristo, y se nos dio un sitio real en su unción en el Espíritu.³²

Lee con cuidado la hermosa declaración del apóstol Pablo:

Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en nuestros pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos), y juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús, para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús.³³

Ésta es la increíble noticia. Medita en ello con cuidado. Pablo nos dice que cobramos vida a través de Jesús y que se nos elevó y se nos sentó con Él a la diestra del Padre. F. J. Huegel resume todo esto al poner en boca de Jesús las siguientes palabras: «El hombre viejo ha sido crucificado; lo llevé conmigo a la tumba y, al resucitar, eres tú quien resucita en mí. Al ascender al Trono, eres tú quien asciende conmigo. Eres una nueva creación. En lo sucesivo, tu vida fluirá desde mí y desde mi Trono».³⁴

Un año que estuve en Australia, al final de una conferencia conté (o volví a contar) la historia del niño en el aeropuerto. Cuando fui a sentarme, escuché que una pequeña me gritaba: «Señor Kruger, señor Kruger», mientras corría por el pasillo central. Se llamaba Stephanie, y cuando la escuché llamarme, el alma se me fue a los pies porque supuse que

había dicho algo que la había angustiado; se sentó a mi lado, cubierta de lágrimas. La abracé y le pregunté:

–¿Te sientes mal, Stephanie?

–No me siento *mal*, señor Kruger.

–¿Por qué lloras? –pregunté.

–Cuando contó la historia del niño en el aeropuerto, recibí una visión del Señor.

–¿Qué viste, Stephanie?

–Vi a Dios en un trono y por todas partes había escaleras que llevaban hasta Él. Y había montones de gente por todos los escalones. Todos tratábamos de llegar a Dios, pero ninguno podía hacerlo; estábamos llenos de moretones y heridas, nos sangraban las rodillas y estábamos agotados y tristes, y llorábamos porque no podíamos llegar con Dios.

–Qué cosa más triste –respondí–. ¿Viste algo más?

–Entonces vi a Jesús.

–¿Y qué hizo Jesús?

–Jesús caminó hacia nosotros, nos juntó en sus brazos y subió las escaleras para sentarnos en el regazo de su Padre.

Nos quedamos silenciosos un momento ante la belleza de esa visión. Le di un beso en la mejilla y le susurré:

–Stephanie, ésa es la palabra de Dios.

Entre el niño y su padre en el aeropuerto y la visión de Stephanie en que Jesús nos cargaba a todos hasta el regazo de su Padre, tenemos una hermosa imagen del asombroso Evangelio del Dios Trino. Como señala Lewis:

Descendió para elevarse de nuevo y llevarse con Él a todo el mundo arruinado. Viene a la mente la imagen de un hombre fuerte que se agacha cada vez más para quedar debajo de una enorme y complicada carga. Debe agacharse para levantar el peso; casi debe desaparecer bajo la carga antes de enderezar de manera increíble la espalda y avanzar llevando toda esa masa que se tambalea sobre sus hombros.³⁵

A través de Jesús, por medio de su encarnación, muerte, resurrección y ascensión, la raza humana y toda la creación cayeron y se elevaron en unión con su Padre y el Espíritu Santo, y se les incluyó en la vida trinitaria. Jesús nos ha preparado un sitio a todos en la morada del Padre.³⁶

Notas

1 Véase Juan 1:18.

2 Véase Juan 17:24.

3 Véase Juan 1:1.

4 Véase Juan 1:14.

5 Trevor Hart, «Humankind in Christ and Christ in Humankind: Salvation as Participation in Our Substitute in the Theology of John Calvin», *Scottish Journal of Theology*, vol. 42, p. 72.

6 Hechos 7:55-56.

7 Hechos 1:9-11.

8 Sobre la ascensión de Jesús, véanse Mateo 26:64; Lucas 24:50 y ss.; Juan 6:62; 14:28; 15:5, 10, 17, 28; 20:17; Hechos 1:9-11; 2:33 y ss.; 7:55-56; Efesios 1:18 y ss.; 2:4 y ss.; 4:8; Filipenses 3:20; 1 Timoteo 3:16; 1 Pedro 3:22; Hebreos 1:1-3; 4:14; 6:17-20; 8:1-16; 9:11-12; 12:2; cf. Mateo 22:41-44; Isaías 6:1 y ss.; 52:13; Salmos 68:18; 110:1-5.

9 Juan 16:28.

10 Para más detalles sobre el crecimiento y el desarrollo de Jesús, véase Thomas A. Smail, *The Giving Gift: The Holy Spirit in Person* (Londres, Hodder and Stoughton, 1988), pp. 95 y ss. (En español: *Don y dado: el Espíritu Santo en persona*, Darton, Longman and Todd, Londres, 1995.)

11 Véase William Milligan, *The Ascension and Heavenly Priesthood of Our Lord* (Greenwood, SC, Attic Press, 1977), pp. 30 y ss., y Thomas F. Torrance, *Atonement: The Person and Work of Christ*, Robert T. Walker (ed.) (Downers Grove, IL, InterVarsity Press Academic, 2009), pp. 264 y ss.

12 Ireneo, «Against the Heresies», en *The Ante-Nicene Fathers*, vol. 1 (Grand Rapids, Eerdmans, 1987), III.17.7; IV.38.2. (En español: *Contra las herejías*, vols. I-V, Apostolado Mariano, serie Los Santos Padres, Sevilla, 1994.) También véase C. S. Lewis, *Miracles* (Nueva York, Simon and Schuster, 1996), pp. 147-48. (En español: *Los milagros*, Encuentro, Madrid, 2009).

13 Para más acerca de la ascensión de Jesús, véase Gerritt Scott Dawson, *Jesus Ascended: The Meaning of Christ's Continuing Incarnation* (Phillipsburg, NJ, P&R Publishing, 2004).

14 Juan 1:1-4.

15 Colosenses 1:16-17.

16 Hebreos 1:1-3; véanse también Hechos 17:28 y 1 Corintios 8:6-7.

17 Thomas Merton, *The New Man* (Nueva York, Farrar, Straus and Giroux, 1961), p. 137. (En español: *El hombre nuevo*, Grupo Editorial Lumen, Buenos Aires, 1998.)

18 Juan Calvino, *The Gospel According to John*, trad. T. H. L. Parker (Grand Rapids, Eerdmans, 1988), pp. 10-11. Para más detalles sobre la perspectiva de Calvino acerca de Cristo como mediador de la creación, véase Julie Canlis, *Calvin's Ladder: A Spiritual Theology of Ascent and Ascension* (Grand Rapids, Eerdmans, 2010), pp. 55 y ss.

19 Véase Atanasio, *On the Incarnation of the Word of God* (Londres, A. R. Mowbray, 1963), § 6. (En español: *La Encarnación del Verbo*, Ciudad Nueva, Biblioteca de Patrística 6, Madrid, 1997.)

20 Thomas F. Torrance, *The Trinitarian Faith: The Evangelical Theology of the Ancient Catholic Church* (Edimburgo, T&T Clark, 1988), p. 183. Véase también el comentario de Colin E. Gunton: «Existe y siempre ha existido una relación entre el Hijo de Dios y el mundo, y ahora, de manera singular, adquiere la forma de una presencia personal». *The Christian Faith* (Oxford, Blackwell Publishing, 2002), p. 98.

21 Para más datos sobre nuestra inclusión en Jesús, véase mi ensayo «The Truth of all Truths», disponible como descarga gratuita en nuestro sitio web perichoresis.org. También mis libros *God Is For Us* (Jackson, MS, Perichoresis Press, 1995), pp. 40 y ss.; *The Great Dance: The Christian Vision Revisited* (Jackson, MS, Perichoresis Press, 2000; Vancouver, Regent College Publishing, 2005), pp. 41 y ss., y *Home* (Jackson, MS, Perichoresis Press, 1996), pp. 7 y ss.

22 Thomas F. Torrance, *The Trinitarian Faith*, p. 183.

23 1 Corintios 1:30.

24 Para más información sobre cómo nos ha incluido Jesús en su mundo, véase mi libro *Across All Worlds: Jesus Inside Our Darkness* (Jackson, MS, Perichoresis Press, 2007; Vancouver, Regent College Publishing, 2007), pp. xv, 39 y ss.

25 Más sobre esta historia y su significado en mi libro *Home*, pp. 12 y ss. Este libro está disponible como descarga gratuita en nuestro sitio web perichoresis.org.

26 Véase Hechos 17:27 y ss.

27 Véase Romanos 5:12 y ss.

28 2 Corintios 5:14. «Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios» (Colosenses 3:3). Véase también Romanos 6:3-8 y mi libro *The Great Dance*, pp. 42 y ss.

29 «Al morir como Aquel que asumió nuestros pecados, nos ha dado fin como pecadores y, por ende, ha dado fin al pecado mismo. En su persona, ha enviado a la destrucción tanto a nosotros como pecadores, como al pecado en sí. Ha eliminado a los pecadores y al pecado, nos ha anulado y extinguido: a nosotros, a nuestro pecado y a la acusación, la condena y la perdición que nos han gobernado... El hombre del pecado, el primer Adán, y el cosmos alejado de Dios, el “presente siglo malo” (Gal 1:4) cayeron presos y se les mató y se les enterró en él y junto con Él en la cruz». Karl Barth, *Church Dogmatics*, trad. G. W. Bromiley (Edimburgo, T&T Clark, 1985), V/I, pp. 253-254. Consulta el apéndice A para algunas bellas citas de un grupo diverso de escritores cristianos acerca de nuestra muerte y resurrección en Jesús.

30 2 Corintios 5:19.

31 I Pedro 1:3.

32 Nótese que Thomas F. Torrance dice que Jesús «estaba tan unido a nosotros que, cuando murió, nosotros también morimos, porque él no murió por sí mismo, sino por nosotros, y no murió solo, porque morimos en él como aquellos a los que se había unido de manera inseparable por medio de su encarnación. Por ende, cuando resucitó, nosotros resucitamos en él y con él, y cuando se presentó frente al rostro del Padre, también nos presentó ante Dios, de modo que Dios nos ha acogido de una vez por todas a través de Él», en *Atonement: The Person and Work of Christ*, p. 152.

33 Efesios 2:4-7.

34 F. J. Huegel, *The Enthroned Christian* (Fort Washington, PA, Christian Literature Crusade, 1992), p. 59.

35 C. S. Lewis, *Miracles*, p. 148. (En castellano: *Los Milagros*, Editorial Encuentro, Madrid, 2009). Agradezco a Roger Newell por esta referencia. Véase Roger J. Newell, *The Feeling Intellect: Reading the Bible with C. S. Lewis* (Eugene, OR, Wipf and Stock, 2010).

36 Véase Juan 14:1-6.

TERCERA PARTE



EL SUEÑO DE PAPÁ



12

EL PANORAMA GENERAL

Dios decidió de antemano adoptarnos como miembros de su familia al acercarnos a sí mismo por medio de Jesucristo. Eso es precisamente lo que él quería hacer, y le dio gran gusto hacerlo.

–San Pablo (Efesios 1:5 NTV)

El apóstol Pablo empieza su epístola a los Efesios con una exclamación de alabanza que también hace las veces de resumen de la verdad. «Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo».¹ Pablo señala que algo impresionante ha sucedido con Jesús; a través de él hemos recibido todo tipo de bendiciones espirituales. Si eres como yo, «toda bendición espiritual en los lugares celestiales», parece ser un tanto ambiguo. Pero debemos observar primero que Pablo utiliza el tiempo pasado; no dice que *se nos bendecirá*, sino que *se nos bendijo*. El Padre *nos bendijo*, la bendición llegó en Jesús y ya ha ocurrido; pero, ¿cuál es la bendición?

La siguiente ocasión que Pablo habla de «lugares celestiales» es cuando narra la ascensión de Jesús a la diestra del Padre² y, después de eso, vuelve a usar el mismo término cuando nos dice que se nos ha sentado con Jesús.³ Aunque Pablo no tenía una visión totalmente desarrollada de la Trinidad, comienza todas sus epístolas haciendo referencia al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo. Y es, entre todos los discípulos, quien creía en la ascensión de Jesús; eso se grabó con fuego en su conciencia cuando iba por el camino de Damasco. En ese momento, algo en lo que dijo Jesús glorificado se marcó en su mente: «Saulo, Saulo, ¿por qué *me* persigues?» Saulo preguntó: «¿Quién eres, Señor?», y la respuesta que recibió fue: «Yo soy Jesús, a quien tú persigues». El hecho de que Jesús fuese el Señor produjo suficiente asombro a Saulo, pero la identificación de Jesús con aquellos a los que Saulo perseguía fue incluso más demoledor.

Jesús está tan cercano a los perseguidos que considera que él mismo es quien recibe los ataques. Así, no sorprende que la idea de que nosotros estemos «en Cristo» o «en él» se haya vuelto el núcleo del concepto de Pablo acerca de la verdad. Y ahí reside la esencia del significado de «toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo». La bendición con que nos ha bendecido el Padre es Jesús y todo lo que Jesús es y tiene a la diestra del Padre.

En los siguientes dos versículos, Pablo detalla con dos hermosas imágenes a qué se refiere.⁴ La primera imagen se encuentra en la frase «delante de él». Pablo dice que se nos eligió «para que fuésemos santos y sin mancha delante de él». Algunas traducciones interpretan «delante de él» como «a sus ojos», pero esto es demasiado insulso, distante e impersonal con respecto a lo que el apóstol tenía en mente. «Delante de él» nos lleva al mundo de la comunión frente a frente, de estar en su seno; es íntimo. Esto es lo que señala un comentarista:

«Delante de él» denota la presencia inmediata de Dios con el hombre y la proximidad más estrecha del hombre con Dios. La imagen sugiere la posición y la relación que disfruta la crema de la sociedad en una corte real, la de los hijos con respecto a su padre y la de una novia con respecto a su prometido...⁵

Aquí de nuevo entramos en el tema de la relación. El comentarista hace referencia a la «*presencia inmediata* de Dios con el hombre» y a la «*proximidad más cercana* del hombre con Dios». Pablo no considera que seamos meros objetos a los ojos de Dios, como mi computadora y mi escritorio son objetos que están frente a mí. Está pensando que somos huéspedes de honor en la casa del Padre; se refiere a la comunión alrededor de su mesa, en una atmósfera de calidez e intimidad. Se nos valora enormemente en la presencia del Padre, como amigos queridos y preciados a quienes se recibe con los brazos abiertos. Y no somos ajenos al mundo del Padre; estamos destinados a estar ahí y somos perfectamente adecuados para su amor. Me agrada la forma en que Eugene Peterson traduce el versículo 5 de la primera epístola a los Efesios: «Antes de plantar los cimientos de la tierra, ya nos tenía en mente y había decidido que fuésemos el foco de su amor, para que se nos hiciera íntegros y santos gracias a su amor».⁶

No es de sorprender que la línea de razonamiento de Pablo se incline entonces a la adopción. Intenta con ansias comunicarnos el imponente regalo que se nos ha dado a todos por medio de Jesús. Señala que eso implica que el Padre nos aprecia de manera única y es pródigo en su amor hacia nuestro ser, al cual hizo perfecto para él, de modo que su presencia no es un mundo ajeno a nosotros, sino el lugar al que pertenecemos: nuestro hogar. Ahora añade la idea de la inclusión de nuestro ser en la *vida familiar*. La crema de la sociedad en una corte real, los niños en brazos de su padre y la novia con su prometido no se sientan uno junto al otro viéndose con la mirada fija, comparten la vida. Como le dice Jesús a Mack: «Todo se reduce a las relaciones, y a compartir simplemente la vida» (191).

Hace muchos años, cuando estaba en Escocia, conocí a un hombre llamado Francis Lyall, que había realizado amplias investigaciones sobre la idea antigua de la adopción.

Señalaba que, en tiempos romanos, un hijo o hija naturales podían quedar fuera de la herencia familiar, pero no era posible hacerlo con un hijo o hija adoptivos. Una vez llevada a cabo la adopción, no era posible rechazar al hijo; adquiriría una posición permanente. Así ocurre con nosotros a través de Jesús: se nos incluye para siempre. Pero la atención de Pablo no se colocaba sólo en el hecho de que nuestra posición sea eternamente estable; más bien, estaba fascinado con la naturaleza y el propósito del don que se nos daba con la adopción; es decir, no el simple estatus legal, sino la inclusión en la vida de la familia. Por inconcebible que pueda ser, con la adopción nos volvemos herederos, beneficiarios conjuntos con Jesús, y lo que heredamos no son derechos, privilegios y posición, sino *al Padre mismo*.⁷

Pablo habla sobre nuestra inclusión en una comunión familiar, sobre recibir un sitio no sólo en la mesa sino en una vida compartida. La adopción es la inclusión en la familia, de modo que el amor y la dicha, los intereses y las responsabilidades de la familia, también se vuelvan nuestros. No sólo se nos quiere y se nos acoge, se nos conoce y se nos acepta y, en consecuencia, se nos incluye de tal modo que podamos probar, sentir y experimentar la vida familiar por nosotros mismos. Se trata de la relación, de la comunión, de compartir las almas, de conocer y ser conocido, de amar y ser amado —de unidad— *con el Padre*.

El sueño que el Padre tiene para nosotros es que seamos llevados a su casa, y no sólo llevados adentro de su casa, sino que se nos honre como miembros de la familia sentados a su mesa; y no sólo a su mesa, sino a su diestra; y no sólo a su diestra, sino en conversación con él; y no sólo en conversación con él, sino en comunión con el Padre. Pablo habla de ser conducidos a una comunión con el Padre que es tan cercana y personal, tan real e íntima, que todo lo que es y tiene el Padre se comparte con nosotros de manera personal, a través de Jesús en el Espíritu. Adopción significa que se nos incluye en Jesús y en su vida compartida con su Padre y el Espíritu Santo. Tal sueño es casi inconcebible; pero todavía hay más.

La verdad es que nuestra adopción ya ha ocurrido en Jesús. Pablo considera la ascensión de Jesús como el momento en que se nos incluyó. «Toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo» es la hermosa vida de la Santísima Trinidad. Y el Padre nos *ha bendecido* con esta vida a través de Jesús, como había planeado desde hace largo tiempo. Por medio de Jesús se nos ha adoptado dentro de la vida de la Trinidad, se nos ha dado un lugar en el amor y en la risa, en la abundancia de vida y felicidad, música y creatividad, paz y libertad, y en la unidad indescriptible del Padre, el Hijo y el Espíritu. Éste es el sueño de la Santísima Trinidad y se ha concretado en Jesús. Pero, de nuevo, todavía hay más.

Porque Pablo nos dice que éste era el plan desde antes de que se sentaran las bases del mundo. Permítanme citar tres versículos para que podamos ver de qué se trata:

Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo, según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él, en amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por

Pablo plantea ante nosotros el asombroso concepto de que se nos eligió antes de la fundación del mundo y estábamos predestinados para la adopción. No permitas que los prejuicios asociados con la palabra *predestinación* te desalienten; significa que se te conocía y se te amaba en el corazón del Padre, que se te apreciaba desde toda la eternidad y que no estás aquí por accidente, sino debido a su plan y a su propósito.⁹

Nótense las dos frases «en él» y «por medio de Jesucristo». Es emocionante pensar que se nos conoció y se nos amó tanto, y que se nos destinó para incluirnos en la vida trinitaria de Dios. Es aún más emocionante escuchar que ahora eso se ha concretado en Jesús. Pablo nos dice que éste era el plan *antes de la creación del mundo*, y que *en ese preciso momento* nuestra adopción quedó en manos de Jesucristo. «La predestinación significa que eternamente se nos encontró en Jesús antes de que siquiera nos perdiéramos por causa de Adán.»¹⁰

Se nos ha elegido *en él*, se nos ha predestinado *por medio de Jesucristo*. ¿Qué otra cosa podría significar más que, antes de la creación, la Santísima Trinidad convino en la encarnación del Hijo como una forma de lograr nuestra adopción?¹¹ A Jesús se le eligió primero y a nosotros se nos eligió *en él*. En tiempos recientes, fue Karl Barth quien pudo darse cuenta de lo que significa esto.¹² Elegidos *en él*, predestinados *por medio de Jesús*, significa que Jesucristo –y lo que sucedió con nosotros en él– no fue una ocurrencia tardía, sino la primera idea, el plan original y único del Dios Trino. El sorprendente sueño de la Santísima Trinidad estaba predestinado a lograrse en y por medio del Hijo encarnado.¹³ Antes de la creación del mundo, nuestra adopción por medio de Jesús se izó como la bandera más importante de todas en el cielo. En la ascensión de Jesús –y de nosotros en él– vemos «el propósito suyo y la gracia que nos fue dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos».¹⁴

En Jesús finalmente encontramos nuestra correcta orientación, la Luz del Mundo, la verdadera estructura dentro de la cual se entiende la narrativa de la creación y de la existencia humana. Desde el principio se trató de la llegada del Hijo del Padre y, *por medio de él*, de la exaltación de la raza humana hacia la vida compartida de la Santísima Trinidad. Porque Jesús no fue el «Plan B» que de pronto se les ocurrió al Padre, al Hijo y al Espíritu, e implementaron luego del fallido «Plan A» con Adán. Jesús es el «Plan A»; el primero, original y único plan. Como dice Papá: «La creación y la historia son por Jesús» (206). Es Alfa y Omega,¹⁵ el principio y el fin. La ascensión de Jesús, y la nuestra a través de él no es una ocurrencia tardía, sino la meta de la creación. La razón por la que Jesús «está en el Padre» y «nosotros en él» no es un cambio de jugadores a mitad del juego, sino el sueño de la Santísima Trinidad desde antes de la fundación del mundo.

Notas

1 1:3.

2 Véase Efesios 1:20.

3 Véase Efesios 2:6.

4 Para más detalles acerca de Efesios 1:3-5, consulta mi libro *God Is For Us* y mi serie de conferencias «You Are the Child the Father Always Wanted», ambos disponibles en nuestro sitio web perichoresis.org.

5 Markus Barth, *Ephesians*, Anchor Bible (Nueva York, Doubleday, 1974), p. 80.

6 Eugene Peterson, *The Message* (Colorado Springs, NavPress, 2002).

7 Véase Romanos 8:15-17.

8 Efesios 1:3-5.

9 Para un bello y amplio análisis de la elección y la predestinación, consulta a Karl Barth, *Church Dogmatics*, trad. G. W. Bromiley (Edimburgo, T&T Clark, 1985), vols. II.2, pp. 94 y ss.; IV.2, pp. 31 y ss., y IV.1, pp. 21 y ss. Para una introducción sencilla a la teología de Barth, consulta a Herbert Hartwell, *The Theology of Karl Barth: An Introduction* (Londres, Gerald Duckworth, 1964).

10 Recapitulación de Ken Blue en una conversación telefónica acerca de la predestinación. Citada con su autorización.

11 Véase B. F. Westcott, «The Gospel of Creation», en su *Commentary on the Epistles of St. John*, 1892.

12 El enfoque de Barth en cuanto a «la elección de Jesucristo» es una de las mayores contribuciones al pensamiento cristiano. Véase la nota anterior para los detalles.

13 Véase Atanasio, «Against the Arians», en *Athanasius: Select Works and Letters*, vol. 4 de *Nicene and Post-Nicene Fathers*, 2ª ed. de la serie, Philip Schaff y Henry Wallace (eds.) (Grand Rapids, Eerdmans, 1987), pp. 75-77. (En español: *Discursos contra los arrianos*, Ciudad Nueva, Biblioteca Patrística 79, Madrid, 2010.)

14 2 Timoteo 1:9.

15 Véase Apocalipsis 1:8; 21:6; 22:13.



13

EL VIENTRE DE LA ENCARNACIÓN

*¿Te has dado cuenta de que, en tu pena,
supones lo peor de mí?*

—Jesús

El hecho de que Jesucristo —y nuestra adopción en él— no sea un comentario al calce en la caída de Adán, sino el plan que existía desde el principio, coloca a Adán y a Eva, y en realidad al suceso mismo de la creación, bajo el encabezado de «La Llegada de Jesucristo». Detengámonos un instante para que este concepto cale en tu conciencia. El Edén nunca fue la meta, sino el principio. Porque el impactante regalo de nuestra adopción requiere una humildad igualmente impactante de parte de Dios, una humildad que se rebaja a cruzar todos los mundos de diferencia que existen entre el Creador y la criatura.¹ La creación no fue un accidente ni el producto de una casualidad, sino un acto de libertad divina, el primer fruto del amor decidido y espléndido del Padre, el Hijo y el Espíritu, que estableció el escenario para la llegada de Jesús. La Creación y el Jardín del Edén formaron el contexto personal y vivo para lograr la unión entre la Santísima Trinidad y la humanidad en Jesús.

Todas las cosas se crearon no sólo en y por medio de Jesús, sino también *para* él. «Soy la luz del mundo», tanto el *origen* como el *significado*, el *motivo* y la *causa* de la existencia de todas las cosas. Es en Jesús —y en lo que ocurrió con la humanidad y la creación a través de él— en quien vemos el propósito lleno de gracia y dicha del Dios Trino al convocar al universo y a la existencia humana. Si no vemos a Jesús en el centro de todas las cosas, estamos condenados a vivir en un universo carente de dicha y significado.² Pero ver a Jesús, a nosotros mismos y a toda la creación reunidos en él, e incluidos en esta relación con su Padre y en su unción en el Espíritu Santo, representa ver «la luz de la vida».³

La existencia humana, incluida la de Adán y Eva, se explica a la luz de la llegada de Cristo. La creación es el primer acto del Dios Trino *en preparación* para el advenimiento del Hijo del Padre. Establece el escenario para su historia, y para nuestra historia junto con él. No puede haber Encarnación ni adopción en Jesús, si no existen una creación, personas, relaciones y contexto vivo.

La creación establece el sitio donde la Trinidad será una con la humanidad. Esta vida compartida se expresará en nosotros con una belleza y una gracia inconmensurables, y la creación misma encontrará en nosotros la amistad de Jesús. El cosmos y la tierra dentro de éste forman el escenario para la gran danza de la Santísima Trinidad *con* la raza humana. Sin embargo, la creación es mucho más que un simple escenario. El mundo creado es un sacramento cósmico; una vasta zarza ardiente,⁴ que ha recibido el bautismo de la gloria de la Santísima Trinidad. Por decirlo de alguna manera, su destino es convertirse en «el pan y el vino», en y a través del cual experimentaremos por nosotros mismos la vida trinitaria. Todas y cada una de las cosas, desde las más ínfimas hasta las más elevadas, desde las aparentemente insignificantes hasta las obviamente esenciales, tienen su sitio y su valor en el mundo de Jesús. Como señala Sarayu en *La cabaña*: «Si algo importa, todo importa» (251).

Nunca me cansaré de ver esto», le dice Jesús a Mackenzie. «La maravilla de todo esto, la *vastedad de la creación*, como la ha llamado uno de nuestros hermanos. Tan elegante, tan llena de anhelo y belleza aún ahora» (123). ¡Tan sólo podemos imaginar lo que ha de venir! Por hermosa, extravagante y llena de energía que pueda ser la vida en este momento, la creación como existe en la actualidad se asemeja más a una fotografía que a un sitio real,⁵ pero está destinada a convertirse en algo real en Jesús. «El mundo creado apenas puede esperar a lo que viene después. De una u otra manera, todo en la creación está refrenado. Dios lo retiene hasta que tanto la creación como todas las criaturas estén listas y se puedan liberar en el mismo momento a los gloriosos tiempos que se avecinan.»⁶

Me encanta lo que Jesús dice después de alimentar a la multitud con unas cuantas hogazas de pan y dos pescados: «Recoged los pedazos que sobraron, para que no se pierda nada».⁷ Éste es el amor del Padre, el Hijo y el Espíritu para toda la creación, al igual que una hermosa expresión de la determinación trinitaria de bendecir e incluir.

Al centro de la *preparación* para la llegada de Jesús, de nuestra adopción en él y de la bendición para toda la creación, está la formación de la humanidad a imagen de Dios. No podría haber una encarnación de la comunión trinitaria sin su contraparte en la tierra. Adán y Eva no fueron creados como androides religiosos, sino como personas en una relación. No eran extensiones de Dios, ni autómatas o computadoras con el *software* de Jesús. Aunque para existir dependían por completo del Señor, de todos modos eran personas diferentes con su propia mente, corazón y voluntad. Como destaca la Biblia en cada una de sus páginas, y como deja en claro Paul Young en *La cabaña*, el Dios Trino *nos* toma muy en serio; importamos, somos reales para Dios. Sobre todo en la

Encarnación es donde vemos cuán diferentes y reales somos para la Santísima Trinidad. Como dice Papá: «No me interesan los prisioneros» (103). Como personas distintas, se convocó a Adán y a Eva para que caminaran en una relación con el Señor, el uno con el otro, y con toda la creación.

El patrón o esquema de su existencia fue Jesús, en su relación con su Padre, con el Espíritu Santo, y con la futura raza humana y el mundo creado. La partida estaba arreglada. «El hecho de que Dios habría de volverse hombre y morar en medio de su propia creación determinó todo el carácter de la creación.»⁸ Todo se diseñó *para* la vida trinitaria, de modo que la vida y el gozo, la belleza y la gracia, la atención centrada en el otro, y la comunión y el amor altruista, pudieran establecerse en Jesús cuando llegara el momento adecuado.

Adán y Eva recibieron un papel central en el plan. Se les convocó para vivir en relación con el Señor y para ser los agentes de su bendición en el momento de la creación. Se les creó para escucharlo, verlo y conocerlo, a Él y a su amor.⁹ Y al conocerlo a Él, y también al conocer su corazón y su amor, experimentarían una seguridad y una confianza que no es de este mundo: la certeza extraterrena. Con esta certeza se desarrollaría la libertad para amar y ser amado, conocer y ser conocido, cuidar y ser cuidado; para compartir la vida y participar en la comunión centrada en el otro. Esta capacidad para centrarse en el otro fluiría entonces a su relación con toda la creación, convirtiéndose en el vehículo para la gracia divina y el *shalom*.

Como la creación tiene su existencia, su significado y su gracia divina en Jesús, Adán y Eva recibieron un sitio real en su señorío. La creación habría de «encontrarse a sí misma», por decirlo de algún modo, o «coger el paso» a través de su amor y su liderazgo. Adán y Eva, primero en su relación de confianza, amor y comunión con el Señor, posteriormente en su relación entre sí, y a la larga en su papel como mediadores de la gracia divina, formaron el contexto vivo o «el vientre de la Encarnación».¹⁰ Ésta era la contraparte terrena de Jesús y su relación en el cielo. Fue la primera forma de adopción, que estaba destinada a alcanzar toda su plenitud y su gloria en Jesús.

Como es evidente, fue aquí donde todo el plan casi fracasó desde el principio, o por lo menos así parecería. La serpiente artera mintió acerca de la naturaleza de Dios. Adán y Eva creyeron la mentira y dudaron de la bondad del Señor.¹¹ Esta *duda* en cuanto a los sentimientos de Dios hacia ellos representó un desastre singular, porque eliminó por completo su certeza extraterrena. En ese vacío surgió la culpa y la vergüenza, el temor y la ansiedad, al igual que la aterradora inseguridad, todos los cuales se convirtieron en el ingrediente mortal dentro de sus almas que pronto envenenaría todo el platillo de su existencia y de la creación. Como dice Sarayu a Mackenzie: «Ustedes, los seres humanos, son tan pequeños a sus propios ojos. En verdad ignoran su lugar en la creación. Habiendo elegido el ruinoso camino de la independencia, ni siquiera comprenden que arrastran consigo a toda la creación» (142).

«La serpiente antigua, que se llama diablo y Satanás, el cual engaña al mundo

entero»,¹² es, según lo expresó Jesús, «mentiroso y padre de mentira».¹³ Es una *criatura* y no es un igual del Dios Trino. No puede crear, no puede dar existencia o vida, y no tiene significado que ofrecer; toda la vida y el significado provienen del Padre, el Hijo y el Espíritu. Si el maligno pudiera contar con su propio mundo, lo cual parece ser su sueño, estaría limitado al secuestro y la explotación, o como dice mi amigo Steve Horn, a «abusar» de la vida trinitaria que se comparte con nosotros. Y no tiene la capacidad de lograrlo sin nuestro permiso o contra nuestra voluntad. De modo que miente y engaña, nos lleva a la confusión para que voluntariamente, aunque quizá de manera inconsciente, cedamos a operar en su matriz diabólica de incredulidad, confusión y oscuridad carente de significado. De esa manera encuentra un sitio para llevar a cabo sus acciones cobardes y perversas en la creación buena del Dios Trino.

Su primer engaño implica convidarnos a dudar de la bondad del Señor, creando inseguridad y ansiedad en nosotros, que a su vez nos impulsa a la acción independiente. Posteriormente, todo esto se intercala con astucia dentro de la mentira de que estamos separados del Dios Trino. Adán y Eva confiaron en el susurro de duda acerca de la bondad del Señor.¹⁴ En lugar de confianza, amor y seguridad, surgieron la duda y después el temor, que inevitablemente los indujeron a centrarse en sí mismos. Se volvieron autorreferenciales y «eligieron la independencia sobre la relación» (133). Se volvieron egocéntricos, convirtiéndose a sí mismos y a su propio juicio en su punto de referencia y juicio, en lugar de apoyarse en la relación con Dios. La confianza, amor y comunión que habían formado originalmente el centro de todo, se transformaron en desconfianza, ansiedad e independencia, y distanciamiento. La comunión entre lo divino y lo humano, que se formó para volverse «el vientre de la Encarnación», mudó en un desastre imposible y sin remedio. La relación que se estableció para recibir la vida trinitaria en Jesús se volvió ajena a la Santísima Trinidad.

La gran catástrofe de Adán y Eva no fue simplemente que hayan pecado o que desobedecieran el mandato divino.¹⁵ El desastre consistió en que, al creer en la mentira del maligno, quedaron ciegos. Y con el término «ciegos» no me refiero a que no fueran capaces de ver en un sentido físico; significa que su percepción de la realidad se distorsionó; se torció de tal modo, que ya no pudieron percibir la verdad real sobre Dios o sobre sí mismos. *Se ocultaron del Señor.*

¿Por qué? Es evidente que tenían miedo; pero ¿miedo a qué? Por supuesto que el acto de ocultarse va de la mano de su franca desobediencia y la mayoría de la gente supondría que temían el castigo de Dios. Pero, de nuevo, ¿cómo era posible que Adán y Eva estuviesen en el Jardín del Edén, como destinatarios de tan asombrosas bendiciones y amor, y temieran *al Señor*? ¿Dios cambió? ¿El Señor creó a Adán y Eva debido al amor y la gracia divinos, y derramó en ellos tan asombrosa bendición, para de pronto dar un giro de ciento ochenta grados? ¿Dejó de amar?

Con toda seguridad, la desobediencia de Adán no alteró el ser de Dios. *O quizá sí.* Tal vez Dios cambió de manera abrupta y radical; evidentemente no en la realidad pero sí en

la mente de Adán. Como señala Papá a Mackenzie: «Cuando todo lo que puedes ver es tu dolor, quizá me pierdes de vista a mí» (104). La creencia en la mentira acerca del carácter de Dios se mezcló con el dolor de Adán –dolor que provenía de su propia deslealtad– y alteró su visión interna, su percepción de sí mismo, del mundo y de los demás. Pero más importante aún, se alteró su forma de ver a Dios. Adán proyectó hacia Dios su propio quebrantamiento. Manchó el rostro del Padre con el pincel de su propia angustia. Tomó un pincel, lo mojó en la suciedad de su propia duplicidad y de su vergüenza y su duda, y pintó una imagen totalmente nueva de un dios. Y fue a este dios, nacido de su propia imaginación enturbiada –y no el Señor–, al que temía y de quien se ocultó.

El Dios Trino no cambió. ¿Cómo puede ser que un acto humano de cualquier tipo cambie el ser de Dios? ¿La naturaleza divina es tan inconstante, tan inestable, como para depender de nosotros o de lo que hagamos o dejemos de hacer? Lo que cambió en la relación no fue Dios, sino Adán. A partir de entonces, Adán proyectó su dolor en Dios y de esa manera creó una deidad completamente mitológica, un producto de su propio bagaje; no obstante, este producto era espantosamente real *para Adán*.

Adán estaba muerto del susto. ¿Cómo podría ser de otro modo? Se consideraba culpable y se encontraba frente a un ser divino tan inestable como él. Un terror absoluto azotó su alma, porque después de haber caído, en su mente se enfrentaba al cañón de un arma cargada de total rechazo. En su mitología, estaba a un paso del abandono y «del abismo del no ser». ¹⁶

Éste es el problema del mal y el pecado. Ha sucedido lo imposible: la verdad sobre el amor del Señor ha quedado eclipsada a tal grado que ahora se ha vuelto *inconcebible*. Una ceguera profunda se ha apoderado de la mente de Adán: ya no puede ver el rostro del Padre. Ahora existe una terrible incongruencia entre el ser y la naturaleza de Dios como Padre, Hijo y Espíritu, y el ser divino que Adán *percibe* y en el cual *cree*. Para Adán, y de hecho para todos nosotros, el dios de nuestras imaginaciones es la única forma posible de ser de Dios. Cualquier otro dios es inconcebible.

A partir de ese momento, nuestra vergüenza desfigurará el corazón del Padre. Las proyecciones de nuestros temores reescribirán las reglas de su amor. Continuará bendiciéndonos más allá de nuestros sueños más descabellados, pero en nuestra mitología nunca podremos verlo. La presencia del Señor en amor y gracia se traducirá a través de la mente caída y se le percibirá como la presencia del «capataz exigente» (210), el gran crítico, el Juez dispuesto a condenar, cuyo espíritu censor y siempre vigilante ronda por todas partes del universo.

La raza humana está perdida en la oscuridad más terrible, en la oscuridad de su propia mente caída, de la creencia equivocada y de la falta de fe; de la ansiedad, la proyección y la percepción alterada. Como le dice Papá a Mack: «Es la matriz, un esquema diabólico en el que ustedes están irremediabilmente atrapados pese a desconocer por completo su existencia» (134). Es trágico, pero la mente caída es consistente; nunca falla. Su

imaginación de oscuridad y ansiedad crea una deidad falsa, cuya evidencia puede encontrar a donde quiera que mire. Y este dios es muy real para nosotros, tanto, que se ha vuelto muy «natural»,¹⁷ *normal* (134, 232), lo más obvio del mundo, la verdad incuestionable acerca de la divinidad, a través de la cual percibimos erróneamente el corazón del Padre sin siquiera conocerlo.

Notas

1 Véase Juan Calvino, *The Institutes of the Christian Religion*, John T. McNeill (ed.) y Ford Lewis Battles (trad.) (Filadelfia, Westminster Press, 1960), II.12.1. (En español: *Institución de la religión cristiana*, Libros Desafío, Michigan, 2012.)

2 Para un hermoso tratamiento del tema de la creación, véanse los textos de Daniel Migliore, *Faith Seeking Understanding* (Grand Rapids, Eerdmans, 1991), pp. 80 y ss., y Thomas F. Torrance, *The Trinitarian Faith: The Evangelical Theology of the Ancient Catholic Church* (Edimburgo, T&T Clark, 1988), pp. 76 y ss.

3 Juan 8:12.

4 Véase Kallistos Ware, «God of the Fathers: C. S. Lewis and Eastern Christianity», en *The Pilgrim's Guide: C. S. Lewis and the Art of Witness*, David Mills (ed.) (Grand Rapids, Eerdmans, 1998), pp. 62-63. «Este es el abordaje ortodoxo acerca del reino de la naturaleza. La creación se considera como un sacramento de la presencia divina; el cosmos es una Zarza Ardiente vasta y sin distinguos, permeada con el fuego de la gloria eterna de Dios».

5 La analogía proviene de C. S. Lewis; véase *The Weight of Glory: And Other Addresses* (Grand Rapids, Eerdmans, 1965), p. 13 (en español: «El peso de la gloria», en *El diablo propone un brindis*, RIALP, Madrid, 2002) y *Mere Christianity* (Nueva York, Macmillan, 1952), p. 140 (en español: *Mero cristianismo*, RIALP, Madrid, 2005).

6 Romanos 8:19-20, *The Message*.

7 Juan 6:12.

8 Thomas Merton, *The New Man* (Nueva York, Farrar, Straus and Giroux, 1961), p. 137. (En español: *El hombre nuevo*, Grupo Editorial Lumen, Buenos Aires, 1998.)

9 Para más detalles sobre mis conceptos acerca de Adán y Eva, consulta mi libro *Jesus and the Undoing of Adam* (Jackson, MS, Perichoresis Press, 2002), pp. 23 y ss.

10 Esta hermosa frase proviene de Thomas F. Torrance. Lee su ensayo «The Word of God and the Response of Man», en *God and Rationality* (Londres, Oxford University Press, 1971), p. 149. Véase también Thomas F. Torrance, «Salvation Is of the Jews», *Evangelical Quarterly* 22 (1950): 166, y Thomas F. Torrance, *The Mediation of Christ* (Grand Rapids, Eerdmans, 1983), p. 42; al igual que mi ensayo «On the Road to Becoming Flesh: Israel as the Womb of the Incarnation in the Theology of T. F. Torrance», disponible para descarga gratuita en nuestro sitio web perichoresis.org.

11 Para más detalles sobre mis conceptos sobre el mal y la caída de Adán y Eva, lee mis libros *The Great Dance: The Christian Vision Revisited* (Jackson, MS, Perichoresis Press, 2000); Vancouver, Regent College Publishing, 2005), pp. 67 y ss., y *Home* (Jackson, MS, Perichoresis Press, 1996), pp. 27 y ss.

12 Apocalipsis 12:9.

13 Juan 8:44.

14 Véase Génesis 3:4 y ss.

15 Los siguientes párrafos son principalmente extractos de mi libro *Across All Worlds: Jesus Inside Our Darkness* (Jackson, MS, Perichoresis Press, 2007; Vancouver, Regent College Publishing, 2007), pp. 23 y ss.

16 La frase: «el abismo del no ser» procede de la conferencia «The Gospel and Mental Health» del doctor Bruce Wauchope. El texto se encuentra disponible en perichoresis.org.

17 Véase 1 Corintios 2:14.



14

LA GRACIA

¿Qué podía hacer Dios ante esta deshumanización del hombre, este ocultamiento universal del conocimiento de Dios a causa de los engaños de los demonios?

—Atanasio

La respuesta del Señor a la caída de Adán es tan extraordinaria como hermosa.¹ No se puede simular que todo esté bien, ni mirar hacia otro lado como si la infidelidad de Adán fuera una simple falla en una relación que en otros sentidos funcionaba de maravilla. El Señor interpretó el desastre por lo que era, pero citando de nuevo a Atanasio: «¿Qué podía hacer Dios, siendo bueno?»² ¿Fingir que todo estaba bien? ¿Arremeter lleno de rabia? Por ser quien es, aceptó la caída, sin aprobarla, y aceptó a Adán como una criatura caída. En las palabras de Papá: «En vez de abandonar toda la creación, nos subimos las mangas y nos metimos hasta el centro mismo del desastre» (107-108). No hay indiferencia o neutralidad divinas, como si al Señor no le importara lo que sucediera con su creación. Y tampoco existe exabrupto divino de ira vengadora. Con toda certeza hay juicio, un juicio que discierne el enorme mal que ha acontecido y que insiste en corregir las cosas, en establecer la paz, la confianza y el amor en la relación. Porque subsiste el propósito eterno de nuestra adopción en Jesús.

Así que como acto de pura gracia, de aguda conciencia del temor de Adán y de identificación con él en su dolor, y como acto de determinación para encontrarse y relacionarse con él en su estado de perdición, el Señor aceptó a Adán con su vergüenza y se relacionó con él tal como era. *Lo vistió*.³ Ese acto no era para satisfacer a Dios o para apaciguar una necesidad divina; fue un acto de amor, aceptación y relación verdadera, que provenía de la determinación de Dios por concretar el propósito de la adopción.

Fue el gran Anselmo quien dijo a su amigo Bosón: «Aún no has considerado la

excesiva gravedad del pecado».⁴ Para Anselmo, el problema del pecado residía en que se había cometido contra el gran Rey, el Dios eterno y, en consecuencia, incluso el menor pecado conllevaba el peso de una ofensa *eterna*.⁵ Pero en el Jardín del Edén es difícil encontrar a este tipo de dios ofendido o considerar que el pecado se sopesa contra la valía eterna de Dios. Según *nuestra* manera de pensar, consideramos que el Señor debe haber estado sumamente ofendido y que tendría todo el derecho de maldecir a Adán y destruirlo por completo, pero no lo hizo. Vemos que el Señor hace a un lado todos sus derechos de castigo y justicia abstracta, y observamos que está más preocupado por sus criaturas perdidas y aterrorizadas de lo que está por su honor.

No hay luces resplandecientes ni huestes de ángeles o marchas triunfales de un rey que demanda la recompensa adecuada o la venganza por las ofensas de Adán. El Señor se presenta para tomar el aire del día y establecer la comunión con su amada criatura. Encuentra a su amigo oculto, avergonzado y lleno de miedo. Reconoce lo que ha sucedido y, sin amilanarse, avanza hacia Adán mostrando ternura y amor complaciente.

El problema con la caída, con el mal y el pecado, no es simplemente que se haya desobedecido una orden divina. El problema es que ahora Adán está tan perdido en su propia mente caída que es totalmente incapaz de tener una *relación* con el Señor. ¿Cómo podría confiar en el dios de su imaginación quebrantada? Atrapado en la pesadilla trágica de su confusión autorreferencial, se ha convertido en juez y, según su juicio, cree que *el Señor* es el *enemigo* al cual temer y evitar. Está avergonzado de sí mismo y aterrorizado de Dios. Se oculta.

El ocultamiento de Adán —de la presencia de un dios preocupado y solícito— nos explica que, cuando menos, la caída tiene que ver con una terrible tergiversación de la percepción humana, con una confusión ajena e impía que ha distorsionado a tal grado la manera fundamental de pensar de Adán que, de hecho, *se ocultó* del mejor amigo que tenía en el universo, y *creyó que tenía razón*.

El comentario más incisivo sobre el desastre de la caída de Adán está en las palabras de Jesús: «Nadie conoce verdaderamente al Padre excepto el Hijo».⁶ Jesús no afirma que estemos en el camino correcto y sólo necesitamos algunas ideas frescas sobre su Padre, o que nuestra visión básica tenga buenas calificaciones, pero hay que hacer reformas. Afirma que *nadie conoce realmente a su Padre*. ¿Qué afirmación puede ser más solemne? Ahí es donde reside la «excesiva gravedad del pecado». Nadie, ni judíos, ni romanos, ni griegos: nadie conoce verdaderamente al Padre. «Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios», como sostiene el apóstol Pablo.⁷ Para Jesús, el problema de la ceguera humana es absoluto. Todos están tan inmersos en las zozobras de la confusión de Adán que no existe nadie que conozca al Padre, nadie que lo vea como es, nadie que esté siquiera cerca, excepto el Hijo.⁸ «Yo, la luz, he venido al mundo, para que todo aquel que cree en mí no *permanezca en tinieblas*.»⁹

Una mente confundida sólo ve a través de su propia confusión.¹⁰ No podemos hacer a un lado la mala hierba de nuestra mente caída y ver el corazón del Padre. Al igual que

Adán, estamos muy confundidos, y la confianza está tan destruida que ahora la adopción parece el sueño de un necio, porque bajo nuestros pies se ha movido el tapete que representa cualquier posible comunión entre lo divino y lo humano. Y sin la comunión, el «vientre de la Encarnación» es simple y profundamente incorrecto para la vida trinitaria. Estamos tan atrapados en nuestra visión enajenada que *no queremos*, y de hecho *no podemos*, abandonar la forma en que vemos las cosas, y por lo tanto no somos capaces de hacer más que imponer nuestra propia confusión sobre el rostro de Dios, creando un dios a imagen y semejanza de nuestro quebrantamiento.¹¹ Jesús habla muy en serio: *nadie conoce al Padre*.

La historia bíblica no trata sobre el cambio en Dios, como si de alguna manera nuestro fracaso hubiese alterado los sentimientos del Padre o sus sueños eternos para nosotros. La historia es sobre cómo el amor del Padre, el Hijo y el Espíritu encontró el camino para lograr lo imposible: *llegar a nosotros* en nuestras mentes perdidas. Como señala Papá a Mack: «Comprendo lo difícil que es para ti, extraviado en tus percepciones de la realidad pero tan seguro de tus juicios, empezar siquiera a percibir, y ya no digamos imaginar, *cómo son* el amor y la bondad verdaderos» (204). El problema para Dios es: ¿cómo puedo lograr la comunión restaurando a aquellos que están tan totalmente perdidos en sus propias mentes extraviadas que me odian y corren a ocultarse de mi vista?

¿Cómo te relacionas con aquel que no quiere relacionarse contigo? ¿Cómo puedes llegar más allá de la ceguera? ¿Cómo estableces contacto con alguien cuya vergüenza proyectada desfigura a tal grado tu propio rostro que reniega de tu amor y se oculta temeroso de ti? Al igual que Adán, en nuestro propio dolor nos hemos condenado, hemos creado un dios a imagen de nuestra vergüenza y hemos formulado religiones que se adaptan a eso, todas las cuales proyectamos sobre el Padre y defendemos con violencia.

¿Cómo podrá el Señor atravesar nuestras tinieblas y darse a conocer ante nosotros? La revelación parece la respuesta obvia, ¿pero lo es? ¿Qué tiene de bueno una revelación cuando nuestra mente está tan tergiversada que sólo podríamos malinterpretar lo que se nos revela? ¿Cómo es posible la comunicación auténtica, por no mencionar la confianza, cuando nuestras imaginaciones extraviadas perfilan el corazón del Padre con el pincel de nuestra propia culpa y vergüenza?

Notas

1 La mayor parte de este capítulo es un extracto de mi ensayo «Bearing Our Scorn: Jesus and the Way of Trinitarian Love». Este ensayo está disponible como descarga gratuita en nuestro sitio web perichoresis.org.

2 Atanasio, *On the Incarnation of the Word of God* (Londres, A. R. Mowbray, 1963), § 6. (En español: *La Encarnación del Verbo*, Ciudad Nueva, Biblioteca de Patrística 6, Madrid, 1997.)

3 Véase Génesis 3:21.

4 Anselmo, *Cur Deus Homo* (Edimburgo, John Grant, 1909), XXI. (En español: «¿Por qué Dios se hizo hombre?» en *Obras completas de san Anselmo*, Biblioteca de Autores Cristianos, Colección Normal 82, Madrid, 2008.)

5 *Ibid.*, XI, XX, XXIII.

6 Mateo 11:27 NTV.

7 Romanos 3:23.

8 Véase el comentario de Jesús en el Evangelio de Juan: «Y lo que vio y oyó, esto testifica; y nadie recibe su testimonio» (Juan 3:32).

9 Juan 12:46, cursivas del autor.

10 Para más detalles acerca de la mente caída y la incapacidad de conocer al Padre, consulta mi libro *Across All Worlds: Jesus Inside Our Darkness* (Jackson, MS, Perichoresis Press, 2007; Vancouver, Regent College Publishing, 2007), pp. 7 y ss.

11 *Ibid.*, pp. 21 y ss.



15

ADÁN E ISRAEL

Es imposible que le ayuden a una aquí.

—Papá

Debido a las tinieblas retorcidas de la caída de Adán, el Señor, siempre amante de la raza humana, llamó a su lado a un hombre pagano que se llamaba Abram. No eligió a Abram por su potencial religioso, sino porque era tan ciego y estaba tan perdido como todos los demás habitantes del planeta. En Abram y sus descendientes, el Señor estableció una relación verdadera con los hijos caídos de Adán, pero esto no sería fácil.¹ Atrapado en los delirios de la mente heredada de Adán, Israel está aterrado. La relación entre el Señor e Israel es una relación de amor, gracia y promesa, pero también implica angustia.

Pensemos en Pedro cuando estaba en la barca con Jesús. Durante toda la noche, Pedro había intentado pescar pero no atrapó nada. Jesús subió a su barca para impartir sus enseñanzas a la multitud que se iba reuniendo, y luego de terminar le pidió a Pedro que fuera hacia aguas más profundas y tirara sus redes. Ya de por sí agotado, Pedro estaba un poco dudoso. Puedo imaginar que musitaba para sí: «Pero Jesús, hemos estado pescando toda la noche y no atrapamos nada». Sin embargo, hizo lo que Jesús le sugería y cogieron tantos peces que ambas barcas estaban al tope y a punto de hundirse. Seguramente Pedro estaba entusiasmado ante la perspectiva de contar con tan excelente guía de pesca, pero su respuesta fue sorprendente: tuvo miedo. «Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador.»²

De inicio esto parece extraño, pero la reacción de Pedro es una ventana al mundo de Israel. En esta situación, Pedro refleja la historia de Israel. El pacto entre el Señor e Israel significa que el Señor mismo está, por decirlo así, en la misma barca que Israel. Con toda seguridad ésta es una relación de gracia, pero también de agonía y conflicto,

porque el amor del Señor, aunque ciertamente es reconfortante y lleno de esperanza, de todos modos hace salir a la luz el pecado y el quebrantamiento de Israel.

Cuando mi esposa Beth y yo nos acabábamos de casar, tuvimos una discusión sobre el color de las paredes de nuestro departamento. Yo insistía en que eran evidentemente blancas, en tanto que ella afirmaba que eran de color «blanco ostión». Para probar mi afirmación, tomé una hoja de papel y la pegué con fuerza contra la pared; para mi sorpresa, descubrí que las paredes eran claramente grisáceas. Eso es lo que sucede en la historia de Israel. La presencia del Señor pone la hoja blanca contra la pared de la vida de Israel y expone al instante toda clase de tinieblas. Su presencia con Israel significa la presencia de la *vida* y esta vida revela de manera inevitable que aquello que está viviendo Israel no es la vida, sino una forma retorcida de tristeza y muerte. Israel está atrapado entre el amor y la gracia del Señor, y la exposición divina de su existencia quebrantada y pecaminosa. El grito de Pedro hace eco del dolor insoportable de la desnudez de Israel.

Aquel de quien Adán se ocultó, entró a la conciencia de Israel y cerró con llave la puerta. El dolor de la caída de Adán no tenía dónde ocultarse en Israel, porque la presencia del Señor era una espeluznante bendición. ¿Cómo podría ser de otro modo? Porque ni el Señor ni su amor que revelaba todas las cosas estaban dispuestos a irse; y la situación empeoró, y con mucho, porque el amor del Señor «no sólo reveló el pecado de Israel, sino que lo intensificó».³

Esto se refiere a la relación, y la relación implica conocer y ser conocido; implica que el Señor no sólo camina por el jardín, sino que de hecho ha encontrado a Israel oculto entre los arbustos. *Pero Israel ha caído*. El grito: «Vete, no me molestes» se anuncia a voz en cuello e Israel no está dispuesto a permitir que la luz del amor de Dios alumbre los corredores de su vergüenza y su maldad. Así que con tierna gracia y misericordia complaciente el Señor estableció el sistema sacrificial en beneficio de Israel. Y a pesar de los ríos de sangre de los miles de sacrificios, la presencia del Señor seguía siendo demasiado para que Israel pudiese soportarla.

A medida que el Señor entraba a la conciencia de Israel, su presencia metía el dedo en cada llaga de la mente caída, desde su culpa y su religión improvisada, hasta su vergüenza y su justificación de sí mismo, desde su temor a la exposición y el ocultamiento para su propia defensa, hasta su orgullo y su juicio autorreferencial. Si la relación implicaba únicamente comunicar información, entonces Israel podía transcribir las palabras, asentarlas en tabletas de arcilla sobre la pared y contemplar las cosas desde una distancia segura. Aunque el Señor muestra gran complacencia y ternura –al dar pequeños pasos– de todas maneras la relación significa que Dios está en la habitación con el Israel caído y, por ende, se exponen la herejía y la carnalidad de Israel, su paganismo y su enajenación, despertando todo tipo de hostilidad y animosidad hacia Dios. El repliegue de Israel, su rebelión contra el amor, no fue algo que se aprobó o ignoró; se aceptó como la forma en que son las cosas con la humanidad caída. Pero incluso que el Señor aceptara la rebelión de Israel significa que está un paso más cerca, lo cual forzaba que el

conflicto de Israel con él llegara al máximo enardecimiento.⁴

El Señor caminó al lado de Israel y, como un detalle genial del Espíritu, utilizó las respuestas de Israel (tanto buenas como malas) provocadas por su presencia para crear un nuevo medio para la comprensión humana.⁵ Arrojó el modo de ser y de pensar de Israel al intenso horno del amor de Dios y sus creencias básicas sobre Dios se fundieron y se reformaron. En presencia del Señor, las arraigadas ideas de Israel se lanzaron al torno del alfarero, se rompieron y se recrearon. En el mundo caído de Adán comenzaron a florecer nuevas ideas, conceptos y categorías: los nombres de Dios, el Verbo y el Espíritu de Dios, el amor de Dios, la alianza, el pecado, la expiación, la gracia; profeta, sacerdote, rey, misericordia y perdón.⁶ En la gloriosa aflicción de la relación verdadera, el amor del Señor empezó a fructificar en Israel en una reestructuración de la mente trágicamente confusa de Adán, todo lo cual se convertiría en «el mobiliario esencial de nuestro conocimiento de Dios».⁷

Para Israel, caminar con el Señor significaba descubrir un nuevo mundo de entendimiento y, con ello, de gran esperanza. Pero también implicaba sentir el dolor de quedar totalmente desnudo, exponiendo todas sus ilusiones. O bien el Señor era iluso y no podía anticipar que su vida, su luz y su amor sacudirían la esencia de Israel e intensificarían su conflicto con Él, o por inconcebible que pueda sonar *la intensificación era deliberada*, y esa intensificación deliberada del conflicto de Israel con el Señor era parte de su manera de establecer la relación verdadera.⁸ Lejos de apaciguar la ira de una deidad ofendida y furiosa, o de dar satisfacción al código de honor de Dios, o de fingir que no existe ningún problema, la relación se refiere a que el Dios Trino nos acoge de forma deliberada con el trauma retorcido de nuestra naturaleza caída, y se acerca tanto, que *sentimos* la infernal angustia de nuestro distanciamiento y respondemos arremetiendo contra él. La meta es meter el dedo en cada una de las llagas de la caída de Israel, porque la relación verdadera demanda que el Señor llegue al mismo fondo de la caída, a las catacumbas de nuestra hostilidad humana hacia él y su amor. Todo el veneno de la caída debe salir a la superficie. Cualquier cosa que no sea eso nos deja perdidos en nuestros delirios y vuelve desconocido al Padre.

La única cosa en que el Señor podía confiar de sus criaturas caídas era que no seríamos capaces de afrontar su presencia y su amor, y que haríamos todo lo que estuviese a nuestro alcance para escapar de ambos, incluyendo torcer su Palabra en religiones hechas a la medida para que nuestras mentes caídas mantuvieran lejos a Dios. Conforme el Señor en su gran amor se acercaba a Israel, éste intensificaba sus esfuerzos por correr en dirección opuesta. Era demasiado.

El agrio antagonismo inherente en el intento de Israel por sacar al Señor de su vida y cerrar la puerta, se convierte en la situación escalofriante, terrible y desconcertante, aunque muy real y personal, en que nacerá el Hijo del Padre. La intensificación del conflicto entre Israel y el amor de Dios es el vientre de la verdadera relación entre lo divino y lo humano, el «vientre de la Encarnación», y está destinado a llegar a su punto

de ebullición cuando el Señor, en un asombroso gesto de gracia, llega *en persona* para encontrarse con Israel en su peor momento de ceguera, perdición y obstinación. La humanidad caída y el amor de Dios se prepararán para tener un enfrentamiento en la persona de Jesucristo.

Notas

1 Mi análisis sobre la relación entre el Señor e Israel tiene fuerte influencia del trabajo de Thomas F. Torrance. Para un minucioso tratamiento de la visión de Torrance acerca de Israel, véase mi ensayo «On the Road to Becoming Flesh: Israel as the Womb of Incarnation in the Theology of T. F. Torrance». Está disponible para descarga gratuita en perichoresis.org. De particular interés en este caso es el texto de Torrance, *The Mediation of Christ* (Grand Rapids, Eerdmans, 1983), caps. 1 y 2, al igual que sus ensayos: «The Word of God and the Response of Man», en *God and Rationality* (Londres, Oxford University Press, 1971), pp. 137 y ss; «Salvation Is of the Jews», pp. 164 y ss., e «Israel and the Incarnation», en *Judaica* (1957), vol. 13, pp. 1-18.

2 Lucas 5:8.

3 Thomas F. Torrance, *The Mediation of Christ*, p. 38. Analiza la cita completa: «En tanto no se afianzaran las correas del pacto y Dios permaneciera, por así decirlo, a cierta distancia, el conflicto no era muy agudo, pero a medida que Dios se acercaba, más se robustecía la voluntad propia de Israel resistiéndose a su vocación divina. Por ende, mientras más plenamente se daba Dios a su pueblo, más lo forzaba a ser lo que en realidad era, lo que todos somos, en el aislamiento voluntarioso de la humanidad alejada de Dios. De este modo, el movimiento del amor reconciliador de Dios hacia su pueblo no sólo reveló el pecado de Israel, sino que lo intensificó».

4 Véase Thomas F. Torrance, «The Word of God and the Response of Man», pp. 137 y ss.

5 *Ibid.*, p. 147.

6 Véase Thomas F. Torrance, *The Mediation of Christ*, p. 28.

7 *Idem.*

8 Véase el sorprendente comentario de Torrance en *The Mediation of Christ*, p. 38: «No obstante, esa intensificación no debe considerarse simplemente como un resultado accidental de la alianza, sino más bien como algo que introdujo Dios de manera propositiva en el plan completo de su actividad reconciliadora, porque era la voluntad y la manera en que la gracia de Dios podía conseguir la reconciliación con el hombre en su peor momento, precisamente en su estado de rebelión contra Dios. Es decir, en su maravillosa sabiduría y amor, Dios ideó en Israel un modo de reconciliación que no depende de la valía de los hombres y las mujeres, sino que convierte su mismo pecado de rebelión contra él en el medio a través del cual los une para siempre a sí mismo y reconstituye de tal forma las relaciones de Israel con él que logra plena y perfectamente su verdadera finalidad, en inmaculada comunión consigo mismo». Véase también Thomas F. Torrance, «Israel and the Incarnation», pp. 6 y ss.



16

EL RECHAZO AL HIJO UNGIDO

*He aquí, subimos a Jerusalén, y el Hijo del Hombre
será entregado a los principales sacerdotes y a los escribas,
y le condenarán a muerte; y le entregarán a los gentiles
para que le escarnezcan, le azoten, y le crucifiquen.*

—Jesús

Concebido por el Espíritu Santo, el Hijo del Padre se convirtió en un bebé en el vientre de la virgen María. Nació como un niño judío en Israel y en medio de la relación de Israel con Dios. Conforme fue creciendo tanto en sabiduría como en edad, fue participando cada vez más en la vida de Israel. Al entrar en su ministerio público, cuando tenía cerca de treinta años, Jesús comenzó de inmediato a curar y a enseñar. Algunos «vieron su gloria»,¹ lo cual significa que conocieron a Jesús como era en realidad,² como *el* propio Hijo del Padre, *el* Creador y *el* Ungido en el Espíritu Santo. En él, la luz de la vida resplandecía en la oscuridad y la gente se sintió atraída hacia él. Pleno de compasión por la gente quebrantada y abrumado por ellos, se volcó en ayudar a otros, en sanar y restaurar, en iluminar y liberar. En vista de que su fama corrió como reguero de pólvora, grandes multitudes se reunieron para escucharlo, tocarlo, recibir su sanación y formar parte de su mundo. Durante un corto tiempo todo fue hermoso, como tendría que ocurrir con la llegada del Hijo del Padre a nuestro mundo.

Pero las cosas cambiaron con rapidez. El conflicto parecía inevitable a medida que los líderes religiosos comenzaron a observar a Jesús con sospecha en sus corazones.³ Tenían mucho que perder y Jesús estaba haciendo promesas asombrosas y afirmaciones igualmente impactantes. Hablaba con «audacia revolucionaria»,⁴ asumiendo superioridad no sólo hacia los líderes judíos, sino también hacia la sagrada Torah.⁵ Como hemos visto, para Jesús, Dios era su propio Padre, y él era *el* Hijo único e impar. Pero Jesús no

hizo promesas que no llevara a cabo. Cumplió con éstas: sanó, restauró, dio vista al ciego, incluso resucitó a los muertos.

La presencia de Jesús –su corazón, su vida y su capacidad de sanar– forzó la mano de los líderes judíos, exponiendo el fracaso de su religión. En reuniones ocultas y confidenciales, conspiraron para silenciarlo: «Si le dejamos así, todos creerán en él; y vendrán los romanos, y destruirán nuestro lugar santo y nuestra nación». ⁶ De modo que enviaron espías para encontrar «prueba» de cualquier cosa que pudiesen utilizar para desacreditarlo. ⁷ Incluso (o quizás especialmente) ante el hecho de que Jesús haya regresado a Lázaro de entre los muertos, «acordaron matarle». ⁸

Para nosotros es fácil arrojar piedras a la franca ceguera de los líderes judíos, pero al final Jesús tenía pocos amigos reales, ya que casi puede decirse que murió solo. Las grandes multitudes se fueron disolviendo y se volvieron en su contra. Uno de su propio círculo de discípulos cercanos lo traicionó y lo entregó en manos de las autoridades; otro lo negó públicamente en tres ocasiones. Todos los demás, salvo un puñado de ellos, lo abandonaron cuando más importaba. Unas cuantas mujeres y el discípulo amado se reunieron en torno suyo en sus últimas horas. ⁹

En un lapso aproximado de tres años de un ministerio sin paralelo en la Biblia, el Hijo encarnado del Padre murió en aparente humillación, mientras que la sorna de los líderes judíos y las aclamaciones burlescas de los gentiles llenaban la arena de su sanguinaria ejecución.

La cuestión en este caso no es cómo cambió la fortuna de Jesús o, incluso, el examen de las razones. El elemento central es que la respuesta casi universal hacia él fue de rechazo. La nueva de que el Hijo del Padre vino a nosotros y nos bendijo al compartir su propia vida es realmente asombrosa –¿quién hubiese soñado alguna vez con tal gracia y bendición divinas?–, pero existe algo todavía más extraordinario: nos burlamos de él, ¹⁰ lo insultamos, lo rechazamos; conspiramos en su contra y asesinamos al Ungido.

Justo después de que Juan anuncia que fue a través del Verbo de Dios que se crearon «todas las cosas», que «sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho», ¹¹ escribe estas terribles palabras: «A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron». ¹² En esos dos versículos podemos ver claramente la más espantosa ironía: el Creador se rebajó para volverse uno de nosotros y sus propias criaturas no lo recibieron.

Enseguida, Juan prepara a sus lectores para que vean algo que estaba terriblemente mal. *Los suyos no le recibieron*. La llegada del hijo era demasiado humana, demasiado no divina. No lo reconocimos. Como señala el autor de una canción: «No se desplegaron banderas al entrar Dios a este mundo, envuelto entre los brazos de una niña llamada Miriam». ¹³ La presencia del Hijo del Padre no tenía sentido para nosotros; no cumplía con *nuestras* expectativas de Dios o de la llegada de Dios o de la presencia y la bendición de Dios, o del Mesías de Dios. «¿No es éste Jesús, el hijo de José, cuyo padre y madre nosotros conocemos? ¿Cómo, pues, dice éste: “Del cielo he descendido”?» ¹⁴

Lejos de recibirlo con los honores debidos al Hijo eterno del Padre, de hecho se le

difamó juzgándole como bastardo.¹⁵ Piensa en lo siguiente: a la única persona en la historia bíblica que recibió la unción del Espíritu Santo como un don perdurable¹⁶ se le acusó de estar poseída por el demonio.¹⁷ Al Buen Pastor,¹⁸ nombrado antes de la fundación del mundo,¹⁹ se le consideró como alguien que llevaba al pueblo por el mal camino.²⁰ Pero el asunto de la caída de Adán es bastante más catastrófico que una discusión nimia sobre expectativas o una incapacidad para pensar con claridad acerca de Dios o del Reino de Dios. La mente caída nos condujo a un *conflicto* grave con la presencia del Señor. La ceguera que se expresa en este versículo: «A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron», creció hasta transformarse con espantosa intensidad en la maldición: «¡Fuera con éste! ¡Crucifícale, crucifícale!»²¹

Este rechazo no fue una simple negativa a seguirle el juego a Dios; llevaba un violento aguijón en la cola: fue el rechazo que llevaba una doble carga de amargura y crueldad. El Hijo del Padre vino a compartir su vida con nosotros y se le escupió. El Ungido sufrió burlas, mofa, escarnio y golpizas, y luego a plena vista del mundo se le asesinó brutalmente mientras sus propias criaturas aprobaban universalmente la acción.

La crucifixión no es simplemente una eliminación, es un rechazo. Es el rechazo personal con una maldición. Qué terrible espectáculo debe haber sido para el universo ver que las propias criaturas de Jesús lo condenaban; como dijo Karl Barth, el verdadero Juez era *juzgado* por la humanidad quebrantada.²² ¿Es de extrañar que la tierra se sacudiera y la cubrieran las tinieblas en su totalidad cuando el sol ocultó su faz?²³ Pero, de nuevo, ¿qué lector de las Sagradas Escrituras puede sorprenderse? ¿Qué no los profetas recibieron el mismo trato y no fue Jesús quien habló en parábolas proféticas acerca de su propio rechazo y asesinato a manos de los principales sacerdotes y ancianos?²⁴

En este acontecimiento existen muchas cosas que nunca se entenderán. Pero dos elementos son más que evidentes. En primer término, la crucifixión de Jesús y el antagonismo que detonó, puntualizan que algo está espantosamente mal, que la humanidad sufre de una confusión diabólica. El Hijo del Padre vino a nosotros en persona y no sólo no lo quisimos, sino que nos empecinamos contra viento y marea en arrojarlo del mundo y, de pasada, hacerle pasar humillación. ¡No pudimos haber sido más obcecados! El hecho de que la presencia del Ungido produjera una reacción tan hostil de nuestra parte, sometiendo al Hijo del Padre a una maldición pública, prueba la tesis de que la caída de Adán nos compromete a todos en la ceguera más vil e impía.

Segundo, en el ataque contra Jesús se detecta un grave veneno. Ya de por sí es demasiado terrible crucificar a un hombre bueno e inocente, pero es incluso más espantoso que sea algo que se disfrute. Las narraciones en los Evangelios no presentan a una gran multitud que presencia, indefensa y horrorizada, cómo un puñado de malvados aprovecha los juegos de poder y extingue a su mayor amenaza. Los líderes querían a Jesús muerto, acabado y eliminado, pero también lo quería así la muchedumbre. Y los gritos de «¡Crucifícalo, crucifícalo!» dicen más que solamente «queremos a este

hombre fuera de aquí». Existe una profunda amargura. *Dale vinagre. Maldícelo*. La pasmosa blasfemia de los líderes judíos al responder: «*No tenemos más rey que César*»²⁵ delata una febril hostilidad hacia Jesús que llegaría al límite con tal de eliminarlo.

El legalismo inherente de la Iglesia occidental²⁶ nos entrena a considerar el sufrimiento de Jesús como representación del juicio de Dios para nuestros pecados y virtualmente nos ciega al elemento más obvio de que Jesús sufrió debido a la maldad de la humanidad.²⁷ Fue la raza humana, y no el Padre, quien rechazó a su amado Hijo y lo asesinó.²⁸ La ira descargada en el monte Calvario no se originó en el corazón del Padre, sino en el nuestro.²⁹ La humillación que toleró Jesús, el tormento que sufrió, no fueron divinos sino humanos. *Nosotros* nos burlamos de él, *nosotros* lo detestamos, *nosotros* lo juzgamos. *Nosotros* lo ridiculizamos, lo torturamos y le volvimos la espalda. No fueron el Padre ni el Espíritu Santo quienes abandonaron a Jesús y lo confinaron al abismo de la vergüenza; fue la raza humana. *Nosotros lo maldijimos*.

O bien nuestro rechazo colectivo hacia Jesús tomó por sorpresa al Padre, el Hijo y el Espíritu, o aquí puede observarse un acto genial de redención demasiado bello para describirlo con palabras. ¿El Dios Trino no pudo prever el rechazo de los judíos y romanos hacia Jesús? ¿Tomamos al Padre por sorpresa cuando *matamos a quien era la solución*? ¿Jesús quedó azorado, y el Espíritu Santo quedó aturdido, cuando las cosas salieron mal y las multitudes se volvieron en su contra? No, por supuesto que no. La animosidad de la raza humana hacia el Hijo del Padre fue anticipada y, de hecho, algo con lo que el Dios Trino contaba y literalmente incorporó³⁰ como parte esencial para que nuestra relación real fructificara. Ésa es la gracia portentosa. Con un amor que quita el aliento, el tipo de relación que maneja el Señor implica la asombrosa aceptación de nuestra crueldad. La Encarnación implica el *sometimiento* inconcebible de la Trinidad a nuestra extraña oscuridad y a su amargo juicio.

¿Qué pecado puede ser más atroz que rechazar –y luego asesinar– al Hijo del Padre y cuál gracia podría ser más impactante, personal y real que la disposición del Señor a someterse a sufrir nuestra ira con el fin de encontrarnos en nuestra terrible oscuridad? En realidad es asombroso que el Hijo del Padre se haya convertido en lo que somos. Y aún es más sorprendente que lo hayamos rechazado, maltratado y crucificado. Pero algo todavía más alucinante es que Jesús haya aceptado y tolerado todo eso de manera voluntaria, cuando una sola palabra suya hubiera desatado legiones de ángeles que vinieran en su defensa.³¹

¿Qué tan lejos está dispuesta a llegar la Santísima Trinidad para encontrarnos? El Padre, el Hijo y el Espíritu son eternamente serios en su propósito de amarnos y llevarnos a conocer su amor; pero, ¿no hay una línea divisoria marcada en la arena cósmica para que no crucen? ¿Existe un punto en que incluso el amor del Dios Trino se retraiga?

Parecería imposible que la Santísima Trinidad pudiese entrar así en nuestra miserable

pesadilla de hostilidad proyectada como para hacer contacto con nuestro *verdadero yo*. ¿Pero qué es la relación si deja a nuestro *verdadero yo* atrapado en nuestra confusión, incapaz de escuchar, ver y recibir el amor del Padre? ¿Qué tipo de reconciliación sería aquella que declarara legalmente libre de pecado a la humanidad, pero que nos dejara en el oscuro universo de la mente caída y de su espantoso dolor?



Si seguimos la línea de pensamiento de Torrance, la intensificación deliberada de la animosidad de Israel contra Dios conduce directamente al cruel rechazo de los judíos, y de todo el género humano, hacia Jesús. Así es como el Señor llega a nuestro *verdadero yo*: se acerca a nosotros en persona y se somete a nuestro juicio malvado y ajeno. No trata de ganar nuestro favor de manera teológica; no lanza llamaradas de fuego sobre nuestra desvergonzada estupidez; no nos humilla por nuestro orgullo que nos aísla y por nuestro prejuicio detestable. Simplemente llega en persona y el conflicto entre la humanidad caída y la presencia de Dios llega a su punto de ebullición. No hay lugar donde esconderse. Se desata la furia del infierno.

A diferencia de Adán e Israel, y de todos nosotros, el Hijo del Padre no huye para escapar del dolor de la verdadera relación. Al negarse a fingir que todo está bien, acepta el confl y se presta a ser el blanco personal, el *chivo expiatorio* de todo nuestro dolor. De manera deliberada, propositiva, humilde y sorprendente, se inclina para sufrir nuestra detestable hostilidad. Recibe una cuchillada en el corazón, sin siquiera aprobar o estar de acuerdo con nuestra cobarde confusión. Mientras respiramos aire cristológico, él, el Creador y Sustentador del universo, el Hijo del Padre y el Ungido, nos permite descargar nuestra ira sobre él.

Desde un punto de vista humano y de relación, cuando alguien está enojado con nosotros tenemos varias respuestas posibles. Podemos fingir que no hay problema, que todo está bien y seguir con nuestra vida; podemos apelar al «no me importa» y dar la espalda con indiferencia; podemos vengarnos, pagando enojo con enojo. Pero ninguna de estas respuestas satisface el propósito de la *relación* o resuelve el problema. Entonces, ¿cómo seguimos adelante? ¿Perdonamos? Sí, el perdón tranquiliza los ánimos en el caso de la mayoría, pero el perdón no necesariamente llega al corazón de la otra persona. ¿Pero qué tal si aceptamos el punto de vista del otro? ¿Qué pasa si penetramos en su modo de vernos a *nosotros* y, sin aprobar necesariamente sus juicios, nos sometemos a su veredicto? ¿Qué tal si toleramos su enojo obcecado sin condenarlos?,³² y al hacerlo, al soportar el desdén de su resentimiento, ¿qué hemos hecho? ¿No nos hemos identificado con ellos, no los hemos abrazado y no nos hemos relacionado con ellos como son? ¿No *los hemos integrado* a nosotros y establecido una relación verdadera y personal con ellos en su dolor y su alejamiento? De hecho, ¿no hemos *establecido contacto con ellos*?

Así es como funciona el amor trinitario de Dios por nosotros en nuestra terrible oscuridad. Jesús aceptó nuestro infierno como el vientre de su encarnación. En persona,

el Hijo de Dios entró a la habitación de nuestro fiero conflicto con Dios y toleró nuestro resentimiento. ¿Quién hubiese imaginado alguna vez que el mismísimo Hijo del Padre vendría entre nosotros, no digamos que permitiera que se le rechazara, condenara y maldijera su propia creación? «En un sentido primordial, la muerte de Jesús expresa el misterio trinitario de la propia entrega que se encuentra en la raíz de la realidad divina.»³³ Tal amor sorprendente, tal cariño, tal determinación de *estar con nosotros* y de compartir la vida van más allá de nuestras fantasías más exageradas. No puede ser, *pero así es*.

Porque el Hijo del Padre llegó entre nosotros. Entró en el trauma de la caída de Adán. No fingió que todo estaba bien; no nos abandonó y se fue a hacer cosas más importantes; no nos gritó instrucciones desde la barrera del conflicto y no se vengó. Su presencia agitó el infierno de la caída de Adán y nosotros vertimos nuestro pecado sobre él y lo maldijimos. Jesucristo, el Hijo del Padre, el Ungido, entró al campo de batalla de nuestra hostilidad y se sometió de manera deliberada a sufrir nuestra condena *y nosotros lo condenamos*.

El más grande de los pecados se convirtió en la más grande de las ironías, y el magnífico profeta Isaías lo predijo: «Menospreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto; y como que escondimos de él el rostro, fue menospreciado, y no lo estimamos».³⁴ Isaías utiliza en dos ocasiones la palabra *menospreciado*, que enfatiza el desprecio y el desdén de la gente hacia Jesús. Jesucristo escuchó los cuchicheos, las indirectas burlonas, los gritos de mofa. Aunque con toda certeza era completamente divino, era el Hijo de Dios *como hombre* y, por ende, era completamente humano. No tenía un campo de fuerza que protegiese su corazón, ni un antídoto secreto para contrarrestar la sensación desgarradora de tal rechazo personal.

De por sí es doloroso vivir sabiendo que se ha decepcionado a un amigo, pero ¿cómo puedes tolerar haber decepcionado al mundo entero? ¿Qué *Gran Tristeza* envuelve al corazón cuando tu propia gente te mira con desprecio como un motivo de deshonor, y se te desprecia y te abandona de manera pública? Piensa en el dolor de Jesús cuando entró al sitio de su juicio ilegal y permitió que se le juzgara y se le condenara de manera injusta, y luego toleró las muecas santurronas y las risitas desdeñosas, el orgullo pomposo de aquellos que lo odiaban y se regodeaban en su propia victoria.

Hace unos años conocí a un hombre en la Costa Oeste de Estados Unidos. Una tarde en que conversábamos, me narró algunas historias sobre sus penas. Noté que sus manos temblaban al recordar los detalles de un día específico.

—Cuando yo tenía cinco años, mi papá estaba arando en el campo detrás de la casa —contó—. Era un día caluroso. Papá silbaba y luego le gritó a mamá que le enviara un poco de vendaje para cubrirse las ampollas de las manos. Deseoso de ayudar, tomé la cinta y me dirigí hacia papá. Rompí un trozo de unos veinte centímetros de largo, pensando que eso sería suficiente, pero cuando llegué al lado de mi padre, la cinta adhesiva estaba totalmente enredada. Todavía puedo ver la indignación en el rostro de mi papá; estaba tan furioso. Con desprecio en su mirada, me arrancó la cinta de las manos. Luego me

tomó de la coronilla, me hizo girar sobre mis pies y con su bota me asestó una patada en las nalgas que me tiró al suelo. No me enorgullece reconocerlo, pero me oriné en los pantalones y lloré todo el camino hasta la casa. Déjeme que le diga, amigo mío, que eso pasó hace más de cincuenta años y la vergüenza sigue encogiéndome las entrañas.

Jesús sabía que la patada venía en camino y deliberadamente se puso ante la bota. Pero la patada no provino de su Padre: «He aquí subimos a Jerusalén, y el Hijo del Hombre será entregado a los principales sacerdotes y a los escribas, y le condenarán a muerte; y le entregarán a los gentiles para que le escarnezan, le azoten, y le crucifiquen».³⁵ La condena del Calvario persiguió a Jesús desde el momento de nacer; siempre estuvo con él, ensombreciendo cada milagro. No había otro modo, éste era el plan desde antes de la creación. Era el Cordero predestinado; era el Cordero inmolado antes de la fundación del mundo.³⁶ Como dice Lewis: el «zumbido de la nube de moscas alrededor de la cruz» ya estaba predicho desde el principio.³⁷

Getsemaní es la ventana que nos permite dar una mirada al mundo interior de Jesús. Unas cuantas horas antes de la larga agonía de su ejecución, Jesús se alejó de sus amigos más cercanos para ir a orar: «Mi alma está muy triste, hasta la muerte», les dijo. Marcos dice que Jesús «comenzó a entristecerse y a angustiarse» y Lucas comenta que estaba «en agonía» y que su sudor era «como grandes gotas de sangre».³⁸ Abrumado por su inminente destino fatal al ponerse a sí mismo en la mira de nuestra crueldad, Jesús cayó de bruces. Tres veces clamó en ferviente oración: «Padre mío, si es posible, aleja de mí esta copa; pero no sea mi voluntad, sino la tuya». «*Abba, Padre*, para ti todo es posible; aleja de mí esta copa; pero no sea mi voluntad, sino la tuya».³⁹ Jesús permanece siempre como el Hijo fiel, pero en este momento la fidelidad lo conduce directamente a las garras de la bestia desalmada. «He aquí ha llegado la hora, y el Hijo del Hombre es entregado en manos de pecadores.»⁴⁰

La limitada tranquilidad que pudo haber encontrado Jesús en Getsemaní tuvo breve duración. Sus propios discípulos pronto lo abandonaron, se le golpeó y se le azotó sin piedad, y a cada momento se le sometió al ridículo. Luego llegó la ignominia de arrastrar su propia cruz por las calles flanqueadas de murmullos de desprecio; después llegaron los clavos, la crucifixión y el escarnio belicoso: «A otros salvó, a sí mismo no se puede salvar; si es el rey de Israel, descienda ahora de la cruz, y creeremos en él. Confió en Dios; libréle ahora si le quiere; porque ha dicho: Soy Hijo de Dios».⁴¹

Jesús sabía que su Padre nunca lo abandonaría y que ni en un millón de milenios el Espíritu Santo abandonaría su puesto, pero mientras estaba colgado de la cruz y las sacudidas de la sofocación dislocaban sus hombros y castigaban aún más su cuerpo ya de por sí quebrantado, mientras sus oídos zumbaban con las burlas de la muchedumbre y toleraba la despreciable traición del género humano, estaba abrumado. Tenía que estarlo. En la guarida de los leones que representa nuestra hostilidad, Jesús tuvo una muerte humillante, rodeado de miles de rostros despreciativos.

En este punto nos quedamos mudos de asombro. «Un día ustedes comprenderán a

qué renunció», dice Papá. «Sencillamente no hay palabras para eso.» (206).



Al tiempo que descargábamos nuestro desprecio en Jesús, Dios provocaba que nuestra iniquidad concurreniera o recayera sobre él,⁴² y Jesús se convertía en el chivo expiatorio: «El Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo».⁴³ Al morir en manos de nuestro desprecio, el Hijo del Padre se encontró con nosotros *como somos; estableció contacto con nosotros*. Al aceptarnos en nuestro momento de mayor maldad, Jesús nos aceptó en el terrible abismo de nuestra patología viciada y retorcida, penetrando así el núcleo de la caída de Adán y el pecado original. *Y trajo consigo a su Padre y al Espíritu Santo. «Estuvimos juntos ahí»* (104). Mack se muestra asombrado:

—¿En la cruz? Creí que tú lo habías *dejado* solo, ya sabes: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»...

—Malinterpretas el misterio en este caso. Más allá de lo que él haya *sentido* en ese momento, yo nunca lo abandoné.

—¿Cómo puedes decir eso? ¡Lo abandonaste, igual que me abandonaste a mí!

—Mackenzie, yo nunca lo abandoné, y jamás te he abandonado a ti.

—Eso no tiene sentido para mí —respondió Mack con rudeza (104).

En la cruz, Jesús soportó la *Gran Tristeza* del mundo; se entregó al trauma de nuestras tinieblas. Sumergido en nuestro desprecio, perdió contacto con el amor de su Padre y con el consuelo del Espíritu Santo: «*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?*»⁴⁴

Pero incluso este grito de desesperación también lo fue de sólida esperanza; de hecho, fue un sermón de victoria.⁴⁵ Porque el salmo del que sacó Jesús este grito prosigue así: «Porque no menospreció ni abominó la aflicción del afligido, ni de él escondió su rostro; sino que cuando clamó a él, le oyó».⁴⁶ Al citar este salmo, que termina con portentoso triunfo, Jesús está interpretando su muerte, como diciendo: «Para ustedes quizá parezca, como previó Isaías,⁴⁷ que mi Padre me ha abandonado. Pero nada puede ser más lejano de la verdad, como pronto verán». Al dar su último suspiro en las tinieblas, Jesús se entregó por completo en manos de su Padre con una confianza desvalida. «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.»⁴⁸ En palabras de Papá: «No olvides que la historia no terminó en su sensación de abandono. Superó eso para ponerse completamente en mis manos. Oh, ¡qué momento fue ése!» (105).

Así es como el Padre, el Hijo y el Espíritu lograron llegar a la cabaña de Adán, y a la de Mackenzie y a la nuestra. Y esa es la razón por la que Papá tenía cicatrices en sus muñecas, y si Sarayu se manifestara físicamente, también las presentaría en sus muñecas. Porque en la unidad de la Santísima Trinidad, el Padre y el Espíritu Santo sufrieron el infierno de Jesús junto con él. Compartieron por completo su trauma, sintieron el abuso que sufrió, probaron la sal de sus lágrimas y (debo apurarme a añadir) compartieron su humilde control ante una injusticia tan atroz. Eligieron el sometimiento,

el amor que se centra en el otro, el duelo y la pena compartida y, al hacerlo, llevaron nuestro infierno mismo al seno del Padre y dentro de la morada del Espíritu Santo.

Jesús entró a la guarida de nuestra perversidad, con lo cual estableció una relación real entre la Santísima Trinidad y nosotros en nuestro retorcido prejuicio. Jesús estableció contacto con nuestras mentes caídas, uniendo los márgenes del abismo entre el sueño de adopción de su Padre y nuestra enloquecida ceguera. La muerte de Jesús fue un acto de inclusión: incluyó a nuestro verdadero yo, a nuestro ser caído, desvalido, quebrantado y rebelde, dentro de la comunión con su Padre. Al morir, Jesús se convirtió en asiento de misericordia, el sitio donde la Santísima Trinidad sufrió y soportó personalmente a los pecadores y a su pecado con sorprendente misericordia.

Es necesario repetirlo de nuevo: los Evangelios no anuncian la nueva de que podamos aceptar a un Jesús ausente dentro de nuestras vidas; anuncian la noticia de que el Hijo del Padre nos ha recibido dentro de la suya. Jesús, en su propia persona, llevó al mundo separado de nuestra oscuridad y nuestro dolor, de nuestro orgullo y de nuestro enojo obstinados, al interior de la vida de la Santísima Trinidad, y la vida trinitaria de Dios se asentó por siempre dentro de nuestro infierno. Nuestra adopción no es una simple doctrina teológica. La adopción es como las cosas son en realidad, hoy y para siempre.

Notas

1 Juan 1:14.

2 Para más detalles acerca del término «gloria» como la naturaleza esencial de una persona o cosa, consulta los sermones de David Kowalick en «The Hope of Glory». Estos sermones están disponibles en perichoresis.org e included.com.au.

3 Esta sección es, principalmente, una reproducción de mi ensayo «Bearing Our Scorn: Jesus and the Way of Trinitarian Love». Este ensayo está disponible como descarga gratuita en nuestro sitio web perichoresis.org.

4 Véase Joachim Jeremias, *New Testament Theology* (Nueva York, Scribner's, 1975), p. 253. (En español: *Teología del Nuevo Testamento*, 8ª ed., Ediciones Sígueme, Biblioteca de Estudios Bíblicos 2, Salamanca, España, 2009.)

5 Véanse, por ejemplo, Mateo 5:22, 28, 32, 34, 39, 44.

6 Juan 11:48.

7 Véase Lucas 20:20 y Mateo 26:59.

8 Juan 11:53; cf. Mateo 28:11-15.

9 Véase Juan 19:25-26.

10 Estoy utilizando el plural «nos» en el sentido colectivo de la humanidad como género y de «nuestra» presencia representada en la gente que respondió a Jesús.

11 Juan 1:3.

12 Juan 1:11.

13 Pierce Pettis, «Miriam», del álbum *Making Light of It* (Compass Records, 1996).

14 Juan 6:42.

15 Véase Juan 8:41.

16 Véase Juan 1:33 e Isaías 11:2.

17 Véase Juan 7:20, 8:48, 52; 10:20.

- 18 Véase Juan 10:11.
- 19 Véase Efesios 1:4-5.
- 20 Véase Juan 7:12.
- 21 Juan 1:11; Lucas 23:18, 21; Juan 19:6.
- 22 Véase Karl Barth, *Church Dogmatics*, trad. G. W. Bromiley (Edimburgo, T & T Clark, 1985), vol. IV.1, pp. 211 y ss.
- 23 Véase Mateo 27:51; Lucas 23:44-45; Marcos 15:33.
- 24 Véase Mateo 21:33-46.
- 25 Juan 9:15, cursivas del autor.
- 26 Para más detalles sobre la propensión legalista de la Iglesia occidental, consulta mi libro *Jesus and the Undoing of Adam* (Jackson, MS, Perichoresis Press, 2002), caps. 1 y 2.
- 27 «He aquí subimos a Jerusalén, y el Hijo del Hombre será entregado a los principales sacerdotes y a los escribas, y le condenarán a muerte; y le entregarán a los gentiles para que le escarnezcan, le azoten, y le crucifiquen; mas al tercer día resucitará.» (Mateo 19:29-31). Véase también Mateo 16:21; Marcos 8:31; Lucas 9:44 y Hebreos 11:35.
- 28 Sobre este asunto, véase *Stricken by God?*, edición de Bradley Jersak y Michael Hardin (Grand Rapids, Eerdmans, 2007), en especial los ensayos de Brad Jersak, Michael Hardin, Richard Rohr y James Alison. Para conocer mis conceptos sobre la exclamación de Jesús de «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?», consulta mi libro *Jesus and the Undoing of Adam*, pp. 58 y ss.
- 29 En cuanto a Isaías 53:2-7, véase *The New Jerusalem Bible* (en español: *La Nueva Biblia de Jerusalén*, Desclée De Brouwer, Bilbao, 2009) y *The Message* de Eugene Peterson. La palabra clave en el versículo 6 es *paga*: «convergir, concurrir, recaer sobre»: «El Señor provocó que la maldad de todos nosotros convergiera, concurriera o recayera (*paga*) sobre él». En cuanto a Isaías 53:10, nótese lo que dice *The New English Bible* (NEB): «Mas el Señor se preocupó de su torturado siervo y sanó a aquel que se ofreció en sacrificio por el pecado; para que goce de larga vida y vea a los hijos de sus hijos y en sus manos prosperará la causa del Señor».
- 30 Véase Hechos 2:23.
- 31 Mateo 26:53.
- 32 No sugiero aquí, por supuesto, que alguien permanezca en una relación de abuso. Simplemente estoy dando una analogía que nos permita ver la manera en que el Señor nos ama y soporta nuestra ceguera a fin de establecer una comunicación con nuestro verdadero yo.
- 33 Roger J. Newell, *The Feeling Intellect: Reading the Bible with C. S. Lewis* (Eugene, OR, Wipf and Stock, 2010), p. 34.
- 34 Isaías 53:3.
- 35 Mateo 20:18.
- 36 Véase 1 Pedro 1:20; Apocalipsis 13:8.
- 37 C. S. Lewis, *The Four Loves* (Nueva York, Harcourt, Brace, 1960), p. 127. (En español: *Los cuatro amores*, RIALP, Madrid, 2005.)
- 38 Mateo 26:38; Marcos 14:33 y Lucas 22:44, respectivamente.
- 39 Mateo 26:39 y Marcos 14:36, respectivamente; traducción y cursivas del autor. Véase también Lucas 22:42.
- 40 Mateo 26:45.
- 41 Mateo 27:42-43.
- 42 Véanse Isaías 53:6 y nota anterior.
- 43 Juan 1:29.
- 44 Salmo 22:1; Mateo 27:46; Marcos 15:34.
- 45 Véase John McLeod Campbell, *The Nature of Atonement* (Londres, Macmillan, 1878), pp. 237 y ss., y mi libro *Jesus and the Undoing of Adam*, pp. 58 y ss. Véase el discernimiento al que llegó George MacDonald: «Fue un grito de desolación, pero provino de la Fe. Es la voz última de la Verdad que habla cuando no puede más que gritar. El horror divino de ese momento es indescifrable para el alma humana. Es la negrura de las tinieblas. Y sin embargo, creería; sin embargo, se mantendría firme. Dios seguía siendo su Dios. Dios mío: en ese grito se alcanzó la Victoria y todo terminó pronto. De la paz que siguió a ese grito, la paz de un alma perfecta, tan grande como el universo, pura como la luz, ardiente como la vida, victoriosa por Dios y sus hermanos, él mismo no fue

capaz de saber por sí solo la anchura y la longitud, la profundidad y la altura». «The Eloi», en *Unspoken Sermons: Series I, II, III* (Whitethorn, CA, Johannesen, 1999), p. 112.

46 Salmo 22:24.

47 Véase en Isaías 53:4: «Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido».

48 Lucas 23:46.



17

EL MARAVILLOSO INTERCAMBIO

*Porque ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo,
que por amor a vosotros se hizo pobre, siendo rico, para que
vosotros con su pobreza fueseis enriquecidos.*

—San Pablo

En el centro del universo se encuentra el asombroso amor de la Santísima Trinidad, un amor que soporta toda injusticia y toda *Gran Tristeza* que venga a nosotros, para que podamos probar, sentir y conocer la vida trinitaria. Véanse estas bellas palabras de tres teólogos: uno de la Iglesia antigua, uno de la Reforma y uno de nuestros tiempos:

Nuestro Señor Jesucristo, a través de su amor excepcional, se convirtió en lo que somos, a fin de elevarnos a lo que él es.¹

Éste es el extraordinario intercambio que, por su bondad inconmensurable, ha hecho con nosotros; que, al volverse Hijo del hombre con nosotros, nos ha vuelto hijos de Dios con él; que, al descender a la tierra, nos ha preparado la ascensión a los cielos; que, al aceptar nuestra mortalidad, nos ha conferido su inmortalidad; que, al aceptar nuestra debilidad, nos ha fortalecido con su poder; que, al recibir en sí mismo nuestra pobreza, nos ha transferido su pobreza; que al soportar sobre sus espaldas el peso de nuestra ignominia (que nos oprimía), nos ha cubierto con su justicia.²

El principal propósito de la Encarnación, en el amor de Dios, es elevarnos a una vida de comunión, de participación en la vida trina misma de Dios.³

Cada uno de estos teólogos detalla el significado del famoso comentario del apóstol Pablo: «Porque ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor a vosotros se hizo pobre, siendo rico, para que vosotros con su pobreza fueseis enriquecidos».⁴

Cada una de estas citas describe un «maravilloso intercambio»⁵ entre Jesús y la raza humana. Para el apóstol, Aquel que era rico antes de la creación del universo se volvió pobre, para trocar su riqueza eterna por nuestra pobreza. Para Ireneo, el Hijo de Dios se

convirtió en lo que somos para traernos lo que él es. Para Calvino, Jesús se convirtió en uno de nosotros para convertirnos en hijos e hijas con él, y para compartir con nosotros su propia inmortalidad, fortaleza, riqueza y justicia. Para Torrance, el Hijo del Padre encarnó para incluirnos en la vida trina de Dios. Aquí viene a la mente el Jesús de Young: «Yo vine a darte vida, vida real, mi vida» (161).

En las palabras del apóstol Pablo, de Ireneo, de Calvino y de Torrance, vemos que la vida y la muerte de Jesucristo se refieren a un maravilloso intercambio en que Jesús toma para sí todo lo que somos en nuestro pecado, dolor y vergüenza, y se nos da todo lo que él es en su vida con su Padre y el Espíritu. «Ya que asume la pobreza de mi carne para que yo pueda asumir la riqueza de su condición divina.»⁶ Jesús es el sitio donde se reúnen ambos mundos. En el núcleo de este intercambio se encuentra la sumisión de Jesús y, de hecho, del Padre y del Espíritu Santo, ante nosotros en nuestras tinieblas. «Las relaciones genuinas están marcadas por la sumisión, aun cuando las decisiones de ustedes no sean útiles ni sanas», dice Jesús en *La cabaña* (157). Al igual que todo aquel que escucha esta noticia, Mackenzie estaba asombrado:

—¿Por qué querría el dios del universo someterse a mí?

—Porque queremos que tú te unas a nosotros en nuestro círculo de relación. No quiero esclavos de mi voluntad; quiero hermanos y hermanas que compartan la vida conmigo (157).

Aquí nuestro razonamiento corre en múltiples direcciones a la vez. Primero, al beber los restos de la copa de nuestro maltrato, Jesús ingresó al mundo de Adán y a nuestra terrible mitología y al dolor que ésta conlleva. Vio a través de nuestros ojos. Se *identificó* con nosotros en nuestra pena y nuestro quebrantamiento de la manera más profunda y personal. Es aquí, en las entrañas de nuestro trauma, y no por mera observación u orden extrínseca, sino a través de la experiencia personal de nuestro rechazo, que Jesús se convirtió en nuestro Sumo Sacerdote, misericordioso y fiel,⁷ capaz de encontrarse con nosotros en cualquier forma de sufrimiento humano. ¿Qué aspecto de nuestro infierno personal no ha experimentado Jesús? ¿Qué humillación o abuso, qué traición, rechazo o condena no ha sufrido? ¿Qué susurro sarcástico no ha escuchado? ¿Existe una sola piedra en nuestra existencia retorcida y traumática que Jesús haya dejado sin remover?⁸

Esto es importante; considéralo un momento. No necesitamos que un sacerdote le tuerza el brazo al Padre, porque el Padre está con nosotros para siempre. Como Jesús dijo, su Padre ama al mundo y no juzga a nadie.⁹ Sin embargo, nosotros sí necesitamos con desesperación de un dios que sepa, un dios que haya estado ahí, que haya sufrido, sangrado y muerto en las trincheras del dolor humano; un dios que pueda identificarse con nosotros en la situación traumática de la vida, que pueda hablar con nosotros a partir de su experiencia personal; en síntesis, un dios que sepa cómo encontrarse con nosotros en el sitio donde estamos, dentro de nuestra terrible mitología. «Sólo las manos traspasadas tienen cuidado suficiente para tocar ciertas heridas».¹⁰ «La Biblia conduce al hombre a la impotencia y el sufrimiento de Dios; sólo el dios sufriente puede ayudar.»¹¹

Jesús aprendió a través de las cosas que sufrió, a través del clamor y las lágrimas.¹²

Este Jesús, el Hijo encarnado del Padre, al que se crucificó y luego resucitó, es nuestro Salvador, nuestro Hermano y nuestra Salvación. «Acerquémonos, pues, confiadamente, al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro.»¹³ «Considerad aquel que sufrió tal contradicción de pecadores contra sí mismo, para que vuestro ánimo no se canse hasta desmayar.»¹⁴

Segundo, al sufrir nuestro rechazo, Jesús se convirtió en *nuestro* representante y sustituto en las profundidades de nuestra deslealtad. Como Aquel en quien, a través de quien, por quien y para quien se crearon y se obtienen todas las cosas, Jesús ya tiene una relación con nosotros; al someterse a nuestra condena, estableció esta relación con nosotros en las trincheras de la caída de Adán, colocándose en lugar de los pecadores, como uno entre muchos. Y en lugar nuestro, Jesús llenó la relación de alianza con su propio amor por su Padre, de modo que en el núcleo de nuestra rebelión ahora se encuentra la fe y la fidelidad de Jesús mismo.

La pregunta: «¿Dónde estás tú?»,¹⁵ que hizo el Señor en el Jardín del Edén, resuena sin respuesta desde Adán a lo largo de la historia de Israel. En Jesús, «¿Dónde estás tú?» se responde de manera plena, personal y completa: «Porque yo hago siempre lo que le agrada».¹⁶ «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.»¹⁷

Nuestra contribución a la nueva alianza se resume en la traición de Caifás, el sumo sacerdote que presidió el juicio contra Jesús. Jesús estaba provocando una conmoción y los sacerdotes temían que «los romanos vengan a quitarnos tanto nuestro lugar como nuestra nación». Al dirigirse al consejo, Caifás declaró: «Vosotros no sabéis nada; ni pensáis que nos conviene que un hombre muera por el pueblo, y no que toda la nación perezca».¹⁸ En una sagaz jugada política, Caifás y los sacerdotes sacrificaron a Jesús para salvar su posición. Pero fue una jugada que inconscientemente trajo consigo una notable ironía, que se convirtió en ocasión de gracia infinita. Porque al sacrificar a Jesús, Caifás se convirtió en el único sumo sacerdote en la larga historia de Israel que realmente hizo su trabajo: ofreció el único sacrificio verdadero, aunque nunca lo supo y lo hizo por la razón incorrecta.

En el momento en que Jesús se entregó a la criminal intriga de la maquinaria religiosa y política, formó una nueva alianza en el foso más profundo y oscuro de nuestra traición, cubriendo nuestra desobediencia con su fidelidad y reemplazando nuestro ocultamiento, nuestro temor y nuestra religión con su amor por su Padre. Nuestra hipocresía se convirtió en el lugar y el medio a través del cual la nueva relación de alianza entre el Señor, Israel y toda la raza humana se transformó en carne y hueso, y se llenó de Jesús, y de todo lo que él es con su Padre y el Espíritu Santo.

Tercero, al morir en el terror de nuestra hostilidad, Jesús se abrió camino hasta la sede cósmica del reino del mal. «Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo.»¹⁹ «Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban

durante toda la vida sujetos a servidumbre.»²⁰ El mal tenía su baluarte en nuestra duda de la bondad de Dios y, en consecuencia, en nuestro temor a separarnos de Dios. Al creer la mentira, quedamos atrapados sin remedio en su confusión, en su dolor y en su mitología derivada de la proyección. Al someterse Jesús a nuestra condena, sufrió totalmente debido a nuestra creencia aterrorizada en la mentira de la separación y a causa del mundo traumático de tinieblas que había engendrado esa mentira.

Despreciado, víctima de abusos y golpizas que lo dejaron hecho pedazos, Jesús experimentó la vergüenza y la humillación de nuestro rechazo. En tal sentido, siguió los rastros de la mentira, a través de nuestra oscuridad, hasta el pecado original y «las asechanzas del diablo»²¹ que lo motivaron. En palabras de un autor: «Dios no “derrota” al mal por medio del castigo implacable contra los culpables, sino mediante enderezar en forma constante cada paso de la respuesta falsa con una verdadera sumisión a la voluntad del Padre».²² En cada paso de la vida de Jesús dentro de nuestras tinieblas el padre de las mentiras se encontró frente a frente con la confianza inquebrantable de Jesús en el amor, en la bondad de su Padre y en el poder del Espíritu. La victoria de Jesús sobre el maligno no ocurrió mediante una orden o por medio de las huestes angélicas, sino al estar dispuesto a someterse a nosotros y a nuestro mal, al igual que a la voluntad de su Padre:

¿Acaso el Señor no se arrojó al abismo eterno del mal que abría sus fauces entre los hijos y el padre...?
¿Acaso no frustró y extinguió al mal por permitir que las marejadas y oleajes de su horrible océano rompieran contra él, lo cubrieran y murieran sin restablecerse: su ira agotada, malograda, detenida?²³

Al prestarse a que nosotros lo lanzáramos al abismo de la vergüenza diabólica, Jesús plantó su tienda en el baluarte del mal, enfrentó al hombre fuerte, lo ató y saqueó su casa.²⁴ Aquí reside el nuevo éxodo, porque Jesús «condenó al pecado en la carne», «despojando a los principados y a las potestades», y «llevó cautiva la cautividad».²⁵

En la genialidad de la Santísima Trinidad, nuestro cruel rechazo de Jesús se transformó en la vía para nuestra adopción; nuestro amargo maltrato se convirtió en la vía para la aceptación del Padre y la morada del Espíritu Santo. Porque, ¿cómo podría ser que nuestra infidelidad, nuestro desprecio y nuestra traición, o la mentira esclavizadora del maligno, o la muerte misma pudieran destruir el amor, la unidad y la vida de la Santísima Trinidad? Al morir por nuestras propias manos, Jesús trajo su vida a nuestra muerte, su relación con su Padre a nuestra miserable indigencia, su unción por el Espíritu Santo a nuestra desesperación. Gracias a su amor ilimitado: «sufrió deshonor para glorificarnos»²⁶ y «soportó nuestra insolencia para que pudiésemos heredar la inmortalidad».²⁷ Al sufrir nuestro abuso para darnos la gracia, respondió a nuestra crueldad con su bondad, a nuestro rechazo con su misericordia y a nuestra religión muerta con su alegría; cambió nuestro mundo por el suyo, transformando la cabaña de la caída de Adán en la casa de su Padre y en el templo del Espíritu Santo.

En una variación de la magnífica declaración de San Pablo, podríamos afirmar: «Porque ustedes conocen la sorprendente gracia del Hijo del Padre: que aunque fue rico

en la vida compartida con la Santísima Trinidad, en nuestro beneficio se volvió pobre, soportó nuestra ira para encontrarse con nosotros y ahora, a través de su sufrimiento, nosotros que fuimos tan pobres hemos sido incluidos en la abundante relación de Jesús con su Padre en el Espíritu».

Notas

1 Ireneo, «Against the Heresies», en *The Ante-Nicene Fathers*, vol. 1 (Grand Rapids, Eerdmans, 1987), p.v. (En español: *Contra las herejías*, vols. I-V, Apostolado Mariano, serie Los Santos Padres, Sevilla, 1994.)

2 Juan Calvino, *The Institutes of the Christian Religion*, John T. McNeill (ed.), Ford Lewis Battles (trad.) (Filadelfia, Westminster Press, 1960), IV.17.2. (En español: *Institución de la religión cristiana*, Libros Desafío, Michigan, 2012.)

3 James B. Torrance, *Worship, Community and the Triune God of Grace* (Downers Grove, IL, InterVarsity Press), p. 21.

4 2 Corintios 8:9.

5 Para más detalles acerca del «maravilloso intercambio» en el pensamiento de la Iglesia temprana, véase Thomas F. Torrance, *The Trinitarian Faith: The Evangelical Theology of the Ancient Catholic Church* (Edimburgo, T&T Clark, 1988), pp. 179 y ss.

6 Gregorio Nacianceno, *A Select Library of Nicene and Post-Nicene Fathers of the Christian Church*, segunda serie, vol. 7 (Grand Rapids, Eerdmans, 1983), Homilía 38.13.

7 Véase Hebreos 2:17. Para una hermosa canción sobre el sacerdocio de Jesús, véase Glen Soderholm, «Our Great High Priest», en el álbum *By Faint Degrees* (Moveable Feast Music), disponible en glensoderholm.com.

8 Para más sobre este tema, consulta mi libro *Across All Worlds: Jesus Inside Our Darkness* (Jackson, MS, Perichoresis Press, 2007; Vancouver, Regent College Publishing, 2007), p. 41.

9 Véase Juan 3:16; 5:22.

10 Elizabeth Rooney, del poema «Hurting», en *A Widening Light: Poems of the Incarnation*, Luci Shaw (ed.) (Vancouver, Regent College Publishing, 1994), p. 99.

11 Dietrich Bonhoeffer, *Letters and Papers from Prison*, E. Bethge (ed.), edición ampliada (Nueva York, Macmillan, 1971), p. 361. (En español: *Cartas de amor desde la prisión*, Trotta, Madrid, 1997.)

12 Véase Hebreos 5:7-8.

13 Hebreos 4:16.

14 Hebreos 12:3.

15 Génesis 3:9.

16 Juan 8:29.

17 Lucas 23:46, traducción del autor.

18 Juan 11:48-49.

19 1 Juan 3:8.

20 Hebreos 2:14-15.

21 Efesios 6:11.

22 Roger J. Newell, *The Feeling Intellect: Reading the Bible with C. S. Lewis* (Eugene, OR, Wipf and Stock, 2010), p. 32.

23 MacDonald, *Unspoken Sermons*, p. 537.

24 Véase Mateo 12:29; Marcos 3:27.

25 Romanos 8:3, Colosenses 2:15 y Efesios 4:8, respectivamente.

26 Gregorio Nacianceno, *Homilías*, I.5.

27 Atanasio, *On the Incarnation of the Word of God* (Londres, A. R. Mowbray, 1963), § 54. (En español: *La*

Encarnación del Verbo, Ciudad Nueva, Biblioteca de Patrística 6, Madrid, 1997.)



18

EL SECRETO

El secreto de todo hombre, si cree o no, está ligado a Jesús.

—Thomas F. Torrance

*El amor por Sí Mismo puede obrar en aquellos
que no saben nada de Él.*

—C. S. Lewis

Como es comprensible, los discípulos se mostraron lentos en captar el significado pleno de la identidad de Jesús y de lo que estaba sucediendo con el universo y con la raza humana debido a su vida, muerte, resurrección y ascensión. Las implicaciones son demasiado impactantes, demasiado revolucionarias como para que las entienda cualquiera de nosotros. Incluso en el Cenáculo, después de varios años de seguir a Jesús, se esforzaban por tratar de comprender. El capítulo 14 del Evangelio de Juan registra parte de la conversación de Jesús con sus discípulos la noche previa a su muerte y resurrección. Es en ese momento cuando Jesús resume el significado de su vida y obra en una sola declaración. Después de prometer a los discípulos que él y su Padre les enviarían a otro compañero, el Espíritu de verdad, y que no los dejaría en la orfandad,¹ les señala:

«En aquel día vosotros conoceréis que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros».²

Detengámonos un momento para leer de nuevo las palabras de Jesús. En ellas se indican tres verdades esenciales: primero, Jesús está *en* su Padre; segundo, nosotros estamos *en* Jesús; tercero, Jesús está *en* nosotros. Con asombrosa gracia y amor, ha hecho esto por nosotros, para nosotros y con nosotros. Al morir en nuestro rechazo, Jesús nos incluyó en su mundo con su Padre y el Espíritu. Con los términos más

sencillos, Jesús nos habla del mundo –su mundo y el nuestro en él– que espera nuestro descubrimiento en el Espíritu Santo. Tal mundo es inconcebible para nosotros, pero el Espíritu de verdad nos guiará a saber, no como axiomas teológicos sino como experiencia viva, que Jesús está *en* su Padre y que nosotros no somos espectadores ajenos que miran desde afuera hacia la relación, sino que *ya somos* participantes que estamos incluidos en Jesús y en su relación con su Padre. El susurro debilitante de nuestra separación de Dios, de nuestro rechazo y nuestro abandono, se expone aquí como una simple minucia, porque Jesús nos ha incluido a todos para siempre.

Ésta es la verdad que nos hará libres.³ No somos espectadores, ni meros seguidores que observan desde la distancia la hermosa vida del Padre, el Hijo y el Espíritu. La vida trinitaria ha erigido su tienda dentro de nuestra humanidad, dentro de nuestro rechazo y nuestro dolor. Se nos incluye tanto en esta vida, que la música del gran baile ya resuena en nuestras vidas: lo único que pasa es que está demasiado cerca como para que la veamos. Como señala Thomas Merton: «Está más cerca de nosotros de lo que nosotros estamos de nosotros mismos y por esa razón es que no nos damos cuenta de su presencia».⁴ «Yo estoy *en* ti», como «Yo estoy en mi Padre» y «Tú estás en mí», no es algo que *volvemos* cierto; *es* cierto, y forma parte de lo que llegaremos a conocer como realidad en el Espíritu. Como dice Mackenzie: «¡Esto es casi increíble!» (122).

Por supuesto que estamos en libertad de vivir nuestra vida «siguiendo una receta», si así lo queremos, agotándonos una y otra vez en nuestros intentos por llegar a Dios, o volviéndonos cínicos y amargados porque no podemos hacerlo, o incluso burdamente orgullosos porque creemos haberlo logrado; pero las recetas son una mera ilusión; el verdadero mundo es Jesús *en su Padre* y *nosotros en Jesús* y *Jesús en nosotros*.

Una tarde de sábado de hace algún tiempo, cuando mi hijo tenía seis o siete años, él y uno de sus amiguitos se asomaron por la puerta de la salita de estar mientras yo estaba sentado en el sofá, revisando correos publicitarios y alistándome para ver un partido de fútbol americano. Estaban vestidos de camuflaje, con pintura en la cara, pistolas y cuchillos de plástico, cascos... ya saben, todo el equipo completo. Antes de que supiera lo que estaba pasando, los dos niños se lanzaron volando hacia mí. El ataque había empezado; durante cinco minutos, más o menos, pasamos por la variedad de explosiones y balaceras falsas, antes de que los tres termináramos hechos un montón de risas sobre el piso. Fue entonces cuando una especie de banderola pasó flotando por mi mente: «Baxter, esto es importante; presta atención».

No tenía idea de lo que significaba el mensaje. Después de todo, era sábado y un papá, su hijo y el amigo de éste jugaban a los soldados en el suelo de la salita de estar. Por supuesto que eso no tenía nada de extraordinario. La primera pista me llegó cuando me di cuenta de que en realidad no conocía en absoluto al otro niño, nunca lo había visto y ni siquiera sabía su nombre. Pensé para mí: *Vamos a suponer que mi hijo estuviera en el cuarto trasero con nuestro perro, Nessie, y este chico hubiese aparecido solo en la sala de estar. Podemos suponer que sabría que soy el señor Kruger, pero hasta ahí*

hubiese llegado la cosa. Ni en un millón de años se hubiera lanzado volando por los aires hacia mí; no lo hubiera hecho si estuviera solo.

El pequeño no me conocía, no sabía cómo era yo, pero mi hijo sí lo sabía y ésa fue la segunda pista. Mi hijo me conoce, sabe que lo amo y que está entre las cosas más preciadas de mi vida; sabe que *me agrada*, que siempre lo recibo con gusto y que lo quiero. Así que hizo la cosa más natural del mundo: en la libertad que implica conocer mis sentimientos, corrió hacia mí para jugar. El milagro fue que su amiguito estaba en medio de la situación. Sin siquiera saber lo que estaba viendo, pude observar que la relación que tiene mi hijo conmigo, su comodidad y su libertad hacia mí, se transmitieron al otro pequeño. Y el otro chico experimentó la comunión que existe entre mi hijo y yo. Pudo probar, sentir y jugar en la libertad y en la dicha que tiene mi hijo conmigo.

Detengámonos un instante para captar este concepto. «En aquel día vosotros conoceréis que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros». Lo que Jesús está diciendo es que *nosotros* somos el otro chico. Como dice Jesús a Mackenzie en *La cabaña*: «Mi propósito desde el principio fue vivir en ti y tú en mí» (122). Y, como señala Papá: «Queremos compartir contigo el amor y la alegría y la libertad y la luz que ya conocemos dentro de nosotros mismos. Nosotros los creamos, a los seres humanos, para que establecieran una relación frente a frente con nosotros, para que se unieran a nuestro círculo de amor» (135).

Por medio de su muerte, Jesús nos ha incluido en su vida con su Padre en el Espíritu. De modo que están ocurriendo muchas más cosas en nuestra vida de las que alguna vez nos hubiésemos atrevido a soñar; en palabras de Papá: «Hay más de lo que puedes imaginar o comprender, aun si te lo digo yo» (111). Jesucristo ya se está compartiendo a sí mismo contigo, conmigo, con todos nosotros. El amor y el gozo, la música y las risas, el cuidado y el sacrificio, la belleza y la bondad de la Santísima Trinidad se encuentran ya dentro de nosotros. Éste es el misterio oculto en épocas pasadas, que ahora se revela en Jesús: «Cristo en vosotros, la esperanza de gloria».⁵ Éste es el secreto detrás de la riqueza de nuestra experiencia y de nuestra propia maternidad y paternidad, de nuestro amor y de nuestro sacrificio, de nuestra música, de nuestro arte y de nuestro gozo, de nuestras vidas.⁶

Veamos esta sorprendente verdad desde otro ángulo. Cuando Jesús transformó el agua en vino, inicialmente pidió a los sirvientes que llevaran agua para llenar seis tinajas.⁷ Cada tinaja contenía cerca de ciento catorce litros, que en total son como seiscientos ochenta y dos litros de agua; eso es gran cantidad de agua e implica gran cantidad de trabajo. ¿Te has preguntado alguna vez por qué Jesús pidió ayuda a los sirvientes? Piensa lo siguiente: si puedes convertir el agua en vino, ¿por qué no sólo crear el vino y les ahorrarías a los sirvientes el esfuerzo de traer toda esa agua? ¿Para qué involucrar a los sirvientes?

Después de haber vivido desde siempre en una comunión de amor y participación con su Padre en el Espíritu Santo, Jesús no es el tipo de persona que hace las cosas por sí

solo. De hecho, nunca lo hace. Aunque «tú y yo no seamos necesarios»,⁸ el Señor «no desea ser Dios sin nosotros»,⁹ como afirma Karl Barth en un profundo concepto. Desde luego, Jesús no necesitaba de los sirvientes, pero la naturaleza de este Señor tiene que ver con compartir, con darnos un lugar en su vida y en lo que él hace. Los sirvientes tuvieron oportunidad de participar en la vida de Jesús con su Padre, en el Espíritu. «El principal propósito de la encarnación... es elevarnos a una vida de comunión, de participación, en la vida trina misma de Dios». ¹⁰

He aquí otro ejemplo. Hace no mucho tiempo, iba en camino para dar una conferencia en una universidad en el Medio Oeste de Estados Unidos. Un joven me recogió en el aeropuerto y en su auto nos dirigimos a la universidad. Era una zona del país sumamente plana y a lo largo de varios kilómetros pasamos junto a muchas granjas y muchos granjeros que araban los campos. Mientras íbamos en camino, le pregunté al joven qué pensaba hacer después de graduarse.

–Planeo ir al seminario –respondió.

–¿Quieres ser misionero?

–No –contestó–, no lo creo; lo más probable es que sea pastor.

Más o menos en ese momento un gigantesco tractor dio vuelta en el campo frente a nosotros. Apunté hacia el labriego y pregunte:

–¿Has pensado alguna vez en cómo se relaciona Jesús con los granjeros y sus familias?

El joven pensó un momento y contestó:

–No, no podría decir que lo haya hecho –y me miró como si tuviera un tercer ojo en la frente.

–Ese granjero y su familia pasan de sesenta a setenta horas por semana labrando la tierra; es lo que hacen la mayor parte del tiempo. Es más que probable que llegues a tener una iglesia llena de granjeros y de sus familias. Así que ésa es una pregunta importante, ¿no crees?

–Bueno, dicho de ese modo, seguro que sí, pero no sé cómo responderla.

–Cuando regreses a casa hoy por la noche y te sientes a cenar, ¿qué será lo primero que harás antes de dar el primer bocado?

–Le daré gracias a Dios.

–¿Y qué le agradecerás? –cuestioné.

–*Los alimentos* –respondió con la misma mirada extrañada en el rostro.

–Por supuesto, ¿pero por qué? ¿Por qué le agradecerás al Señor por algo que cultivó el granjero? ¿Por qué no agradecer al granjero y a su familia?

–Bueno, supongo que debería agradecerle al granjero, pero... ¿está diciendo que no debo agradecerle al Señor?

–Por supuesto que no, sólo estoy tratando de ayudarte a que te des cuenta de que ya sabes cómo se relaciona Jesús con la vida y el trabajo de los campesinos. No tienes una teología que te permita ver lo que tus oraciones ya saben.

—No lo entiendo —dijo.

—Piénsalo. Le agradeces al Señor los alimentos que cultivó el agricultor; entonces, ¿qué te dice eso acerca de ese agricultor?

Hizo una pausa, evidentemente para procesar sus ideas. Luego todo su rostro se iluminó con una enorme sonrisa.

—Creo que ya entendí. ¡Eso es tan genial! El granjero forma parte de la manera en que el Señor provee para nosotros.

—Eso es —respondí—, y también los maestros, los recolectores de basura, los soldadores, los obreros, los conductores de camiones, los hombres y las mujeres que fabrican productos de limpieza para el hogar, las secretarias y los científicos, por nombrar sólo unos cuantos. Todos participan en lo que Jesús está haciendo.¹¹

Jesús no necesita más de los granjeros de lo que necesitó a los sirvientes que le llevaron agua en las bodas de Caná. No necesita que los padres tengan bebés y que cuiden de ellos, o que los maestros enseñen, o que los médicos y las enfermeras sanen, o que los músicos toquen música, o que los artistas creen, ni necesita de obreros en los campos de petróleo, ni oficinistas, secretarias, inventores, exploradores o teólogos. Bastaría con dar la orden y así se haría. Pero tal pensamiento nunca ha cruzado por la mente del Padre, el Hijo y el Espíritu, porque eso implicaría dar la impresión de que no se nos quiere ni se nos incluye en su vida compartida.

No mucho después de mi conversación con el estudiante universitario, una joven madre entró a mi oficina con un montón de boletines en la mano. Tenía lágrimas en los ojos mientras arrojaba las hojas sobre mi escritorio y gritaba:

—¡Pienso que todo esto es un montón de mierda!

—¿Qué te sucede? —pregunté.

—He estado leyendo estas circulares de amigos y misioneros de todo el mundo. Andan por ahí haciendo todas esas cosas maravillosas por Dios, incluso sus hijos son perfectos. Y sencillamente me di cuenta de lo inútil que ha sido mi vida. *Por todos los cielos*, lavo tres cargas de ropa por día y cuando termino de lavar voy a comprar comida y cocino la comida y limpio después de haber cocinado. Y entre tanto me ocupo de que mi desastrosa casa esté un poco presentable, converso con mis niños, los visto y los tengo listos a tiempo; luego encuentro un poco de tiempo para mi marido. Al final del día, estoy demasiado agotada como para siquiera leer un poco de la Biblia. ¿Qué *tengo* yo que pueda ofrecerle a Dios?

—¡Espera un minuto! —le dije—. Tenemos que poner pausa un instante y meditar de nuevo en todo esto.

—Eso espero.

—¿Recuerdas que el otro día me contaste sobre el abrigo de tu hija?

—¿Qué parte de eso?

—Toda la historia.

—Por supuesto, ¿pero qué tiene que ver eso con nada de lo que estoy diciendo?

—Bueno, me contaste que habías pasado toda la mañana tratando de comprar un abrigo para tu hija para que no tuviera frío. Y no sólo cualquier abrigo, sino uno que le gustara y fuera suficientemente grande como para que le siga quedando el siguiente año, pero que ahora no le quede enorme, y además, ¡que estuviera en oferta!

—¿Sí?

—Bueno, ¿decidiste en ese momento que serías una buena madre y encendiste el interruptor que creó esta preocupación por tu hija? ¿Te tomaste una pastillita que te volviera una «buena madre»?

—¿A qué quieres llegar?

—Te pregunto acerca del origen de tu amor por tu hija y por tu familia. ¿Cuál es la fuente de tu resolución de darles bien de comer todos los días, de proporcionarles seguridad y amor, de nutrirlos y vestirlos?

—*Soy su madre*. ¿A quién se le ocurren cosas como ésas?

—A *mí*, por ejemplo. Éstas son preguntas importantes y podrían tener una enorme parte de libertad y de dignidad para ti.

—Muy bien, pero, ¿entonces?

—Entonces Jesús no está parado allá arriba viéndote desde la distancia; no está esperando que hagas algo por él en su ausencia. Él está aquí, en ti.

—Siempre lo he creído, pero, en realidad, ¿qué significa eso?

—Bueno, significa que, a través de ti, el Padre, el Hijo y el Espíritu han creado varias personas únicas. Nunca antes en la historia del universo habían existido tus hijos. Son singulares y ahora que nacieron a través de ti vivirán por siempre en Jesús. Eso me parece una cosa bastante notable y está cargada de gran dignidad.

—Eso lo sé cuando estoy en un buen día. En algún sitio dentro de mí sé que es verdad, pero se me dificulta saberlo todos los días.

—Y eso significa que Jesús comparte contigo su amor por sus ovejas, es decir, tu familia. Significa que ha colocado en tu corazón su propia preocupación de que tu hija tenga un abrigo nuevo. Despertaste en su amor, pasaste toda la mañana de compras en su dicha. Te entregaste a participar en lo que él estaba haciendo y te encantó cada minuto de esa labor. Su dicha llenó tu corazón, te hizo cantar. Y encontraste el abrigo. Pero no sabes quién eres y no puedes ver lo que está sucediendo en tu vida. No son sólo *tu* preocupación y tu gozo, sino *los suyos*, y no existe cosa más noble en el mundo que cocinarle los alimentos a tu familia. Porque eso es precisamente el Padre, a través de su Hijo y en el Espíritu, que comparte su festín real con sus seres queridos. Tú estás en medio de eso. Suceden muchas más cosas en tu vida con las que soñaste alguna vez. Si no puedes verlo, esos boletines te matarán de vergüenza, las oportunidades se convertirán en cargas agotadoras, la vida se volverá una larga cadena de frustración y no conocerás la dicha de quién eres.

Una historia más. En mi primer vuelo hacia la zona oeste de Estados Unidos me aseguré de conseguir un asiento junto a la ventanilla. En aquel entonces nunca había

visto las Montañas Rocallosas, así que decidí observarlas desde el aire, al menos. Resultó que todos los asientos intermedios del avión estaban vacíos, de modo que había espacio más que suficiente para todos. La aeromoza cerró las puertas del avión y empezamos a retroceder para el despegue. De pronto, el avión se detuvo y volvió a avanzar, mientras la aeromoza abría la puerta. En un instante, un hombre que se parecía a Indiana Jones entró al avión, hasta llevaba el típico sombrero, el chaleco y la bolsa de cuero. De algún modo supe dónde se sentaría y así fue. Caminó veinticinco filas hacia el fondo y se sentó a mi lado.

Mientras lo saludaba, se presentó y tomó asiento. Dijo que era un «microbiólogo sistemático y microevolutivo». Regresaba de una expedición por el Caribe que, para mí, era muy a la usanza de las aventuras de Indiana Jones. De hecho, era un viaje de investigación dedicado al estudio de varias especies de plantas.

Apenas habíamos despegado cuando empezó a hablar sobre plantas, especialmente las especies raras que la persona promedio ni siquiera sabe que existen; sabía sus nombres en latín. Con gran emoción se lanzó a narrar una historia sobre las plantas que estaban en vías de extinción, cuán importantes eran, qué podía hacerse para salvarlas y por qué deberíamos hacerlo. Nada más no podía tolerar la idea de que ya se hubieran perdido y ahora se estuvieran perdiendo especies completas de plantas debido a su extinción. Incluso sacó un par de servilletas de papel y empezó a dibujar diagramas y gráficas. Debo decir que yo estaba realmente fascinado.

En algún momento, en que sobrevolábamos Idaho, terminó su plática, se me quedó mirando y señaló:

—Supongo que siendo teólogo querrá hablar sobre la evolución.

—En realidad no —respondí—, pero sí tengo una pregunta.

—Dígame.

—¿De dónde viene su pasión por las plantas? Quiero decir, no todos los días se encuentra uno a una persona que sienta tan profunda obligación por el bienestar de las plantas. Solamente me causa curiosidad el origen de eso. ¿Se crió usted entre botánicos? ¿Sus padres se dedicaban a la botánica o sin más un día decidió que le encantarían las plantas?

—En realidad nunca he pensado mucho acerca de ello. Creo que ni siquiera lo he pensado.

—Es probable que sólo es algo que *evolucionó* —dijimos ambos al mismo tiempo.

—O quizá no —afirmé mientras tomaba una servilleta y empezaba a dibujar tres círculos entrelazados; en uno escribí la palabra «Padre», y en los otros dos escribí «Hijo» y «Espíritu». Mientras señalaba los círculos, proseguí—. Sé cuál es el origen de su profunda pasión por las plantas y ya sé quién es usted. La emoción que siente en las entrañas no es suya; originalmente procede del Padre, el Hijo y el Espíritu. Es la Santísima Trinidad la que se preocupa tan profundamente por la creación; comparten con usted su pasión por la creación a través de Jesús, y a través de su Espíritu, Jesús comparte humildemente

con usted su deleite por las plantas, su compromiso hacia su bienestar y su deseo de mantener su integridad. ¡Y usted vive dentro de eso! Se va a dormir por las noches, despierta por las mañanas y sale a trabajar todos los días por las preocupaciones e ideas creativas *de Jesús*. Usted está viviendo en la vida de Jesús, participando en la relación que Jesús tiene con su Padre, en la comunión del Espíritu y en su fervor hacia la bendición de la creación. Usted vive en el círculo de la vida trina de Dios ¡y no está seguro de que Dios siquiera exista!

—Muy bien —dijo—, pero si eso es cierto, ¿por qué nunca me lo habían dicho?

—Se lo acabo de decir.

Notas

1 Véase Juan 14:16 y ss.

2 Juan 14:20. Véase también mi libro *Home*, pp. 7 y ss.

3 Véase Juan 8:31-32.

4 Thomas Merton, *The New Man* (Nueva York, Farrar, Straus and Giroux, 1961), p. 138. (En español: *El hombre nuevo*, Grupo Editorial Lumen, Buenos Aires, 1998.)

5 Colosenses 1:27.

6 Para más detalles sobre nuestra participación en la vida de Jesús con su Padre en el Espíritu, véanse mis libros *The Great Dance: The Christian Vision Revisited* (Jackson, MS, Perichoresis Press, 2000; Vancouver, Regent College Publishing, 2005), pp. 53 y ss., y *The Secret* (Jackson, MS, Perichoresis Press, 1997).

7 Véase Juan 2:1 y ss.

8 Daniel Migliore, *Faith Seeking Understanding* (Grand Rapids, Eerdmans, 1991), p. 86.

9 Karl Barth, *Church Dogmatics*, G. W. Bromiley (trad.) (Edimburgo, T&T Clark, 1985), IV.1.7.

10 James B. Torrance, *Worship, Community and the Triune God of Grace* (Downers Grove, IL, InterVarsity Press, 1996), p. 21.

11 Para más acerca de la participación de nuestras vidas comunes en la vida de Jesús, véase mi libro *The Great Dance*, pp. 47 y ss.



19

PERMANECED EN MÍ

*Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí,
y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí
nada podéis hacer.*

—Jesús

*¡Quizá si aprobaras los planes del Gozoso Creador
le permitirías hacer de ti algo divino!*

—George MacDonald

Tomar con seriedad a Jesús nos abre los ojos al secreto de nuestra humanidad, de nuestras responsabilidades y nuestras dichas, de nuestros amores y nuestras pasiones; nos da ojos para ver la asombrosa dignidad del ser humano en el mundo de Jesús. En este universo existe sólo un círculo de consideración, amor y creatividad; sólo una carga de justicia, vida y bendición; un círculo de armonía y sacrificio centrado en el otro, de dicha y generosidad y pasión por la paz; un deseo de todo lo que es bello, y ése es el de la Santísima Trinidad. No se nos ha insuflado vida sólo para que vaguemos sin destino a través de la existencia, sin significado, propósito o dignidad. Jesús ha cruzado todos los mundos para encontrarnos —y lo ha *logrado*— y a través de sí mismo nos ha elevado hasta la vida que comparte con su Padre en el Espíritu Santo. «Yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros.» *Nada es común.* «Yo soy la Luz del mundo; aquel que me siga nunca, pero nunca, caminará en tinieblas, sino que tendrá *la luz de la vida*».¹

Esa visión es demasiado buena como para ser cierta, pero así es. Al igual que le dice Papá a Mackenzie en *La cabaña*: «Como ya te dije, todo es por él. La creación y la historia son por Jesús. Él es el centro de nuestro propósito, y *en él somos* ahora

plenamente humanos, así que nuestro propósito y el destino de ustedes siempre están vinculados» (206, cursivas del autor).

Existen mil cosas que deben decirse sobre este punto, pero por el momento hay tres conceptos esenciales que deben señalarse.

Primero, Jesús es el contenido y el significado correctos de los grandes temas del Nuevo Testamento: el reino de Dios, la salvación, la adopción, la expiación, la reconciliación, la justificación, la nueva alianza, el cielo. El reino de Dios es la vida, el amor y el gozo de la Santísima Trinidad —compartidos con nosotros—, que llegan a una expresión única y personal en nuestras vidas, en las relaciones que tenemos unos con otros, y en nuestra relación con toda la creación. La identidad de Jesucristo como Aquel en quien se vinculan el Padre, el Espíritu Santo y toda la creación, tiene profundas implicaciones geopolíticas, raciales, sociales, ambientales, económicas y educativas, por no mencionar sus ramificaciones en física, psicología o teología. «Soy la luz del *cosmos*.» Como el Creador encarnado, Jesús, en su relación con su Padre en el Espíritu, es integral para cualquier esfera y área de la vida humana y de la vida de nuestro planeta. Cuando ascendió a los brazos de su Padre, nada quedó atrás. Nada está fuera de su unción en el Espíritu.

En Jesús, los cielos y la tierra están unidos; la vida y la unidad de la Santísima Trinidad han cruzado la brecha infinita y nos han abrazado por siempre. Todas las cosas se han renovado. La relación de alianza entre el Señor e Israel se ha llenado ahora de la relación entre el Padre y el Hijo en el Espíritu.² La relación de la nueva alianza es Jesús y todo lo que él es, tiene y experimenta en el Espíritu Santo.

¿Y qué es la salvación sino nuestra muerte a través de la muerte de Jesús y nuestra nueva vida en su resurrección? ¿Qué mayor *unidad* puede haber que la relación frente a frente de Jesús con su Padre en el Espíritu, y de la raza humana con él? Emanuel, la adopción, el cielo, la vida eterna: todas éstas son ideas que tienen su significado fundamental en la asombrosa gracia del Dios Trino en Jesús, mediante la cual se nos eleva a los brazos del Padre, se nos sienta con Jesús a su diestra y se nos conduce al mundo del Espíritu Santo. «Ésta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado.»³

Segundo, la extraordinaria unión que Jesús ha establecido con nosotros, y la vida que se comparte dentro de ella, no significa que nos convirtamos en Jesús o que él se convierta en nosotros. Ése sería el fin de nosotros como personas reales, y el final del sueño de la Santísima Trinidad para nosotros. En la vida del Padre, el Hijo y el Espíritu, existe una unidad y una completa unión; son tres personas que moran completamente una en otra, pero sin perder sus identidades diferentes y personales. No se convierten uno en el otro. El Padre, el Hijo y el Espíritu han encontrado un modo de otorgarnos un sitio real en su vida trinitaria compartida sin que nos perdamos en el proceso. Se nos incluye, pero no se nos absorbe; estamos unidos, pero no tan fusionados que dejemos de ser reales. Participamos en la vida trinitaria, pero siempre como personas distintas con

nuestras personalidades únicas. La Santísima Trinidad no permitirá que las cosas sean de otro modo.

Esta visión se coloca en medio de los extremos del panteísmo, por un lado, y del dualismo o deísmo, por el otro.⁴ En el panteísmo existe un colapso en la relación entre Dios y el mundo, de modo que ambos son una sola entidad. La humanidad está tan fusionada con lo divino que no somos más que extensiones de ese Ser, gotas de agua en el océano de la divinidad. No existe un «nosotros» distinto y real que comparta la vida de Dios. En el deísmo, Dios es un espectador que nos observa desde una distancia infinita, de tal manera que no existe relación verdadera y significativa entre Dios y la humanidad; realmente somos desconocidos entre unos y otros para siempre. En el panteísmo se pierde la distinción entre lo divino y lo humano, lo cual nos reduce a nada más que computadoras que llevan el *software* de la divinidad, en tanto que en el deísmo la distinción es tan absoluta que lo divino y lo humano nunca se relacionan, excepto por medio de instrucción externa, y nuestra humanidad no tiene vida divina. Pero la visión trinitaria sostiene tanto la realidad de nuestra unión con el Dios Trino como la distinción entre nosotros. La unión nos otorga una participación real en la vida trinitaria; la distinción significa que existe un «nosotros» real que es capaz de probar, sentir y experimentar esa vida.

Tercero, en Jesús vemos quiénes somos y por qué estamos aquí, al igual que lo que está mal y cuál es el camino a seguir. Jesús nos ha incluido en su relación con su Padre y en su relación con el Espíritu Santo y en su relación con toda persona y en su relación con toda la creación. Jesús es el centro de todo.⁵ La vida significa caminar a su lado y participar en su relación. Nunca estamos más vivos o libres, ni somos más nosotros mismos, que cuando vemos a través de los ojos de Jesús, nos interesamos a través de su corazón y amamos con su amor. La muerte significa estar solo, haciendo nuestras propias cosas y a nuestro modo, sirviéndonos a nosotros mismos y a nuestros propios intereses.

Retrocede por un instante a nuestra discusión sobre la Trinidad. La inhabitación mutua del Padre, el Hijo y el Espíritu es, al mismo tiempo, tanto la *verdad del ser* como el *modo de ser* de la Santísima Trinidad. Nunca hubo un momento en que Padre, Hijo y Espíritu no moraran uno en el otro y nunca hubo un instante en que su inhabitación mutua no se expresara como amor y relación; pero en el caso de nosotros, se requiere tiempo.

Lo que Jesús ha hecho de nosotros con su vida, muerte, resurrección y ascensión es la *verdad* de nuestro ser, pero todavía no se ha convertido en nuestro *modo* de ser. No estamos separados de la Santísima Trinidad, sino incluidos en la vida trinitaria. Ésa es nuestra identidad, la *verdad* de nuestro ser y nuestro destino de gozo. Se nos ama, se nos acepta, se nos abraza para siempre y se nos adopta, pero eso aún no se ha convertido en nuestro *modo* de vida, y en eso reside nuestro llamamiento: nuestra identidad en Jesús nos convoca y nos libera para *convertirnos* en quienes *somos*, como aquellos a quienes

se ama, acepta y abraza por siempre.⁶

Por un lado, convertirnos en lo que somos implica permitir que el Padre de Jesús nos ame, como señala tan bellamente mi amigo Bruce Wauchope. Se refiere a que Mackenzie «aprenda a vivir sabiéndose amado» (188), permitiendo que el abrazo de Papá asuma el control de su alma. La verdad nos convoca a intercambiar nuestra creencia de que estamos separados de Dios, distanciados y abandonados, que estamos solos y que todo depende de nosotros, por la creencia de que a través de Jesús se nos quiere, se nos recibe, se nos cuida y se nos incluye en la vida compartida del Padre, el Hijo y el Espíritu.

Por otro lado, implica entregarnos –en mente, corazón y voluntad– para participar en lo que Jesús está haciendo. Nuestros intereses, nuestra independencia, nuestra confusa voluntad propia deben morir, para que la vida y las preocupaciones, las responsabilidades y las dichas, la música y el amor centrado en el otro de la Santísima Trinidad puedan expresarse de manera única y concentrada en nosotros. Como Jesús dice a Mack en *La cabaña*:

Hablando en serio, *mi* vida no fue destinada a ser un modelo a seguir. Ser mi seguidor no es tratar de «ser como Jesús»; significa poner fin a tu independencia. Yo vine a darte vida, vida real, mi vida. Nosotros llegaremos y viviremos nuestra vida dentro de ti, para que empieces a ver con tus ojos, y a oír con tus oídos, y a tocar con tus manos, y a pensar con tu cabeza como nosotros lo hacemos (161, cursivas del autor).

«Permaneced en mí, y yo en vosotros», dice Jesús en el Evangelio de Juan. «Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer.»⁷ Como aprendió Mackenzie, no podemos caminar sobre el agua simplemente al poner en práctica nuestra fe, sino sólo como un acto de participación en lo que Jesús hace. Estamos en libertad de llenar mil tinajas con agua, y de inventar conjuros, cánticos y recetas de nuestra propia creación, pero el agua nunca se convertirá en vino, a menos que el Señor realice su obra. Esto se refiere a la relación, a la sumisión libre de nuestros corazones y nuestras voluntades al amor y la vida del Padre, el Hijo y el Espíritu.

La fe no tiene poder sin la verdad. Sin la realidad, sin Jesús, la fe es solamente una forma de magia en la que tratamos de entrelazar nuestros conjuros para atar a alguien u obligar al universo a someterse a nuestra voluntad de manera independiente de Jesús. Como veremos, somos totalmente libres de soñar nuestros propios sueños de vida, poder y éxito, ¿pero cómo podrían funcionar alguna vez en el mundo de Jesús nuestros intentos independientes de señorío y vida? La pregunta que hacen Sarayu, Papá y Jesús a Mackenzie se dirige a todos nosotros: «¿Y cómo te va con eso?» (211), o como pregunta *The Message*: «Qué bien conseguirías si obtienes lo que deseas y te pierdes a ti mismo, a tu verdadero ser?»⁸

La vida en este universo implica caminar con Jesús en una relación verdadera. Esto

significará salvar a las ballenas, encontrar maneras de purificar el agua, atender y sanar al enfermo, cuidar del pobre, ser madres y padres, maestros, obreros y agricultores, cocineros, músicos y entrenadores. Significará decir ¡no! al racismo, al sexismo, a la injusticia social, al sectarismo, a la fragmentación y al dualismo de cualquier tipo, pero nunca por nuestra propia fuerza ni en nuestro propio tiempo. «Esto siempre marcha mejor cuando lo hacemos juntos, ¿no crees –le preguntó Jesús, sonriendo.» (187). Y luego le dice a Mack:

Si tratas de vivir sin mí, sin el diálogo permanente que juntos compartimos en este viaje, será como tratar de caminar solo sobre el agua. ¡No puedes! Y si lo intentas, por bienintencionado que seas, te vas a hundir (194).

En este punto podemos comenzar a entender lo que significa ser pecadores. El pecado no representa solamente que se viole la ley divina, a menos que el término «ley» signifique el mundo real en Jesús. En este sentido, el pecado es cualquier pensamiento, obra, motivo o palabra que viole nuestra inclusión en Jesús y en su relación con su Padre, el Espíritu Santo y toda la creación. Sin embargo, en un nivel más fundamental, el pecado no se refiere tanto a hechos o comportamientos como a la ciega soberbia de las grandes tinieblas. *El pecado es insistir en que Jesucristo se arrepienta y crea en nosotros*. Nuestra demanda secreta es que Jesús se traicione a sí mismo y pretenda que no está en su Padre, que nosotros no estamos en él y que él no está en nosotros. El pecado es nuestra orden para que Jesús abandone su mundo con su Padre y el Espíritu, y que crea en nosotros y en nuestro mundo, que participe en nuestro propio sueño y en nuestros intereses personales, que siga nuestro ritmo y nuestra voluntad. Y en cierto modo lo hace, porque Jesús nos busca en nuestra oscuridad, nos acepta y nos ama como somos; recorrerá «todos los caminos que sean necesarios para salir a tu encuentro» (196), y así lo ha hecho. Pero nunca le volverá la espalda al hecho de que la verdadera vida consiste en vivir en el abrazo del Padre en el Espíritu. Así que se encuentra con nosotros en nuestra oscuridad, en nuestro pecado y en nuestra confusión, y su presencia significa que es nuestro Salvador, que trabaja a través del amor para salvarnos de nuestro falso ser, de modo que podamos convertirnos en quienes somos verdaderamente y experimentar la vida real.

Es fascinante que las primeras palabras de Jesús en el Evangelio de Juan sean una pregunta. Juan el Bautista indica a sus discípulos que Jesús es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo; entonces, los discípulos de Juan empiezan a seguir a Jesús. Mientras caminan detrás de él, Jesús voltea y pregunta: «¿Qué buscáis?»⁹ Es una pregunta simple, pero cargada de significado. Imagínate a Jesús que mira directo dentro de tu alma y te pregunta: «¿Qué quieres tú?» Al igual que todos nosotros, los discípulos de Juan quedan azorados ante la pregunta. ¿Quién no lo estaría? Por simple que haya sido, va directamente al grano y deja de lado toda simulación.

Los discípulos de Juan no supieron qué responder. A la larga y como respuesta lanzaron su propia pregunta: «¿Rabí, ¿dónde vives?» En una primera lectura, su

pregunta parece irrelevante, si no es que insulsa, pero luego uno se da cuenta de que la palabra que en algunas versiones se ha traducido como «vivir», en general se traduce como «morar». «Rabí, ¿dónde *moras*?» Seguramente podemos imaginar que Jesús sonríe para sí mismo y piensa: *¿De modo que quieren saber dónde moro?* Los teólogos entre nosotros desearían que Jesús hubiese dado una cuidadosa respuesta teológica sobre «morar» en el seno de su Padre, pero ante la pregunta de los discípulos, la respuesta de Jesús fue una orden simple: «Vengan y verán».

Todo se reduce a lo siguiente: por un lado está la pregunta de Jesús: «¿Qué buscan? ¿Qué tratan de encontrar? ¿Qué quieren? ¿La vida, la verdadera vida? ¿Quieren paz, esperanza, significado, libertad de ser, vivir, amar, morir?»; por el otro, se encuentra su orden: «Vengan y verán». Jesús se dirige a nuestros corazones con una orden que invita a amar y a relacionarnos. «Caminen conmigo. Hagan a un lado sus propios intereses y vengan conmigo. Síganme.». En palabras de George MacDonald:

Seguirlo es aprender de él, pensar sus pensamientos, usar sus juicios, ver las cosas como él las vio, sentir las cosas como él las sintió, adquirir su mismo corazón, alma y mente, para que nosotros también podamos concordar con su Padre.¹⁰

Teniendo en cuenta quién es Jesús, lo que ha hecho de nosotros a través de su vida, muerte, resurrección y ascensión, y de quiénes somos en él, su pregunta imperecedera es: «¿En qué mundo vas a vivir hoy: el tuyo o el mío?» Como señala Jesús a Mackenzie en *La cabaña*: «Deseamos experimentar esta vida, tu vida, juntos, en medio de un diálogo, compartiendo el viaje. Tú terminarás por compartir nuestra sabiduría y por aprender a amar con nuestro amor, y nosotros terminaremos por... oír tus refunfuños y angustias y quejas y...» (189). Jesús pone ante nosotros dos opciones: «Los he amado del modo que mi Padre me ha amado a mí. Siéntanse como en casa en mi amor».¹¹ «Si tú quieres hacer lo tuyo, hazlo. El tiempo está de *nuestra* parte.» (161, cursivas del autor).

Notas

1 Juan 8:12, traducción y énfasis del autor.

2 Nótese el comentario de Thomas F. Torrance: «En Jesucristo, la fidelidad de la Alianza de Dios ha encontrado respuesta en la fidelidad de la Alianza dentro de nuestra humanidad, de modo que la fidelidad entre lo divino y lo humano forma el contenido y la sustancia de la Alianza completa, que es la Nueva Alianza. De este modo, la relación de Alianza ahora está llena de la relación o la comunión entre el Hijo y el Padre, y es en esa comunión que se nos concede participar a través del Espíritu». De *Conflict and Agreement in the Church*, vol. 2 (Londres, Lutterworth Press, 1960), pp. 122-123.

3 Juan 17:3.

4 Para mayor información sobre el panteísmo y el deísmo, véase mi libro *The Great Dance: The Christian Vision Revisited* (Jackson, MD, Perichoresis Press, 2000; Vancouver, Regent College Publishing, 2005), pp. 68 y

ss. y 94 y ss.

5 Para una hermosa canción sobre Jesús como el centro de todo, escucha «Centre of It All», de Vanessa Kersting, en el álbum *For All the Times*, disponible en iTunes y en vanessakersting.com.

6 Véase Juan 1:13.

7 Juan 15:4-6.

8 Lucas 9:25, *The Message*. Véase también Mateo 16:2.

9 Juan 1:38.

10 George MacDonald, *Unspoken Sermons: Series I, II, III* (Whitethorn, CA, Johannesen, 1999), p. 371.

11 Juan 15:9, *The Message*.



20

EL ESPÍRITU DE LA ADOPCIÓN

*Y por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones
el Espíritu de su Hijo, el cual clama: ¡Abba, Padre!*

—San Pablo

*Hay Alguien que baila contigo y no tienes miedo
de cometer errores.*

—Richard Rohr

La adopción no es el sueño de un dios ingenuo; es la simple y asombrosa verdad en Jesucristo. Al volverse humano, Jesús ha cruzado la brecha imposible entre la divinidad y las criaturas. Y al soportar nuestra hostilidad, ha establecido una relación verdadera con nosotros, no solamente en nuestra humanidad, sino en nuestro peor momento de quebrantamiento. Como el Hijo encarnado del Padre, trajo a nuestro mundo caído su propia relación con su Padre, venciendo nuestro pecado y aceptándonos en el amor del Padre. Y en vista de que Jesús también es el Ungido, establecer una relación con nosotros en nuestro peor momento significa que ha traído al Espíritu Santo a nuestro mundo de la carne. La adopción significa que en, con y a través de Jesús, y de la hostilidad que toleró a manos de los pecadores, el Espíritu Santo ha descendido a las profundas catacumbas de nuestro infierno para no irse jamás, hasta que esas catacumbas se conviertan para nosotros en el seno del Padre de Jesús. Jesús es «el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo» y «el que bautiza con el Espíritu Santo».¹

Como la Encarnación, la unción de Jesús en el Espíritu requirió tiempo para convertirse en lo que fue. En ningún momento careció del Espíritu, pero la relación tuvo que desarrollarse en cada etapa del crecimiento de Jesús como ser humano. Concebido por el Espíritu, Jesús vivió toda su vida en el Espíritu, pero hubo crecimiento, desarrollo

y madurez. El Hijo del Padre se convirtió en un ser humano *real*. Vivió su condición de hijo y su unción en el Espíritu siendo hombre. El Espíritu Santo no es un líquido divino que pueda derramarse en el recipiente de la humanidad de Cristo: es una persona a la que debe recibirse, conocerse y amarse. La unción de Jesús fue personal y relacional, no mecánica ni extrínseca; fue tanto un hecho como una relación. Jesús amó y vivió en el Espíritu, accediendo ante ella en todo momento de su vida y convirtiéndose así en lo que siempre fue. En el periodo que abarcó desde su milagrosa concepción hasta su vida y su muerte, la unción de Jesús alcanzó su expresión madura en su resurrección y ascensión.

Al mismo tiempo, Jesús estaba penetrando en nuestras tinieblas, al grado de sufrir la muerte por nuestras propias manos en la cruz. Su unción se cumplió no sólo en su humanidad, sino también a través de su sufrimiento. Vivió su condición eterna como hijo en las trincheras de nuestro mundo quebrantado, bajo el acoso amenazante del mal y dentro del bestial dolor de nuestro rechazo. Jesús aprendió lo que significaba ser el Hijo encarnado del Padre a través de las cosas que sufrió.²

Es fascinante considerar la posibilidad de que Dios «aprenda» —¿quién podría saber qué significaría eso?—, pero ya que la creación era algo *nuevo* para Dios, también lo era la Encarnación y de igual manera la vida dentro de nuestra oscuridad.³ Con toda seguridad, la Santísima Trinidad anticipó cómo sería convertirse en un ser humano, pero existe una diferencia entre la anticipación y la experiencia personal. Una vez que el Dios Trino convocó al universo y a la humanidad dentro de él, la vida trinitaria comenzó a expresarse en el seno de un nuevo mundo de relaciones. En la Encarnación, la Santísima Trinidad se ha «convertido» en lo que siempre fue y es, pero de un *nuevo* modo, ya que ahora está en una relación con nosotros como criaturas caídas. Y a medida que Jesús vivía su condición de hijo como hombre, el Espíritu Santo no era una mera espectadora que observaba desde la distancia. Hizo algo más que pasarle un pañuelo para que se secara las lágrimas mientras sufría por nuestra causa. Estaba con él dentro de ese sufrimiento.

En la comunión con el Hijo del Padre, mientras sufría el trauma de nuestro ciego juicio, el Espíritu Santo «se conformó»,⁴ como dice Thomas F. Torrance, o «se acostumbró», como señala el gran Ireneo, «a habitar en la raza humana».⁵ Jesús sufrió y, por medio de su dolor, el Espíritu Santo se fue acostumbrando, desde el interior, a nuestra humanidad y a nuestro alejamiento. Por medio de sostener a Jesús en la agonía que toleró por nuestra obra, el Espíritu Santo estaba convirtiendo nuestro mundo quebrantado en una parte de sí misma.

Creo que el Espíritu Santo «aprendió» cómo encontrarse con nosotros en nuestra oscuridad mediante la aflicción de Jesús, a través de ministrarse incondicionalmente al siervo sufriente de Dios. A la vez que «el Verbo de Dios estaba en vías de convertirse en carne»⁶ en la relación entre el Señor e Israel, y dado que se ha convertido de hecho en carne y habita entre *nosotros*, también el Espíritu Santo estaba «en vías» de morar con los hijos caídos de Adán, y en Jesús ha «aprendido» a hacerlo por toda la eternidad. Por

supuesto que decir que el Espíritu Santo «aprende» es una especulación descabellada, pero cuando menos nos ayuda a tomar en serio la Encarnación como algo *nuevo* para el Padre, el Hijo y el Espíritu. ¿Quién sabe? ¿Quién puede saberlo de cierto? Pero lo que sí sabemos es que Aquella que ama al estar en este mundo no puede quedarse sentada y tranquila; su pasión por la vida se convierte en una pasión por nuestra liberación.

Pentecostés es el fruto inevitable de la ascensión de Jesús, y de la nuestra en él. Al abrazarnos en nuestra oscuridad, Jesús también nos estaba incluyendo en su propia unción con el Espíritu Santo. A través de Jesús, el Espíritu Santo se derramó sobre *toda carne*, como lo profetizó Joel.⁷ La pasión del Espíritu es educar a todo ser humano; lograr que, en nuestra oscuridad, se vuelva real *para nosotros*, en un sentido subjetivo, personal, emocional, físico y espiritual, aquello que ya es real para Jesucristo: que se nos ama, se nos acepta y se nos abraza para siempre y estamos incluidos en la vida trinitaria. Está decidida a que «el maravilloso intercambio» pase de ser la *verdad* de nuestro ser a convertirse en nuestro *modo* de ser.

Dentro de nuestra oscuridad se encuentra el único, especial y singular Espíritu del Padre y el Hijo: el Espíritu Santo. Y ella es el Espíritu de verdad, el Espíritu de adopción, el Espíritu de gracia y el Espíritu de la vida en Cristo, que labora con y dentro de nosotros para que podamos *convertirnos* en quienes *somos* en Jesús. Pero como la zarza, nuestro mundo interno es un enredo de culpa, vergüenza y ansiedad; de egoísmo, ocultamiento y temor, todo lo cual se conjunta para distorsionar profundamente nuestro modo de ver. En *La cabaña*, Jesús dice: «Mack, aquí ocurre mucho más de lo que puedes percibir» (186). El Espíritu Santo ha venido a hacer con nosotros lo que nosotros solos no podríamos lograr ni en un millón de años. Camina a nuestro lado en una relación y con gran ternura, encontrándose con nosotros en nuestro dolor y en nuestra confusión, ordenando con cuidado el desastre para darnos nueva vista, de modo que podamos elegir la vida con todo nuestro corazón.



En este sentido surgen varios conceptos que resultan esenciales. Primero, el Espíritu Santo acude a nosotros en nuestros mundos internos *quebrantados*. En *La cabaña*, Sarayu está presente y labora en el jardín que representa el «desastre» del alma quebrantada de Mackenzie (148). Y no se muestra horrorizada, aunque no le regocija nuestro pecado ni aprueba nuestra falta de virtud; el Espíritu Santo no es una mojigata puritana que no puede lidiar con nuestra humanidad. No es como la chica que proviene de un ambiente protegido y no sabe nada de los oscuros caprichos y vicisitudes de la vida en el planeta Tierra. No se escandaliza ante nuestra rudeza primitiva y nuestras diabluras retorcidas. Más como una enfermera experimentada de un pabellón psiquiátrico que como una solterona que se asquea ante nuestro quebrantamiento, el Espíritu Santo ha visto todo en Jesús. Conoce nuestro infierno, nuestro dolor, nuestra enloquecida crueldad. No le causa asco el trabajo sucio de nuestra liberación; de hecho, le encanta

(148). Ella es la respuesta. Como en el jardín de Mackenzie, el Espíritu Santo se llena de gozo y se la pasa de lo lindo en nuestro jardín.

Y este gozo lo comparte el Padre. «En ese momento Papá emergió por el camino llevando dos bolsas de papel. Sonrió al acercarse.» (148). Cuando inicialmente leí esas dos oraciones tuve que repasarlas de nuevo, y luego las releí para asegurarme de que dijeran exactamente lo que pensé que decían. Cuando tuve oportunidad, le pregunté a Paul por qué Papá *sonreía* al caminar por el *jardín* de Mackenzie.

—Por favor, dime —comenté— que escribiste eso a propósito.

—Por supuesto —respondió simplemente, con una enorme sonrisa en los labios.

Esta escena del gozo de Sarayu y de la sonrisa de Papá en medio del desastre de Mack es digna de tomarse un momento para analizarla. *No pases por alto esto*. Tanto Sarayu como Papá están dentro de la oscuridad y el dolor de Mack. Aquí es donde reside el significado profundamente personal del «maravilloso intercambio». Por mucho que me encante el abrazo de Papá en el pórtico, creo que esta escena en el jardín es incluso mejor. Aquí, Paul Young revela la asombrosa verdad de la Encarnación. El Espíritu Santo y el Padre de Jesús no están en algún sitio allá arriba, mirándonos desde una distancia segura e inmaculada; están dentro de nuestro mundo de pecado y de vergüenza. Esto es lo que descubrió Paul Young en su desesperación personal: Jesús, su Padre y el Espíritu Santo sonríen y están llenos de dicha. «En vez de abandonar toda la creación, nos subimos las mangas y nos metimos hasta el centro mismo del desastre; eso fue lo que hicimos en Jesús», dice Papá (107-108).

Segundo, el Espíritu Santo viene a *liberarnos*. Su presencia en nuestro mundo interior no es el final, sino el principio. Porque el sueño de la Santísima Trinidad no es sólo que se nos incluya en la vida trinitaria, sino también que lleguemos a experimentar esa vida por nosotros mismos. Lo que ha sucedido en nosotros, con nosotros y para nosotros a través de Jesús debe volverse real *dentro* de nosotros. Pero ese sueño nunca podrá lograrse contra nuestra voluntad, y nuestra voluntad está entrelazada con nuestras creencias ciegas e incorrectas. De modo que el Espíritu Santo tiene ante sí una labor titánica: debe conducirnos a renunciar a nuestra propia ceguera, para que creamos, confiemos y nos entreguemos a Jesús y a su Padre.

En vista de que no es alguien que confunda el fruto con la raíz, no le preocupan tanto nuestros pecados en general como nuestro pecado específico: nuestra *incredulidad*. Jesús dice que el Espíritu Santo «convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio», y prosigue afirmando: «De pecado, por cuanto no creen en mí». ⁸

Nuestra contribución a la relación de Jesús con nosotros es una manera de pensar y de ver las cosas que es de lo más extraña, aunque, por supuesto, tenga absoluto sentido para nosotros y nos aferremos a ella con gran intensidad. Y de la misma manera que no podemos detectar nuestro propio acento, tampoco podemos ver nuestra propia ceguera. Es imposible para nosotros hacer a un lado la mala hierba de nuestras mentes caídas y creer en cualquier otra cosa que no sea lo que percibimos a través de nuestra ceguera,

pero Jesús ha penetrado en nuestra oscuridad y ha traído consigo al Espíritu de verdad.

El Espíritu Santo no es una espectadora que observa desde afuera y da instrucciones abstractas y externas que espera apliquemos a nuestras vidas. Nos encuentra en nuestros jardines, en nuestros botes de basura, en nuestras cabañas, dando testimonio del «increíble» mundo de Jesús y de su Padre y, también, de nuestro mundo. Trabaja desde nuestro interior para ayudarnos a ver a través de nuestra ceguera, para que conozcamos la verdad en Jesús, y de este modo nos ayuda a dar «pasos de bebé» (188) contra nuestro temor y nuestro juicio, nuestros prejuicios y nuestro alejamiento. Pero somos seres testarudos, tenaces y obstinados; como chicos de primer grado que piensan que son profesores universitarios, lo sabemos todo y no se nos puede decir nada, aunque dejemos una estela de destrucción a nuestro paso. De modo que el Espíritu Santo nos da tiempo para hacer las cosas a nuestro modo y, a la vez, labora profundamente en el núcleo de nuestro ser, dando testimonio a nuestros espíritus⁹ de aquello que es verdad —que de hecho somos hijos e hijas del Padre— y clamando con las palabras exclusivas de Jesús: «¡*Abba!* ¡Padre!», dentro de nosotros.

Si alguna vez has escrito una poesía o una carta, tienes un ejemplo de cómo funciona este testimonio interno. Como tantas otras cosas, el acto de escribir es un proceso de ensayo y error. Muchas veces escribo y vuelvo a escribir un capítulo antes de siquiera saber lo que realmente intento decir, luego de lo cual viene una fila casi interminable de revisiones. Una poetisa hilvana una frase o una imagen con palabras y después la tacha e intenta de nuevo; antes de que pase mucho tiempo, ya tiene un montón de papeles hechos bola en el suelo. Pero si permanece firme en su empeño y soporta la sensación desgarradora de decir aquello que no puede expresarse, surge la poesía.

Pero ¿cómo sabe la poetisa que esta o aquella palabra es la correcta? ¿Cómo sabe que este giro, esta imagen o esta metáfora son inapropiados? ¿Cómo sabe que son correctos y si la poesía está terminada? La respuesta es sencilla, aunque profunda: tiene dos «saberes» que obran dentro de ella.¹⁰ Uno es el saber de su mente y el otro es el saber de su corazón, que MacDonald llamó «ese algo más profundo que el entendimiento: la fuerza que subyace al pensamiento»¹¹ y que Michael Polanyi denomina «presciencia tácita».¹² Aquello que la poetisa sabe en su corazón, el «saber del espíritu», escudriña sus pensamientos, sus palabras y sus frases, convocándola a desdecirse, a expandir sus pensamientos «hasta que sean meritorios del tema»,¹³ hasta que la comprensión en su mente alcance a expresar el saber más profundo de su corazón.

Esto es lo que el Espíritu Santo hace dentro de nuestros corazones. «Y por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: ¡*Abba*, Padre!»¹⁴ Ella nos da ese «saber» interno que nos indica que pertenecemos a la gloria, que somos especiales y se nos ama; que se nos hizo para la vida y no para la muerte; para la dicha, la bondad y la gracia. No para la pena y la *Gran Tristeza*. Pero las heridas, los traumas, el descuido, el divorcio, los fracasos y las decepciones personales, la mezquina teología: todo eso anuncia a gritos otro mensaje:

Mack supo que lo que oía, por difícil que fuera de entender, era asombroso e increíble. Fue como si las palabras de ella lo envolvieran, abrazándolo y hablándole en formas más allá de las que oía. Esto no quiere decir que en realidad creyera todo eso. Si todo aquello sólo fuera cierto... Pero su experiencia le decía lo contrario (111).

Existen dos saberes dentro de nosotros. Uno es el saber del Espíritu y el otro es el saber que se forma en el crisol de nuestras propias experiencias y por el susurro del padre de las mentiras. El testimonio del Espíritu nos da una base divina, dentro de nuestra propia oscuridad, para el arrepentimiento y la nueva fe, que conducen a la liberación y a la vida. El arrepentimiento es una refundición radical de nuestra mente, un cambio profundo, amplio y fundamental en nuestro modo de pensar, ver y entender. Es una total revolución en la manera en que vemos a Dios, a nosotros mismos, a los demás y a la vida misma. El testimonio del Espíritu forma un nuevo saber dentro de nosotros, que crea la sospecha de que quizá estemos ciegos como murciélagos y completamente equivocados acerca de Dios, y nos permite que creamos, dentro de nuestra alma, en la bondad del Padre de Jesús contra nuestros prejuicios y nuestros mitos arraigados. «No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento.»¹⁵ «El dios de esperanza os llene de todo gozo y paz en el creer, para que abundéis en esperanza por el poder del Espíritu Santo.»¹⁶

Tercero, el Espíritu Santo nos trata con profundo respeto. Somos reales para la Santísima Trinidad e importamos profundamente. Pasar por alto nuestros corazones y nuestras voluntades no forma parte en absoluto del modo de vida trinitario; eso constituiría destruirnos como personas distintas. Padre, Hijo y Espíritu nos consideran seres preciosos a los que atesoran. Se relacionan con nosotros como *somos*, con nuestro dolor, con nuestras tinieblas y con nuestra confusión. «Sin transgredir una sola voluntad humana» (136) y «sin brutalizar a nadie» (194-195), el Espíritu Santo trabaja con un propósito en nuestros corazones, siempre por medio de convocar nuestra participación en el proceso. Como le dice Sarayu a Mack: «Me gustaría que me ayudaras a desbrozar este solar. Hay algo muy especial que deseo plantar aquí mañana, y debemos dejarlo listo» (141). «Tú y yo trabajamos juntos con un propósito en tu corazón.» (149).

La libertad y el respeto, el honor y la paciencia, son temas que se encuentran en toda la historia bíblica, al igual que en *La cabaña*. Apenas unos instantes después del abrazo en el pórtico, Papá se da cuenta de que, aunque ella se ha introducido en las tinieblas de Mack y lo ha abrazado, él está dudoso de abrirse. Se da cuenta de que Mack no está listo. «Está bien», le dice, «haremos las cosas en tus términos y a tu tiempo.» (91). Éste es el núcleo de la historia bíblica: la Santísima Trinidad nos toma en serio; el Padre, el Hijo y el Espíritu quieren la relación y la vida compartida con nosotros.

Unos momentos después, Mack le pregunta a Jesús qué se supone que debe hacer:

—No se *supone* que debas hacer nada. Eres libre de hacer lo que quieras —Jesús hizo una pausa y luego continuó, dando sugerencias a Mack para ayudarlo—. Yo estoy haciendo un trabajo de carpintería en el cobertizo. Sarayu está en el jardín. O podrías ir a pescar, a pasear en canoa o a entrar a platicar con Papá.

—Bueno, por alguna razón me siento obligado a ir y platicar con él... oh... con ella.

—¡Ah! —Jesús se puso serio—, no vayas por obligación. Eso no te ganará puntos aquí. Vé porque es lo que *deseas* hacer (97).

Nuestra libertad no es una ilusión; somos libres de ser exactamente como somos. Porque el Padre, el Hijo y el Espíritu quieren a nuestro *verdadero* yo, no a la versión que va a la iglesia los domingos, para que experimentemos su vida y su amor compartidos.

Este respeto por nosotros como personas reales, con nuestro propio corazón, mente y voluntad, por quebrantados que podamos estar, se destaca en la conversación acerca de los hijos de Mack: «Cuando dijo que estaba preocupado por Kate, los tres asintieron con la cabeza con expresión inquieta, pero no le ofrecieron consejos ni sabias recomendaciones» (115). No rescatan a Mackenzie. Jesús, Papá y Sarayu *escuchan*. Desean saber, oír, comprender lo que está sucediendo en el corazón de Mack. Están más interesados en conocerlo a él tal como es, que en ofrecer sugerencias rápidas. Sarayu explica un momento después: «Nos limitamos por respeto a ti. No tenemos en mente, por así decirlo, nuestro conocimiento de ellos. Cuando te escuchamos, es como si fuera la primera vez que sabemos de ellos, y nos deleita sobremanera verlos a través de tus ojos» (115).

Ver a través de los ojos de los otros es el sello distintivo de la intimidad y de la verdadera relación. Al Espíritu Santo le importa profundamente dónde nos encontramos en realidad en nuestra comprensión y en nuestra creencia (y en falta de la misma) y le importa lo que deseamos. Nos da amplio tiempo y espacio para hacer un desastre de nosotros mismos. Tenemos un nivel escandaloso de libertad para hacer lo que deseamos, para perseguir una u otra estrategias, para tratar de convertirnos en hechiceros y magos que imponemos nuestra propia voluntad sobre lo demás y sobre la creación. Nos deja vivir con nosotros mismos y con las consecuencias de nuestras jactanciosas ideas, nuestra abominable santurronería y nuestro pecado. En palabras del Señor Cuervo, en *Lilith*, de George MacDonald: «Ciertamente, el universo se dedica a provocar que hagas tal ridículo que te des cuenta de que eso es lo que ha sucedido y que luego adquieras sensatez».¹⁷ El Espíritu Santo no nos abandona en nuestra irracionalidad, sino que se apura a utilizar cualquier oportunidad en su determinación de que *lleguemos a conocer* la verdad y a experimentar su libertad y la vida. Porque el sueño de la Santísima Trinidad también debe volverse nuestro.

Por mi parte, preferiría una solución rápida, pero deslumbrar con una luz brillante nuestros ciegos ojos no parece lograr que veamos; incluso si pudiésemos, nunca *creeríamos* lo que hemos visto. Este asunto se refiere a la relación, a educar a nuestras mentes caídas y a liberar a nuestras voluntades. Requiere tiempo. Se trata de que lleguemos a *saber* quién es Jesús y el *saber* en el caso de la Biblia está muy lejos de sólo repetir información, citar las Escrituras o ir a la iglesia. El saber implica el arrepentimiento, la conversión radical de nuestras mentes, y también implica la experiencia personal, la confianza y la entrega de uno mismo, la comunión y la unidad. El Espíritu de adopción quiere que *nosotros* —las personas que somos— *creamos*, confiemos,

camínemos con Jesús y nos entreguemos a participar en su vida con su Padre. Nunca ha cruzado por su mente la posibilidad de forzar su voluntad sobre la nuestra. En Jesús, ha llegado para relacionarse con nosotros en nuestra oscuridad y en nuestro dolor, para conducirnos lentamente a que *veamos*.

Cuarto, el Espíritu Santo nunca duerme, trabaja contrarreloj para traer vida a nuestra desdicha, obtener bien del mal y sanación a nuestros desastres personales. Esto es lo que más amo del Padre, el Hijo y el Espíritu; no ceden ante la provocación y son estrategias brillantes y pacientes gracias a su amor.

Young captura bellamente este aspecto en tres situaciones. La primera ocurre en el jardín con Sarayu. Mack y Sarayu han estado preparando el jardín y él se da cuenta de que ha hecho todo un desastre. «Pero en verdad es muy hermoso, y está lleno de ti, Sarayu. Aunque parece que aún hay mucho que hacer aquí, me siento extrañamente en casa y cómodo en este lugar.» (148-149). Papá y Sarayu no pudieron evitar mirarse la una a la otra y hacer un guiño, en vista de que Mack no tenía ni la menor idea. Sarayu esclarece la situación:

—Así debía ser, Mackenzie, porque este jardín es tu alma. ¡Este desastre eres *tú*! Tú y yo trabajamos juntos con un propósito en tu corazón. Y éste es silvestre y hermoso y está perfectamente en proceso. A ti te parece un desastre, pero yo veo un modelo perfecto que emerge y crece y está vivo: un fractal viviente (149).

El segundo ejemplo sucede cuando Jesús y Mack están platicando después de la «visita» de Mack a Sofía para el juicio y después de que él ha «visto» a Missy viva y jugando. Mack le pregunta a Jesús por qué no le había contado antes acerca de Missy y Jesús responde:

Llevo mucho tiempo hablándote, pero hoy fue la primera vez que me oíste; aunque todas las veces anteriores no fueron tiempo perdido. Como pequeñas grietas en la pared, una por una, pero entrelazadas, te prepararon para el día de hoy. Tienes que dedicar tiempo a preparar la tierra si quieres que reciba a la semilla (190).

La tercera vez ocurre cuando Papá y Mackenzie están disfrutando de panecillos en el pórtico. Es un momento de comprensión mutua, ya que Mack se disculpa por haber juzgado a Papá y por haber pensado tan mal de ella. Entonces Papá abre las puertas de su corazón a Mackenzie al contarle un secreto simple, pero trascendental, acerca de cómo hace las cosas:

—Digamos, por ejemplo, que trato de enseñarte a no esconderte detrás de mentiras, hipotéticamente desde luego —dijo ella, guiñándole un ojo—. Y digamos que sé que necesitarás cuarenta y siete situaciones y hechos para escucharme de verdad; es decir, para oír con claridad suficiente, para estar de acuerdo conmigo y cambiar. Así que cuando no me oyes la primera vez, no me frustro ni me decepciono: me emociono. ¡Ya sólo me faltan cuarenta y seis veces para lograr mi objetivo! Y esa primera vez será un fundamento para construir un puente de sanación que un día (el de hoy) tú atravesarás (201).

Esto es hermoso —y absolutamente cierto— y Paul Young no lo aprendió en un libro. Este discernimiento, esta revelación que engendra esperanza e inspira alegría, se obtiene sólo cuando somos francos con nosotros mismos y cuando nos sinceramos con el Padre,

el Hijo y el Espíritu.

Los programas de rehabilitación nos enseñan que es esencial tomarse el tiempo para dejar por escrito un inventario personal de nuestras vidas. Tal inventario, «valiente y minucioso» como le llaman en Alcohólicos Anónimos, debe ser totalmente franco y tan concienzudo como sea posible, para detallar un verdadero catálogo de todos nuestros pecados, mentiras, defectos de carácter y fracasos personales. Enfrentarte a ti mismo de manera franca es la cosa más terrible en el mundo, pero al hacerlo no sólo verás tu propio quebrantamiento sino que encontrarás la gracia del Señor Jesús, la compasión –de hecho, el sentido del humor– de su Padre y el consuelo del Espíritu Santo. «Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados los que lloran, porque ellos recibirán consolación.»¹⁸

Quedé azorado cuando entendí esto. Las huellas de la Santísima Trinidad estaban por todas partes en mi vida; ni por un segundo me había abandonado. Y la mejor parte fue darme cuenta de que el Espíritu Santo utilizaba mis errores, mis defectos de carácter y mis francas estupideces para ayudarme a darme cuenta de que se me amaba y me incluía. El Espíritu transforma nuestra vergüenza en sacramentos del amor de nuestro Padre.

Así como el Espíritu Santo se acostumbró a morar en nuestra carne, nos ayuda a acostumbrarnos, paso a paso, al mundo de Jesús y al afecto de Papá. Del mismo modo que ha «aprendido» en Jesús a encontrarnos en nuestra oscuridad, nos ayuda a aprender a vivir siendo amados, porque *se nos* ama, y utiliza nuestros errores para conseguirlo. Quizá las ropas de Esteban, primer mártir del que se informa en el libro de Hechos, se haya convertido en un sacramento de gracia y amor para el apóstol Pablo, que había observado de manera aprobatoria mientras lo mataban. Quién sabe si el prendedor de catarina, que dejó como tarjeta de presentación el asesino de Missy en la historia de *La cabaña*, pueda convertirse en un sacramento para él mismo y para Mack, una señal visible del amor insondable de la Santísima Trinidad.

Quinto, en el Espíritu, el puro amor de la Santísima Trinidad se transforma en terrible *juicio* dentro de nosotros. Jesús murió rodeado de nuestro aborrecimiento y resucitó en nuestro infierno, y no podemos matarlo de nuevo ni separarnos de su presencia. Como señala Karl Barth: «No podemos librarnos de este vecino».¹⁹ Y su presencia está llena de amor, gracia, aceptación y, por ende, de *juicio*. «Porque el amor ama hasta la pureza», dice MacDonald.²⁰ «Dios no absolverá a un hombre con alguna falta. Debe purificarlo.»²¹ El amor de la Santísima Trinidad nunca permitirá que estemos lejos de la vida trinitaria. «En consecuencia, todo aquello que no es bello en la persona amada, todo lo que se interpone y no es del género del amor, debe destruirse».²²

El asesino de Missy no pasará dando brinquitos por las puertas del cielo mientras sigue jugando con las catarinas. Para empezar, el cielo es donde habita la Santísima Trinidad, y el mal que tiene secuestrado a ese hombre, que lo ha retorcido y abusado de manera tan horripilante, evita a toda costa que se enfrente con la luz. Aunque a este asesino se le

perdone, se le ame y se le acepte, y a pesar de que se le acoge y se le incluye, él de ninguna manera lo *sabe* y tal desconocimiento lo deja retorciéndose de dolor y atrapado en las garras de las tinieblas. Pertenece al Padre, al Hijo y al Espíritu –siempre les ha pertenecido y siempre les pertenecerá–, pero se ha entregado a participar en la oscuridad. Actúa con base en las mentiras del maligno y en su grotesca ausencia de significado, haciendo pedazos las vidas de quienes lo rodean. Se ha convertido en un terrible monstruo que vive una forma extraña de existencia, faltando a su verdadero ser en Cristo, y esa existencia ajena debe transformarse a través del fuego del amor de Jesús.

Como cada uno de nosotros, ese hombre debe someterse al *juicio* de la palabra viviente de Dios.²³ Esto quiere decir que se le debe escindir en dos partes: debe distinguirse aquello que pertenece al mal para separarlo de su verdadero ser en Jesús. «Mucho de lo que hay en nosotros nos parecerá a nosotros mismos, y en especial al Juez, como digno de condena, como perteneciente al fuego»,²⁴ escribe un teólogo. Es necesario eliminar todo lo que está en nosotros que sea ajeno a la vida trinitaria y a su modo de ser. Es necesario extraer de nuestro interior el veneno de las tinieblas para poder volvernos quienes somos realmente en Jesús. Debemos arrepentirnos y creer, pero *no* para que se nos acepte, ame e incluya, sino para *vivir en esa realidad*.

El Espíritu Santo es el Espíritu de adopción y, por ende, es un fuego que purifica dentro de nuestras tinieblas.²⁵ «Todo lo que se interpone y que no es del género del amor debe destruirse». De otro modo, estaríamos condenados a que se nos incluya en una vida que nunca podremos vivir. Así, el Espíritu se esfuerza por liberarnos, de modo que podamos tomar la decisión de renunciar a nuestro pecado y abandonar todo lo que no sea verdad, todo lo que sea ajeno a la gracia, la vida y el amor que se entrega a sí mismo y se centra en el otro, y que es característico del Padre, el Hijo y el Espíritu. Su fuego transformador y liberador es su testimonio: «¡Abba! ¡Padre!» Utiliza la verdad –nuestra adopción, nuestra salvación en Jesucristo– para llevarnos a juicio, creando la crisis de nuestra liberación personal.²⁶

«¡Abba! ¡Padre!» es el clamor lleno de esperanza por nosotros, la nueva vida que ya existe dentro de nosotros y que anhela y pugna por expresarse. Sin embargo y de manera inevitable es, al mismo tiempo, la hoja en blanco contra las paredes de nuestro retorcido mundo interno, que expone nuestras tinieblas como lo que son. Tal exposición o juicio es doloroso, incluso devastador.²⁷ Pero como señala un cantautor: «Brasa ardiente, no permitas que maldiga el dolor que tú me traes». ²⁸ Porque el dolor que provoca verse expuesto es el fruto de nuestra salvación; de hecho, es nuestra salvación que viene a redimirnos, nuestra adopción que nos encuentra en nuestra locura, temor y modo de ser ajeno; es el amor del Dios Trino que nos conduce a la libertad por medio de ese amor, con el fin de que dejemos ir aquello que nos está destruyendo. De aquí que el autor de la canción añada: «De algún modo sé que tu fuego me devolverá la integridad».

El Espíritu Santo atrae nuestras mentes, corazones y voluntades para alejarlos de nosotros mismos y enfocarlos en lo que sucedió con Jesús, y en lo que nos sucedió a

nosotros en él: «Yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros». El Espíritu trabaja desde nuestro interior para revelar esta verdad, este hecho, esta realidad, esta Persona. «¡*Abba!* ¡Padre!» no es tan sólo una frase bíblica: es la voz de Jesús *dentro de nosotros*. El Espíritu Santo no revela a Jesús *frente a* nosotros como un objeto distante, sino que lo revela *en* nosotros,²⁹ lo cual lleva a un encuentro personal con Jesús. Miramos a quien hemos traspasado³⁰ y quedamos azorados por su amor inexplicable e insondable. Empezamos a conocer a Jesús y a nosotros mismos. Comenzamos a entender que en nosotros existe más de lo que nunca nos atrevimos a soñar, que pertenecemos a la gloria, que Jesús y su Padre nos conocen y nos aman, y que somos motivo de gozo para ellos. Empezamos a ver nuestra maternidad y nuestra paternidad, nuestras relaciones, nuestros cultivos y nuestro trabajo, nuestra botánica, nuestras cargas y nuestra música, incluso nuestra teología, bajo una nueva luz gloriosa. Y al mismo tiempo, este encuentro revela la vida que estamos viviendo en un laberinto profano de libertad y servidumbre, de felicidad y tristeza, de esperanza y desesperación, de participación y perversión, plagado de inseguridad y egocentrismo, soberbia, temor, ocultamiento, lujuria, codicia y envidia.

La revelación de Jesucristo en el Espíritu es, a la vez, gracia divina y juicio, dolorosa esperanza y luz ardiente, porque revela tanto la asombrosa verdad de quiénes somos en Jesús como cuán espantosamente lejos estamos de ser nosotros mismos. Al revelar a Jesús, el Espíritu de adopción nos pone en la mira del juicio divino, donde «no hay cosa creada que no sea manifiesta en su presencia; antes bien todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta».³¹ Como ocurre con Mackenzie cuando está en la cueva con Sofía, así sucede con nosotros: ante Jesús no hay dónde esconderse; somos transparentes para él. No le conmueven los labios temblorosos, no lo encandila el bombo y el platillo de la mercadotecnia ni le confunden los hábitos religiosos ni la retórica política. En su presencia no existen llamadas telefónicas que se puedan hacer, ni influencias, ni tratos. «Ante su mirada, toda falsedad se desvanece.»³² Sabemos que él sabe que nosotros sabemos que él sabe. Estamos desnudos. Y tal juicio es la gracia ineludible; es el amor de la Santísima Trinidad que expone, discierne, ilumina, avasalla, sana y libera.

Aquí, en nuestras propias cabañas, desnudos, vulnerables e indefensos, no enfrentamos la vergüenza, la decepción o la condena, ni los dioses iracundos de nuestra imaginación caída, sino al dios verdadero, a la Santísima Trinidad: Jesús, su Padre y el Espíritu Santo, y a ese amor que nunca busca lo suyo, sino que lo sufre todo, tolera todo, espera todo y nunca falla.³³

Aquí, dentro de nuestras propias almas y en nuestra gran oscuridad —dentro de nuestros botes de basura, donde hemos ocultado nuestra pena, nuestras heridas desgarradoras, nuestra culpa y nuestra vergüenza, donde el susurro del mal nos ha esclavizado y donde nació la mentira del «no soy», en el manantial de nuestro temor al abandono y de nuestra inseguridad aterradora— encontramos al verdadero Jesús. Sus

manos traspasadas nos liberan para permitirnos ser conocidos y amados en el abrazo de su Padre; en las palabras de C. S. Lewis que se citan antes: «Acoplarnos a la belleza que vemos, entrar en ella, recibirla dentro de nosotros, bañarnos en ella y convertirnos en parte suya». Nuestras almas traumatizadas escuchan que Papá grita nuestros nombres y la propia certeza extraterrena de Jesús nos bautiza en el poder del Espíritu de adopción. Estamos libres de reposar, soltarnos y sollozar en el abrazo del amor. La paz, la esperanza y la dicha nacen en nuestro dolor y en nuestra *Gran Tristeza*. Se nos convoca a hacer un cambio radical en mente y corazón, a reconsiderar todo aquello que creíamos saber, a renunciar a la mentira y a creer en Jesús, el Hijo del Padre y el Ungido, nuestro Señor y Salvador crucificado, y en nuestra salvación y nuestra vida. En el pasillo de nuestra vergüenza, la *verdad* de nuestro ser se convierte en nuestro *modo* de ser.

Desde la creación hasta el nacimiento de Jesús se estaba preparando el vientre de la Encarnación. En Jesús se cumplió el sueño de adopción de la Santísima Trinidad dentro de nuestras tinieblas. Y desde Pentecostés en adelante la historia humana se refiere al trabajo del Espíritu Santo dentro de nosotros, a nivel colectivo e individual, que nos lleva a encontrar a Jesús dentro de nuestro propio quebrantamiento, para que podamos empezar a distinguir el bien del mal, la luz de las tinieblas, la vida de la muerte y el cielo del infierno.

Indicio tras indicio, línea por línea, discernimiento por discernimiento, el Espíritu nos conduce a una mentalidad radicalmente nueva. Empezamos a sospechar y a ver más allá de la impotencia de nuestras religiones. Anhelamos el hogar, la gloria, la vida, la verdad, la libertad y la justicia; anhelamos el *shalom*. Un pasito de esperanza en Jesús desencadena un pasito hacia la libertad y el poder del Espíritu –y de todos sus dones– en nosotros. Nuestro pequeño «amén» de fe en Jesús es un «amén» de aceptación de nuestra aceptación; representa abrir nuestros corazones y permitir que el Padre nos ame, para que la propia *parresia* de Jesús –su certeza extraterrena, su confianza, su libertad, su audacia y su vida– esté en libertad de prosperar dentro de nosotros. Su unción con el Espíritu Santo comienza a florecer en nuestra humanidad quebrantada, en nuestras relaciones, en nuestra música, en nuestra jardinería, en nuestro trabajo y en nuestro juego. Nuestro egocentrismo y soberbia detestable; nuestro temor, prejuicio y moralismo; nuestra codicia, envidia y lujuria; nuestra terrible ansiedad, empiezan a morir. Nos liberamos para amar a Jesús por Jesús mismo, para amar a los demás y a la creación en su propio beneficio.



La esperanza de la raza humana es que pertenecemos al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo; siempre ha sido así y siempre lo será. Y el Espíritu de adopción no se dará por vencida en que lleguemos a *saber* la verdad, tanto de manera personal como colectiva. La pasión del Espíritu es lograr que su unción de la humanidad en Jesús llegue a su expresión íntegra, personal y definitiva en nosotros. Y no sólo en nosotros en un sentido

personal, sino en nuestra relación con el Padre a través del Hijo, así como en nuestra relación unos con otros y, de hecho, con la Tierra y con toda la creación.

El Espíritu de verdad, el Espíritu de adopción, el Espíritu de gracia no descansará hasta que se nos haya juzgado a todos hasta el fondo de nuestras almas y hasta que nuestra reconciliación, adopción y unción –que se volvieron reales en Jesús– adquieran forma en la Tierra y en todo el universo. Como dice el apóstol Pablo: «Hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo».³⁴ Mientras tanto, la humanidad vive bajo el juicio del amor de la Santísima Trinidad, en la inquietante y liberadora crisis que provocan la presencia real de Jesús y el ministerio revelador del Espíritu Santo, entre la manifestación de la belleza de la vida trinitaria de gracia y libertad y su exposición del desastre que hemos hecho de nuestra vida.

Es posible que algunos caigan rendidos ante el primer saludo del Espíritu, pero la mayoría corremos a escondernos, enterrando el sueño y llevando –por ahora– una vida de transigencia. Somos Israel, que intenta con desesperación huir del Señor; somos Pedro en la barca con Jesús, Saulo de Tarso en el camino a Damasco y, quizá, también seamos Mackenzie, que agita su puño contra Dios. Pero aunque corramos o agitemos el puño contra Dios, el Espíritu Santo no nos abandona. Después de haberse encontrado con nosotros en nuestro cruel rechazo de Jesús, puede encontrarnos en nuestro pecado e incluso en nuestras herejías más escandalosas. Nos encuentra mientras corremos y, con el tiempo, transforma nuestros errores, defectos de carácter, equivocaciones y diabluras en una manera de revelarnos de nuevo la verdad, dejando tras de sí una estela de sacramentos. Solamente faltan trescientas veces o quizá sean tres millones; ¿quién sabe? «Toda esta cuestión es un proceso, no un hecho.» (195). No sucede de la noche a la mañana, sino a lo largo de una vida y quizá más allá de la vida.³⁵ Nuestra oración, al igual que la de Mackenzie, es simple: «Entonces, por favor ayúdame a vivir en la verdad» (213).

La vida en el mundo del Espíritu Santo siempre es personal y relacional. Es decidida y fiel, comprensiva y mayormente gentil, y siempre es veraz. Es la más competente para encontrarnos en nuestras tinieblas y, sin abrumarnos ni transgredir nuestra voluntad, nos conduce a empezar a utilizar la mentalidad correcta de Jesús, a arriesgarnos a dejar nuestra oscuridad y su extraña comodidad (183), para abrazar el estremecedor mundo nuevo del Padre y su Hijo encarnado. Como dice Papá a Mackenzie en *La cabaña*:

La verdad te hará libre, y la verdad tiene un nombre: está en la carpintería ahora mismo, cubierta de aserrín. Todo tiene que ver con *él*. Y la libertad es un proceso que sucede en una relación con *él*. Luego, todas esas cosas que sientes remolinear *dentro* de ti empezarán a encontrar salida (104).

Mi amigo Ken Blue suele decir: «Gracias, Espíritu Santo; queremos más, por favor».

–¿Jesús? –murmuró con voz ahogada–. Me siento tan perdido...

Una mano se acercó y apretó la suya, sin soltarla.

–Lo sé, Mack. Pero eso no es la verdad. Yo estoy contigo y no estoy perdido. Lamento que te sientas así,

pero óyeme con atención: *no estás perdido* (123, cursivas del autor).

Espíritu Santo, haz lo que quieras de nosotros, que podamos sentir que Jesús aprieta nuestra mano y que podamos escuchar que su Padre grita nuestro nombre. Haz lo que debas hacer, para que podamos arrepentirnos y creer y, de ese modo, podamos probar, sentir y experimentar la vida y la libertad de nuestra adopción en Jesús.

Notas

1 Juan 1:29, 33.

2 Véase Hebreos 5:8.

3 Véase Thomas F. Torrance, *The Trinitarian Faith: The Evangelical Theology of the Ancient Catholic Church* (Edimburgo, T&T Clark, 1988), p. 155.

4 Thomas F. Torrance, «Come, Creator Spirit», en *Theology in Reconstruction* (Grand Rapids, Eerdmans, 1975), p. 246; véase también Thomas F. Torrance, *The Trinitarian Faith*, p. 189.

5 Ireneo, «Against the Heresies», en *The Ante-Nicene Fathers*, vol. 1. (Grand Rapids, Eerdmans, 1987), III.17.1; véanse también III.20.2, III.18.7, III.19.1 y IV.20.4. (En español: *Contra las herejías*, vols. I-V, Apostolado Mariano, serie Los Santos Padres, Sevilla, 1994.)

6 La frase proviene de Thomas F. Torrance en su ensayo «Our Oneness in Christ and Disunity as Churches», en *Conflict and Agreement in the Church*, vol. 1 (Londres, Lutterworth Press, 1960), p. 266.

7 Véase Joel 2:28 y ss. y Hechos 2:17 y ss.

8 Juan 16:8-9.

9 Véase Romanos 8:16.

10 Para más detalles sobre los dos saberes dentro de nosotros, véase mi libro *The Great Dance: The Christian Vision Revisited* (Jackson, MS, Perichoresis Press, 2000; Vancouver, Regent College Publishing, 2005), caps. 4 y 5.

11 George MacDonald, «The Fantastic Imagination», en *The Complete Fairy Tales*, U. C. Knoepfelmacher (ed.) (Nueva York, Penguin, 1999), p. 9. (En español: «La imaginación fantástica», en *Cuentos de hadas para todas las edades*, Atalanta, Colección Ars Brevis, Girona, 2012.)

12 Véase Michael Polanyi, *The Tacit Dimension* (Nueva York, Doubleday, 1966) p. 23. Agradezco a Lance Muir por esta referencia.

13 San Hilario de Poitiers, «On the Trinity», en *A Select Library of Nicene and Post-Nicene Fathers*, vol. 9 (Grand Rapids, Eerdmans, 1983), I.18. (En español: *La Trinidad*, Biblioteca de Autores Cristianos, Colección Normal, Madrid, 1986.)

14 Gálatas 4:6, cursivas del autor.

15 Romanos 12:2.

16 Romanos 15:13.

17 George MacDonald, *Lilith* (Grand Rapids, Eerdmans, 2000), p. 26. (En español: *Lilith*, Fantásticas, Edhasa, Barcelona, 1988.)

18 Mateo 5:3-4.

19 Karl Barth, *Church Dogmatics*, G. W. Bromiley (trad.) (Edimburgo, T&T Clark, 1985), III.2.133.

20 MacDonald, *Unspoken Sermons*, p. 19.

21 *Ibid.*, 529.

22 *Ibid.*, pp. 18-19.

23 Véase Hebreos 4:12.

24 Hans Urs von Balthasar, *Credo* (Nueva York, Crossroad Publishing, 1990), p. 71. (En español:

Meditaciones sobre el credo apostólico, Ediciones Sígueme, Salamanca, 1997.)

25 Véase Lucas 3:16.

26 Para más detalles sobre la crisis de Jesús en nuestras vidas, véase mi libro *Across All Worlds: Jesus Inside Our Darkness* (Jackson, MS, Perichoresis Press, 2007; Vancouver, Regent College Publishing, 2007), pp. 51 y ss.

27 Para una sabia y bella discusión del dolor que provoca el juicio liberador de Jesús, véase la encíclica del papa Benedicto XVI: *Spe Salvi*, 47.

28 Steve Bell, «Burning Ember», del álbum *Burning Ember* (Peg Music, 1998), disponible en stevebell.com.

29 Véase Gálatas, 1:16.

30 Véanse Zacarías 12:10 y Juan 19:37. Véase también el ensayo «The Franciscan Opinion» de Richard Rohr, en *Stricken by God?*, Bradley Jersak y Michael Hardin (eds.) (Grand Rapids, Eerdmans, 2007), pp. 206 y ss.

31 Hebreos 4:13.

32 Papa Benedicto XVI, encíclica *Spe Salvi*, 47.

33 Véase 1 Corintios 13.

34 Efesios 4:13.

35 Para un análisis cuidadoso y llano de la esperanza, el infierno y el juicio, véase el texto de Bradley Jersak, *Her Gates Will Never Be Shut* (Eugene, OR, Wipf and Stock, 2009).



AGRADECIMIENTOS

Todas las ideas, incluso las de Dios, surgen en relación, unas con otras. Este libro lleva mi nombre, pero es el fruto de muchas conversaciones. Estoy en deuda con infinitud de personas en todo el mundo. Agradezco a Paul Young el valor y la libertad que demostró al escribir *La cabaña*, su invaluable amistad y el aliento que me dio en cada paso del proceso creciente que representó escribir este libro. Paul, hermano de otra madre, es una gran dicha caminar a tu lado.

A la familia de Perichoresis, tanto dentro como fuera de Estados Unidos: me han salvado una y otra vez con sus preguntas, sus anhelos, su incansable deseo. A mi familia australiana: todos los años llego con ustedes para renacer y ustedes siempre cumplen lo prometido. Gracias por su hambre de verdad y por su intolerancia absoluta hacia las patrañas en los temas que sí importan. Aquí suceden más cosas de las que nos atreveríamos a soñar.

Agradezco profundamente a David Jennings, Christy Jones, Ken Courtney, Julian Fagan y Louis d'Alpuget, y a John y a Lorraine Baker: sin ustedes este libro no hubiese sido posible; les doy las gracias desde el fondo de mi corazón. Son mi fuente de inspiración. Y también, gracias a mi mamá y a mi papá, quienes hace años me enseñaron a caminar y me concedieron la libertad de correr; siempre me han apoyado, lo cual es el bien más sagrado de todos.

A Steve Horn, Larry Bain, Ken Blue, Bruce Wauchope, David Kowalick, David Upshaw y David Peck: gracias por los años de verdadera amistad y conversación seria, y por su cariño hacia mí y hacia mi familia. *Son mis hermanos*. Tengo una deuda eterna con ustedes. Si de alguna manera puede afirmarse que estoy cuerdo, es por su culpa. Permanezcan conmigo y les enseñaré a pescar.

A John MacMurray, Wayne y Wendy Marchant, Bill Winn, Timothy Brassell, Tony Murphy, Betty y Doug (Tom Bodett) Johansson, Chris y Sarah Failia, Ernie y Carol Tolive, Jim y Jon Sawyer, Lance Muir de Ontario Christian Books, Jeff y Janice McFall, Dirk Vanderleest, mi hermano Stuart, Harry y Robbie Phillips, y Paul Fitzgerald: su amistad me hace dar las gracias de estar vivo. Gracias por sus corazones y por sus oraciones, por tomarse el tiempo de leer este libro y por sus sugerencias. Quiera el Señor

que un día Carol cocine sus albóndigas por miles, que Lance reciba el privilegio de convertirse en el capitán de todo lo relacionado con la Trinidad y que Fitzgerald esté al frente de incontables almas por medio de un descubrimiento tras otro. Mientras tanto, Doug «dejará encendida la luz para cuando lleguemos».

A Beth, quien ha sido mi esposa durante treinta años: mereces lo mejor. Gracias por tu persistencia. No estás sola. La vida es nuestra. A mi «muchacho» J. E. Baxter Kruger: ningún padre podría estar más orgulloso de su hijo. Eres la corona en el nombre de tu padre y perteneces a la gloria de la Santísima Trinidad.

He tenido la bendición de contar con un gran hijo y con tres maravillosas hijas: Laura, Kathryn y Caroline. No pasa un solo día en que no lamente el tránsito de Caroline hacia la gloria. Caroline, no pudimos conocerte, pero el Señor restaurará los días que devoraron las langostas. ¡Esos serán días abundantes! Gracias por el valor que de algún modo compartiste conmigo. Kathryn, nuestra niña llena de felicidad y color, eres una bendición que va más allá de las palabras. Tu sonrisa y tu ingenio iluminan cualquier habitación. Tienes un bello corazón. Te prometo que el siguiente es tuyo. Y, finalmente, a Laura, mi bella hija, me has hecho sonreír todos los días de tu vida. Ha sido un privilegio ser tu papá. Te dedico este libro con toda mi dicha y toda mi gratitud.



Apéndice

UNAS CUANTAS CITAS SOBRE NUESTRA INCLUSIÓN EN LA MUERTE DE JESÚS

En el contexto de esta afirmación [2 Corintios 5:17], Pablo ubicó esta transición de lo viejo a lo nuevo en un solo punto: la muerte de todos los hombres cuando Cristo murió por todos y la vida de todos los hombres por Aquel que resucitó por todos. Para el apóstol, lo que sucedió en Cristo transformó de manera simultánea no sólo el estado de la creación, sino también la perspectiva desde donde debe observarse esta creación.

Paul S. Minear,
Images of the Church in the New Testament

En este sentido, por un lado Cristo estaba tan unido con Dios que aquello que hacía, Dios lo hacía, porque no era otro que Dios mismo que actuaba así en nuestra humanidad. Y, por ende, no existe otro dios para nosotros que este dios, y ninguna otra acción de Dios hacia nosotros que esta acción, en la que se colocó en lugar nuestro y actuó en nuestro beneficio. Por otro lado, estaba tan unido a nosotros que, al morir, nosotros morimos, porque él no murió por sí mismo sino por nosotros, y no murió solo, porque morimos en él como aquellos que había enlazado consigo mismo de manera inseparable a través de su encarnación. En consecuencia, cuando resucitó, resucitamos en él y con él, y cuando se presentó ante el Padre, también nos presentó a nosotros frente a Dios, de modo que Dios ya nos ha aceptado en él de una vez por todas.

Thomas F. Torrance,
Atonement: The Person and Work of Christ, ed. Robert T. Walker.

Con el nacimiento y la resurrección de Jesús, con Jesús mismo, la relación del mundo

con Dios se ha alterado de manera radical, porque todo se ha colocado sobre una base completamente nueva, la gracia incondicional de Dios.

Thomas F. Torrance,
Space, Time and Resurrection

Nuestra resurrección ya ha ocurrido y está completamente ligada a la resurrección de Cristo y, por lo tanto, continúa a partir de ésta más a modo de manifestación de lo que ya ha ocurrido, que como un nuevo efecto que es su resultado.

Thomas F. Torrance,
Space, Time and Resurrection

Ha acabado con nosotros como pecadores y, por ende, ha acabado con el pecado mismo al morir como Aquel que tomó nuestro lugar como pecadores. En su persona, ha enviado a la destrucción tanto a nosotros, como pecadores, como al pecado mismo. Ha eliminado a los pecadores y al pecado, nos ha negado, nos ha anulado: a nosotros, a nuestro pecado y a la acusación, condena y perdición que nos han dominado... El hombre de pecado, el primer Adán, el cosmos alejado de Dios, el «presente siglo malo» (Gálatas 1:4) fueron capturados y están muertos y enterrados en Él y con Él en la cruz.

Karl Barth,
Church Dogmatics, trad. G. W. Bromiley

Ha dejado de existir. La ira de Dios, que es el fuego de su amor, se lo ha llevado a él y a todas sus transgresiones, ofensas, errores, locuras, mentiras, faltas y crímenes en contra de Dios, de los demás hombres y de él mismo, al igual que toda ofrenda se consume sobre el altar con la carne, la piel y los huesos, y con las pezuñas y los cuernos, elevándose como fuego hasta el cielo para desaparecer. Así es como Dios ha lidiado con el hombre que transgredió la alianza con Él.

Karl Barth,
Church Dogmatics

Cuando Dios llega a la humanidad a través de Jesucristo, al mismo tiempo la humanidad llega de manera objetiva ante Dios por ese mismo medio. No es la fe la que incorpora a la humanidad dentro de Jesucristo. La fe es, más bien, el reconocimiento de una misteriosa incorporación que ya se ha logrado objetivamente en beneficio de la humanidad. «Que si uno murió por todos, luego todos murieron.» (2 Corintios 5:14). La verdad oculta de la humanidad que se revela a través de la fe es que todos han muerto en Cristo (y han resucitado con él). Nuestra verdadera humanidad no ha de encontrarse en nosotros mismos, sino de manera objetiva en él. La verdadera presencia de Dios para la

humanidad en Jesucristo (objetivismo de la revelación) se equipara con la presencia real de la humanidad en Jesucristo ante Dios (objetivismo soteriológico).

George Hunsinger,
How to Read Karl Barth

No debemos considerar que nuestra salvación sea algo menos que un completo intercambio, porque no existe nada bueno en el Adán caído; es total e incurablemente corrupto en todas sus partes y pasiones. Por lo tanto, no tiene esperanza; la muerte es la única «cura», porque sólo a través de la muerte es posible que Adán pueda salvarse de su ser caído y convertirse en una nueva creación. Esto es lo que Cristo ha hecho por Adán. Asumió su lugar, no sólo como su Sustituto para arrogarse sus pecados, sino como su Representante para crucificar su naturaleza caída, que en su cuerpo libre de pecado podría matar y eliminar lo viejo y, mediante su resurrección, reemplazarlo con lo nuevo.

Las bases para esta verdad se encuentran en Romanos 6:3-8. Ahí, Pablo repite la verdad versículo tras versículo con diversas palabras: fuimos «bautizados en su muerte»; «somos sepultados juntamente con él para la muerte por el bautismo»; estamos «plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte»; «nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él»; «el que ha muerto, ha sido justificado del pecado»; «morimos con Cristo». ¿Alguien podría ser más llano? Pablo dice que cuando murió Jesús, nosotros morimos con él.

William Still,
Towards Spiritual Maturity
(Hacia la madurez espiritual)

Se le crucificó: ¿entonces qué sucede con nosotros? ¿Debemos pedirle a Dios que nos crucifique? ¡Nunca! Cuando se crucificó a Cristo, nosotros fuimos crucificados; por consiguiente, nuestra crucifixión no puede estar en el futuro. Todas las referencias a ello están en el aoristo griego, que es el tiempo verbal que indica «de una vez y para siempre», el tiempo «eternamente pasado». (Véase Romanos 6:6; Gálatas 2:20; 5:24; 6:14.)

Watchman Nee,
The Normal Christian Life

Cuando se crucificó al Señor Jesucristo, se le crucificó como al último Adán. Todo lo que estaba en el primer Adán se conjuntó y se desechó con él. Ahí se nos incluyó a nosotros. Como el último Adán, aniquiló a la vieja raza; como el segundo Hombre, trae a la vida la nueva raza.

Watchman Nee,

No depende de tus sentimientos. Si sientes que Cristo ha muerto, ha muerto; y si no sientes que ha muerto, de todos modos ha muerto. Si sientes que has muerto, has muerto; y si no sientes que has muerto, de todas maneras es seguro que has muerto. Éstos son hechos divinos. Es un hecho que Cristo ha muerto, es un hecho que los dos ladrones han muerto y también es un hecho que tú has muerto. Déjame decirte esto: ¡Has muerto! ¡Estás acabado! ¡Estás descartado! La parte de ti que detestas está en la Cruz con Cristo.

Watchman Nee,
The Normal Christian Life

Con frecuencia se considera que la referencia al viejo hombre va en sentido individual, y que la crucifixión y el rechazo del viejo hombre significan el rompimiento y la lucha personales contra el poder del pecado... Pero tendremos que entender que «viejo» y «nuevo hombre» no deben interpretarse en primer lugar en el sentido de *ordo salutis*, sino en el sentido de la historia de la redención; es decir, aquí la cuestión no es un cambio que sucede por medio de la fe y la conversión en la vida del cristiano individual, sino que se trata del cambio que ocurrió en Cristo y en el que su gente tuvo una parte, en el sentido colectivo que se describe antes.

Herman Ridderbos,
Paul: An Outline of His Theology

Se pasa por alto el aspecto indudable de que para Pablo morir, recibir sepultura, etcétera, con Cristo no tiene su base definitiva en la ceremonia de incorporación a la Iglesia cristiana, sino más bien en el hecho de ya estar incluido en la muerte y la resurrección históricas de Cristo mismo. El pronunciamiento que hace en 2 Corintios (5:14 y ss.) tiene particular importancia, ya que ahí es posible detectar una clara transición de «Cristo por nosotros» a «nosotros con (o en) Cristo»... De esto ha de deducirse que, con la muerte de Cristo se ha dado y cumplido el «haber muerto», «estar en Cristo», «ser una nueva creación» y el hecho de que a los suyos ya no se les juzga ni «conoce según la carne» (es decir, según el modo de existencia del mundo).

Herman Ridderbos,
Paul: An Outline of His Theology

En general, el tratamiento que dan los luteranos a la doctrina de la unión mística se basa en una perspectiva *antropológica* y, debido a ello, piensan que dicha unión se establece a través de la fe. Por lo tanto, naturalmente la ubican en un punto posterior de su

soteriología. Pero este método no hace justicia plena a la idea de nuestra unión con Cristo, ya que pierde de vista la base eterna de la unión y de su realización objetiva en Cristo, y lidia en forma exclusiva con su realización subjetiva en nuestras vidas y, aun así, sólo con nuestro ingreso personal y consciente en esta unión. Por otro lado, la teología reformada trata la unión de los creyentes con Cristo desde una perspectiva *teológica* y, como tal, hace mayor justicia a este importante tema. Al hacerlo así, emplea el término «unión mística» en un sentido amplio, como designación no sólo de la unión subjetiva de Cristo y los fieles, sino también de la unión que está detrás de ella, que es básica para ella y de la cual es tan sólo la expresión culminante, es decir, la unión federada entre Cristo y aquellos que son suyos en el plan redentor, la unión mística que idealmente se establece en ese plan eterno y la unión como se lleva a cabo de manera objetiva en la Encarnación y en la obra redentora de Cristo.

Louis Berkhof,
Systematic Theology

El viejo hombre ha sido crucificado; lo llevo conmigo a la tumba y, al resucitar, eres tú quien resucita en mí. Al ascender al Trono, eres tú quien asciende conmigo. Eres una nueva creación. A partir de este momento, tu vida fluirá *desde mí y desde mi Trono*.

F. J. Huegel,
The Enthroned Christian



SUGERENCIAS PARA ESTUDIOS ADICIONALES

- Anatolios, Khaled, *Athanasius: The Coherence of His Thought*, Londres, Routledge, 1998.
- Atanasio, «Against the Arians», en *Athanasius: Select Works and Letters*, vol. 4 de *Nicene and Post-Nicene Fathers of the Christian Church*, 2ª edición de la serie, Philip Schaff y Henry Wallace (eds.), Grand Rapids, Eerdmans, 1987. (En español: *Discursos contra los arrianos*, Ciudad Nueva, Biblioteca Patrística 79, Madrid, 2010.)
- _____, *On the Incarnation of the Word of God*, Londres, A. R. Mowbray, 1963. (En español: *La encarnación del verbo*, 2ª ed., Ciudad Nueva, Biblioteca de Patrística 6, Madrid, 1997.)
- Aulen, Gustaf, *Christus Victor*, Londres, SPCK, 1950.
- Bailey, Kenneth, *Jesus Through Middle Eastern Eyes*, Downers Grove, IL, InterVarsity Press Academic, 2008. (En español: *Jesús a través de los ojos del Medio Oriente*, Grupo Nelson, Nashville, TN, 2012.)
- Barth, Karl, *Church Dogmatics*, 13 vols., G. W. Bromiley (trad.), Edimburgo, T&T Clark, 1985.
- _____, «The Covenant as the Presupposition of Reconciliation», en *Church Dogmatics* IV/1, pp. 22-54.
- _____, «Creation as Benefit», en *Church Dogmatics* III/1, pp. 330-344.
- _____, «Faith in God the Creator», en *Church Dogmatics* III/1, pp. 3-41.
- _____, «God with Us», en *Church Dogmatics* IV/1, pp. 3-21.
- _____, «The Homecoming of the Son of Man», en *Church Dogmatics* IV/2, pp. 36-116.
- Barth, Karl, «The Judge Judged in Our Place», en *Church Dogmatics* IV/1, pp. 211-283.
- _____, «The Miracle of Christmas», en *Church Dogmatics* I/2, pp. 172-202.
- _____, «The Problem of a Correct Doctrine of the Election of Grace», en *Church Dogmatics* II/2, pp. 3-93.

- _____, «The Sloth and Misery of Man», en *Church Dogmatics* IV/2, pp. 378-383.
- _____, «The Way of the Son of God into the Far Country», en *Church Dogmatics* IV/1, pp. 157-211.
- Benedicto XVI, encíclica: *Spe Salvi* 47, http://www.vatican.va/holy_father/benedict_xvi/encyclicals/documents/hf_ben-xvi_enc_20071130_spe-salvi_sp.html.
- Berry, Wendell, *What Are People For?*, Nueva York, North Point Press, 1990.
- Blue, Ken, *Authority to Heal*, Downers Grove, IL, InterVarsity Press, 1987. (En español: *Autoridad para sanar*, Editorial Vida, Deerfield, FL, 1993.)
- _____, *Healing Spiritual Abuse*, Downers Grove, IL, InterVarsity Press, 1993.
- Bonhoeffer, Dietrich, *Letters and Papers from Prison*, E. Bethge (ed.), edición ampliada, Nueva York, Macmillan, 1971. (En español: *Cartas de amor desde la prisión*, Trotta, Madrid, 1997.)
- Boyd, Gregory A., *Repenting of Religion*, Grand Rapids, Baker, 2004.
- Buckley, Michael J., *At the Origins of Modern Atheism*, New Haven, CT, Yale University Press, 1987.
- Buechner, Frederick, *Telling Secrets*, San Francisco, Harper, 1991.
- Calvino, Juan, *The Institutes of the Christian Religion*, John T. McNeill (ed.), Ford Lewis Battles (trad.), Filadelfia, Westminster Press, 1960. (En español: *Institución de la religión cristiana*, Libros Desafío, Michigan, 2012.)
- Campbell, Douglas A., *The Deliverance of God*, Grand Rapids, Eerdmans, 2009.
- Campbell, John McLeod, *The Nature of Atonement*, Grand Rapids, Eerdmans, 1996.
- Canlis, Julie, *Calvin's Ladder: A Spiritual Theology of Ascent and Ascension*, Grand Rapids, Eerdmans, 2010.
- Capon, Robert Farrar, *The Mystery of Christ and Why We Don't Get It*, Grand Rapids, Eerdmans, 1993.
- _____, *The Parables of Grace*, Grand Rapids, Eerdmans, 1988.
- _____, *The Parables of Judgment*, Grand Rapids, Eerdmans, 1989.
- _____, *The Parables of the Kingdom*, Grand Rapids, Eerdmans, 1985.
- Chesterton, G. K., *The Everlasting Man*, San Francisco, Ignatius Press, 1993. (En español: *Ortodoxia/El hombre eterno*, 3ª ed., Porrúa, Colección Sepan cuántos..., vol. 490, México, 2007.)
- Dawson, Gerritt Scott, *Jesus Ascended: The Meaning of Christ's Continuing Incarnation*, Phillipsburg, NJ, P&R Publishing, 2004.
- Erskine, Thomas, *The Unconditional Freeness of the Gospel*, Edimburgo, Waugh and Innes, 1829.
- Farrow, Douglas B., «The Doctrine of the Ascension in Irinaeus and Origen», *Journal of the Faculty of Religious Studies, McGill University* 26 (1998).
- Fee, Gordon D., *God's Empowering Presence*, Peabody, MA, Hendrickson, 1994.
- Forsyth, P. T., *The Person and Place of Jesus Christ*, Londres, Hodder and Stoughton,

- 1909.
- _____, *The Work of Christ*, Londres, Hodder and Stoughton, 1946.
- Gary, Bert, *Jesus Unplugged*, Grand Haven, MI, FaithWalk Publishing, 2005.
- Giles, Kevin, *The Trinity and Subordinationism*, Downers Grove, IL, InterVarsity Press, 2002.
- Gregory, John, *The Platonists*, Nueva York, Routledge, 1999.
- Gunton, Colin E., *Christ and Creation*, Grand Rapids, Eerdmans, 1992.
- _____, *Father, Son and Holy Spirit: Toward a Fully Trinitarian Theology*, Londres, T&T Clark, 2003.
- Gunton, Colin E., *The Promise of Trinitarian Theology*, Londres, T&T Clark, 1991.
- _____, *The Triune Creator*, Grand Rapids, Eerdmans, 1998.
- Hart, Trevor, «Humankind in Christ and Christ in Humankind: Salvation as Participation in Our Substitute in the Theology of John Calvin», *Scottish Journal of Theology*, vol. 42.
- Hart, Trevor, *Regarding Karl Barth*, Carlisle, Inglaterra, Paternoster Press, 1999.
- _____, *The Teaching Father: An Introduction to the Theology of Thomas Erskine of Linlathen*, Edimburgo, St. Andrews Press, Devotional Library, 1993.
- Hartwell, Herbert, *The Theology of Karl Barth: An Introduction*, Londres, Gerald Duckworth, 1964.
- Hawthorne, Gerald, *The Presence and the Power*, Dallas, Word, 1991.
- Hollis, James, *The Eden Project: In Search of the Magical Other*, Toronto, Inner City Books, 1998.
- _____, *The Middle Passage: From Misery to Meaning in Midlife*, Toronto, Inner City Books, 1993.
- Huegel, F. J., *The Enthroned Christian*, Fort Washington, PA, Christian Literature Crusade, 1992.
- Hunsinger, George, *How to Read Karl Barth*, Nueva York, Oxford University Press, 1991.
- Ireneo, «Against the Heresies», en *The Ante-Nicene Fathers*, vol. 1, Grand Rapids, Eerdmans, 1987. (En español: *Contra las herejías*, vols. I-V, Apostolado Mariano, serie Los Santos Padres, Sevilla, 1994.)
- Jeremias, Joachim, *The Central Message of the New Testament*, Nueva York, Scribner's, 1965. (En español: *Abba. El mensaje central del Nuevo Testamento*, 6ª ed., Ediciones Sígueme, Biblioteca de Estudios Bíblicos 30, Salamanca, 2005.)
- _____, *New Testament Theology*, Nueva York, Scribner's, 1975. (En español: *Teología del Nuevo Testamento*, 8ª ed., Ediciones Sígueme, Biblioteca de Estudios Bíblicos 2, Salamanca, 2009.)
- _____, *The Prayers of Jesus*, Naperville, IL, Alec R. Allenson, 1967.
- Jersak, Bradley, *Her Gates Will Never Be Shut*, Eugene, OR, Wipf and Stock, 2009.
- Jersak, Bradley, y Michael Hardin (eds.), *Stricken by God?*, Grand Rapids, Eerdmans,

- 2007.
- Jenkins, Michael, *Invitation to Theology*, Downers Grove, IL, InterVarsity Press, 2001.
- König, Andrius, *The Eclipse of Christ in Eschatology*, Blackwood, Australia Meridional, New Creation, 2003.
- Kruger, C. Baxter, *Across All Worlds: Jesus Inside Our Darkness*, Jackson, MS, Perichoresis Press, 2007; Vancouver, Regent College Publishing, 2007.
- _____, «The Big Picture: From the Trinity to Our Adoption in Christ», serie de conferencias, 2000, perichoresis.org.
- _____, *God Is For Us*, Jackson, MS, Perichoresis Press, 1995; Carlisle, Inglaterra, Paternoster Press, 1995.
- _____, *The Great Dance: The Christian Vision Revisited*, Jackson, MS, Perichoresis Press, 2000; Vancouver, Regent College Publishing, 2005.
- _____, *Home*, Jackson, MS, Perichoresis Press, 1996.
- _____, «Inside the Soul: An Anatomy of Darkness», serie de conferencias, perichoresis.org.
- _____, *Jesus and the Undoing of Adam*, Jackson, MS, Perichoresis Press, 2002.
- _____, «On the Road to Becoming Flesh: Israel as the Womb of the Incarnation in the Theology of Thomas F. Torrance», 2007. perichoresis.org.
- _____, *Parable of the Dancing God*, Jackson, MS, Perichoresis Press, 1995; Downers Grove, IL, InterVarsity Press, 2001.
- _____, *The Secret*, Jackson, MS, Perichoresis Press, 1997.
- _____, «The Trinity and the Christian Life», serie de conferencias, 1999, perichoresis.org.
- _____, «You are the Child the Father Always Wanted», serie de conferencias, 2002, perichoresis.org.
- Lewis, C. S., «Beyond Personality: Or First Steps in the Doctrine of the Trinity», en Lewis, *Mere Christianity*, pp. 135-190. (En español: *Mero cristianismo*, 4ª ed., RIALP, Madrid, 2005.)
- Lewis, C. S., *The Chronicles of Narnia*, Nueva York, Collier Books, Macmillan, 1946. (En español: *Las crónicas de Narnia. Obra completa*, Planeta, Barcelona, 2005.)
- _____, *The Four Loves*, Nueva York, Harcourt, Brace, 1960. (En español: *Los cuatro amores*, 10ª ed., RIALP, Madrid, 2005.)
- _____, *The Grand Miracle and Other Selected Essays on Theology and Ethics from "God in the Dock"*, Walter Hooper (ed.), Nueva York, Ballantine Books, 1970. (En español: *El Gran Milagro y otros ensayos selectos de teología y ética de «Dios en el banquillo»*, RIALP, Madrid, 1996.)
- _____, *The Great Divorce*, Nueva York, Collier Books, Macmillan, 1946. (En español: *El gran divorcio*, 2ª ed., RIALP, Madrid, 2003.)
- _____, *A Grief Observed*, Nueva York, Bantam, 1976. (En español: *Una pena en observación*, Anagrama, España, 1994.)

- _____, *Mere Christianity*, Nueva York, Macmillan, 1952. (En español: *Mero cristianismo*, 4ª ed., RIALP, Madrid, 2005.)
- _____, *Miracles*, Nueva York, Simon and Schuster, 1996. (En español: *Los milagros*, 3ª ed., Editorial Encuentro, Madrid, 2009.)
- _____, *Surprised by Joy: The Shape of My Early Life*, Londres y Nueva York, Harcourt, Brace, 1956. (En español: *Sorprendido por la alegría: el perfil de mis primeros años*, Andrés Bello, Santiago de Chile, 1994.)
- _____, *Till We Have Faces*, Nueva York, Harcourt, Brace and Jovanovich, 1980. (En español: *Mientras no tengamos rostro*, Andrés Bello, Santiago de Chile, 1996.)
- _____, «The Weight of Glory», en C. S. Lewis, *The Weight of Glory: And Other Addresses*, Grand Rapids, Eerdmans, pp. 1-15, 1965. (En español: «El peso de la gloria», en *El diablo propone un brindis*, RIALP, Madrid, 2002.)
- Lossky, Vladimir, *The Mystical Theology of the Eastern Church*, Nueva York, St. Vladimir's University Press, 1998. (En español: *Teología mística de la Iglesia de Oriente*, Herder Editorial, Barcelona, 2009.)
- MacDonald, George, *The Complete Fairy Tales*, U. C. Knoepfelmacher (ed.), Nueva York, Penguin, 1999.
- _____, *The Fisherman's Lady*, Michael R. Phillips (ed.), Mineápolis, Bethany House, 1982.
- _____, *The Golden Key*, Grand Rapids, Eerdmans, 1982. (En español: *La llave de oro*, Ediciones Obelisco, Barcelona, 2001.)
- MacDonald, George, *Lilith*, Grand Rapids, Eerdmans, 2000. (En español: *Lilith*, Edhasa, Colección Fantásticas, Barcelona, 1988.)
- _____, *The Marquis' Secret*, Michael R. Phillips (ed.), Mineápolis, Bethany House, 1982.
- _____, *Unspoken Sermons: Series I, II, III*, Whitethorn, CA, Johannesen, 1999.
- Manning, Brennan, *Abba's Child*, Colorado Springs, NavPress, 2002.
- _____, *The Ragamuffin Gospel*, Sisters, OR, Multnomah, 2000. (En español: *El evangelio de los andrajosos*, Casa Creación, Lake Mary, FL, 2004.)
- _____, *Ruthless Trust*, San Francisco, Harper, 2000.
- McVey, Steve, *Grace Amazing*, Eugene, OR, Harvest House, 2001.
- Merton, Thomas, *The New Man*, Nueva York, Farrar, Straus and Giroux, 1961. (En español: *El hombre nuevo*, Grupo Editorial Lumen, Buenos Aires, 1998.)
- Meyendorff, John, *Byzantine Theology*, Nueva York, Fordham University Press, 1974. (En español: *Teología bizantina*, Ediciones Cristiandad, Colección Teología Sistemática, Madrid, 2003.)
- Migliore, Daniel, «The Triune God» y «The Good Creation», en *Faith Seeking Understanding*, Grand Rapids, Eerdmans, 1991.
- Mills, David (ed.), *The Pilgrim's Guide: C. S. Lewis and the Art of Witness*, Grand Rapids, Eerdmans, 1998.

- Molnar, Paul D., *Incarnation and Resurrection: Toward a Contemporary Understanding*, Grand Rapids, Eerdmans, 2007.
- Moltmann, Jürgen, *The Spirit of Life*, Mineápolis, Fortress, 1992. (En español: *El espíritu de la vida*, Ediciones Sígueme, Colección Verdad e Imagen 142, Salamanca, 1998.)
- _____, *The Trinity and the Kingdom: The Doctrine of God*, Londres, SCM Press, 1981. (En español: *Trinidad y Reino de Dios: la doctrina sobre Dios*, Ediciones Sígueme, Colección Verdad e Imagen 80, Salamanca, 1983.)
- Nacianceno, Gregorio, *A Select Library of Nicene and Post-Nicene Fathers of the Christian Church*, 2ª serie, vol. 7, Grand Rapids, Eerdmans, 1983.
- Newell, Roger J., *The Feeling Intellect: Reading the Bible with C. S. Lewis*, Eugene, OR, Wipf and Stock, 2010.
- Pascal, Blaise, *Pensees: Thoughts on Religion and Other Subjects*, Nueva York, Washington Square Press, 1965. (En español: *Pensamientos*, 5ª ed., Alianza Editorial, España, 2009.)
- Payne, Leanne, *The Healing Presence*, Grand Rapids, Baker, 1989.
- _____, *Restoring the Christian Soul*, Grand Rapids, Baker, 1996.
- Placher, William C., *The Domestication of Transcendence*, Louisville, Westminster John Knox Press, 1996.
- _____, *A History of Christian Theology*, Louisville, Westminster John Knox Press, 1983.
- _____, *Narratives of a Vulnerable God: Christ, Theology, and Scripture*, Louisville, Westminster John Knox Press, 1994.
- Polanyi, Michael, *The Tacit Dimension*, Nueva York, Doubleday, 1966.
- Purves, Andrew, *The Crucifixion of Ministry*, Downers Grove, IL, InterVarsity Press Books, 2007.
- _____, *Reconstructing Pastoral Theology*, Louisville, Westminster John Knox Press, 2004.
- Rohr, Richard, *The Naked Now: Learning to See as the Mystics See*, Nueva York, Crossroad Publishing, 2009.
- St. Victor, Richard, «Book Three of the Tritinity», en *Richard of St. Victor*, Grover A. Zinn (trad.), Nueva York, Paulist Press, 1979.
- Smail, Thomas A., *The Forgotten Father*, Londres, Hodder and Stoughton, 1980.
- _____, *The Giving Gift: The Holy Spirit in Person*, Londres, Hodder and Stoughton, 1988. (En español: *Don y dado: el Espíritu Santo en persona*, Darton, Longman and Todd, Londres, 1995.)
- _____, *Once and For All: A Confession of the Cross*, Eugene, OR, Wipf and Stock, 1998.
- Smith, Malcolm, *The Power of the Blood Covenant*, Tulsa, OK, Harrison House, 2002.
- Tarnas, Richard, *The Passion of the Western Mind*, Nueva York, Ballantine Books,

- 1993.
- Taylor, John V., *The Go-Between God*, Londres, SCM Press, 1972.
- Torrance, Alan J., *Persons in Communion*, Londres, T&T Clark, 1996.
- Torrance, James B., «Covenant or Contract», en *Scottish Journal of Theology* 23, 1 (febrero 1970).
- _____, «The Vicarious Humanity of Christ», en *The Incarnation: Ecumenical Studies in the Nicene-Constantinopolitan Creed*, Thomas F. Torrance (ed.), Edimburgo, Handsel Press, 1981, pp. 127-147.
- _____, *Worship, Community and the Triune God of Grace*, Downers Grove, IL, InterVarsity Press, 1996.
- Torrance, Thomas F., *Atonement: The Person and Work of Christ*, Robert T. Walker (ed.), Downers Grove, IL, InterVarsity Press Academic, 2009.
- _____, «The Atoning Obedience of Christ», *Moravian Theological Seminary Bulletin*, 1959, pp. 65-81.
- _____, *The Christian Doctrine of God*, Edimburgo, T&T Clark, 1996.
- _____, «The Eclipse of God» y «Cheap and Costly Grace», en *God and Rationality*, Londres, Oxford University Press, 1971, pp. 29-85.
- _____, *Incarnation: The Person and Life of Christ*, Robert T. Walker (ed.), Downers Grove, IL, InterVarsity Press Academic, 2008.
- _____, «Karl Barth and the Latin Heresy», en *Karl Barth: Biblical and Evangelical Theologian*, Edimburgo, T&T Clark, 1990, pp. 213-240.
- _____, *The Mediation of Christ*, Grand Rapids, Eerdmans, 1983.
- _____, *Preaching Christ Today*, Grand Rapids, Eerdmans, 1994.
- _____, *Space, Time and Resurrection*, Edimburgo, Handsel Press, 1976.
- _____, *Theology in Reconstruction*, Grand Rapids, Eerdmans, 1975.
- _____, *The Trinitarian Faith: The Evangelical Theology of the Ancient Catholic Church*, Edimburgo, T&T Clark, 1988.
- Von Balthasar, Hans Urs, *Credo*, Nueva York, Crossroad Publishing, 1990. (En español: *Meditaciones sobre el credo apostólico*, 2ª ed., Ediciones Sígueme, Salamanca, 1997.)
- _____, «Our Capacity for Contemplation», en *Prayer*, Nueva York, Sheed and Ward, pp. 27-67. (En español: *La oración contemplativa*, 3ª ed., Ediciones Encuentro, Madrid, 2007.)
- Ware, Kallistos, «The Human Person as an Icon of the Trinity», *Sobernost* 8, 2 (1986), pp. 6-23.
- _____, *The Orthodox Way*, Londres, A. R. Mowbray, 1979.
- Wauchope, Bruce, «The Gospel and Mental Health», serie de conferencias, perichoresis.org.
- Webster, John, *Barth's Ethics of Reconciliation*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995.

Weinandy, Thomas G., *In the Likeness of Sinful Flesh*, Edimburgo, T&T Clark, 1993.
Wright, N. T., *Paul*, Mineápolis, Fortress, 2005.
_____, *Surprised by Hope*, Nueva York, HarperCollins, 2008. (En español: *Sorprendidos por la esperanza*, Convivium Press, Miami FL, 2010.)
Yoder, Wes, *Bond of Brothers*, Grand Rapids, Zondervan, 2010. (En español: *Hermanos del alma*, Diana, México, 2012.)
Zizioulas, John, *Being as Communion*, Londres, Darton, Longman and Todd, 1985. (En español: *El ser eclesial*, Ediciones Sígueme, Colección Verdad e imagen 162, Salamanca, 2003.)



Para mayor información acerca del doctor Kruger y del ministerio de Perichoresis, visite los siguientes sitios en la red:

thegreatdance.org
perichoresis.org
included.com.au



A menos que se indique lo contrario, las citas bíblicas en español provienen de la versión Reina-Valera © 1960, Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988, Sociedades Bíblicas Unidas. En la versión en inglés se utilizó The New American Standard Bible.

Las citas bíblicas en las que se anota The Message provienen de *The Message*, copyright © 1993, 1994, 1995, 1996, 2000, 2001, 2002. Utilizadas en inglés con permiso de NavPress Publishing Group y traducidas al español para esta versión.

Las citas bíblicas en las que se anota NTV han sido tomadas de la *Santa Biblia*, Nueva Traducción Viviente, © Tyndale House Foundation. Para la versión en inglés © 1996, 2004. Usados con permiso de Tyndale House Publishers, Inc., Estados Unidos. Derechos reservados. Y para la traducción al español, versión 2010.

Las citas bíblicas señaladas con las siglas NEB provienen de The New English Bible with Apocrypha, copyright © 1961, 1979, 1989 de Oxford University Press, Inc., y Cambridge University Press, Inc. Utilizadas en inglés con permiso de Oxford University Press, Inc., y traducidas al español para esta versión.

William P. Young concedió su autorización para las citas textuales que se tomaron de *La cabaña* (Newbury Park, CA, Windblown Media, 2007), y en español por Editorial Espasa Calpe, S. A., 2009.

Letra de «Burning Ember», de Steve Bell, del álbum *Burning Ember* (Peg Music, 1998), utilizada con permiso, y traducida al español para esta versión.

Letra de «Miriam» de Pierce Pettis, del álbum *Making Light of It* (Compass Records, 1996), utilizada con permiso, y traducida al español para esta versión.

Letra de «Family», de Pierce Pettis, del álbum *Chase the Buffalo* (High Street Records, 1993), utilizada con permiso, y traducida al español para esta versión.



La hija menor de Mackenzie Allen Phillips, Missy, es raptada durante unas vacaciones familiares, y se encuentran evidencias de que pudo haber sido brutalmente asesinada en una cabaña abandonada en lo más profundo de los bosques de Oregón. Cuatro años después, en medio de su *Gran Tristeza*, Mack recibe una sospechosa nota, al parecer procedente de Dios, invitándolo a regresar a esa cabaña durante un fin de semana.

Contra toda razón, Mack llega una tarde de invierno para retornar a su más oscura pesadilla. Lo que encuentra ahí cambiará su vida para siempre.

En un mundo donde la religión parece cada vez más irrelevante, *La Cabaña* aborda la inmemorial pregunta: “¿Dónde está Dios en un mundo lleno de indescriptible dolor?” Las respuestas que Mack obtiene te sorprenderán, y quizá te transformen tanto como a él. ¡Querrás que todas las personas que conoces lean este libro!



La impactante historia que contiene *La Cabaña*, escrita por Wm. Paul Young, robó el corazón de millones de lectores en todo el mundo quienes lo recomendaron una y otra vez hasta convertirlo en este famoso fenómeno editorial.

Ahora, *LA CABAÑA: REFLEXIONES PARA CADA DÍA DEL AÑO* brinda la oportunidad de volver a visitar *aquel lugar* junto con Mack y sus extraordinarios amigos: Papá, Sarayu y Jesús.

Estas 365 significativas citas de *La Cabaña*, con reflexiones y oraciones escritas por el autor, fueron seleccionadas para inspirarte, alentarte y animarte cada día del año.

Acerca del autor

C. BAXTER KRUGER es director de Ministerios de Pericóresis, un ministerio internacional que proclama el evangelio del Dios Trino. Tiene estudios continuos en psicología, un título en ciencias políticas y un doctorado en filosofía del Kings College, en Aberdeen, Escocia. Es autor de libros como: *Parable of the Dancing God*, *God Is For Us* y *The Great Dance* entre otros, y se dedica a la enseñanza por todo el mundo.

Título original: *The Shack Revisited*
Traducción: Gloria Estela Padilla Sierra

Diseño de portada: Koechel Peterson & Associates, Minneapolis, Minnesota, Estados Unidos.
Diseño de portada: Koechel Peterson & Associates, Minneapolis, Minnesota, Estados Unidos.

© 2012, Hachette Book Group, Inc., de la portada.

© 2012, C. Baxter Kruger, Ph.D.
Esta edición es publicada mediante acuerdo con Faith Words, Nueva York, NY, Estados Unidos.
Faith Words es una división de Hachette Book Group, Inc.
All rights reserved.

Derechos exclusivos en español para Estados Unidos y América Latina

© 2014, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial DIANA M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111, 2º piso
Colonia Chapultepec Morales
C.P. 11570, México, D.F.
www.editorialplaneta.com.mx

Primera edición: septiembre de 2014
ISBN: 978-607-07-2373-5

Primera edición en formato epub: octubre de 2014
ISBN: 978-607-07-2391-9

Los editores no se hacen responsables por direcciones de internet (o su contenido) que aparezcan y no sean de su propiedad.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Libro convertido a epub por:
TILDE TIPOGRÁFICA

Índice

ELOGIOS PARA EL REGRESO A LA CABAÑA	6
PRÓLOGO	8
Introducción	12
EL CADILLAC DE LAS PLATAFORMAS	12
PRIMERA PARTE	25
ALGUNOS PRIMEROS CONCEPTOS SOBRE PAPÁ	25
1 LA SORPRESA	26
2 EL DIOS QUE BAILA	31
3 LUCES DE LEWIS	36
4 ¿QUÉ HAY EN UN NOMBRE?	42
5 LOS DOS DIOSES	47
SEGUNDA PARTE	52
JESÚS, SU PADRE Y EL ESPÍRITU SANTO	52
6 RESUMEN DE LA VISIÓN TRINITARIA	53
7 JESÚS Y SU PADRE	58
8 EL ESPÍRITU SANTO	67
9 LA UNIDAD DEL ESPÍRITU, EL HIJO Y EL PADRE	82
10 EL AMOR DEL DIOS TRINO	89
11 EL VERDADERO JESÚS	99
TERCERA PARTE	109
EL SUEÑO DE PAPÁ	109
12 EL PANORAMA GENERAL	110
13 EL VIENTRE DE LA ENCARNACIÓN	115
14 LA GRACIA	122
15 ADÁN E ISRAEL	126
16 EL RECHAZO AL HIJO UNGIDO	130
17 EL MARAVILLOSO INTERCAMBIO	141
18 EL SECRETO	147

19PERMANECED EN MÍ	155
20EL ESPÍRITU DE LA ADOPCIÓN	162
AGRADECIMIENTOS	177
Apéndice	179
UNAS CUANTAS CITASSOBRE NUESTRA INCLUSIÓNEN LA MUERTE DE JESÚS	179
SUGERENCIAS PARA ESTUDIOS ADICIONALES	184
Acerca del autor	194
Créditos	195